

PARIS, QUAI DE L'ECOLE, 20.

AGENCIA GENERAL

*de la Subvención Española y Extranjera
Simultánea a todos los Mercados Europeos.*

CASA DE COMISION Y CONSIGNACION

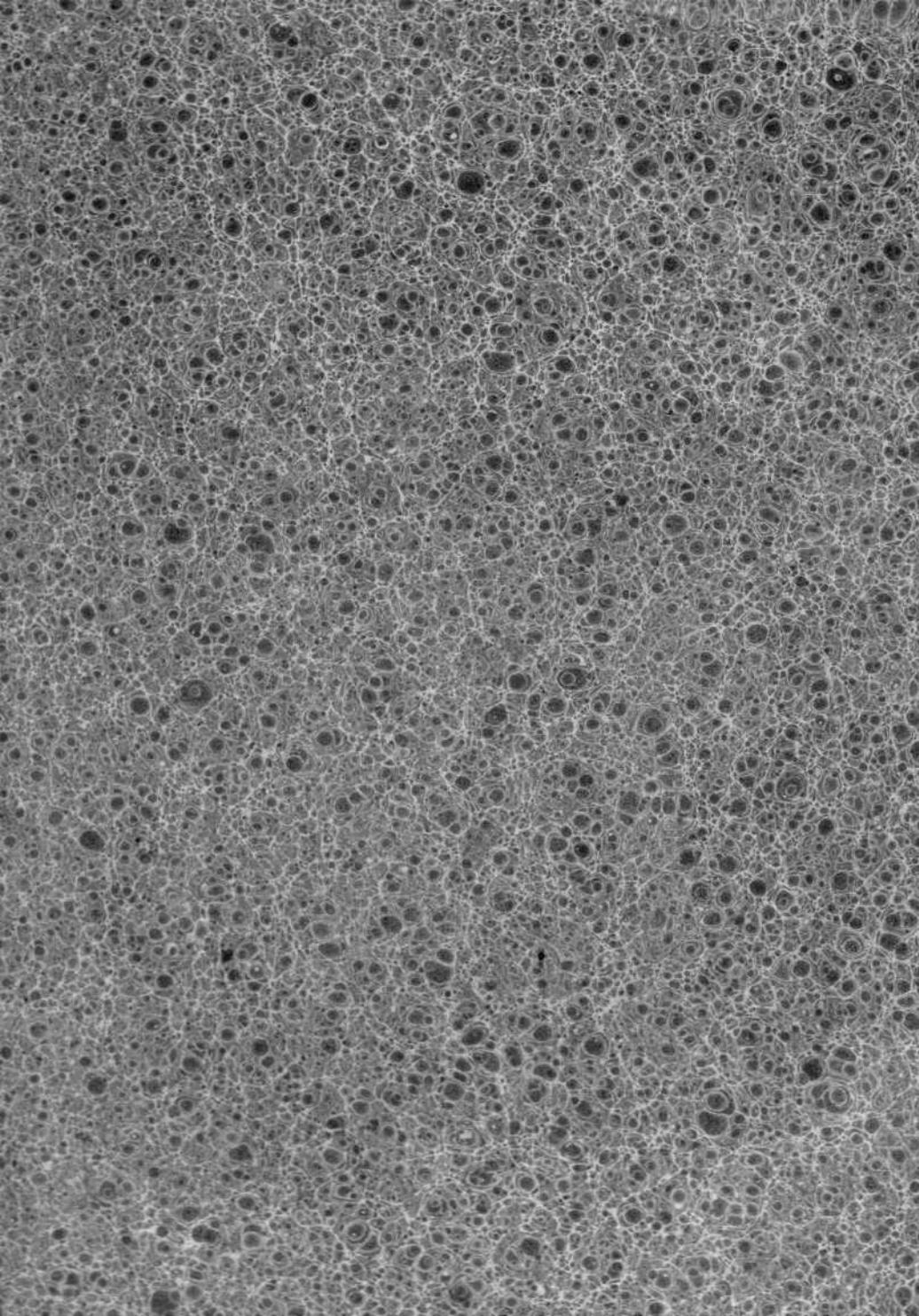
para todos los artículos de Francia y España.

MADRID, PRECIADOS, 58.

Director Único Gerente, S.^{ra} M. V. V.

Encargada en todas las capitales de España. | Corresponsales en los principales puertos de América.

BARCELONA HOSPITAL, 107.



450.-

t. 67798

D6CL

A

LOS

COMUNEROS

DE

CASTILLA.

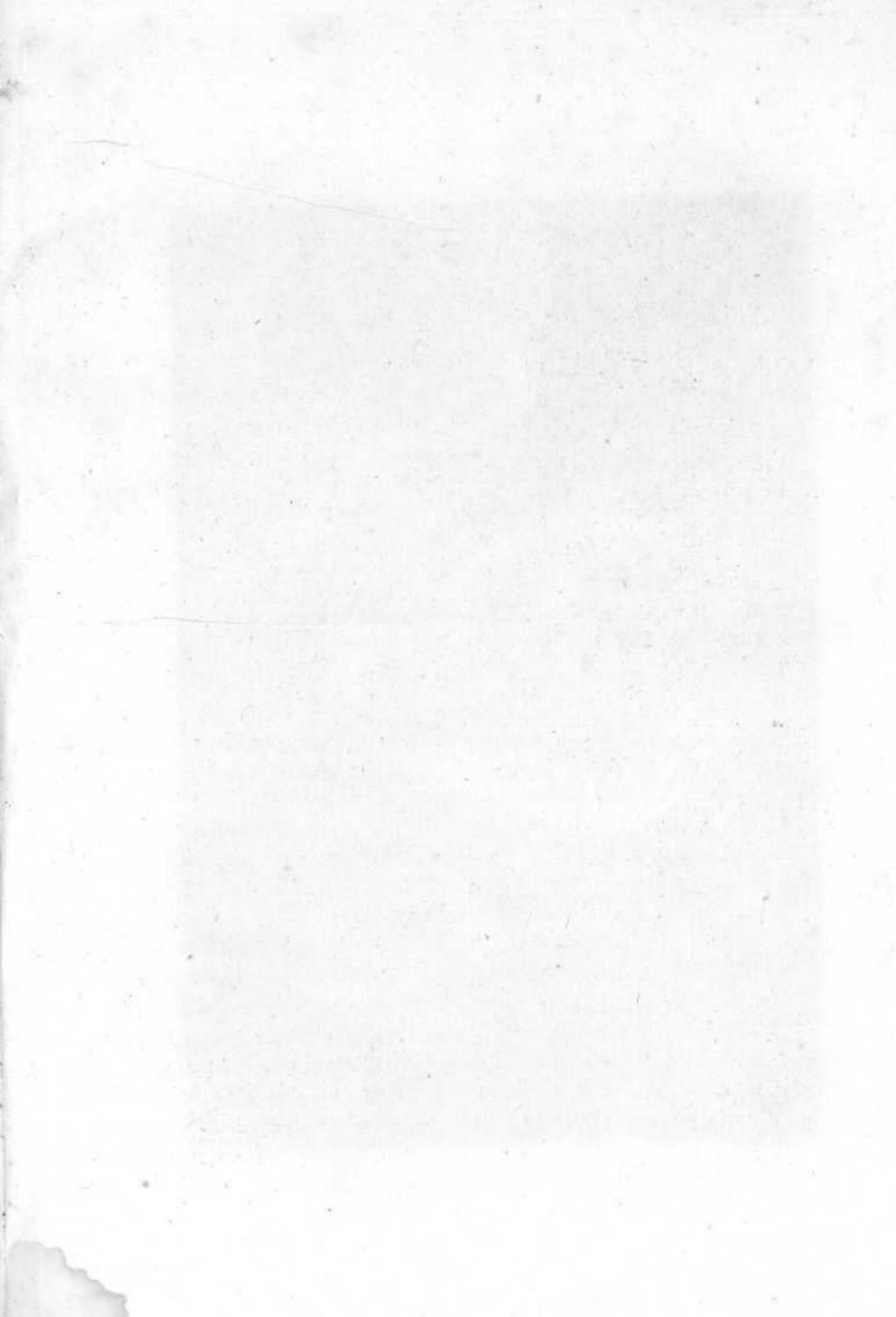
7. 7

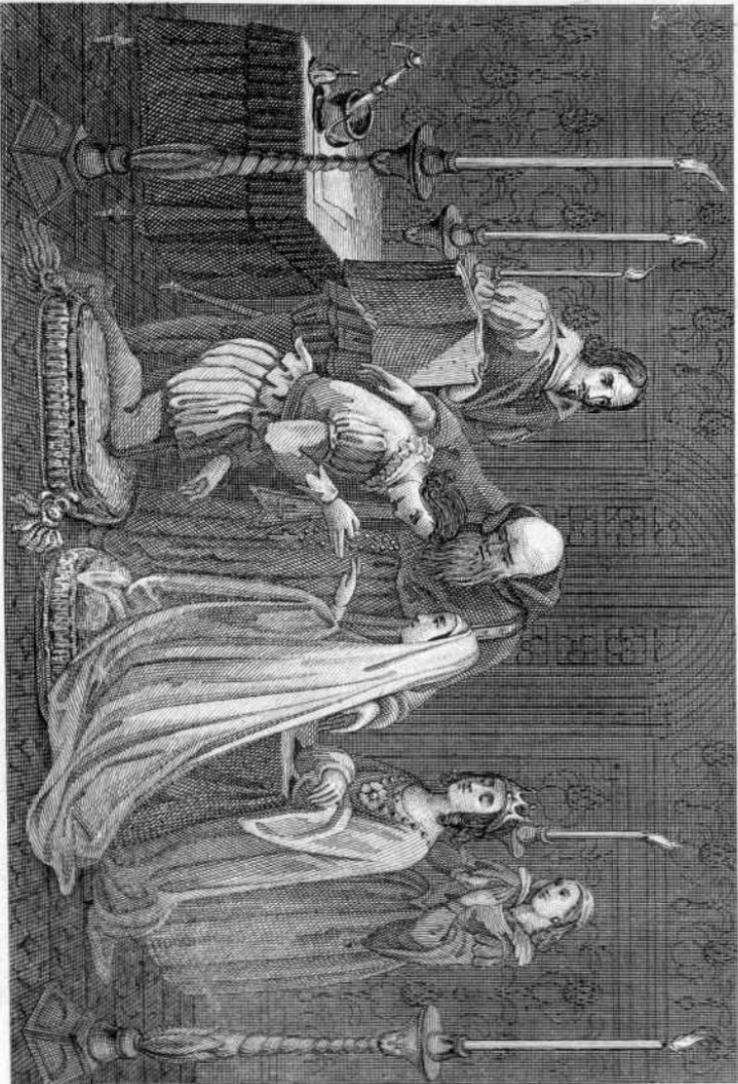
201

Esta obra está bajo la protección de las leyes para el derecho de propiedad, y todos los ejemplares están rubricados al pié de esta nota.

201

CASTILLA





*D. Juan de Padilla toma la alianza de oro y la coloca al dedo de su hermana.
su compañera.*

LOS
COMUNEROS

DE

CASILLA

OBRA ESCRITA EN FRANCES

POR

VÍCTOR HAMEL,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

D. C. DE G. Y F.



Barcelona:

IMP. DE JUAN ROCA Y SUÑOL, CALLE DEL CALL, N.º 12.
—1842—



R.56407

Tit. 67798 C.B. 186116

COMUNEROS

DE

CASTILLA

DE LA REUNION DE LOS

TOM

Y TERCERA PARTE

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

D. J. DE L. Y L.

Imprenta

IMP. DE SAN JOSE Y BARRIO, CALLE DEL CARMEN N.º 12

—1872—

« A libro impreso , prefacio inútil. » Esta verdad, me parece, debiera ser un axioma proverbial tan incontestable como el antiguo adagio popular: á lo hecho pecho ; » porque , cualesquiera que sean las perifrasis preparatorias de que se sirva un autor para captarse la benevolencia del público , encontrará siempre Alceste's enfadosos que tendrán el derecho de decirle: « Ya lo veremos. » Si el escritor se dirige, por el contrario, á sus amigos, es trabajo inútil, porque debe contar bastante con la solidez de su adhesion, para estar convencido de que tiene adquirida de antemano su indulgencia, y que en ellos tendrá buenos y seguros defensores contra los ataques de un público, siempre mas dispuesto á la critica que al estímulo.

Con todo , si con mano aventurada someto mis COMUNEROS DE CASTILLA al juicio ajeno, es segun mi modo de pensar indispensable advertir ante todo á mis lectores, que solo he emprendido esta obra para dar mayor desarrollo á cierto escrito político que publiqué en 1838, escrito que obtuvo entónces muchos sufragios, no solo en Francia, si que tambien en el estrangero. Tambien me parece necesario explicarles sucintamente los motivos que me han movido á ir á buscar el asunto de mi libro en los anales de España, para poner en accion estos principios sociales, cuya exis-

tencia y conservacion interesan igualmente á los pueblos y á los reyes, los cuales acaban siempre por sucumbir en una terrible agonía, cuando unos ú otros, cegados por un funesto y loco orgullo, quieren aumentar injustamente sus derechos, no temiendo supeditar antiguas y respetables instituciones, que son la única salvaguardia de las libertades y del honor de los estados.

Tales son en resúmen las causas que han determinado mi eleccion. Despues de largas y concienzudas investigaciones históricas cuya estension y exactitud sabrán apreciar, no lo dudo, muchos de mis lectores en el decurso de este escrito, he creido notar que en los fastos de la Península mas bien que en los de todo otro pais, el siglo décimo-sexto, esta era de las franquicias y de la verdadera independencia de las grandes sociedades europeas, presentaba acontecimientos y héroes que por sí mismos daban cuerpo y alma á mis ideas; y á mas, he encontrado que los recuerdos castellanos y aragoneses de aquella época tenian la doble ventaja de ofrecer muchos puntos de coincidencia con estos debates políticos, y estos nobles sentimientos de patriotismo que no han cesado de agitar el seno de la generosa nacion española desde el principio del siglo décimo-nono, hasta este año de 1840 en que escribo.

... y como quiera que el estudio de la historia y de la geografía, por su carácter científico, no puede ser una actividad aguda, cuando más el interés que por los hechos y los hechos, y como quiera que el estudio de la historia y de la geografía, por su carácter científico, no puede ser una actividad aguda, cuando más el interés que por los hechos y los hechos...

... Los son en realidad las cosas que han determinado su elección. Después de haber y concurrido a las investigaciones de la historia y de la geografía, y de haberse interesado en la historia y de la geografía, y de haberse interesado en la historia y de la geografía, y de haberse interesado en la historia y de la geografía...

... A libro impreso, por una mala fe en la ciudad, me parece, de una fe en un sistema procedente de las investigaciones de la historia y de la geografía, y de haberse interesado en la historia y de la geografía, y de haberse interesado en la historia y de la geografía...

... En todo, si con ellos me encuentro con los conceptos de la historia y de la geografía, y de haberse interesado en la historia y de la geografía, y de haberse interesado en la historia y de la geografía...



LOS

COMUNEROS

DE CASTILLA.

EL PRESO.

I.

LA noche adelantándose por grados empezaba á cubrir con sus tinieblas la ciudad de Toledo, y acababan de dar las once en la grande torre de la antigua catedral, fundada por el santo rey Fernando, en el año 1228, cuando los habitantes se retiraban á sus moradas, mas tarde que de costumbre.

— ¡Por san Cosme, que el día ha sido caloroso! exclamó con voz chillona un hombre de baja estatura, que á su jovial semblante y á las carcajadas que cada una de sus palabras producía, se veía al instante ser Lopez Cueva, el barbero mas acreditado de la ciudad. El grupo al cual divertía con sus chis-

tes, atravesaba en aquel momento la plaza del Alcázar.

— ¿Quisieras pues que nevara en el 24 de junio? como dice el proverbio ¿nos hallamos aquí ó en Flandes?

— Vive Dios! desde algun tiempo acá, se podría muy bien creer, señor Lorenzo.

Un bravo general resonó tras la reflexion política del barbero, pero tan prudente como hablador:

— Nada de alusion, añadió, moderando la voz: bastante cara le ha costado la tal esta mañana, á mi vecino Gil Mendo el tabernero; ¡Pobre! mas le hubiera valido no se hubiese rociado tanto la garganta en honor de san Juan Bautista. Este maldito valdepeñas le ha hecho charlar mas de lo que debia; ¿creeréis que cuando la procesion pasaba por su casa, ha empezado á gritar levantando el porron:

« ¡A la salud de nuestro arzobispo, « Guillermo de Croi de Flandes! ¡ á la « salud de nuestro rey Cárlos, tambien « hijo de Flandes! Roguemos por ellos, « amigos, porque en este momento es- « tan en la ciudad de Gand, pensando « mas bien en hacer buena pitanza con « nuestros doblones, que en implorar « á san Juan Bautista por ellos y por « nosotros, pobres habitantes de To- « ledo. »

— *In vino veritas*, suspiró una voz varonil por entre la estrecha abertura de un capucho de buriel.

— El hermano tiene razon, Mendo decia la verdad, gritaron á la vez todos los ciudadanos.

— Hablad quedo, prosiguió el prudente Lopez Cueva, porque podrian taparnos la boca, como el pobre Men-

do, á quien han hecho cerrar la tienda, enviándolo á dormir á la cárcel en compañía del corto número de sus amigos con quienes repartía su vino y su patriotismo. En vano el S. D. Juan de Padilla y otros hidalgos se han interpuesto en su favor; no ha habido remedio; ahora estarán roncando bajo los cerros.

— ¡ Es una infamia! Cuidado con las cabezas redondas de Flandes, prosiguieron los vecinos; la España se cansará al fin de ver sus riquezas malbaratadas por extranjeros! ¡ Nuestros privilegios son desconocidos! ¡ y en breve habrán dejado de existir en España!

— No hay nada sagrado, gritaba el monge con voz mas recia, desde que Toledo es ciudad cristiana, ¿ hace jamás visto que un extranjero, un mancebuto de veinte años, ocupase la primera silla episcopal del reino?

— ¡ Por Santiago, patron de España, añadió un valenton con talante aragones, mi buena espada no está destinada para servir á la tiranía y caprichos de un príncipe de Flandes ó de Austria!

En aquel instante nuestra ruidosa cuadrilla volvía la esquina de la plaza formada por el ángulo prolongado del muro del Alcázar, y entraba en la nueva calle, llamada entónces Gimenez; que baja hasta la orilla del Tajo.

— Sí, decia otra voz, y apretarán tanto la espuela á la mula que acabará por encabritarse.

— ¿ Quereis callar? interrumpió Lopez Cueva; ¿ olvidais que el condestable, con el pretexto de impedir que se renueven los desórdenes cometidos el año pasado, cuando los fuegos de san

Juan, tiene esta noche sobre las armas todas las tropas de la guarnición? Yo he encontrado ya dos patrullas del tercio de Aragón. ¡Ah! aguardad, al resplandor de este fuego, delante de la pequeña puerta del Alcázar, ¿no veis un centinela?... ¡Diantre! ¡y llama gente!

En efecto, muchos hombres armados y con librea del condestable se adelantaron hácia nuestros paisanos descontentos:

— ¡Hola! ¡vosotros! gritó el comandante de la patrulla; ¿qué teneis que disputar á estas horas? ¿Ignorais que estan prohibidas las reuniones?

— Señor capitán, se apresuró á contestar el barbero previsor, temiendo alguna baladronada por parte de sus compañeros; nosotros somos pacíficos habitantes del bajo de la ciudad, que nos retiramos á nuestro barrio, discutiendo algunas cosas como buenos vecinos; mil perdones si hemos podido turbar vuestro reposo, de lo cual tiene la culpa nuestro amigo Lorenzo, quien queria sostener á este reverendo, que con el día caloroso que hoy ha hecho, poco placer pueden dar estos fuegos á san Juan Bautista, por poco que el calor de las llamas llegue hasta él.

Esta agudeza fué acogida con estreptosas carcajadas.

— San Juan Bautista duerme á estas horas, replicó el gefe de la patrulla, con que así, id á hacer lo mismo. Ha tocado ya la campana de retiro, marchaos á vuestras casas sin el menor ruido, pues de otro modo, por vida de monseñor el condestable....

— ¡Por vida de monseñor el condestable! respondieron sordamente muchos de los vecinos; ¡mucho gallea el

soldado para los tiempos que corren!

— Y que, ¿nos cree tu condestable unos gallinas? dijo el fanfarron llevando la mano al puño de su largo espeton.

— Monseñor al ménos sabe hacer enjaular á los pájaros de vuestra calaña, cuando quieren cantar demasiado fuerte, contestó el hombre del condestable; y luego dijo volviéndose á los suyos: Agarrad á estos tunantes.

El tímido barbero no aguardó el fin de estas palabras; el miedo le dió tanta agilidad, que de un salto atravesó el fuego que empezaba á apagarse, con riesgo de quemarse las piernas, y al instante desapareció en la obscuridad. Sus compañeros, desanimados con su ejemplo, le siguieron al instante; nuestro mismo matasiete que con la espada en la mano hacia tan buena planta, viéndose abandonado de tal guisa, pensó, como hombre sensato, que debía reservar su valor para mejor ocasion, y poniendo el fuego entre él y sus adversarios, estuvo muy pronto fuera de su alcance.

Solo un hombre quedaba en el lugar de la escena, vestido con larga capa de paño oscuro, y cubierto con un sombrero sin penacho, de modo que no podian distinguirse sus facciones ni su porte. En el momento en que el aragones habia tomado la defensiva, se le habia visto acercar, y al resplandor de las ascuas los individuos de la patrulla habian creído ver que se disponia á socorrer á nuestro Aquiles abandonado, cuando este viéndose solo contra cinco valientes bien armados, juzgó muy á propósito, que lo mejor era evitar el combate. Entónces el misterioso personaje, léjos de imitar á nuestros temerosos ciudada-

nos, aparentó retroceder y volver á la plaza del Alcázar. El gefe de la patrulla adivinando su intencion, redobló el paso, y haciéndole rodear por su gente: «Rendíos, le dijo, toda resistencia es inútil.» Despues acercándose al desconocido: «¿Vuestra espada?»

—Yo soy hidalgo y caballero de san Jaime, contestó el incógnito en alta voz é irguiendo la cabeza, y que no sea el rey ó su condestable, nadie tiene derecho de pedírmela. Despues descubriendo su rostro al gefe de la partida: «Ya os seguiré,» añadió.

—¡Que! ¡sois vos señor don Juan! exclamó este en voz baja, y haciendo señal á los suyos para que se apartaran: «¿Qué dirá, continuó, monseñor el condestable, á quien las noticias de lo que ha ocurrido en la procesion le han indispuerto ya contra vos? huid, la oscuridad que hace os favorece.

—No, Moreno, lo he dicho delante tus camaradas por tí mismo. Debo seguirte, prosiguió el señor don Juan de Padilla; este será un medio tan bueno como otro cualquiera para penetrar en el Alcázar. Hace una hora que estoy dando vueltas al derredor del gran muro; tres veces he repetido nuestra señal debajo de la torre, pero en vano; pues aun no he apercibido ninguna luz en el oratorio de tu ama.

—No tiene ella la culpa si habeis tenido que aguardaros, porque su tio el condestable temiendo ciertos movimientos de los toledanos en favor de los presos, esta mañana ha prohibido á todos los habitantes del Alcázar, bajo las mas severas penas, que saliesen sin su permiso, de modo que me ha sido imposible cumplir con las órdenes de

mi señora doña María, que me habia encargado os digera no os presentaseis á los alrededores del Alcázar, porque estaban tomadas todas las avenidas.

—Nada temo, replica con calor el impetuoso jóven: Moreno, ya que mi buena estrella me ha conducido aquí, es preciso que vea á doña María, y que la hable, aunque me haya de costar la libertad y la vida. Una vez introducido en esta morada, con tu ayuda con mucha facilidad podré llegar hasta ella. Favoréceme pues, Moreno, tú que eres su servidor y el depositario de los secretos de nuestros corazones.

—Pero, señor, ¿preso dentro de esos muros, como podréis salir?

—¿Qué importa? la obscuridad, que en este mismo instante me decias podia favorecerme, me servirá mas tarde. Vamos, ven..... Y Padilla dirigiéndose hácia la pequeña puerta del Alcázar, arrastraba de tal suerte á Moreno, que si una luz hubiese de repente alumbrado la escena no hubiera distinguido la gente de la patrulla, cual de los dos era el preso.

—El mismo se mete en la boca del lobo, dijo Moreno para su capote, ¡insensato!... pero es demasiado pronto, el momento no ha llegado todavía.

Sin embargo entrando Moreno en el cuerpo de guardia recomendó el preso á la vigilancia de los hombres que estaban de servicio, á fin de que no sospecharan aparentando entretanto encender su linterna, y buscar en los bolsillos de sus altos calzones la llave de la puerta que daba en el interior del antiguo palacio; luego, haciendo señal á don Juan para que le siguiera, le condujo por un corredor obscuro á una de

aquellas salas bajas, destinadas en España para recibir los forasteros, á cuyo objeto, en todas las casas principales de aquella época tenian una de reserva, separada del fondo de la casa, y habitada únicamente por los dueños.

—Aguardadme ahí, señor don Juan, dijo Moreno: en este aposento, no llamaréis la atención de nadie; y para mas seguridad voy á llevarme la llave.

—Está bien, respondió el impaciente jóven; pero, en nombre del cielo, date prisa de avisar á doña María, y de buscar un medio de hacerme llegar hasta ella.

Moreno salió, y el enamorado caballero, á fin de tranquilizar su espíritu, se abandonó á las dulces ilusiones de su imaginación; pero su paciencia no tuvo mucho que sufrir, porque despues de algunos instantes, don Juan oyó resonar algunos pasos en el corredor. En aquel mismo instante se abrió la puerta, y muchos hombres armados se ofrecieron á sus sorprendidas miradas. Moreno, al frente de ellos, tomó la palabra: «Señor don Juan de Padilla, dijo, es preciso que nos sigais hasta la presencia de monseñor el condestable, que quiere interrogaros en persona.»

—¡Interrogarme! replicó don Juan con altivez; ¿y sobre qué?

—Monseñor no me ha dicho otra cosa, repuso Moreno; y haciendo un signo de inteligencia al preso: Venid sin tardanza. Despues llevándolo fuera del aposento: señor don Juan, añadió en voz baja, dejaos conducir.

—¿A donde me llevas? replicó este.

—A la habitacion del condestable.

—¿Es cierto lo que dices, Moreno? Pero explicame.....

—Señor don Juan, la explicacion es muy fácil; y despidiendo á los testigos importunos que les rodeaban: ahora que estamos solos, continuó Moreno, os la voy á dar entera y exacta. Vuestro arresto no ha podido quedar mucho tiempo secreto. Cuando los hombres de la patrulla han sido relevados por los soldados del segundo tercio de Aragon, se han dado mucha prisa en ir á contar las noticias en el interior del Alcázar: como suele suceder, de un mosquito, los fanfarrones han hecho un buey. Al instante se ha esparcido la noticia de que la puertecita casi habia sido derribada por una numerosa cuadrilla de paisanos, que habian sido rechazados con pérdida; que muchos se hallaban heridos, y que su gefe, despues de una vigorosa defensa, habia sido preso y conducido por mí á la prision del Alcázar. Todos estos rumores exagerados aun, pasando de boca en boca han llegado á los oidos del condestable, que me ha hecho llamar. ¿Que es lo que ha sucedido? me ha dicho: con qué, ¡algunos revoltosos han tentado de penetrar en el Castillo, y hacer escapar á Gil Mendo y sus compañeros! El gefe de los revoltosos está en vuestras manos, ¿cual es su nombre? —Antes de pronunciarlo, continuó Moreno, he querido restablecer la verdad de los hechos. —Bueno, ha dicho el condestable, ¿como se llama vuestro prisionero? —Entonces señor don Juan, os he nombrado; pero estad tranquilo, porque como no existe ningun cargo contra vos, mañana por la mañana seréis puesto en libertad. Una noche en un instante se pasa, y sobre todo cuando uno se encuentra bajo el

mismo techo que la muger á quien ama.

— ¡Oh! ¡si yo la pudiese ver y confiarle los tormentos de mi alma! contestó Don Juan. ¡Hallarme tan cerca de ella y no poderla hablar! Moreno, ahora es preciso que hagas valer la sutileza de tu ingenio. Por favor colma mis deseos, haz que esta noche tenga una entrevista con tu ama, y puedes contar nuevamente con nuestra gratitud.

— Sí, veréis á la señora, dijo Moreno despues de un momento de reflexion. Escuchad, señor caballero, vos sois mi prisionero, yo tendré pues que responder de vuestra persona.

— ¡Y bien!

— Despues de vuestra entrevista con el condestable, en vez de conduciros al aposento bajo, os haré atravesar el pequeño patio aislado en el cual se hallan las caballerizas de monseñor; luego por una escalera secreta os conduciré á mi aposento, el cual está situado, como debeis saberlo, no muy léjos del de mi ama, la señora doña María.

— Quisiera tener todo el oro de Mozuma para recompensar tus trabajos, exclamó el enamorado don Juan, apretándole afectuosamente la mano.

— ¡Oro! murmuró el orgulloso servidor. Pero, reprimiendo un gesto de desden: otra paga mejor obtendré, pensó él, si el cielo me ayuda.

Don Juan no apercibió la rápida contraccion de las facciones de Moreno: toda la atencion de nuestro héroe se hallaba concentrada en el extraordinario movimiento que habia en el grande patio del Alcázar, por donde pasaban en este momento los dos, quienes

veían que el rastrillo se cerraba detras de una compañía del segundo tercio de Aragon, que acababa de entrar en el castillo, y que se colocaban centinelas en los dos torreones que se elevaban sobre la puerta principal. Todas aquellas precauciones revelaban que el condestable no se creia seguro.

— Es preciso que haya alguna novedad, dijo Moreno, porque no creo que las exageradas noticias de nuestros fanfarrones sean la sola causa que ha determinado á monseñor á rodearse de todo este aparato de guerra. Hablando así, se dirigieron los dos prontamente hácia el cuerpo principal de forma irregular situado en medio del Alcázar, y entraron en una vasta sala octógona en donde la luna que acababa de triunfar del nublado que la obscurecia, proyectaba sus luminosos rayos por entre las claraboyas, haciendo brillar las partesanas y las espadas de la gente de la casa que se habia armado precipitadamente, y que dormia allí, echada sobre el enlosado, pronta á levantarse al primer grito de alarma. Moreno, tomando la derecha, hizo subir á su compañero la escalera tortuosa que conducia al primer piso, y atravesando varias piezas de muy buena apariencia, llegaron en fin á la puertecita del gabinete de monseñor el condestable. Moreno dió tres golpes, y obedeciendo la órden que le dió una voz salida del interior del aposento, abrió la puerta; y levantando el viejo tapiz de Brújas que tapaba la entrada, introdujo al caballero don Juan de Padilla.

Nuestro hidalgo sintió una violenta emocion, y cualquiera que se hubiese hallado en su lugar, hubiera esperi-

mentado la misma agitacion, no por temor ó cortedad, sino por el efecto de aquella impresion que produce sobre nosotros y á nuestro pesar la presencia de un hombre colocado en lugar eminente, cuando para inspirar mas respeto, los años han encanecido los pocos cabellos que han quedado en su calva frente, destrozos del tiempo que la gloria habia sabido reparar en el condestable, ciñendo sus sienes con los laureles cogidos en los cien combates en que se halló, ora en Andalucía, ora en Italia, ora en Navarra.

Don Iñigo de Velasco, gran condestable hereditario de Castilla, en su juventud, se habia hecho distinguir de sus soberanos Fernando é Isabel en las últimas guerras contra los moros, particularmente, en la célebre toma de Granada; habia tambien participado de los trofeos de Gonzalo de Córdoba, el gran Capitan, ayudándole á conservar al rey de Aragon los estados napolitanos, largo tiempo disputados por los reyes de Francia. Mas tarde, habiendo heredado de su padre el insigne cargo de condestable de Castilla, volvió á España. Otro género de gloria le aguardaba en su patria: en la cual vino á ser el alma de los consejos de Fernando, el Católico. Así fué que este príncipe le asoció al morir al Cardenal Ximenez para dirigir la nave del estado hasta la mayor edad del jóven don Carlos.

Ménos inflexible que el viejo arzobispo de Toledo, habia sabido durante la larga regencia de ese prelado adquirirse el aprecio de todos los partidos; aunque educado en los campos, sus palabras y espíritu eran siempre consiliadores. Gran condestable y consejero

de la corona, la defendió siempre con fidelidad, pero jamás tuvo por el poder real una condescendencia culpable ó contraria á los intereses y derechos de sus compatriotas. Descendiente de la noble familia de Velasco, una de las principales de las Castillas, en ningun tiempo desmintió su carácter de hidalgo, teniendo siempre presente, que si por una parte debia fidelidad á su monarca, por otra igualmente debia su socorro y su apoyo á la defensa de los privilegios de las diferentes órdenes del estado, que reunidas, constituian la nacion española: eran los verdaderos elementos de su prosperidad, los conservadores de sus libertades y los depositarios sagrados de aquel antiguo honor castellano tan celebrado por todos los pueblos. Así la eleccion de este gentilhomme fué la sola que mereció la aprobacion general, cuando Carlos V., despues de algunos meses de su advenimiento al solio de su imperio, le nombró al partir para Alemania miembro del nuevo consejo de regencia de Castilla y de Aragon, bajo la presidencia del cardenal Adriano de Utrech.

En aquella hora adelantada de la noche, el condestable velaba aun, reflexionando sobre los medios de calmar los ánimos, que estaban exasperados por la indeterminada ausencia del soberano, é irritados cada dia mas por los actos arbitrarios y los insolentes modales de los recién venidos flamencos, borguiñones y alemanes, que ocupaban los primeros puestos del estado, y querian doblegar bajo su yugo extranjero y tiránico el carácter patriótico y el natural indócil del español.

Don Inigo de Velasco, sentado en su gran poltrona forrada de un doble cuero de oriente, con el codo apoyado sobre una mesa de roble, parecia absorbido por los diversos papeles que tenia ante los ojos. Una lámpara con dentellones arabescos, suspendida en el centro de este gótico gabinete, alumbraba con sus rayos la frente respetable de este anciano, colocada directamente debajo del foco luminoso, mientras que en los ángulos del aposento, que se elevaban en arcadas, reinaba una obscuridad profunda. El reflejo plateado de su blanca barba, cayendo sobre un perpunte de terciopelo negro, aumentaba aun la nobleza de sus facciones venerables, componiendo de este modo uno de aquellos ilustres retratos que el genio de Van Dick supo errear en el siglo siguiente, en los cuales se vé, de un fondo oscuro, desprenderse una brillante figura llena de espresion y dignidad. Al ruido que hizo Moreno, el condestable levantó los ojos y dirigiéndolos hácia don Juan que permanecia á la entrada del aposento:

—¡Ah! sois vos, jóven descabezado, dijo con una voz cuyo acento era un poco irónico y mezclado de reprehension, mucho que hacer nos habeis dado este dia.

—Monseñor, contestó con altivez el caballero, no me es posible entender lo que quereis decir; solamente se que contra todo derecho he sido detenido por vuestra gente, cuando pasaba pacíficamente por la calle.

—¡Pacíficamente! ¡pacíficamente! interrumpió el anciano condestable meneando la cabeza, ¿y aquellos perturba-

dores, con quienes estabais? Señor don Juan, se está al corriente de vuestros hechos y hazañas, vuestro nombre apoya ciertas representaciones temerarias dirigidas á nuestro soberano, vuestro nombre resuena en todos los parages en que fermenta la sedicion; ¿ignorais acaso la severidad de las órdenes del emperador para impedir que se remuevan jamás las discordias civiles? ¿habeis olvidado, audaz, con que penas se castiga el crimen de rebelion?

—¡Yo, rebelde! exclamó don Juan, ¿y sois vos quien lo decís, señor condestable? ¿habeis olvidado la jornada del 11 abril de 1512? Yo contaba entonces diez y siete años, y hacia mis primeras armas en uno de los tercios de Castilla, que vos mandabais en aquella fatal batalla de Ravena; á pesar de nuestros esfuerzos los franceses habian obtenido la victoria, nos rodeaban ya por todas partes; y en aquel inminente peligro ¿quién supo defender el estandarte real, y salvarle de las manos de los enemigos? yo, señor condestable: y cuando todos nuestros gefes huian, que Pedro de Navarra acababa de ser hecho prisionero, que Raymundo de Cardona, el virey, se salvaba precipitadamente, ¿quién restableció el orden en la retirada? ¿quién supo conservar al rey Fernando los restos del ejército español que huia delante del duque de Nemours? mi abuelo, señor condestable, mi abuelo, don Pedro Lopez de Padilla, gran comendador de la orden de Calatrava, que pagó caro, ¡ay de mí! su rendimiento á su rey, porque herido de un lanzazo fué á espirar á vuestro lado al fin de aquella malhadada jornada.

— ¡Ay de mí! suspiró el anciano guerrero.

— Y aun, últimamente en Navarra de donde llego, prosiguió el ardiente jóven, ¿no he disipado una mayor parte de mi mediano patrimonio, para hacer la guerra á Andres de Lesparre, que con una gran partida de franceses, queria apoderarse de Pamplona? Pero si á imitacion de mis abuelos, he servido siempre con fidelidad á mi rey, igualmente he aprendido de ellos que todo noble español se debía tambien á su patria, y que hasta el mismo rey de España, se debe á la España. No se pues, como he podido desmerecer del concepto de don Carlos firmando una esposicion muy respetuosa, testimonio de los lamentos de todos aquellos en cuyo corazón late la antigua sangre española, cuando ven que su soberano se aleja de su patria, abandonándoles al yugo, siempre insufrible, de regentes extranjeros.

— Reprimiós, gritó el condestable, levantándose de su poltrona, ¡en mi presencia usar semejante lenguaje! ¿olvidais que soy miembro del consejo de regencia, y que vos sois súbdito de don Carlos, rey de España?

— Se, interrumpió el impetuoso Padilla, todo el respeto que debo al condestable de Castilla; ¿pero seria faltar á él abandonarse en su presencia al mismo arranque patriótico que aquel de que se sintió animado Gonzalez Velasco en presencia del rey Alfonso X? ¿soy acaso un vasallo ménos bueno y ménos fiel, que vuestro abuelo, que fué quien logró persuadir á su soberano, que rehusara el vano título de emperador para conservarse todo entero

á su bello reyno de las Castillas? ¿Es rebelde el que quiere ilustrar el espíritu del monarca sobre las necesidades de los pueblos cuyo gobierno le está confiado, y descubrirle hasta las exigencias de su amor á su persona, para que él las pague á su vez con un recíproco afecto? Los vasallos desleales son los que rodean al príncipe y que por una condescendencia culpable, ó por una eriminal perfidia le guían por caminos estraviados, impidiendo de este modo que la verdad llegue hasta él; ¡Desleales son estos miembros de las córtés, indignos representantes de la nación, aduladores sucesivamente del rey y del pueblo, y que débiles ó pusilánimes, acababan por ceder á las exigencias del más fuerte, y por irritar uno contra otro, al pueblo y al rey, á quienes quisieron gobernar!

La voz varonil y sonora de don Juan vibraba entónces como todo acento que parte del corazón. A medida que hablaba, sus bigotes negros parecian erizarse sobre su agitado labio, sus grandes ojos centelleaban cual fuego ardiente, su cejas ligeramente torcidas se encogian con fuerza, su frente naturalmente elevada se le habia hecho aun mas atrás, en todas sus facciones en fin, se veian pintadas la conviccion y el entusiasmo. Las palabras de Padilla arrastraban de tal modo el convencimiento, y eran tan seductoras para un noble corazón español, como el de don Iñigo de Velasco, que el anciano le escuchaba sin interrumpirle; pero hábil, despues de haber pasado tantos años en la corte, en reprimir las inclinaciones de su alma, supo dominarse bastante para no dejar ver en su fionso-

mía los sentimientos que luchaban en su interior, y con voz severa :

—Lo veo con sentimiento, dijo, paseándose por la sala para ocultar mejor su agitacion, lo que me revelan estos despachos es cierto por desgracia: la sublevacion de los habitantes de Segovia no os es ignorada, y el asesinato de don Mateo de Tordesillas, su diputado.....

—¿Qué decís? interrumpió don Juan; yo he podido como á buen español vituperar su conducta en la última reunion de córtes, he podido ver no sin dolor que sacrificaba con mucha facilidad los intereses de sus conciudadanos á los caprichos de la corte; pero ser cómplice de su muerte, señor condestable, os juro á fé de caballero, que estoy inocente de semejante asesinato; y en cuanto á la sublevacion de Segovia, la primera noticia que de ella tengo, es la que vos mismo me habeis dado en este instante.

—Puede que sea así, repuso el condestable; sin embargo si creo el contenido de estos partes, vuestro nombre ha resonado en lo mas fuerte de la sublevacion; los rebeldes os designaban como uno de los gefes que debian conducirlos.

—Pero estas noticias tan precipitadamente enviadas no hacen prueba.

—Si, continuó el señor Velasco, si vuestra conducta de esta mañana, y vuestro arresto de esta noche en medio de una cuadrilla de agitadores no viniese á confirmar esta inculpacion contra vos; por consiguiente, señor caballero, tened á bien que me asegure de vuestra persona hasta tanto que Segovia se haya sometido á la autoridad

real, y que todo fermento de discordia sea estinguido en Toledo: os quedaréis pues en el Alcázar bajo mi propia vigilancia; fuera de esto, yo tendré cuidado que vuestro cautiverio no sea muy riguroso, y encargo á Moreno que está presente, os guarde todos los miramientos y atenciones debidas á vuestra clase.

Pero don Juan no conteniendo ya su indignacion:—Lo repito, señor condestable, esto que haceis es injusto, ¡y temed con tales violencias!...

—¡Amenazas, señor! interrumpió el condestable; ¿olvidais que sois mi prisionero? Despues bajando la voz para dulcificar el efecto de sus palabras: señor don Juan de Padilla, añadió, en nombre del emperador Cárlos V, vuestro señor y el mio, entregadme vuestra espada!

—Héla ahí, señor, dijo el jóven caballero, entregándola al condestable, hasta el presente solo la he desenvainado por el servicio del rey, y es en su nombre, añadió con tono triste, que ahora me la quitan; ¡desgraciados los que se constituyen intérpretes imprudentes de su voluntad! sobre ellos solos pesará la responsabilidad del porvenir!

—Caballero, interrumpió el señor Velasco, mi paciencia al fin se apura...

—¡Qué me importa! gritó don Juan en el colmo de su irritacion; ¡pedir la espada de un gentilhomme cuando no la ha desvirtuado, es despojarlo de su honor! Señor condestable, lo cargo sobre vuestra conciencia; si en nombre del rey me quitais mi buena espada, ¡temed que la patria ciña otra á mi lado!

Durante esta violenta conversacion, Moreno habia permanecido retirado; olvidado en la sombra, no se daba ninguna pena en disimular la alegría que parecia le causaba la escena que acababa de presenciar; por otra parte, en medio de tan acalorados debates no debia temer la atencion de nadie. Con un signo que le hizo el condestable se acercó:

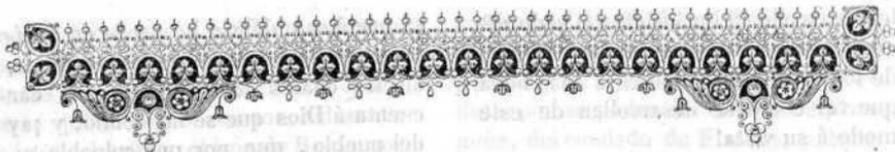
—Conducid, le dijo este, al señor don Juan de Padilla, no al calabozo donde están los otros presos, sino á un apo-

sento decente y seguro á la vez: vos me responderéis de su persona.

Moreno obedeció en silencio, y murmurando algunas palabras al oido del caballero, lo llevó fuera del gabinete.

Viéndole apartarse:—¡Valiente joven! dijo entre sí don Iñigo de Velasco; ¡ah! ¿porqué el emperador abandona su verdadero reino, y no prefiere gobernar por sí mismo á estos nobles hijos de Castilla, que confiarlos al cuidado de ministros extranjeros é impopulares?





PANORAMA HISTÓRICO.

II.

¡Qué corazón late con mas fuerza, qué imaginación seducida por mil brillantes narraciones de una época toda llena de poesía, no ofrece al alma un campo mas vasto á sus desvaríos, y al análisis del espíritu un objeto mas fecundo en grandes resultados, cuando colocado uno en la cúpula del imponente monumento de la historia, dirige la vista á aquellos años gloriosos que terminan la grande epopeya caballeresca

de la edad media, y que pueden servir á la vez de época determinada desde la cual se debe datar la era de las constituciones modernas de las diversas sociedades de la Europa!

Observador colocado sobre una elevada torre, parece que vuelto hácia el oriente, á los primeros rayos del alba, se complace uno en ver en el horizonte como el globo luminoso del sol crece por grados. En efecto, conyenga el

lector en ello, ¿el principio del siglo décimo sexto no es el verdadero tiempo de los prestigios? ¡Qué cosa mas bella que ver como se desarrollan de este modo á su vista!

Ved ahí la Francia que orgullosa, como una jóven desposada de sus atavíos, muestra soberbia y con complacencia los nuevos productos de sus artes, y las recientes obras de su genio. En medio de la corte de su caballero rey, arde y se anima el sacro fuego que Francisco 1.^o acaba de tomar del foco del cual la Italia es la antigua depositaria. Pero felizmente para ella, nuestra patria conserva aun las virtudes generosas y las francas instituciones de nuestros padres. La luz del medio dia la ilumina sin consumirla; las costumbres de la nacion se han suavizado; pero su noble carácter, tan templado como el acero de armadura, en nada se ha alterado bajo el moho de una civilizacion, que con el tiempo puede siempre descomponer los elementos mas bien combinados, si no se pone remedio á los males producidos por sus gérmenes perniciosos, y si no se velan sin cesar sus peligrosos progresos.

Pero la Inglaterra llama tambien nuestra atencion: ¿la veis como se desvia del verdadero camino, y sigue ciegamente á su rey, ó mejor á su tirano, aun mas ciego que ella, porque mil pasiones atormentan el corazon de Henrique Tudor y ponen una venda á los ojos de su inteligencia? Pueblo y rey parecen no obstante marchar al resplandor de una nueva luz, ¿pero es pura esta luz, cuando solo es el choque de las pasiones brutales del soberano que la produce? Desgraciado el monarca que en

su orgulloso delirio no vacila en comprometer la salvacion de tantas almas, de las cuales deberá algun dia dar cuenta á Dios que se las confi6, y ¡ay del pueblo, que por una culpable sumision hace mercado de su conciencia y se arriesga á una mera insinuacion de su rey, en la senda del error; en donde el ánimo fatigado á la vista de mil caminos que sin cesar se cruzan ante él, nunca puede alcanzar el puerto seguro á que se dirige!

En el fondo de un claustro de Alemania aparece tambien el primer fermento de un metéoro peligroso, que en pocos instantes debe deslumbrar el mundo y marchar al traves de todos los pueblos, dejando sus huellas señaladas con un sin número de desastres. Pero no es esto lo que en este momento debe llamar vuestra atencion, es sí la pompa fastuosa que se prepara en Aix-la-Chapelle para la coronacion del nuevo emperador. La fria y meditabunda Alemania se ha vestido de gala y aguarda con impaciencia al jóven príncipe que acaba de preferir á sus dos rivales, Francisco 1.^o de Francia, y Henrique VIII de Inglaterra.

La Italia se ocupa tambien de una ceremonia en que el sucesor de los césares verá consagrar su poder por la uncion religiosa; la mayor parte del sacro colegio asistirá por haberlo ordenado así el soberano pontífice, porque en su política la Santa Sede ha pensado que era preciso ganar con prontitud el espíritu del emperador Carlos V, y predisponerlo á luchar contra la nueva heregía que empieza á levantar la cabeza. No obstante, á pesar de la tormenta que parecía tronar al res-

dedor del Vaticano, León X, mas deseoso de parecer á los ojos de sus contemporáneos el protector de las artes y de las letras que el digno sucesor del santo apóstol, el primer obispo de Roma, solo piensa en los medios de acabar la sublime basilica de san Pedro, fundada por Julio II, su predecesor. Durante su pontificado, la Italia es una tierra de prodigios, pero ¡cuan cara paga su brillantez! porque, si Leon de Médicis trabaja con ardor para hacer su nombre inmortal, como por asegurar al mismo tiempo para el porvenir el cetro del genio de las artes en manos de sus compatriotas, no consigue volver la paz y la felicidad á la desgraciada Italia, que por largo tiempo ha sufrido el azote de las guerras civiles y extranjeras; objeto de la codicia de los soberanos sus vecinos, este bello país ha perdido toda esperanza de defender su independencia contra aquellos. ¡Ay! no es bastante para él haber sobrevivido á las discordias de los Guelfos y Gibelinos, haber luchado con ventaja durante siglos enteros contra la invasion de los emperadores de Alemania, y recientemente de haber resistido tambien las pretensiones rivales de Fernando de Aragon, y de Carlos VIII, despues de Luis XII de Francia los cuales se disputaban su posesion. Llegó el tiempo en que debe doblar la cerviz, y ya no le queda ahora otro recurso que la triste eleccion de un dueño entre Francisco I.º rey de Francia, y don Carlos, el nuevo emperador. Pero ya se prevé de antemano, el diestro don Carlos prevalecerá tambien esta vez sobre su valeroso competidor. Pues, ¿hay acaso un monarca mas poderoso que el hijo pri-

mogénito del archiduque Felipe y de la princesa Juana, hija de Fernando de Aragon y de Isabel de Castilla? Here-dero por su padre del ducado de Borgoña, del condado de Flandes, y de la soberanía de los estados de la casa de Austria, cuya influencia acaba de elevarlo al imperio de Alemania; por su madre tambien se vé llamado á reinar en mas vastos países. Hernan Cortés el mas aventurado de los capitanes, ha sometido en este momento á sus leyes el nuevo mundo descubierto por Colon en el reinado precedente; sus derechos sobre el reino de Nápoles son despues de largos debates, reconocidos por el Santo Padre que recientemente le ha dado la investidura de las mas bellas provincias italianas; su pabellon ondea sobre las costas de África; y en fin en su cabeza está colocada la corona real de las Españas, que es la mas hermosa de entre todas las que ciñen su frente tan sobrecargada de honores. Contemplad tambien como este soberbio monarca se complace en su poder. A despecho de sus súbditos, y de los reyes á él iguales en dignidad, él solo en el mundo acaba de arrogarse hace dos meses el pomposo título de magestad. Pero ¿quién podria rehusar esta calificacion insigne al soberano cuyos estados tienen tanta estension, que se le oye decir con orgullo, que el sol jamás se pone en su imperio?

Sin embargo, ¿qué importa á los navarros, á los castellanos y á los aragoneses obedecer á un rey tan poderoso en territorio, si nunca pueden ver la mano que les gobierna, si su patria se vé reducida á la triste condicion de una modesta provincia del

inmenso reino de Carlos V., y sobre todo en fin, se deben verse despojados de sus antiguos privilegios, de los cuales tienen muchísima razon de estar celosos, porque plebeyos, clase media y caballeros, todos, desde Pelayo, los han bien y debidamente adquirido con su sangre reconquistando palmo á palmo su pais de la dominacion de los moros? Y si don Carlos en este momento es el rey de todas las Españas, no lo debe tanto al valor, como al fiero é independiente natural de la nacion española que en todos tiempos rechazando la dominacion estrangera, combatió sin descanso á los musulmanes por espacio de seis siglos, bajo la direccion de los gefes que ella misma se eligiera entónces, y á los descendientes de los cuales confirió despues, por su libre voluntad, la suprema autoridad real.

Y así los castellanos ó los aragoneses del siglo décimo sexto al mismo tiempo que servian bien á sus soberanos, no estaban ménos orgullosos con sus libertades y sus derechos, ni vigilaban ménos por su conservacion que sus antepasados en tiempo del rey Alfonso VI., cuando el famoso Cid de Bivar hizo jurar á este monarca, sobre un cerrojo de hierro colocado encima de una ballesta de madera y teniendo encima un crucifijo, que respetaria los privilegios de los nobles y las inmunidades de los pueblos. Recibido este juramento, él le prestó á su vez obediencia en nombre de sus conciudadanos, y luego se fué á Castilla á sitiar y tomar el castillo de Rueda, cuyo ataque habia diferido hasta que se hubiese jurado el pacto sacrosanto entre el rey y sus fieles súbditos.

Pero observemos con atencion el carácter del catalan, y bajo su aparente ligereza le encontraremos dispuesto siempre á desenvainar la espada para conservar sus fueros, tal como lo hicieron sus padres en el siglo pasado, cuando cansados de las exigencias sin número de Juan II de Aragon, juzgaron conveniente con su famosa leva de escuderos del año 1462 resistir á las injustas pretensiones de aquel monarca y enseñarle así, que los pueblos y los reyes tienen igualmente derechos, y que interesa á unos y otros que se respeten recíprocamente.

Sobre todo que el poder real se guarde de atentar á los legítimos privilegios de los hijos de Vizcaya y de Alava, por los cuales tienen el derecho de elegirse los diez y siete miembros de los diversos ayuntamientos ó municipalidades que les administran, escogiendo siempre de entre la nobleza los cinco primeros dignatarios municipales, y los doce restantes de entre el pueblo, y probando su descendencia de sangre vizcaina tienen tambien el derecho de gozar de las inmunidades de la nobleza en toda la estension de las Españas, en donde por su desgracia la corona aprendiera tal vez, que no en valde los miembros de los estamentos de estos paises, antes de reunirse bajo el árbol de Guérnica, pronuncian en lo mas religioso del santuario, sobre una cuchilla clavada en la pared, este formidable juramento: «¡Quiero que con esta cuchilla me corten la garganta, si no defendiendo los fueros del pais!»

Puede tambien que los pueblos de los treinta y cinco valles de Navarra opondrian mas vigorosa resistencia á

Las audaces tentativas de sus vecinos de Francia, si en este momento no temiesen aun mas por parte del emperador Carlos V, que del rey de Francia Francisco 1.º la usurpacion de estos fueros, que les dan el derecho de tasarse ellos mismos y votar libremente sus impuestos, como igualmente velar solos por la defensa de su territorio sin necesidad del incómodo concurso de guarniciones extranjeras.

Y el castellano, porque si bien se acaba de verle durante estos últimos años derramar su sangre en servicio de su reina Isabel ó de Fernando el Católico, no se crea por eso que la grande leccion popular de 1463 le haya salido de la memoria; que no se les busque demasiado el cuerpo, porque podria costar caro al soberano que lo intentara: la llanura de Ávila atestigua aun la pública degradacion del indigno Henrique IV. Su sombra sin cetro y sin corona no ha cesado de aparecer á los ojos de la nueva generacion que lee sin disgusto en la frente del espectro real la sentencia de su deposicion, tal como la pronunció el arzobispo de Toledo, miéntras que los pecheros, los hidalgos y los ricos-homes palmoteaban al escucharle.

En cuanto al aragones, su altivez ha llegado á ser proverbial; ¿y no la tiene con razon? Asístase á una de aquellas asambleas de córtes, que hasta el reinado de Fernando el Católico se celebraban todos los años en la real ciudad de Zaragoza. Ved como se adelantan en la antigua catedral y se colocan en la nave los diputados que el clero, la nobleza y el pueblo, han enviado para defender á la vez sus de-

rechos particulares y sus comunes intereses. Allí, todas las órdenes estan revestidas de un formidable veto; ni la paz ni la guerra pueden hacerse sin su aprobacion, como tampoco podria acuñarse nueva moneda, ni imponerse nuevos subsidios sin su consentimiento. Llega el fin de estos importantes debates, y entónces es cuando la junta nacional redobla su prevision. Mirad con que imponente magestad las tres órdenes proceden al nombramiento del justicia; en la eleccion de cuyo alto magistrado deben obrar con mucho tino, porque á la vez es el juez supremo, el depositario de las libertades públicas, y el representante de la nacion en el consejo del soberano, durante el intervalo que separa cada reunion de córtes. Alto dignatario del pueblo, el justicia reasume en su persona todos los poderes de los estados; el justicia es en cierto modo el reino de Aragon personificado para ilustrar y vigilar al mismo tiempo al soberano. Así es, que ninguna dignidad es mas acatada por todos, ni mas deseada de los infanzones, ó hidalgos de alto linage, de cuyo noble rango se elige siempre este insigne magistrado. Pero en el advenimiento de los nuevos reyes es sobre todo cuando esta dignidad eclipsa á todas las otras, porque entónces, en nombre de las tres órdenes que constituyen la nacion aragonesa, se adelanta el justicia ante el monarca con la cabeza cubierta, diciéndole en alta é inteligible voz: «Nos «que cada uno somos tanto como vos «y juntos mas que vos, prometemos «obediencia á vuestro gobierno, si sostenéis nuestros derechos y nuestros

«privilegios, y sinó, non!»

Ahora que ya se conoce el natural varonil y generoso de los pueblos á los cuales se veía don Cárlos llamado á gobernar, convéngase que haria mejor permanecer en España, y procurar allí modificar lo que instituciones acaso demasiado independientes ofrezcan de embarazoso á la accion del poder soberano y perjudicial á la prosperidad pública, en vez de querer mudar el carácter de los habitantes y las constituciones del pais. Mas fácil seria verdaderamente arrasar las numerosas sierras que dominan la España y allanar por todas partes su suelo montañoso. ¡Proyecto insensato! ¿No ha aprendido pues de su ayo, si el señor de Chièvres es tan hábil político como se dice en la corte de Austria, que solo el ser que resiste puede servir de apoyo? y en su orgulloso pensamiento de querer descollar sobre una multitud de vasallos, todos igualmente pequeños en parangon de su grandeza, que reflexione á lo ménos, que se aísla de tal modo, que su trono pribado así de base y de sosten queda mas espuesto al embate de las tempestades, y que su dinastía acabando por ser estrangera á los intereses nacionales, corre muchísimo riesgo de no encontrar mas simpatías en su favor, por poco que el viento de la desgracia sople sobre ella.

Pero, ¿cual es el vasallo ó príncipe de veinte años que se afana para dirigir sus miradas á través del horizonte brumoso de los siglos, mayormente cuando la fortuna parece sonreír á su juventud, á la cual rodea la pérfida de toda la ilusion de su encanto, y que por pedestal á la gloria de su favorito,

acumula trono sobre trono, guarneciéndolo los escalones de ellos con una multitud de aduladores para mejor cegar al mortal, objeto de sus cuidados y de sus peligrosos beneficios?

Por lo tanto no debemos admirarnos si el jóven don Cárlos, por mas dotado que esté de una penetracion superior á su edad, no haya podido ver desde algunos años acá sin quedar deslumbrado, caberle en herencia tantos poderosos reinos, señaladamente ahora que por colmo de su feliz destino, acaba de suceder á su abuelo Maximiliano 1.^o en el trono de los céesares; y el censor juicioso que quiera tomarse la pena de estudiar aquellos tiempos difíciles, hallará tal vez que no tan digno de vituperio fué el jóven emperador como los pérfidos consejeros que atendiendo solamente á sus intereses personales, estraviaron sus primeros pasos en aquel mundo al cual era llamado á gobernar.

Sí, creedme nobles hijos de la antigua España, á esos hombres solamente debeis inculpar la prolongada ausencia de vuestro tan querido soberano. Sí en 1513 al fallecer su abuelo Fernando, no se trasladó al mismo instante en medio de vosotros, como en vuestro nombre se lo suplicaba el cardenal Ximenes, fué porque astutos estrangeros engañaban su jóven espíritu, y le guardaban en sus opulentas ciudades de Flandes.

Pero tambien bravos castellanos, y vosotros fieros aragoneses, obrásteis como hombres sensatos, cuando por la vez primera consentísteis en derogar vuestros antiguos usos, reconociendo por rey á Cárlos de Austria, sin

embargo de que aun pisaba terreno extranjero, pues de la ciudad de Gand es de donde él dató los primeros dias de su reinado sobre las Españas; al mismo tiempo, loor á vuestra fidelidad, porque os mostrásteis súbditos leales y fuertes, defendiendo los derechos del desgraciado, y no permitiendo que nadie atentase al respeto y sumision debidos á Juana, vuestra apreciada reina, á pesar de la turbacion de su mente, de la cual esperabais de dia en dia un dichoso restablecimiento. Indignos son los que persuadieron á su hijo Cárlos V borrase el real nombre de su madre de los actos del gobierno, y gloria á vosotros, leales castellanos, que queriais aun que la justicia se administrase en nombre de aquella cuyo advenimiento al trono en que sucedia á su madre Isabel, saludásteis con entusiasmo diez y seis años hacia, y cuya sagrada herencia supísteis proteger mas tarde contra los ataques ambiciosos de su padre, Fernando de Aragon.

Pero, el que no ha sabido enseñar á respetar los derechos de una madre, ¿tendrá mas miramientos para con los de las naciones? Culpable en extremo fué la conducta de Guillermo de Croi, señor de Chièvres en el país de Hainault. Este hombre de un saber profundo, pero de costumbres demasiado fáciles, y de un corazon muy interesado para el preceptor de un monarca, detenia él mismo en Flandes á su real discípulo, y solo pensaba instruirle en la teoría de los negocios públicos, y en los secretos de la política del tiempo, olvidando que la primera ciencia de un soberano es conocer bien los

pueblos sobre los cuales debe reinar, y que sus principales miras deben dirigirse hacerse popular á sus ojos é yendo á habitar en medio de sus súbditos.

Con todo el cardenal Ximenes, representante de España, elegido por Fernando de Aragon, instaba con tanto calor en nombre de sus compatriotas, que el jóven monarca accedió á sus ruegos, desembarcó en Villaviciosa, y á principios del año 1518 verificó su entrada en Valladolid con grande pompa, rodeado de un enjambre de cortesanos que con él habian llegado de Flandes. Un lugar, sin embargo estaba vacío á su lado, y todo español conocia bien que era el del santo arzobispo de Toledo, que acababa de morir en desgracia de su soberano por haber osado suplicarle alejase de su real persona á todos aquellos espendedores extranjeros; pero en desquite, fué tan venerado de sus conciudadanos, que con razon le canonizaron casi en su lecho mortuorio, por causa de su celoso patriotismo, porque el verdadero patriotismo tiene tambien sus reliquias, como la religion del cielo.

Júzgase como debia obscurecerse entónces el semblante naturalmente sombrío de los españoles, cuando vieron caer sobre su país todas aquellas aves de rapiña del norte. Desgraciadamente su presentimiento era muy fundado. Así fué que en esta primera asamblea celebrada en Valladolid, se confirió el título de rey á Cárlos, bajo la condieion de que su nombre seria colocado en los actos públicos enseguida del de su madre; y las córtès le votaron un donativo gratuito de 600,000

ducados. Pero, á últimos del año 1519, el rey Cárlos olvidaba ya sus promesas; pues que solo en su nombre quería gobernar, y el señor de Croi, la señora de Chièvres, su esposa, el Salvage de Bruselas, el astuto La Chau y todos los recién venidos de Flandes habían delapidado ya los 600,000 ducados, y repartiéndose entre sí los honores, empleos y beneficios más importantes del estado. El afortunado Salvage era canciller de Castilla, y como á tal presidia las asambleas del reino. Guillermo de Croi, sobrino de Chièvres, jóven lampiño, compañero de recreo de don Cárlos, acababa de ser revestido de la primera dignidad episcopal de las Españas, sucediendo así al venerable Ximenes, en el arzobispado de Toledo: á pesar de que era de origen extranjero y que su débil salud ó mas bien su natural voluptuoso le impedía dejar su ciudad de Gand é ir á tomar posesion de aquella silla eminente, prefería sin embargo el jóven afeinado disipar las inmensas rentas en bagatelas de todo género al seno de su país, á emplearlas en buenas obras en su ciudad metropolitana.

¡Caiga también la afrenta sobre todos esos codiciosos consejeros que precipitan al jóven monarca en esta senda cuya dirección peligrosa no percibirá tal vez hasta muy tarde! Pero el destino, como los hombres, parece también querer deslumbrar su razón, porque hed ahí al mismo conde Palatino al frente de los más brillantes hidalgos de Alemania, que entra en Valladolid, y viene en nombre de la dieta, á ofrecer la corona imperial á don Cárlos, instándole para que parta á

Aix-la-Chapelle. En esta ciudad es donde el nuevo César debe ser reconocido de los electores: si no va á hacerse coronar allí públicamente, su autoridad será nula, y todo acto de jurisdicción de su parte será desconocido. Así lo ordenan las constituciones germánicas.

Este aumento de extranjeros acaba de indisponer á los españoles: el rey de todos no es el rey que ellos prefieren, porque su corazón fué siempre zeloso de su príncipe como de su querida. Pero en vano quisieran oponerse á que don Cárlos acepte, porque el pomposo título de emperador tiene demasiados atractivos para que el orgulloso jóven lo rehuse. A los enviados de Alemania se unen los cortesanos de Flandes, para arrancar el príncipe á la España. Miétras tanto un obstáculo en este momento se atraviesa en su proyecto; pues que para partir, y sobre todo para aparecer cual corresponde ante aquella asamblea de soberanos reunidos en Aix-la-Chapelle, se necesita dinero, y los insensatos han vivido tan bien por espacio de diez y ocho meses, que nada les queda ya de los 600,000 ducados. «Convocad las cortes, dicen entónces al rey don Cárlos, pero no en vuestra ciudad de Valladolid, porque es hostil á vuestro gobierno, pero sí á Compostela: haced renacer la antigua costumbre, que sea en Galicia, en la iglesia de Santiago. Allí, al extremo de la España dominaréis mejor esas cortes turbulentas, y sacaréis mejor partido de los diputados sediciosos, cuando se verán aislados y sin el apoyo de las provincias.»

«Luego, sin más tardar, el edicto del

rey es al instante proclamado en toda España, anunciando la nueva convocacion de los estados en Compostela. Esta última violacion de las costumbres pone el colmo al descontento nacional; la mayor parte de las principales ciudades rehusan enviar representantes á aquella junta impopular, contra la cual protestan Valencia, Toledo, Salamanca y Valladolid, elevando representaciones respetuosas al soberano que permanece sordo á su language. Ahora que el monarca ha tomado su determinacion, debe sostenerla. Por otra parte, á los ojos de los flamencos y de los alemanes, toda concesion es un acto de debilidad que debe evitarse. Don Cárlos continua pues su marcha no sin trabajo, hasta Compostela.

A pesar del ejemplo dado por las principales ciudades, muchos diputados se han presentado sin embargo en esta ciudad. Entónces es cuando por primera vez el jóven soberano pone en práctica esa destresa y esa fina política que hace el fondo de su carácter, y que las lecciones de Chièvres su preceptor han contribuido á desenvolver en él. Despues tambien, gracias á las maneras insidiosas de los flamencos, á cierto dinero hábilmente distribuido, y al temor que tienen los mismos miembros de las córtes, de suscitar grandes desgracias á su patria con una oposicion tenaz, se votan de nuevo subsidios considerables. Pocos instantes bastan á los codiciosos agentes del príncipe para hacerlos entrar en el real tesoro; y luego sin perder un momento de tan precioso tiempo, es tanta la prisa que tiene Cárlos V así como su séquito de dejar la España cuya exasperacion no

puede ménos de temer, que parte al momento, acompañado de todos sus cortesanos de Alemania y de Flandes, haciéndose á la vela el día 22 de mayo del año 1520.

Pero, aun cuando Cárlos se halla ya seguro en Alemania, no por eso deja de estar el fuego próximo á la mina que amenaza hacer esplosion, la cual puede ser llegue á conmovier hasta el mismo jóven rey de España, desde cuya partida, un mes hace, siniestros rumores anuncian próximos trastornos. Todo enfin hace presagiar que el consejo de regencia tendrá trabajo en conjurar la borrasca, si el consejo mismo no sucumbe en medio del desórden. Es preciso convenir tambien que don Cárlos afecta demasiado elevarse segregándose de las simpatías y de las opiniones de los españoles, porque ese consejo de regencia, al cual acaba de confiar el egercicio del poder soberano durante su ausencia, ¿se halla compuesto de miembros escogidos de entre el clero, la nobleza y el pueblo, tal como lo previene espresamente la constitucion nacional? De ningun modo. El flamenco, al contrario, tiene en él gran mayoría.

El presidente es el cardenal Adriano de Utrecht. El carácter de ese virtuoso prelado es en verdad apasible, casi tímido y enemigo de toda tiranía; pero el hijo de un carnicero de Holanda no puede convenir al eminente puesto de regente de España. Cerca de él se sienta Salvage, el astuto La Chau y el inflexible Almerstof, todos ellos obgeto de la animadversacion pública. Los solos cuya eleccion ha merecido la aprobacion general, son don Iñigo de Velasco, gran condesta-

ble, y don Federico Henriquez, gran almirante de Castilla. Pero estos dos nobles caballeros no pueden calmar la indignacion universal que se han atraido sus cólegas estrangeros; y como ordinariamente sucede, es de temer que en el odio que se tiene á los ministros, no se confunda tambien al poder real.

A cada instante la irritacion popular hace nuevos progresos. Quince días hace que la ciudad de Valencia ha sido la primera en dar la señal; su alcalde mayor habia publicado un edicto del gobierno, al instante le acusan de parcialidad para con el consejo de regencia, se amparan de su persona, y le matan, creyendo hacer un acto de buena justicia. Desde entónces el conde de Melito, virey de Valencia, no cesa de andar en dimes y diretes con los habitantes, los cuales no guardan ya ningun respeto á su autoridad. Y ocho días hace, cualquiera que se hubiese hallado en Córdoba, en Sevilla ó en Toro, hubiera podido juzgar hasta que extremo puede llegar el furor de la muchedumbre. Los habitantes de esas diversas ciudades, mal contentos ya de que sus diputados enviados á Compostela hubiesen formado parte de la mayoría de las córtes que han votado por el gobierno, se han abandonado á una exasperacion estrema, sabiendo que estos infieles mandatarios osaban venir á presentarse ante ellos. Los mas atrevidos de entre los ciudadanos, llevados de su indignacion, han corrido á la habitacion de estos representantes que se habian hecho odiosos, los cuales advertidos con tiempo, por fortuna han podido sustraerse de la triste suer-

te que no pudo evitar el alcalde de Valencia. Dichosos todavía de no costarles la fiesta mas que ver de lejos su efigie ahorcada en un patíbulo, las ruinas de sus casas destruidas, cubriendo el suelo, y elevarse las llamas de en medio de sus muebles y efectos amontonados en una hoguera ardiente. Pero por mas infortunados que sean en este momento, les queda á lo ménos el consuelo de confiar que el poder real les recompensará mas tarde de lo que han tenido que sufrir en este instante por su causa.

Mas desdichado ha sido el destino de don Mateo Tordesillas quien ha venido á ser víctima de su doble adhesion á su rey y á su patria. En Compostela su primer cuidado habia sido desde luego defender los intereses de la España, despues creyó de su deber satisfacer en parte las demandas de la corte con la laudable intencion de impedir de este modo todo rompimiento peligroso, pero esta conducta sabia y moderada no fué comprendida de sus conciudadanos: en el día de la efervescencia popular, la imparcialidad no es mas una virtud, es un crimen, al contrario, del cual se acusa al hombre honrado que quiere prevalecerse de ella. Y así mejor hubiera hecho Mateo Tordesillas si hubiese remitido á un tiempo mas oportuno la relacion de la conducta que habia observado en la asamblea de córtes; pero él que nada temia, con el candor del justo, se presenta ante una multitud cegada por la pasion; quiere hablar, pero al instante mil voces ofuscan la suya; «¡Está vendido á la corte! ¡ha vendido á su patria! ¡muera Tordesillas!» gritan por

todas partes. La antigua catedral de Segovia solo ofrece desórdenes y confusión. Mateo Tordesillas es arrojado abajo del púlpito al cual había subido, y manos sanguinarias siempre numerosas por entre el pueblo sublevado, le arrancan la vida y hacen pedazos de su cuerpo inanimado. En vano don Antonio de Fonseca ayudado del primer tercio de Aragon quiere interponer su autoridad para reprimir tan crueles excesos, porque no puede con la multitud. En pocos instantes el fuego de la rebelion se estiende por toda la ciudad, y el gobernador y sus tropas tienen que salir de Segovia y retirarse á Valladolid.

¡Solo Dios sabe lo que ahora va á suceder! Sin duda que merece ser reprimida la conducta de los segovianos, conducta que puede ser contagiosa si no va seguida de un castigo egemplar; pero mientras tanto cuide la regencia de ser prudente y moderada en sus actos, porque por todo los espíritus estan irritados, y es de temer, que el buen éxito de los habitantes de Segovia no venga á proteger las ideas de revolucion que fermentan sordamente en el seno de las ciudades vecinas. Tres días han transcurrido apenas desde que estos acontecimientos tuvieron lugar, y todos los alrededores tienen ya noticias de ellos. Una secreta simpatía mas bien que una curiosidad pueril hace que se investiguen ávidamente toda clase de novedades; ¡sobre todo, con cuanta velocidad se espereen las noticias que son favorables á los rebeldes! ¡cuantos ecos para repetir las á porfía! ¡Dios me perdone! ¿Los toledanos estarian ya al corriente? ¡Oí-

gase lo que dicen esos dos paisanos que estan allá abajo, cerca las orillas del Tajo, adelante la tienda de Lopez Cueva. ¡Hola, es nuestro mismo barbero! ¡El hablador! apenas apuntó el día, y ya su lengua está repicando. Óigase como grita: «¡Valientes segovianos!» ¿Con qué es cierto, monseñor, que han sacudido vigorosamente las casacas encarnadas y amarillas?

— Es tan cierto como yo me llamo don Pedro Tellez Pacheco y Giron.

— Descendiente por línea materna, de Giron el Atento, el valeroso caballero de la tabla redonda, dijo un nuevo interlocutor, jóven de buena preseneia, con el ojo franco y con una sonrisa cordial; ya veo, como vuestro abuelo, sois demasiado bien educado por ser el último en comparecer á una sita. Escusadme si yo he tardado, porque no es culpa mia sino de mi amigo don Juan. El galan no ha vuelto todavía á su morada.

— ¡Con qué, no le habeis visto!

— No; y así es que tengo una inquietud que me atormenta.

— ¡Por san Isidoro de Sevilla! temo que tengais motivo de tenerla, señor don Maldonado, interrumpió el barbero; la noche ha sido tempestuosa. Y con aire de jactancia: «Yo que os hablo, continuó, he tenido que desenvainar la espada contra los soldados del condestable; felizmente estaba en compañía de amigos valientes como yo, y nuestro imponente aspecto nos ha preservado de ir á acompañar á mi pobre vecino Gil Mendo.» ¡Ah! ¡si todos los toledanos supiesen entenderse!....

— ¿Y porqué no podriamos libertarle y manumitirnos del yugo de los

extrangeros? decian muchos vecinos agrupados delante la desierta casa del desgraciado tabernero.

—¿Y quién os detiene? gritó con entusiasmo el jóven don Maldonado: amigos, la ocasion es favorable. Los segovianos acaban de darnos el egemplo arrojando de sus murallas á esos soldados que un poder odioso paga con nuestro oro para encadenar nuestra independencia. Los segovianos son libres ahora: son dueños de su ciudad; imitémosles.

—Sí, ¡vivan los valientes de Segovia! respondieron nuestros descontentos cuyo número crecia á cada instante.

—La ciudad de Segovia á estas horas está sitiada, dijo con voz sombría un religioso de la órden de san Francisco. Yo llevo de Nuestra Señora de Fuentecista, y he dejado allí al juez Ronquillo furioso de tener que permanecer á la puerta de Segovia, sin poder entrar en ella, ni aun en nombre del regente que le ha enviado revestido de nuevos poderes para restablecer el órden en la ciudad; y dudo que nada consiga, con el modo con que se conduce; pues, ha empezado por declarar rebeldes y proscritos á los habitantes de Segovia: ha lanzado contra ellos este interdicto fulminante, y se ha apoderado con las pocas tropas que le escoltaban, de las avenidas de la ciudad: «Vientres ambrientos, ha dicho, tendrán esta vez orejas.»

—¡Seríamos unos cobardes si los dejásemos perecer de este modo! gritó don Maldonado.

—Sí, socorrámosles, repusieron nuestros vecinos indignados; ¡responda Toledo entera á nuestro grito de liber-

tad! y salvarémos á nuestros hermanos de Segovia; ¡que todos los gefes de cuartel, prohombres y maestros de oficios llamen á las armas á los habitantes de la ciudad! Y vosotros, señores caballeros, añadiéron volviéndose hácia los dos hidalgos, don Giron y don Maldonado, avisad á nobles y bachilleres, en fin á todos los hidalgos y clérigos que tengan derecho de ciudad en Toledo, que ha llegado el momento de hacernos obtener justicia con la espada en la mano y banderas desplegadas.

—Por san Jaime, gritaba á voz en grito Lopez Cueva, á quien la vista de tantos hombres reunidos en torno suyo le daba seguridad; eso, eso, se llama hablar como hablaban nuestros padres, ¡ah! en aquellos tiempos se guardaban bien los mandarines de cerrar los oidos á sus quejas, como se hizo ayer á la vista de las reclamaciones del señor don Juan de Padilla.

—¡Valeroso jóven! contestó el auditorio electrizado, ¡ojalá estuviera en medio de nosotros!

—¡Don Juan de Padilla! interrumpió el franciscano; en este momento está pagando caro el paso que ha dado en favor de nuestro amigo Gil Mendo, porque ha ido á hacerle compañía á la cárcel por órden del condestable.

—¡A la cárcel! ¡á la cárcel!» gritan todos con voz unánime. Y la turba engrosada aun por todos los trabajadores que á esta hora matinal aguardaban trabajo, como tambien de curiosos de todas clases atraídos por el ruido, se estiende pronto por todo el bajo de la ciudad, levantando mil clamores



LA ENTREVISTA.

III.

«**María**, querida mía, ¿porqué volveis la vista? ¿porqué robais á mi ardorosa frente esta lágrima que cae de vuestros ojos? ¿una lágrima, María, es un acento de amor mas dulce al corazón que ama, que el estrépito de la alegría y de la risa ruidosa de las fiestas!»

Pero la hermosa jóven abandonada á las tristes emociones que agitaban su alma, parecia evitar los ojos del

enamorado don Juan de Padilla. Moreno habia cumplido su palabra, don Juan estaba allí á los piés de su amada, llenando de besos una mano adorada que doña María retiraba con pena.

«Don Juan, suspiró ella dejando caer sobre el jóven caballero una de esas largas miradas en que el amor se descubre mas de lo que él mismo cree, se acabaron nuestros dias felices. Por vuestro reposo, por el mio, añadí ella

suspirando: alejaos, no penseis mas en mí.

— ¡Qué no piense en vos, María! ¡y sois vos que me lo decis! interrumpió con voz apagada el desgraciado don Juan. ¡Cruel! demasiado es verdad, vos no queriais verme mas; Moreno no me ha engañado; mi presencia os importuna.

— ¡Cuan injusto sois! replicó María, ¡me acusais, cuando solo el cuidado de vuestra conservacion me ocupaba! Pero, dejando al instante ese tono de reconvencion que pesaba demasiado á su alma: «Don Juan, le dijo, olvidadme, porque no puedo ser vuestra.» Y la voz de la jóven pareció fallecer á estas últimas palabras.

«¡Oh! esto que me estais diciendo, María, no puede ser: lo he entendido mal, ¿no es verdad? ¡No respondeis!... ¿Qué, ya no me amais?... ¡Ah! ¡mi razon se extravía!...» Y levantándose de repente: «María, añadió con el acento de la desesperacion, vuestra voluntad es impotente ante los recuerdos de nuestro amor; á pesar vuestro los naranjos de Aranjuez conservan nuestras cifras entrelazadas; no podriais volver á visitar aquellos sitios poco ántes tan afortunados, sin que mi imágen siga todos vuestros pasos; allí estaré yo, cerca de vos, y las orillas del Tajo, y este sombrío palacio mismo, todo os recordará nuestro amor; hasta este oratorio, continuó llevando á la jóven hácia la entrada de un aposento tapado con una ancha cortina de damasco de Génova; ¿no es aquí donde yo recibí vuestros juramentos en la vigilia del día en que parti por la Navarra? Juan, me digistes vos entónces, postrada an-

te el crucifijo que está allí, suceda lo que quiera, ningun otro que vos será mi esposo. Y en presencia de Ines y de Moreno yo puse en vuestro dedo el anillo de los esponsales... ¡Gran Dios! no me engaño, es el mismo que veo brillar en vuestra mano. ¡Ah María! ¡mi querida desposada! ¡una palabra por favor! una palabra de vuestros labios: ¿la ausencia no me ha sido funesta? ¡Oh! decidme, ¿vuestro corazon es perjuro?

— ¡Mi corazon perjuro! replicó con melancolía la señora, cuya emocion creciente hacia debilitar su resolucion: ¡oh! ¡Juan mio! no le reconvengas á él que es todo amor.»

Diciendo estas palabras, levantaba sobre su amante sus grandes ojos negros en los cuales su alma apasionada se habia concentrado toda entera. ¡Cuan hermosa estaba de este modo! ¡y que bien merecia el nombre de perla de Castilla! Sus largos cabellos de color de ébano, por efecto del movimiento espontáneo de don Juan, habian roto el nudo de seda escarlata que los retenia, y cayendo por sus espaldas, formaban un marco de sus ondosos bucles, al óvalo gracioso de su cara cuyas facciones primorosas, el cutis transparente y moreno mas bien que pálido, color natural á las hijas nacidas bajo el ardiente sol de España, completaba el conjunto de una de aquellas hermosas y espresivas figuras castellanas tan admirablemente reproducidas por el pincel del místico Morales, cuando quiere representar una vírgen cristiana, ó á María misma, madre del Salvador. ¡Oh querida mia, interrumpió don

Juan, perdóname la aspereza de esas palabras, que daría mi sangre por no haber dicho! ¡Dudar de tí, María! ¡Oh jamás!» Y estrechaba contra su corazón á la hermosa jóven, cuya alma subyugada no podía luchar mas contra los arrebatos de su desposado. Es que el amor cuanto nos cerca, nos penetra por todas partes. El amor está en el aire que respiramos, tanto como en el brillo de nuestros ojos y en el timbre de nuestra voz; todas nuestras sensaciones ayudan á comunicarlo á nuestro ser, y una vez introducido en nuestro interior, domina todas nuestras facultades.

«¡María! ¡adorada María! continuó el delirante don Juan, ¡tuyo para siempre!» Pero, de repente un rumor confuso se hizo oír.

«¡Cielos! es la voz del condestable, dijo con espanto su prometida. ¡Oh, Juan mio! ¡huye!... ¡huye... por aquí, por el cuarto de Ines! ¡Gran Dios! ya no es tiempo, el condestable viene aquí.

—Estoy pronto á recibirle, repuso don Juan sacando de su perpunte una especie de daga afilada que todo hidalgo, en aquella época, tenia costumbre de llevar.

—¡Detente! gritó María. Pero, ¿como preservarte de su cólera? ¿como salvar mi honor?»

En este momento llamaron á la puerta, y una voz bastante alta, dijo: «María, ¿dormis?» La jóven se guardó de responder, é inspirándola el cielo, ó mas bien el peligro de su situación: «¡Ah! en el oratorio,» añadió en voz baja; y haciendo entrar allí á su amante, hizo caer detras de él la cortina de

damasco de Génova, y fué á abrir á su tío, que estaba manifestando vivamente á fuera su impaciencia, y que despidiendo al soldado que le acompañaba: «María, dijo, una visita tan de mañana, sin duda os sorprenderá.»

—En efecto, monseñor... contestó María, cuya emocion era visible.

«—Tranquilizaos, hija mia,» repuso con amabilidad el anciano; y sentándose sobre uno de los cogenes del estrado, sostenido contra la pared, según la costumbre del tiempo, hizo señá á su sobrina de tomar asiento á su lado. «María, prosiguió, el momento de fijar vuestra indecision ha llegado: por mi porvenir, por el de mi hijo, por mi propia responsabilidad, no podeis ya diferir el cumplimiento de una union que debe estrechar, aun mas, los vínculos que con vos me unen.»

—¡Y venis á hablarme de ese asunto á estas horas! observó doña María, cuya inquietud estaba pintada en su semblante. Monseñor, ¿no podriamos remitir á mas tarde esta conversacion?

—No, María, replicó el condestable con tono severo: si he creído deber venir en este instante á pedir os que fijaseis una determinacion de tal importancia, creed que lo he juzgado necesario, y que he pensado que el mas mínimo retardo podria ser funesto á nuestros proyectos, en las circunstancias difíciles en que nos hallamos. La insurreccion progresa por todas partes; muchas ciudades estan en plena revolucion; Valladolid misma, en la cual reside el gobierno, causa inquietud al regente, y esto le impide de deshacerse de las tropas y marchar sobre Segovia. En este instante acaba

de llegarme también una orden suya que me obliga á partir inmediatamente con las pocas tropas que tengo aquí, é ir yo mismo, en persona, á hacer entrar á los segovianos en la obediencia. Hija mía, añadió el anciano con el tono afectuoso que le era familiar, ignora la duracion de mi ausencia, como tambien la suerte que me aguarda bajo los muros de Segovia, porque á mi edad y en este tiempo de desórdenes la vida es una cosa muy incierta: no puedo decidirme á abandonaros de este modo, jóven, huérfana, sin apoyo, y creeria faltar á mi deber como tutor, y á mi cariño hácia vos, nieta de María de Velasco, mi hermana querida, si antes de dejaros no os confiara á un protector que tenga un título sagrado para defenderos; ¿y quién es mas digno de este título que vuestro primo el conde de Haro?»

Aquí la jóven se estremeció dirigiéndose la vista hácia el lado del oratorio.

«Esta union colmará mis votos, continuó el condestable, y os asegurará la posesion de estos bienes y de estos honores, que si no os casais con mi hijo volverán á don Pedro Pacheco y Giron, vuestro primo paterno y vuestro mas temible enemigo, porque, María, vos no sabeis cuanta vigilancia me ha sido precisa para contrarrestar los ardides de este hombre contra vos y contra vuestro hermano; ¡pobres criaturas! vos que no habeis conocido jamás los cuidados de una madre de cuya muerte fué causa vuestro nacimiento, y que poco tiempo despues quedásteis huérfana por el asesinato que consumó una mano misteriosa en la persona de don Diego Pacheco,

vuestro padre, la misma noche de la batalla de Cerisola, cuando la victoria estaba ya decidida, y la mortandad habia cesado.»

En este momento la voz del anciano se enterneció, y la jóven se conmovió, como sucedia siempre que su tío le contaba las desgracias de su familia. Pero, tociedo repetidas veces con estrépito para dar fuerza al acento de sus palabras que se debilitaban con la narracion de esos penosos recuerdos, el condestable prosiguió: «Y hace dos años, cuando Alfonso, vuestro hermano, pereció en Méjico, á la batalla de Tabasco, entónces fué cuando yo tuve que redoblar mis esfuerzos y trabajos para conservaros vuestro patrimonio contra las pretensiones de vuestro primo, que reivindicaba las tierras y señoríos del marquesado de Mondéjar, y la grandeza que se halla adjunta, haciendo valer que él era el primogénito por descendencia masculina de los Pacheco, y en esta calidad, el solo legítimo heredero de los honores y feudos de esta casa.

«Don Pedro lo conseguia ya, cuando por último recurso, fuí á encontrar á nuestro jóven rey don Carlos, que felizmente se hallaba entónces en España. Señor, le dije, se quiere despojar de su patrimonio á una pobre huérfana cuyo padre y hermano han muerto en el campo del honor. Yo soy, señor, el tutor de doña María Pacheco, como su mas próximo pariente, y me es incomprehensible, se reduzca de este modo á la miseria á la hija de los que con tanto empeño han servido á vuestra dinastía.» Y luego, como el rey se escusase de no poder

pronunciarse sobre este negocio, y me remitiese ya ante el gran consejo de Castilla: «Señor, le dije, un antiguo adagio asegura, que mucho mas vale abogar su causa ante Dios que ante sus santos.» Tened pues á bien os haga saber como estas tierras, y esta grandeza á ellas afecta, no fueron dadas á la casa de Pacheco, sino á mi hermana María de Velasco, cuando vuestro tío Henrique IV la hizo desposar en 1471 con su favorito Juan Pacheco, marques de Villena. Este, colmado de gracias del monarca, poseia ya dos grandezas cuyo destino futuro acababa de fijar á beneficio de los hijos del primer matrimonio. Mi hermana María, entónces pensó con razón que era hija de bastante elevado linage para transmitir tambien por su parte igual honor á sus descendientes; y así fué que obtuvo la grandeza y el marquesado de Mondéjar. Pero su hijo y su nieto han ido á descansar á sulado en la tumba; su nieta, María Pacheco, representa sola actualmente á su abuela María de Velasco. ¡Ah! señor, añadí con amargura,» y hablando así, la venerable frente del anciano guerrero se erguia con orgullo: «¿la sangre de los Velascos de Haro no es pues ya tan pura ni tan noble que no pueda de aquí en adelante transmitir honores ni dignidades á sus descendientes? ¿Mi sobrina va pues á ser despojada de la herencia de su abuela Velasco, tal como yo y mi hijo lo hemos sido del ducado de Trias, concedido á mi padre, con el título de grande de España, por vuestros autores Fernando é Isabel? Con todo yo no creo que hayamos desme-

—Ciertamente que no, contestó vivamente el jóven príncipe; y ya que tengo algo que reparar hácia todos los miembros de la casa de Velasco, voy á satisfacerlos todos á la vez concediéndoo una gracia que os comprenda á todos. Condestable, haced que vuestra sobrina se case con el conde de Haro, y con esta condicion, aseguraré en la persona de doña María Pacheco la herencia de la grandeza y del marquesado de Mondéjar; os empeño mi real palabra. «Sobre vos, María, prosiguió el anciano estrechando afectuosamente la mano de su pupila, descansan pues los destinos de los Velasco; ¿porqué esponerse á comprometerlos persistiendo de este modo en una indecision que no me es dado comprender? Por otra parte, María, añadió el condestable con tono reprehensivo, vacilar por mas tiempo seria no reconocer lo que he hecho por vos, y seria proceder mal para con la memoria de mi hermana vuestra abuela.»

—¡No permita Dios, replicó la señora Pacheco con dignidad, que jamás olvide la sangre que corre por mis venas, y ni que quiera faltar al reconocimiento que os debo, por el cuidado que habeis tomado de mi infancia!

—Está bien, María, interrumpió su tutor satisfecho, ¿consentis pues en fin á la voluntad del rey y á los votos de toda vuestra familia? Os dejo y voy á hacerlo disponer todo en la capilla, porque esta mañana el conde de Haro debe volver del campo de Antonio de Fonseca: y luego que esté aquí vendré á buscaros para conducirlos al altar, y en seguida podré partir tranquilo, pues que os dejaré siendo ya

la consorte de mi hijo.

La bella jóven, aterrada por lo que acababa de oír, sentía que todo su valor la abandonaba. En este momento el sol que había salido completamente durante esta conversacion, iluminaba ya con sus fuegos la rica tapicería del aposento. De repente la señora percibe que la cortina del oratorio se movía, y luego al traves de los pliegues... No es ilusion, sí, son los irritados ojos de don Juan que le echan en cara su debilidad. Esta vista le hace recobrar toda su resolucion, y con voz segura: «¡Monseñor! gritó al condestable que se alejaba, habeis interpretado mal mi silencio, ese enlace no puede tener lugar esta mañana.

—¡Mas retardos aun! dijo retrocediendo el condestable descontento; pensad María en las turbulencias que nos amenazan; tengo motivos de temer que el fuego de la sedicion no se propague tambien hasta Toledo; puede que solo aguarden mi partida para hacerla estallar. ¿Qué será de vos entónces en medio de estos desórdenes, cuando ni yo ni mi hijo estaremos aquí para defenderos?

—Otro sabrá protegerme, replicó doña María con exaltacion.

—¡Otro! dijo el condestable sorprendido.

—Sí, otro, repuso su pupila moderando la voz, asustada ella misma de la audacia de su language; este otro es Dios; permitid, monseñor que me retire en el convento de san Gerónimo cerca de Segovia. Pues que vais á tomar esta direccion, podeis conducirme á este piadoso asilo; el venerable religioso que es su prior fué el direc-

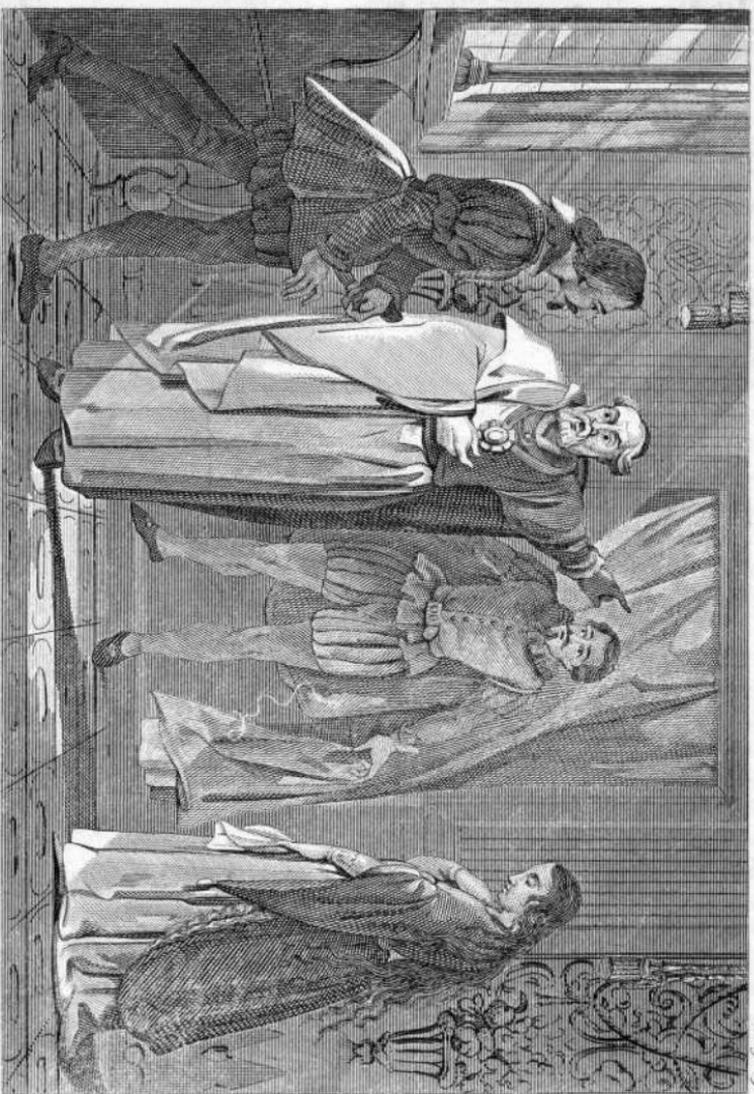
tor de mi infancia, y este santo monasterio fundado en otro tiempo por uno de mis antepasados, tiene siempre reservada una estancia particular para los Pachecos que van á buscar un abrigo; allí, en plena seguridad, podré aguardar que la calma quede restablecida en todas partes, y que vos esteis de vuelta en Toledo.

— «María, murmuró el condestable cuya cólera sofocaba su voz, esa obstinada denegacion encierra algun misterio que acabaré por descubrir.» Pero un rumor sordo y prolongado viene á interrumpirle súbitamente, corre á la ventana y de todas las calles adyacentes ve desembocar un gran gentío, que en medio de mil clamores hace resonar el nombre de Padilla. «¿Se ha escapado tal vez? exclamó el condestable; ¿donde está el prisionero don Juan de Padilla? dice á varios de sus oficiales que acudian hácia él, asustados de las demostraciones hostiles de los habitantes reunidos al rededor de los muros del Alcázar. Su nombre acaba de ser proferido.»

—Ya lo hemos oido, contestó uno de ellos, y por eso hemos doblado el reten de la grande galería; pero al llegar al aposento en donde creíamos estaba encerrado el caballero de Padilla, lo hemos encontrado desierto.

—Que se haga un registro general por todo el castillo, prosigue el condestable. ¡Decid por vida vuestra! añadió, dirigiéndose á Moreno que entraba en este momento; ¿qué es esto? si os place: ¿seria cierto que don Juan de Padilla se hubiese fugado?

—En efecto, monseñor, dijo Moreno sin desconcertarse por las miradas



8. *Acto de donde.*

T. *Hornet del grabado.*

*Merced le ordena que penetre en este oratorio y que arranque de él vino ó muerte
al traidor D. Juan de Padilla.*

fulminantes del anciano caballero, no está donde debía hallarse. Y como todos los asistentes se dispusiesen á salir aprovechándose de la confusion general, se acercó al oido del señor de Velasco: «Está aquí, continuó en voz baja, de modo que solo pudiese ser oido del condestable; el centinela del pié de la torre me ha descrito su retrato en la persona de un desconocido, que me ha asegurado haber visto subir la escalera de este lado.»

—Moreno, tú me iluminas, contesta el condestable; la irresolucion de María, su tenaz negativa... Sí, no hay duda... ¡Deteneos! gritó entónces con voz atronadora á los oficiales que se retiraban, «ántes de ir mas léjos, que se registre este aposento.»

La emocion de doña María llegó á su colmo. Sola en el fondo del aposento se mantenía en pié delante de la entrada del oratorio que parecia querer escudar con su cuerpo: «Lo que estais haciendo es una cosa indigna, dijo con resolucion, y puesto que nadie de vosotros se avergüenza de faltar al decoro que se debe á una señora, y violar su aposento, será pues ella misma quien lo haga respetar,» añadió, impidiendo que los oficiales entrasen en el oratorio.

—Está en el oratorio no lo dudeis, dijo Moreno al oido del condestable; pero por el honor de vuestra sobrina, monseñor, haced retirar toda la gente, y conseguiréis saberlo todo cuando os halleis solo con ella.

—Sí, alejaos todos, exclamó el señor de Velasco.» En este instante se elevaba de la esplanada una especie de zumbido muy semejante al que se oye

al rededor de una colmena de abejas. «La seguridad del castillo os reclama á otra parte, y vos, prosiguió dirigiéndose á un hombre armado que salía, id á anunciarme al consejo que he hecho convocar esta mañana, en la grande sala del castillejo.» En seguida no teniendo que temer ya á su derredor miradas indiscretas: «Moreno, dijo con un gesto imperioso, te ordeno que penetres en este oratorio, y que arranques de él, vivo ó muerto al traidor don Juan de Padilla.»

—No le daré ni el tiempo ni el trabajo de hacerlo, contestó con voz fuerte el caballero, presentándose de repente á las miradas de don Iñigo de Velasco.

—Hidalgo desleal, le dijo el anciano enojado, porque he llenado mi deber asegurándome de la persona de un súbdito rebelde, ¡tú quieres vengarte deshonrando á mi familia!

—¡Yo, deshonor á vuestra familia! interrumpió con dignidad don Juan, á quien la vista de doña María y el sentimiento de su posicion habian conducido á pensamientos mas tranquilos, señor condestable, la cólera os estravía, yo amo á vuestra sobrina, estoy léjos de hacer de ello un misterio, y contaba pedíroslo en tiempo mas oportuno.

—¡Vos, semejante pretension!

—Sí, yo, replicó Padilla; tengo poca fortuna, es cierto, el servicio de reyes mas arruina que enriquece; pero un hidalgo cuya familia ha producido tres grandes maestros de Santiago, dos de Calatrava, y mas de una hija que se ha sentado sobre los tronos de Castilla y de Navarra, un Padilla enfin,

puede muy bien pretender la mano de una Pacheco, sin que haya humillacion para ella, ni deshonora para su blason.»

Aquí los vivos de la muchedumbre vinieron á apagar su voz. «¡Viva la libertad! ¡viva Padilla!» resonaban á lo léjos.

«¿Oís caballero? dijo el condestable, en todas partes sois una tea de discordia, pero yo sabré poner coto al desorden. «Moreno, con tu cabeza me responderás de la persona del caballero don Juan de Padilla, hasta el momento que le hayas puesto entre las manos del portero de la prision, en donde estan tambien detenidos todos los amotinados de ayer. Date prisa en obedecer.» y luego dijo en voz baja al oido del servidor: «Tomarás la escalera secreta y pasarás por el patio interior de mis caballerizas, porque no quiero

en estas horas puedan ver salir de la habitacion de mi pupila á este jóven.» Vos, sobrina, añadió dirigiéndose á doña María, quedaos aquí y no dejéis este aposento sin mi órden.

Mientras que el condestable hablaba, ciertas señas de inteligencia de Moreno hicieron comprender á Padilla que una larga resistencia no le serviria de nada, y que era mejor se confiase otra vez á la discrecion de un servidor que ya en mas de una ocasion le habia sido útil. Se resignó pues á seguir á Moreno, y detras de ellos salió el condestable, cuyo último movimiento fué una mirada de cólera á su sobrina; pero la infeliz no la notó porque permanecia con la cabeza oculta entre sus manos, entregada á mil pensamientos dolorosos que la absorbian toda entera.



— «... de la familia de los Pacheco, y mas de una hija que se ha casado sobre los troncos de Castilla y de Navarra, un Padilla enfi...

— «... de la familia de los Pacheco, y mas de una hija que se ha casado sobre los troncos de Castilla y de Navarra, un Padilla enfi...

SUBLEVACION.

IV.

Mientras que el condestable se dejaba llevar por los raptos de su indignación contra su sobrina y contra don Juan de Padilla, la grande sala del castillejo del Alcázar ofrecía también escenas cuyo interés y violenta agitación en nada cedían á las que se acababan de pasar en el aposento de doña María.

«Con vuestras medidas de rigor, iritis á los españoles, y comprometéis

la autoridad real,» exclamaba don Federico Henriquez, almirante de Castilla.

—Por ser hombre de guerra, sois bien moderado, repuso con ironía un jóven caballero de mediana estatura cuyos rubios cabellos y rostro colorado atestiguaban que era un hijo de Bruselas ó de Gand.

—Y vos, señor Salvage, contestó con tono acre el almirante, me parecéis

demasiado batallador, y no es así como debe obrar el canciller de Castilla; sin embargo por un flamenco el destino es demasiado bello para que él se acuerde de desempeñarlo siempre con la dignidad y el patriotismo del difunto cardenal Ximenes, de venerable memoria.

—¡Señor almirante! interrumpió el flamenco vivamente picado, y poniendo la mano al puño de su espada.

—¿Habeis perdido el seso? dijo uno de los asistentes, interponiéndose entre los dos campeones; ¿es para ser testigo de semejantes querellas, que el regente me ha enviado aquí? Creedme, envainad vuestras espadas, porque demasiadas ocasiones tendréis sin duda uno y otro para satisfacer vuestro humor belicoso.»

El que así hablaba era Guillermo de La Chau, noble walon, el mas diestro de los consejeros de Carlos V. El cardenal Adriano aterrado por los rápidos progresos de la sedicion, le habia enviado al condestable para hacerle apresurar á que se pusiese en campaña y fuese á juntarse con las tropas de Antonio de Fonseca. «¿Sabeis, señores, añadió La Chau, que traigo la noticia de que Búrgos y Zamora acaban de imitar á Segovia, y que es muy de temer que todas las grandes poblaciones sigan su ejemplo, si al instante no marchamos sobre aquella ciudad rebelde, y no sofocamos en su nacimiento este gérmen de sedicion que amenaza estenderse por toda la España entera?

—Con tanta mas razon debemos emplear medios suaves, observó el almirante, y en el momento en que vamos á desgarnecer á Toledo de tropas,

evitemos exasperarla desplegando una severidad intempestiva. Si quereis creerme, soltad á Gil Mendo y á sus compañeros; una noche de cárcel bastará para enseñarles á no beber tanto ni á charlar sin medida; si obtienen vuestra indulgencia, estos pobres diablos irán por todas partes publicando alabanzas vuestras, y puede que el pueblo acabará por reirse á sus espensas, no viendo ya mas en ellos otros tantos mártires de la libertad; en cuanto al señor de Padilla, que segun han dicho ha sido preso, usaria con él de igual moderacion; es un jóven de valor, señores, su nombre tiene influjo en Castilla, vale mas atraerlo á nuestro partido que irritarle con medidas violentas; yo opino pues para que se le vuelva la libertad, haciéndole prometer que no abusará de ella, y que no se rozará de aquí adelante con los descontentos y perturbadores.

—Esto es en lo que yo no consentiré jamás, dijo el condestable que acababa de entrar al final del discurso del almirante. No, señores, añadió dominado esta vez mas por su resentimiento particular, que por el interes nacional; don Juan de Padilla es un perturbador, y es tanto mas temible en cuanto afecta, por su moderacion calculada, colocarse como mediador entre el poder y el pueblo. Su nombre es invocado por todos los sediciosos; soy pues de parecer que por la tranquilidad del estado no nos deshagamos de su persona; y que léjos de volverle la libertad, sea condeuido sin tardanza á un castillo lejano, en donde estará detenido largo tiempo á fin de que pierda esta influencia que se le atribuye sobre la multitud.

—El condestable tiene razon, contestó el flamenco Alberto Salvage; la influencia de un súbdito es siempre peligrosa, el solo nombre popular debe ser el del emperador.

—Sin embargo, dijo el almirante, no es este el que resuena en este momento; ¿qué significan esos clamores que vienen de afuera?

—Hed ahí los soldados de Aragon que toman las armas, interrumpió Guillermo de La Chau, mirando por la ventana que daba en el patio interior del castillo.

—Como á gobernador en jefe de la ciudad y Alcázar de Toledo, exclamó el canciller Salvage, interrogando al condestable, vos estais sin duda al corriente de lo que se pasa; ¿tened pues á bien darnos prontamente esplicaciones y decirnos.... Pero una violenta detonacion de fusilería cortó la palabra al flamenco desconcertado.

—Ellos mismos se encargan de contestaros, dijo con ironía el almirante. Luego con tono resolutivo: «Señores, añadió, nuestro deber es de ir nosotros mismos al fuerte de la sedicion para combatirla ó para apaciguarla; y si el señor condestable la aprueba, remitirémos á otro momento la celebracion del consejo.»

La alarma estaba pintada en todos los rostros, porque el ruido de las detonaciones se acercaba rápidamente, y la grande voz popular se hacia oír cada vez mas atronadora. De repente, en el mismo instante en que don Federico Henriquez acababa de hablar, entra andando con trabajo un soldado del tercio de Aragon, está herido. «La poterna de la calle de Ximenes, dice,

acaba de ser derribada por los insurgentes; nuestro apostadero demasiado débil, no ha podido resistir á su número; mis camaradas sin embargo aun defienden palmo á palmo la entrada de la grande galería, pero socorro, señor condestable, pronto socorro, ó está perdida el ala izquierda del castillo.» El soldado no pudo decir mas, sus piernas se doblegaron, cayó, y no volvió á levantarse.

— ¡A las armas! gritó el condestable agitando con violencia su espada; es preciso que aquí cada uno pague con su persona. Sobrino mio, dijo al almirante, al cual llamaba así á causa de la reciente alianza de don Federico Henriquez con una de las hijas de Laura de Velasco, su segunda hermana, casada con el difunto conde de Urená, id á tomar el mando del destacamento del tercio de Castilla que está de guardia en la cárcel, y pasad á degüello á todos estos revoltosos, sin dar cuartel á nadie. Los perillanes ya saben lo que hacen atacando este lado del Alcázar, porque allí estan los presos que quieren libertar; no les deis tiempo para ello; ¡alerta, señor don Federico, y desalojadme á esta canalla de la grande galería! Vos, señor Canciller, quedaos aquí; vuestro deber es permanecer en el lugar donde estan depositadas las actas y los archivos del gobierno, á fin de defenderlos en caso de ataque. En cuanto á mí, me encargo de dar ocupacion á los rebeldes; á la cabeza del 2.º tercio de Aragon voy á barrer la esplanada de todos estos alborotadores insolentes. ¡Ah! creen haberme sorprendido, dijo vistiendo precipitadamente

su fuerte coraza y su capacete de hierro, les voy á enseñar si hay mucho peligro para la jauria cuando va á provocar al viejo leon en su cueva.

Entónces, seguido de Guillelmo de La Chau y de muchos otros caballeros, baja precipitadamente la escalera del castillejo; su gran caballo de batalla cubierto de tirillas de cuero revestidas de planchas de acero, le aguardaba en el patio; monta con un vigor poco comun en su edad, y haciendo bajar el puente levadizo de la grande puerta, al mismo tiempo que manda tocar la carga á los cornetas, acomete repartiendo fuertes mandobles á la multitud estremecida por esta salida inesperada.

¡Vive Dios! decia una voz que ya enoecemos, á otros fugitivos que corrian desatinados, este es el diablo en persona; ¡y que tajos descarga! ni aunque tuviese en la mano el tizon del Cid, seria mas formidable.

— Es el conde de Haro bajo la armadura del condestable, contestaron muchos otros individuos, corriendo á mas no poder.

¡Ah! ¡no! prosiguió nuestro barbero, mas bien es nuestro viejo ladino, porque su hijo está ausente; pero el miedo paralizó su lengua, porque en ese instante don Iñigo de Velasco le corria encima, espada en mano.

— ¡Como! ¡cobardes! huis á la vista de un sesenton! gritó con voz estentórea aquel cierto Matamoros de la calle Ximenes, recobrándose de repente, porque el mata siete aventurando una mirada hácia atras, acababa de ver que el condestable, arrastrado por su demasiado ardor se habia arries-

gado en una calle estrecha, y se encontraba, en aquel instante, léjos del tercio de Aragon. Es preciso convenir tambien que un cuerpo de infanteria no podia secundar el impetuoso ardor de don Iñigo de Velasco y de los caballeros de su séquito, que todos iban montados en vigorosos caballos.

— ¡Vamos! ¡vuélvete! continuó el capitán, deteniendo con brazo nervudo á uno de los temerosos ciudadanos que se hallaban cerca de él. ¡Cobardes! gritó á los otros, ¿no os avergonzais de dejaros cazar de este modo por una veintena dealcones dorados? si encontrais que estan colocados demasiado alto, esta buena hoja sabrá hacerlos bajar.»

Luego, aguardando á pié firme al señor de La Chau, que corria hácia él á rienda suelta, hundió en el hijar del caballo el puñal que tenia en la mano izquierda, miéntras que con la derecha, armado de su larga espada, paraba los golpes que le descargaba su adversario. El caballo cayó bajo el ginete, y este fué con prontitud rodeado de un sin número de paisanos, á quienes la accion audaz del valiente habia inspirado un poco de ánimo, y que recobraron todo su valor desde que vieron la poca gente que escoltaba al condestable.

«¡Cierra! ¡cierra! gritaba entónces á sus hombres de armas el señor de Velasco, precipitándose en medio de la turba para ir al socorro de Guillelmo de La Chau cuya persona corria gran peligro, y dando él mismo el egemplo, descargaba á derecha é izquierda, de punta y de revers. ¡Desgraciado el temerario que queria de-

tenerle en su paso! Mientras tanto su posicion se hacia mas peligrosa, la muchedumbre aumentaba á cada instante, y le rodeaba por todas partes:

«¡ Cerremos al viejo zorro! oia gritar en derredor suyo; ¡un poco mas, y ya es nuestro!» De repente se ve caer el fogoso caballo del condestable cuya caída habia sido ocasionada por unas cuerdas que se habia atravesado en la calle.

«¡ Victoria! ¡ victoria! ¡ es nuestro! ¡ Ahora á los otros!» ahulló el populacho.

Pero las largas partesanas de los soldados de Aragon picaban ya los lados de los mas atrevidos; la línea del primer batallon, marchando á paso de carga, habia librado al condestable; en un instante hicieron abandonar la presa á estos revoltosos atrevidos, y consiguen arrancar de sus manos el desgraciado Guillermo de La Chau mas muerto que vivo; en seguida alineándose á lo largo de las casas dejaron avanzar el segundo batallon, compuesto de escopeteros, cuyo fuego bien nutrido acabó de barrer la calle y dispersar á lo léjos los rebeldes.

El señor de Velasco vuelto á montar en su caballo, dió la órden de retirada y retrocedió hácia el Alcázar; ¡pero cual fué su admiracion! Apénas habian dado algunos pasos, cuando oyó retumbar unos gritos terribles en la direccion del castillo, y sus temores se vieron pronto confirmados, pues que al extremo de una de las mil revueltas de la calle, entrevió que la bandera de la ciudad de Toledo ondeaba encima del castillejo del Alcázar en lugar de la de colores del emperador; luego ade-

lantándose mas, apercibió las barricadas formadas de piedras y de muebles amontonados con precipitacion á la entrada de cada una de las tres calles que terminaban en la esplanada; y que este mismo lugar así como todo el frente del Alcázar estaban ocupados enteramente por legiones de paisanos precipitadamente regimentados y provistos de cuatro falconetes probablemente cargados con metralla, de los cuales acababan de apoderarse en el patio del castillo, se preparaban para recibir de un lindo modo al gran condestable de Castilla, por poco que hubiese probado de avanzar.

«¡ Por la muerte de Dios! exclamó á esta vista el anciano guerrero, ¿ toda la ciudad está pues revuelta? Vámos, señores, no hay medio; es preciso vencer ó morir.»

—Con vuestro permiso, señor condestable, repuso Guillermo de La Chau, me tomaré la libertad de haceros observar que en este momento es difícil arrojar á los rebeldes de su posicion, ni aun con vuestros seiscientos hombres, porque mirad que los soldados no pueden desplegar en esta angosta calle, que se hallan desprovistos de municiones de toda clase, y finalmente que nos falta artillería. Si quereis creerme, os replegaréis sobre la parroquia de Santiago, en donde se halla acantonado el tercio de Castilla, y fuertes con su socorro, léjos de obstinarnos en luchar con desventaja en una ciudad en la cual cada casa es una fortaleza, nos limitaremos á ocupar la puerta de Ben-shara y las orillas del Tajo, en las dos estremidades de Toledo, y os respondo que sin disparar un tiro no tarda-

réis en reducir á la obediencia á todos estos revoltosos si no quieren perecer de hambre.»

Después de alguna perplejidad, la advertencia fué aprobada por el condestable quien da contraórden, y hétele ahí con su tropa volviendo á bajar hácia el Tajo. Ningun obstáculo detiene su marcha, por la razon de que toda la poblacion sublevada se ha trasladado á lo alto de la ciudad y á los puntos principales en donde triunfa la sedicion, segun lo indican los ecos sinietros y retumbantes de la campana mayor de la catedral; cada uno de aquellos sonidos iba á herir el corazon violentamente irritado de don Iñigo de Velasco. Pero estaba de Dios que este dia sería enteramente desgraciado para el condestable, porque al acercarse al acantonamiento del tercio de Castilla, disipando á su paso diversos corrillos cuyo número parecia aumentar sobre aquel punto, se sorprendió de no ver venir á su encuentro ningun destacamento; y júzgase de su furor, cuando llegado que hubo en medio del cuartel de Santiago, halló que la desercion habia penetrado entre los soldados de Castilla. Un solo batallon, que no habia abandonado el arrabal, reconoció pronto su autoridad, pero el resto de aquel cuerpo, arrastrado por los discursos de don Maldonado, y á un mas por su adhesion á don Juan de Padilla, su antiguo comandante, habia fraternizado con el pueblo, se habia juntado con él, y secundaba en aquel momento los esfuerzos de la causa de la independencia.

¡ Gran Dios ! ¡ el alma mas enérgica

se hubiera abatido allí ! pero aun no sabemos de que temple era el corazon del condestable. Jamás peligros ni dificultades habian abatido su perseverancia ni su ánimo, así fué que acto continuo tomó su determinacion.

« ¡ Amigos míos ! gritó á los soldados, cuanto mas raras son la adhesion y la fidelidad, tanto mas glorioso es manifestarlas al mundo. ¡ Adelante pues ! »

Pero en el mismo momento se le presenta un religioso franciscano, que habia podido llegar hasta él, gracias á su capilla venerada.

« Monseñor, le dijo este, ¿ porqué esponeis vuestros preciosos dias en una inútil tentativa ? »

A esta voz tan conocida, el señor de Velasco detiene su caballo: — ¡ Moreno ! esclama, ¿ vienes del castillo ? ¿ qué noticias traes ?

— Malas, monseñor. Don Pedro Giron ocupaba ya el ala izquierda del Castillo, cuando el señor almirante fué para desalojarlo; los soldados del tercio de Castilla de servicio á la cárcel solo le prestaran un insignificante socorro cuando han sabido que entre los prisioneros que guardaban se hallaba su antiguo capitan don Juan de Padilla. Con todo, monseñor, don Federico Henriquez no se acobardaba y queria animarles en su egemplo. Pero herido de un tiro de arcabuz, ha caído en la refriega.

— ¿ Seria muerto ? suspiró el condestable.

— Ignoro que ha sido de él, porque en aquel instante, para acabar de hacer triunfar la sedicion, ha aparecido el jóven don Francisco Maldonado,

bachiller de Salamanca. A la cabeza de una numerosa cuadrilla de habitantes de todas clases y edades, se ha aprovechado de vuestra ausencia del Alcázar para derribar la puerta principal, y llegando hasta el castillejo, ha acabado por asaltarlo á pesar de la resistencia del canciller Salvage. ¡Valeroso flamenco! exclamó Moreno interrumpiéndose, ha muerto como un valiente; pues al ménos ha tenido el consuelo de matar á mas de uno ántes de fallecer. Pero en fin, este doble ataque ha decidido de la completa victoria de los toledanos, y ahora que tienen en su poder las cuatro piezas de artillería del castillo, y que se hallan dueños de toda la alta ciudad, dudó que se les pueda rechazar fácilmente.

—¿Qué importa? replicó el condestable apretando la espuela al caballo, no se dirá que Iñigo de Velasco haya vuelto la espada ante un populacho sublevado...»

Peró la vista de su sobrino, el almirante tendido en unas angarillas hechas con lanzas cruzadas y llevado por cuatro soldados de Aragon, suspende un instante el arranque de su valor, y le hace accesible á los sabios consejos del previsor La Chau. «Aquí no hay nada que hacer, decia el hábil consejero de Carlos V, es preciso dejar que el fuego se apague en su propio foco. Nuestros cuidados de aquí adelante deben dirigirse á impedir que se propague por afuera: y apoyándose con la voluntad del regente: — Señor condestable, añadió, monseñor el cardenal me ha enviado á vos para transmitir la órden de que vayais sin re-

tardo, á tomar el mando en gefe de todas las tropas que su eminencia hace marchar sobre Segovia. En este momento don Antonio Fonseca no debe estar léjos de aquella ciudad: él solo pondrá á vuestra disposicion mas de diez mil hombres y el parque entero de artillería que ha debido sacar de Medina de Campo. Con tales fuerzas podréis tener ventajosamente el campo, y bloquear á todos esos ciudadanos sediciosos, que no osarán jamás aventurarse á salir fuera de sus murallas, y que acabarán por someterse cansados de guerra y fatigados de privaciones.

—Sí, mi noble tío, contestó el almirante con voz débil, creed al señor de La Chau, hoy no obtendrémos nada de los habitantes de Toledo. Dejemos que se calme la embriaguez de un primer triunfo, y hagamos evacuar con prudencia la ciudad por las pocas tropas que nos quedan. Luego, acabando de hablar bajo al condestable, que despues de apeado se habia acercado á él. — Temed, añadió don Federico Henriquez, que la conducta del tercio de Castilla no sea un peligroso egemplo para nuestros soldados: si queremos conservarlos, es preciso alejarlos al instante del contacto de los habitantes de las poblaciones.»

El condestable guardaba silencio; las razones que acababa de oir eran perentorias. Mientras tanto, cruzando los brazos sobre el pecho y dando algunos pasos á delante, parecia entregado á la mas cruel indecision. No es de admirar, porque el recuerdo de su pupila, momentaneamente olvidada en medio de los desórdenes de aquella

fatal jornada, le habia vuelto á la imaginacion. ¿Podia abandonarla de este modo en el seno de una ciudad en revolucion? No obstante su deber le dictaba que no espusiese inútilmente la poca gente que le rodeaba; y como gran condestable de Castilla, ¿no estaba igualmente obligado á conservarse para el servicio del emperador, y sacrificar sus afectos personales á los intereses de la corona y del estado?

Despues de un instante de reflexion llama á Moreno. «Es en tamañas circunstancias, le dice, cuando un gefe aprende á conocer que no es mas dueño de sí mismo que el menor de sus soldados; y así, aquí me tienes ahora, que para desempeñar dignamente las altas funciones que me han sido confiadas, me veo obligado á dejar á mis espaldas á mi sobrina doña María. Si el conde de Haro estuviese allí para protegerla pero no ha vuelto aun. La suerte parece quererme abatir en todo. Ya ves pues Moreno, que solo tú puedes servirme en estas circunstancias; tu puedes, sin llamar la atencion, mezclarte entre el pueblo, y volver á subir al Alcázar sin temor de ser detenido. Vuelve pues con presteza al lado de mi señora pupila, y luego que se presente el instante favorable, condúcela al convento de san Gerónimo, cerca de Segovia. Le dirás que tal es mi voluntad, y que me prometo se acordará bien de lo que una hija de su linage se debe á sí misma, y á mí, su tutor, para no contravenir en nada á mis intenciones; que tenga presente por otra parte, que ella misma fué la primera en manifestarme el deseo de retirarse en este monasterio hasta que

las turbulencias fuesen apaciguadas. Ahora partiré mas tranquilo, pues ya me he descargado sobre tí del cuidado de proteger á mi sobrina. Anda, Moreno, y bendice el cielo por esta nueva ocasion que te concede de mostrar tu reconocimiento; acuérdate que á mi sobrino don Diego, padre de doña María, es á quien debes el bautismo y la conservacion de tus dias. Muchacho criado en la casa de Pacheco, terminó el condestable tocando cordialmente la espalda de Moreno, mústrate buen servidor, y vela por los dias y honor de la hija de tus dueños.

Enseguida con paso rápido se juntó con los caballeros que se habian apeado aguardando su decision. «A caballo, señores, les dijo, montando él mismo en el suyo. Al campo delante de Segovia, gritó, y que el castigo de esa ciudad haga presentir á Toledo la suerte que le está reservada, si se obstina en hacer la sediciosa.» Despues ordenando que se colocara al almirante en una especie de litera que acababan de preparar sobre un carro tirado por dos mulas, le hizo escoltar de cada lado por gente armada; él seguia con sus caballeros; enfin, á retaguardia marchaba el tercio de Aragon, reforzado por el solo batallon de Castilla que permaneciera fiel.

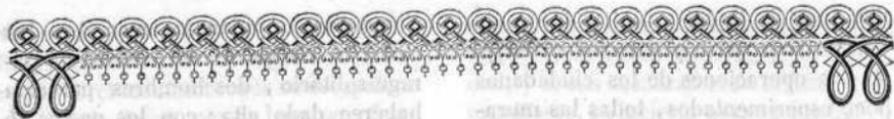
En este órden el condestable y su tropa pasaron el puente colocado sobre el Tajo, junto á la antigua puerta morisca de Benschara, y no muy léjos de allí, al traves de la llanura, tomando el camino que conduce á la Sierra de Guadarrama, en la direccion de Segovia, perdió pronto de vista los dentados muros de la ciudad rebelde, cuyas altas

torres por efecto de la reverberacion del sol poniente, se confundian entónces á una cierta distancia con la mole gris de los peñascos sobre los cuales los visigodos y los moros osaron echar los cimientos de aquellas orgullosas murallas.

Así acabó esta jornada famosa en la historia de las libertades castellanas, memorable sobre todo por causa de las prolongadas desgracias que siguieron; jornada cuyo análisis puede ofrecer á las meditaciones del sabio un ejemplo mas para confirmar el sistema filosó-

fico que establece, que la mayor parte de los grandes acontecimientos provienen casi siempre de causas las mas triviales. Con todo, apresurémonos á añadir que muchas veces, si nos admiramos el ver que las causas mas mínimas producen tan fecundos resultados, es porque no observamos bastante que desde algun tiempo el espíritu humano trabaja para dar nacimiento á estos desenlaces que nos sorprenden. Es una mina muy cargada que revienta cuando place al Eterno que caiga una chispa en ella.





EL DIA SIGUIENTE DE LA SUBLEVACION.

Una calma silenciosa, hija tanto del estupor como de un vago sentimiento de terror, había sucedido al estruendo y violenta agitacion de la víspera. Ya hacia algunas horas que el sol había nacido, y con todo los habitantes de Toledo no salian de sus moradas sino con mucha circunspeccion, como si estuviesen ellos mismos sorprendidos de su propia victoria, que había sobrepujado en mucho las esperanzas

de unos y las intenciones de otros. El reposo de la noche había venido á aconsejar á sus espíritus, y como sucede con frecuencia despues de los triunfos populares, los vencedores se hallaban embarazados de su victoria, y parecian inquietos sobre todo de los resultados que debian seguirse.

Sin embargo, gracias á los cuidados de don Pedro Giron, de don Francisco Maldonado, como tambien á los de

V.

don Juan de Padilla, quien luego de haber salido de la prision habia dirigido las operaciones de los ciudadanos poco experimentados, todas las murallas estaban cubiertas de hombres y de municiones, hallándose de este modo en estado de defensa para el caso de un retorno repentino del condestable cuyos proyectos se ignoraban. Un órden perfecto reinaba en el interior de la ciudad, aunque no era fácil transitar por ella. La entrada de las principales calles estaba en parte interceptada por barricadas que la prudencia habia dictado dejar en pié hasta tanto que se tuvieran datos ciertos sobre la marcha que habian seguido las tropas reales; y para completar la triste impresion que causaba el sombrío aspecto de la ciudad de Toledo, solo se oía de vez en cuando el ruido de los pasos poco regulares de las patrullas ciudadanas, que recorrían la poblacion, y los gritos de los centinelas que cual ecos lúgubres se repetían de distancia en distancia; por lo demas, aunque ya eran entre las ocho y las nueve horas de la mañana, la ciudad estaba lejos de haber recobrado su movimiento habitual; solo las márgenes del Tajo parecían animadas, como también las plazas de los mercados, pero del lado de las murallas en el cuartel del convento de san Francisco, entonces recientemente fundado por la piedad de Fernando é Isabel, las calles estaban completamente desiertas.

Sin embargo, no lejos de la abadía, al pié de aquellos viejos muros de la ciudad, en donde se ven todavía suspendidas en nuestros dias las enormes cadenas con las cuales los moros en el

tiempo de su pujanza amarraban los esclavos cristianos; allí, en aquel parage solitario, dos hombres parecían haberse dado cita; con los gestos de que iban acompañadas sus palabras, era fácil adivinar que un grave asunto era objeto de su conversacion. Segun la diferencia de sus vestidos, el uno debia de estar subordinado al otro, y sin embargo acercándose lo bastante para oír sus palabras, se podia comprender en vista de la familiaridad de su lenguaje que la amistad ó el interés habia aproximado la distancia que los separaba.

El inferior era un hombre de mediana estatura en España, pero que fuera de ella pasaria en todas partes por pequeño; su casaca parda con mangas pendientes, estrechamente ceñida con un cinturon de cuero, y sus altos calzones de fina zarja de Segovia, ligeramente estirados, dejaban ver sus formas musculares y bien proporcionadas, como las que se admiran en la mayor parte de los pueblos del medio dia cuyo talante en algun modo atlético está lejos de ser desprovisto de agilidad y de gracia. Su semblante espresivo también como todos los rostros meridionales, tenia con todo, un carácter extranjero que no podia escapar á la mirada egerecitada de todo español de sangre antigua, porque sus ojos profundamente escondidos en su órbita bajo dos cejas muy arqueadas, su nariz aguileña y sobre todo su semblante flaco y largo con el cútis tan moreno, que parecia bronceado, manifestaban su origen infiel, y atestiguaban que la sangre árabe de su raza jamás se habia juntado con la sangre cristiana de los

visigodos y de los iberos. Ciertos reflejos plateados de su negra cabellera cuyos torcidos numerosos se escapaban por debajo de su toca de lana, anunciaban que nuestro personaje había alcanzado uno de esos diez años comprendidos entre los cuarenta y cincuenta, época de la vida en que el hombre se halla en el apogeo de su virilidad. En fin para terminar este bosquejo del retrato de Moreno, porque él es de quien se trata en este momento, su fisonomía tenía cierto aire duro y siniestro que se podía atribuir ya á las arrugas prematuras de su frente inquieta, ya al vivo centelleo de su vista ó á la longitud de su espesa barba, ó mejor al conjunto de todas sus facciones reunidas. Su voz era segura, varonil, pero parecía poco sonora, comparativamente con el timbre elevado de la del caballero con quien estaba discutiendo.

A su vez este último en el fuego de sus palabras no ponía ningún cuidado en moderarlas; no sabiendo por otra parte verificarlo con el ímpetu de las pasiones que le agitaban. Este caballero no se hallaba tampoco en la primera juventud; pero aunque ya contaba sus cuarenta años cumplidos, se conservaba fresco todavía. Un peripunte de buen paño frisado de Flandes, que entónces era gran moda en España, daba realce á su talle; su capa corta de la misma ropa, adornada con alpistes brillantes, caía con gracia sobre su espalda, y su sombrero gris adornado con una pluma encarnada, completaba el de por mañana de un caballero de importancia en aquel año de 1520. Solamente su semblante en nada correspondía al rango á que parecía perte-

necer, porque sus facciones poco regulares estaban desnudas de toda dignidad, y si sus maneras eran alguna vez orgullosas, su incierta mirada que parecía siempre querer evitar el encuentro de las agenas, anunciaba la poca franqueza de don Pedro Pacheco y Giron, y el temor que tenía de dejar entrever la doblez de su alma. Ese personaje, con el cual hemos ya travado conocimiento cuando quería ir á libertar á don Juan de Padilla, se espresaba en aquel instante en estos términos acalorados:

—«Te lo repito, Moreno, la señora, mi prima, será mi muger, como lo fué la difunta Mencia de Guzman que tampoco lo quería, ó si se hace la melindrosa, un buen convento me desembarazará de ella: ahora que ha quedado entre mis manos, sabré hacerla optar entre uno ú otro de estos dos partidos, ó sobre mi alma consiento en dejar de ser don Pedro Tellez Pacheco y Giron, primogénito de mi casa, y único heredero de las tierras y grandezas de Mondéjar.

—No lo jureis, interrumpió sordamente Moreno, vos no conocéis todo el carácter de la señora.

—Por el mismo Satanás, repuso don Pedro, lo que te digo será. No hay ocasión mas favorable ¡Ah! señor de Velasco, vos pensabais tenerme siempre léjos de vuestra pupila, pero pocas horas han bastado para desbaratar todos vuestros proyectos. Ahora, vuestra aprobacion me importa tan poco como la del rey don Carlos.

—¿Y el consentimiento de la señora?

—Te lo repito, Moreno, estoy cierto de obtenerlo; y tú ¿no podrias tambien ayudarme? tú tienes alguna in-

fluencia en el ánimo de doña María. Tienes á sus ojos el mérito de haber asistido á los últimos momentos de su padre y de su hermano. Tu me serás pues útil, he aquí el instante de cumplirme tus promesas y de reconocer al mismo tiempo todas las obligaciones que debes á los Pacheco; y así por la memoria de don Juan, mi padre, que secundado de su pariente don Diego, conservó la vida al resto de tu familia á la cual hizo cristiana, y por el alma de tu padre que despues de su muerte fué salvada, gracias á mi tio don Rodrigo, el gran maestre de Calatrava, que echó el agua del bautismo sobre sus restos inanimados, yo te lo pido, secúndame en mis proyectos, y en recompensa haré mas por tí de lo que todos los míos han hecho. Don Diego Pacheco á quien cabiste en suerte en el reparto, te ha dejado vegetar simple servidor, en su casa; que yo tenga solamente un dia el solar y la grandeza de Mondéjar, y te lo repito tu fortuna es hecha.

Moreno entre tanto permanecia silencioso.

—¿Pero cual es pues, esta dificultad que veo te embaraza? añadió con cierta arrogancia, ¿no sabrás aprovecharte de las ventajas de que la suerte caprichosa me ha dotado? Aunque de mas edad no soy todavía tan decrepito que tema entrar en parangon con el conde de Haro, del cual se dice por otra parte que no es visto con muy buenos ojos por doña María.

—Puede que no, ¿pero quién os dice que sea esta una razon para que vos gustéis mas á la señora?

—Espícate, interrumpió el impa-

ciente caballero asiendo fuertemente el brazo de Moreno; y estoy cansado de tus palabras ambiguas y de los subterfugios que buscas para no cumplir tus promesas.

—¡Pues bien! ya que quereis saberlo, repuso Moreno con un aire de contrariedad perfectamente representado, entendid que teneis un rival.

—¡Un rival! y ¿su nombre?

—Es un rival mas dichoso que vos, añadió Moreno.

—Pero, ¿y su nombre? ¡verdugo! ¿y su nombre?

—¡Oh! sobrado le conoceis, continuó irónicamente el pérfido servidor; y por señas, que vos mismo habeis espuerto vuestros dias para arrancarlo de la cárcel.

—¿Acabarás, Satanás?

—Paciencia, señor don Pedro, porque la habréis menester, cuando sepais que ese rival no es otro que don Juan de Padilla.

—¡Don Juan de Padilla! repitió el caballero estupefacto, y soltando el brazo de Moreno, cayó en un profundo abatimiento, del cual no salió sino al ruido de las campanas de la catedral, cuyos altos vuelos anunciaban á los toledanos que se iba á cantar un *Te Deum* en accion de gracias por su triunfo.

—¡No importa! ¡será mia, ó infeliz de ella! exclamó el señor Pacheco y Giron saliendo de su meditacion. ¡Moreno! añadió, yo no puedo escusarme de ir á la catedral, tú vigila los pasos de doña María; dentro de poco conocerás mi voluntad.»

En seguida se dió prisa á alejarse, porque á la señal sagrada los habitant-

tes dejaban sus hogares, y ya se veían grupos al extremo de la calle.

«¡Infame! pensó Moreno, ¡sacrificar de este modo á su ambicion su familia, y su patria! ¡Ved ahí lo que son todos estos cristianos! Así pues un poco de perseverancia todavía, y el triunfo de los verdaderos creyentes está próximo. ¡O padre mio! suspiró, ¡no en vano habré pues jurado á mi madre sobre tu sepulcro, vengar tu muerte! ¡Y tú, Mahoma! si tu dios es verdaderamente grande, y si tú eres su profeta, secunda los esfuerzos de tu pueblo, y arranca á tu hijo de los muros de Valladolid; piensa que los infieles, para mejor atraerle á su fé, le destinan á su reprobado culto. ¡O Mahoma! ¡asegura la victoria á tus elegidos, y salva el vástago de tu sacra raza!»

Después de esta piadosa invocacion, Moreno quedó sumergido en una meditacion profunda. No se verá tal vez, sin estrañeza, que el corazon de ese hombre diese cabida á sentimientos religiosos, porque hasta aquí lo hemos visto tan solo cubriéndose vergonzosamente con la mas pérvida máscara; pero debe saberse cuales eran los pensamientos que dominaban su alma. Los cristianos á sus ojos eran una raza maldita, de que Dios se habia servido para castigar á su pueblo, y las secretas exortaciones de los alfaquíes y de los imanes, quienes imbuían entónces el fanatismo y la venganza en el corazon de todos los musulmanes, habian desenvuelto en el de Moreno un odio tanto mas estremado que su origen provenia de un resentimiento particular, porque tenia siempre presentes en la memoria las desgracias de su propia

familia. Y así sepamos en este momento sacar provecho de esta propension de espíritu de Moreno, para iniciarnos en sus dolorosos recuerdos.

El valeroso Albayaldos era su padre; la ciudad de Alhama, no muy distante de Granada, prestaba obediencia á ese famoso gefe de la brillante tribu de Abencerrages, cuando de improviso tres caballeros de la casa de Pacheco fueron á cercar al formidable moro en su fortaleza por orden de Fernando é Isabel, cuyo acontecimiento se verificó en el año de gracia 1481 y de la hegira 886. El ataque y la defensa fueron dignos de tan señalados guerreros; pero en fin, el gran maestre de Calatrava, don Rodrigo Pacheco, alcanzó á Albayaldos que se habia arriesgado á salir fuera de las murallas, y después de un obstinado combate hirió al moro con un golpe mortal; pero tan caritativo como valiente, quiso procurar á su enemigo la vida eterna, vertiendo el agua santa del bautismo sobre la frente del herido.

En cuanto á la ciudad de Alhama, quedó en breve sometida por el valor de los otros dos Pachecos, dignos rivales de gloria de don Rodrigo, dicho el Valiente.

Aquel asalto fué fatal á la mayor parte de los habitantes, pero don Diego Pacheco, primo del gran maestre, libró de la muerte á la viuda de Albayaldos y su hijo, que niño todavía se trajo con él, y le hizo abrazar el cristianismo con el nombre de Benito, pero se le dió el apodo de Moreno ó sea el hijo del Moro, y prevaleció después á pesar de los esfuerzos de su madre, que no sobrevivió mas que pocos me-

ses á su esposo, y de los cuidados de su ama de leche; que habiéndole seguido en la esclavitud, nunca habia dejado de llamarle con el nombre venerado de su familia; dedicándose sobre todo á alimentar la jóven imaginacion de Moreno con todos los hechos de gloria y de amor de sus abuelos; por ella habia sido instruido de los desastres de su familia y de la pérdida mas reciente del malhadado moctader Albayaldos, hermano de su padre, el cual, para vengar la muerte del valiente sultan de Alhama, habia retado al gran maestre de Calatrava á combatir en campo cerrado en la fuente del Pino, cerca de Granada, lugar célebre por las singulares refriegas entre los moros y los cristianos; pero siempre afortunado, don Rodrigo Pacheco habia enviado al bravo Abencerrage á hacer compañía á su hermano en la tenebrosa mansion; pero esta vez, ménos generoso el cristiano, para dar mas realce á su victoria, no temió hacer atar la espada y el turbante del moro á la cola de su palafren.

Esas narraciones inflamaban el ánimo del hijo de Albayaldos, y hacian medrar en él ese sentimiento de venganza cuyas primeras semillas habia su madre, antes de morir, sembrado en su alma. Como esas disposiciones poco cristianas del recién convertido diesen que sospechar, se le separó de su ama infiel, y el jóven Moreno aprendió desde entónces que cuando el débil quiere luchar contra el fuerte, debe cubrir su rostro con una máscara, y apelar al artificio para entrar en combate.

Fué haciéndose hombre, y su natu-

ral dócil y emprendedor supo grangearle los favores de sus amos; ¡imprudentes! poco creían ellos que por muy domesticado que esté el leon del desierto, tarde ó temprano se acuerda de sus feroces inclinaciones; y ellos no se guardaban de ningun modo, ¡insensatos! En su imprevisora benevolencia no temian admitirle al servicio íntimo de sus personas.

En aquella época, la condicion de criado estaba jurídicamente reconocida en España como un estado honroso tanto que los primeros empleos, de la mayor parte las casas de grandes señores, eran cargos de confianza que no hacian desmerecer en nada á los hidalgos pobres que los desempeñaban. Moreno, hecho ya hombre, era el servidor favorito de don Diego, cuando á la mitad de su carrera en un dia de triunfo, ese valeroso caballero cayó mortalmente herido. Entónces Moreno se arrojó á don Alfonso Pacheco, y le siguió al Nuevo-Mundo, á donde iba á pelear por primera vez bajo las órdenes de Hernan Cortés. El jóven don Alfonso pereció tambien en breve en aquellos remotos paises, y jamás persona alguna imaginó siquiera imputar á Moreno la muerte del padre, ni la del hijo; y si por otra parte, en las dos épocas de aquellos funestos acontecimientos se hubiese dudado de la inocencia de Moreno, aquellas sospechas hubieran quedado pronto disipadas; pues entónces hubiera uno reflexionado como lo hacemos nosotros en este momento: ¿Porque Moreno, si ha abarcado en su odio todos los Pacheco, sus poseedores, ha perdonado á la señora doña María y al primo de esta don Pa-

checo y Giron, sobrino del gran maestro de Calatrava, el esterminador de su familia?

Para juzgar bien á Moreno es preciso recordar los sentimientos que le agitan, y entónces se verá como el fanatismo vino un instante á suspender los proyectos de su venganza personal. Lo mismo que todos los moros de aquella época Moreno soñaba con el retorno de los bellos dias del mahometismo; la Andalucía contaba muchos creyentes del profeta, y la falda de las Alpujarras contenian los restos aun poderosos de aquellas célebres tribus, en otro tiempo la fuerza y magestad de los califas de Córdoba y mas tarde de los reyes de Granada, jamás los cristianos habian podido subyugarles enteramente; así confiando con este apoyo, los celosos mahometanos se lisongeaban de restablecer su dominacion en España. Pero ante todo era preciso libertar al jóven Abbas Abdallah, único vástago de la raza real de Granada, quien conducido prisionero despues de la toma de aquella ciudad, habia sido colocado en el convento de dominicos, en Valladolid, por el rey Fernando y la reina Isabel, y allí segun las previsoras intenciones de aquellos monarcas debia ser instruido á fin de que algun dia llegara á ser ministro del Dios de los cristianos. Los vencedores creian que de este modo aseguraban su triunfo, y quitaban toda esperanza á los fieles sectarios del mahometismo.

Pero la esperanza, es como el corcho que sobrenada tras de todo naufragio. El jóven Abbas, el elegido de Dios, el descendiente del profeta ocupaba constantemente el pensamiento de sus

pueblos, y Moreno no era de los que con ménos ardor trabajaban en favor de sus correligionarios; en él, todo resentimiento particular enmudecia ante el interes de su nacion proscrita, y así se guardó bien de atentar á los dias de los dos últimos vástagos de esa branca de la casa de Pacheco, cuando vió que la persona de doña María le era útil para fomentar la discordia entre los cristianos, y cuando conoció que le era necesaria para mantener la desunion entre ellos, escitando los unos contra los otros, ciertos de sus gefes, tales como don Pedro Giron, don Juan de Padilla, y los señores de Velasco de Haro. La sedicion de Toledo acababa pues de colmar sus votos; su imaginacion le representaba ya á los enemigos de su fé estenuados por sus discordias civiles, y subyugados á su vez por los hijos del profeta. En su alegría saboreaba anticipadamente el placer que tendria en volver á aquellos cristianos sufrimiento por sufrimiento, y sobre todo su felicidad, si inmolaba sobre la tumba de los Albayaldos á los hijos de sus matadores.

Quando estos pensamientos ocupaban el espíritu de Moreno, lo absorbian de tal modo, que olvidaba todos los objetos que le rodeaban, así fué que no oyó venir el grupo que ya casi le alcanzaba. ¡Hola! amigo, dijo uno de los mas emprendedores de la cuadrilla, ¿qué haces aquí, apoyado contra este muro, tieso como un ahorcado en tiempo del hadgeb Almanzor?

Moreno levantó la cabeza; su rostro manifestaba aun la violenta agitación de su alma.

—Tu semblante no es el de un dia de

fiesta, y en el tiempo en que vivimos, nadie quiere á un hombre que no sepa de que pié cocea, añadió otro ciudadano.

—Vamos, espícate, dijo un tereero acercándose á Moreno, y grita ¡viva la libertad!

—¡Oh! ¡si, la libertad! ¡la venganza! murmuró el moro exaltado por sus recuerdos.

—Pues que tú eres de los nuestros, repusieron los ciudadanos, síguenos á la ciudadela, y ven á dar gracias á Dios por haber hecho triunfar la santa causa del pueblo.» Luego se llevaron á Moreno que les siguió maquinalmente sin chistar, y pronto nuestro grupo se perdió confundido en el tropel de los habitantes que concurrían de todas partes á la iglesia catedral.

Porque, en el año 1520, y sobre todo en España, la fé era fuerte en el corazón de los hombres, y si acontecía que los pueblos hubiesen de levantarse para hacer respetar sus derechos, no pensaban entónces que debiesen cometerse por su parte sacrilegios y actos de rebelion hácia la divinidad; al contrario, buscaban á legitimar su susceptibilidad turbulenta con testimonios exteriores de piedad. De este modo, la religion en aquel tiempo, á lo ménos moderaba un poco esas escenas de efervescencia popular siempre espantosas, pero que son estúpidas y odiosas, cuando las dirigen el atheismo y la impiEDAD.

En recompensa, es preciso convenir que nada habia tan imponente como el aspecto que presentaba en este instante la plaza de la Magestad de Toledo: órdenes, comunidades, corporaciones,

en fin, todas las congregaciones civiles y religiosas que habia en la ciudad, se trasladaban en este momento con banderas desplegadas á la iglesia metropolitana. Los geronimianos y los bernardinianos al frente de esa larga procesion debían haber penetrado ya en la nave, porque los religiosos de san Francisco, que van inmediatamente despues de aquellos, entraban entónces bajo el gran portal, y solo á duras penas se divisaban los pliegues de la ropa blanca en la cual estan pintados dos brazos de encarnacion abrazando la cruz alzada del Salvador, emblema de aquella órden.

En seguida venian los hidalgos y caballeros de Santiago, que ocupaban el primer rango entre las congregaciones militares. Al lado izquierdo de su larga capa blanca brillaba la espada color de sangre de su santo patron. Luego, los caballeros de Calatrava, vestidos con mas esmero que los precedentes, se complacian en atraer las miradas por la grande cruz roja que dividia su pecho. En fin, los caballeros de Alcántara, con su cruz verde, afectaban ostentár sobre sí muchas riquezas, con la esperanza de que tanto brillo haria olvidar lo que faltaba de antiguo á su nobleza. Con esas órdenes de caballería iban tambien muchos hidalgos y caballeros, así como algunos ricos-hombres, teniendo derechos y feudos en el pais de Toledo.

La hilera de esa larga procesion terminaba mas tumultuosa, pero no estaba ni ménos galana ni ménos digna de las miradas, porque en aquel bueno y libre tiempo la clase del cuerpo de ciudadanos era tan santa y tan respetable

como la del cuerpo de la nobleza. De esta suerte, á la cabeza marchaban primeramente los tres alcaldes, precedidos de uno de sus tenientes, llevando la apreciada bandera de los toledanos. Esta bandera que habia reemplazado el estandarte del emperador, y que sin embargo era tan real y tan imperial como la de la casa de Austria, porque no representaba un emperador adornado con su manto, revestido del cetro y de la espada, y sentado sobre un trono, noble y espresivo blason que debia su origen al grande hecho de armas de Muradal, y que recordaba que despues de aquella gloriosa victoria, en el año 1212, Alfonso VIII, rey de Castilla habia tomado el título de emperador de las Españas, y que desde entónces, Toledo su capital, se habia calificado de ciudad imperial. Despues de los dignatarios municipales debian seguir todas las corporaciones teniendo la merced de pendon y ciudad; y hed ahí porque de todas las calles adyacentes se veia venir una nube de banderolas de todos colores, flotando en medio de numerosos y apretados grupos.

—¡Ah! ya reconozco la primera, es la balanza de plata de los SS. joyeros, ¡por san Cosme! no se si la tienen siempre tan justa y en equilibrio, como la representan sobre la tela azul.

—¡Lugar! ¡lugar! gritó la gente.

—¿Y vosotros habladores no veis que deteneis las estrellas de oro de los SS. fabricantes de paño? Y la multitud echó á reir con este dicho de Lopez Cueva.

—Ahora nos toca á nosotros, añadió el barbero.

—Pero, ¡Virgen santa! dentro poco

no habrá ya lugar, dijo uno de los artesanos que circundaban la hilera.

—¡Bobazo! seria curioso que la bandera de mi cofradía no entrara en la iglesia, como si hubiese otra mas santa: dos corazones de la sangre, y al frente el sagrado nombre de Jesus, de oro.

Sin embargo, Lopez Cueva no apretó ménos el paso para poder penetrar á su vez en la catedral, y no fué sin trabajo, porque el gentío cansado de aguardar que esta larga procesion hubiese enteramente desfilado, habia invadido ya los lados bajos de la nave. Pronto el atrio mismo estuvo lleno; la afluencia de la gente es tal, que obliga á dejar abierta la puerta del medio, porque el estrecho espacio comprendido entre la reja y el frente de la alta basílica está obstruido por una muchedumbre amontonada y confundidos unos con otros, mendigos, soldados, artesanos y aun hidalgos que habian llegado demasiado tarde.

Sin embargo la grande arcada del portal, toda adornada de estatuas de santos en sus nichos, con festones dentellados, dejaba apercibir la pomposa ceremonia que se celebraba en el coro, situado segun la costumbre de las metrópolis españolas, en medio del religioso edificio, aun que por su forma, la gótica nave figurase la cruz latina de la iglesia de Occidente.

Esta vez ninguna silla habia vacante en el coro; los catorce dignidades, los cuarenta canónigos, los cincuenta prebendados y los cincuenta capellanes las ocupaban completamente, porque todo el clero de la poderosa diócesis de Toledo, irritado de ver que

en mengua de sus antiguos privilegios se habia llamado á un jóven extranjero, Guillelmo de Croi, á presidirlo sobre la silla arzobispal, estaba satisfecho en esa ocasion de poder mostrar sus simpatías por la causa de la independencia. El grande arcediano mismo, el primer dignidad en ausencia del primado de Castilla, como tambien el gran dean, habian querido ambos celebrar el santo oficio en aquel dia solemne.

Y así, segun las órdenes del Capítulo, se hacia ostentacion de un esplendor cual nunca se habia visto desde las exequias verdaderamente reales del cardenal Ximenes, el último arzobispo; el nombre de ese santo prelado estaba entónces en las bocas de todos, porque en aquel momento, la capilla llamada de Mosarabes, restaurada y vuelta por sus cuidados al rito fastoso de san Isidoro, brillaba por la primera vez con los fuegos de mil bugías que sofocaban de mucho la claridad del día, cuyos débiles rayos á la verdad, solo con dificultad podian penetrar á traves de los oscuros colores de las fenestrales, ó por la estrecha abertura de la grande puerta en parte interceptada por la muchedumbre.

Todo, en esta capilla privilegiada, las paredes, el altar y las gradas relumbaba con la brillantez luminosa de los diamantes, perlas y otras piedras preciosas que sin número estaban allí incrustadas. «¡San Ximenes, rogad por nosotros y proteged vuestra ciudad!» exclamaba todo el pueblo, deslumbrado con aquel golpe de vista encantador que renovaba en el ánimo de los concurrentes la memoria del cardenal, mas

aun que no lo hacia el recuerdo de las grandes virtudes de ese pastor venerable. El resto de la iglesia en nada cedía á tanta magnificencia, y cuando las numerosas arañas de la bóveda estuvieron encendidas y reflectieron sobre los relicarios, vasos, incensarios, cruces, estatuas y cayados de oro, obgetos sagrados que resplandecian todos en torno del altar mayor, sembrado así mismo de pedrerías, torrentes de luz manaron sobre aquella imponente asamblea.

Pero, ¡oh Jesus! cuando al fin del oficio, todo el clero revestido con sus insignias pontificales, se levantó entonando este primer versículo del cántico de accion de gracias: *Te Deum laudamus, te Dominum confitemur*; y que se oyó á los concurrentes mezclar sus acentos varoniles con el canto sagrado de los sacerdotes, agitando sus estandartes, entónces sí que se hubieran estasiado hasta las santas del cielo. En aquel momento se acabaron los ánimos inciertos y los tímidos corazones. El entusiasmo habia llegado á su colmo, y la causa de la independencia hallaba una simpatía universal.

De repente, cuando los cánticos acababan de cesar, un súbito rumor se oye á fuera y se estiende á los vasos de la iglesia: «¡Monstruo! murmuraba la multitud; ¡pero los toledanos estan aquí para vengar á sus hermanos! — Señor de Padilla, conducidnos á Segovia,» exclamaban al pasar don Juan que se precipitaba hácia la plaza para indagar la causa de aquel ruido espontáneo, y júzguese de su admiracion, cuando al atravesar el grupo que se habia formado en torno de un hom-

bre á caballo cubierto todo de polvo , reconoció en él á su amigo don Juan Bravo , uno de los principales hidalgos de la ciudad de Segovia. La espuma de que está cubierto el caballo del hidalgo manifestaba la velocidad con que habia marchado durante su carrera.

« ¿ Qué hay de nuevo ? dijo el señor de Padilla.

— ¡ Socorro ! don Juan , ¡ socorro y pronto ! contestó el enviado ; de otro modo , el bárbaro Fonseca reserva á Segovia una suerte igual á la de Medina del Campo.

— ¡ Aun mas desgracias ! interrumpió don Juan.

— ¡ Noble ciudad ! continuó Bravo ; ¡ cuan cara ha pagado su esforzada resistencia á no dejarse desapropiar del parque de artillería y de las municiones de que se queria usar contra sus compatriotas ! Entónces levantando la voz en el colmo de su indignacion : — Amigos míos , gritó á los que le rodeaban ¡ Medina del Campo ya no existe ! ha sido presa de las llamas , sus habitantes han sido degollados , y el incendiario Fonseca , provisto de todos los pertrechos de guerra hallados en el arsenal , ha venido á bloquear á Segovia.

— El nido está demasiado alto para que él lo coja tan pronto , interrumpió uno de los alcaldes de Toledo , porque los tres se habian juntado á la reunion formada en derredor del enviado de Segovia.

— Sí , replicó este , á pesar de nuestros muros medio desmoronados , podríamos aun resistir á Fonseca , que es un objeto de horror á sus propios soldados , que con repugnancia tienen que

reconocer á su general en el verdugo de sus conciudadanos ; pero por algunos desertores hemos sabido que el condestable habia recibido la orden de marchar sobre Segovia y de ir á tomar el mando en gefe del sitio. Al instante pues salí para Toledo con encargo de rogaros deis aquí ocupacion al condestable , pero al paso que iban don Iñigo de Velasco y su gente á los cuales evité anoche en las montañas de Guadarama temo que habré llegado tarde ; y con todo , bravos toledanos , si vuestros hermanos de Segovia son asesinados , ya podeis prepararos á seguir la misma suerte.

La multitud cuya exaltacion estaba á su mayor apogeo , acogió estas palabras con mil gritos de guerra y de venganza : — ¡ A Segovia ! ¡ á Segovia ! ¡ mueran nuestros perseguidores ! ¡ mueran Fonseca ! ¡ mueran el condestable !

— ¡ Ah ! pues que el lobo se escapó de nuestras manos , sigámosle en su retirada.

— Entre nosotros y los segovianos , ni él ni su chusma podrán escaparnos , añadieron otros ciudadanos.

— Don Juan de Padilla en su vigoroso montero , añadieron los soldados del tercio de Castilla , ¡ ay del enemigo que atrapa !

Entre tanto Bravo ya apeado , don Juan de Padilla , y los tres alcaldes , se habian juntado con don Pedro Giron y con don Francisco Maldonado , como tambien con otros gefes de la insurreccion que acudian al estrépito de los clamores de la gente.

« Aprovechemos ahora mismo estas disposiciones guerreras del pueblo , dijeron los señores Maldonado y Bravo.

—Muy torpes seriamos si dejaramos que se entibiase, añadió el astuto Giron, y ya que el señor de Padilla merece al parecer la confianza de los insurgentes, á él toca dirigirlos.

—Pero, observó don Juan, es preciso pensar tambien en la salud de Toledo. ¿Quién de nosotros se quedará pues en la ciudad para vigilar y preservarla de todo ataque espontáneo?

—Yo, se dió prisa á contestar el pérfido Giron, consiento en sacrificar al interes de mis conciudadanos, el vivo deseo que tendria en participar de la gloria y peligros de vuestra expedicion. Pero como el señor de Padilla permaneciese callado:

—¡Démonos prisa en tomar una resolucion! exclamó don Bravo, porque cada instante que perdemos adelanta la agonía de los desgraciados segovianos.

—¡Pues bien! marchemos, ya está echado el guante, replicó don Juan. ¡A Segovia!» continuó haciendo sobre sí mismo un esfuerzo inapercibido de todo el mundo escepto de Giron, que

vió en él una nueva prueba de la verdad de las revelaciones de Moreno.

Todos los gefes se separaron entonces, y en pocos instantes, gracias al genio activo y entendido de Juan, y á los diligentes cuidados de los alcaldes y prohombres, se organizó en regimientos un ejército de seis mil hombres, y se reorganizó enteramente el tercio de Castilla, una parte del cual quedó para la defensa de la ciudad. De esta suerte se componian las fuerzas que se pusieron á la disposicion del señor de Padilla, quien al instante partió á su frente.

A la prontitud con que se alejaba el caballero, se veia bien que el patriotismo y el interes de sus conciudadanos conducian sus pasos; pero á las frecuentes miradas que dirigia hácia atras, hácia el antiguo Alcázar, se adivinaba fácilmente que el jóven capitán dejaba allí la mas cara parte de sí mismo, y que tan pronto como haya cumplido con su mision, le volverá á conducir su corazon á los muros de Toledo.



LA FUGA.

VI.

«¡O mi santa patrona! velad sobre él; si debo huir de él, si he de obedecer á una voluntad que me está mandado respetar, haced al ménos que no tenga motivo de temer por los dias de mi idolatrado Juan. Es mi desposado, vos lo sabeis ¡Virgen María! vos, á quien tomamos por testigo de la sagrada union de nuestros corazones. ¿Y qué, no podré ya verle ni amarle sin ser criminal? y la pálida jóven, para

mejor enternecer la madre del Salvador, regaba con sus lágrimas los piés de la rica imágen que se elevaba sobre el reclinatorio en el cual estaba arrodillada.»

¡Oh! esta ya no era la brillante y fiera señora, suave flor de Castilla tan celebrada en los laúdes de los caballeros de España; el borrascoso dia de la víspera habia ajado tambien su tallo elegante, y del mismo modo que se ve

en el valle una azucena doblegada por la tempestad, María siempre bella, inclinaba sobre su cuello de alabastro su cabeza abatida por la congoja y el dolor. Desde el día anterior su vida solo habia sido una continuacion de tormentos é inquietudes, no por sí misma, porque durante la toma del Alcázar, sitiadores y sitiados habian respetado su estancia, y por otra parte la esforzada hija de los Pacheco tenia el alma demasiado elevada para ser accesible al temor; pero en medio de los peligros dividida en su ternura, rogaba por la conservacion de los días del anciano que le habia servido de padre, y hacia votos por la salud del que poseia todo su amor. Sin embargo el buen éxito de las armas de Padilla, y la retirada del condestable, estaban léjos de haber calmado los amargos pensamientos que desolaban su corazon. Ya habia visto á Moreno, y sabia la voluntad de su tutor á la cual debia someterse; pero con todo ella veia que si dejaba á Toledo, una insuperable barrera iba á separarla mas que nunca de su amante. Aun, ¡si ántes de partir lo pudiese ver! ¡si ella pudiese hacer con él nuevos juramentos de amor! Pero no puede tardar en volver. ¡Dichoso don Juan! ¡porqué no te hallas ya cerca de la que tú amas! Ya no hay para tí muros impenetrables en el Alcázar... ¡Ah! ¡ya viene!... este es el ruido de sus pasos... La cortina se levanta; ¡cielos! es Ines... la gentil y risueña Ines, la compañera predilecta de doña María. Esta vez su fisonomía se halla contrita.

«¡Y bien! le dijo con ansia la señora, ¿ha vuelto Moreno? ¿le ha visto?»

—¡Ay! mi buena señora, no me atrevo á creerlo, porque el señor don Juan acaba de partir en este instante.

—¡Él ha partido! ¿es verdad, Ines? repuso doña María, como Moreno...

—¡Moreno! ¡Moreno! yo no se; pero desconfio de él como de su bautismo,» interrumpió la jóven maragata, pues Ines habia nacido en las montañas de Astorga, y siendo natural de una de las tierras dependientes del marquesado de Mondéjar, habia sido colocada muy jóven al servicio de la heredera de aquellas posesiones.

«Criatura, le dijo la señora, tu prevencion contra este fiel servidor es injusta. ¿Pero quién te ha dicho que don Juan habia dejado Toledo?»

—Yo misma, desde lo alto de la plata-forma del Alcázar, acabo de verle bajar por la calle del Judío, y atravesar de la llanura; ciertamente, era el señor de Padilla á la cabeza de un numeroso egército de hijos de Toledo; junto á él he distinguido al voluminoso alcalde Sentibañez sobre su mula ética, así como á don Francisco Maldonado, el valeroso bachiller de Salamanca, sobre su buen rocín andaluz;» un ligero encarnado coloró las megillas de la jóven al pronunciar el nombre del torero que mas nombradía tenia en Castilla, cuya buena gracia y destreza habian sabido fijar su atencion en el peligroso combate de la fiesta de san Juan. Pero de repente una espresion de descontento muda su rostro: Moreno entraba en aquel momento.

«¿Ha partido? gritó la señora Pacheco, interrogando con los ojos al servidor confidente de su amor. ¿Moreno, le habeis visto?»

—Sí, señora, pero me ha sido imposible hablarle. Estaba ya léjos. En ménos tiempo que el que ha sido preciso á los señores alcaldes para tomar una decision, un considerable cuerpo de toledanos bajo las órdenes del señor don Juan se ha puesto en camino con armas y bagages para volar al socorro de los habitantes de Segovia, y á fé mia, que con la rapidez de su marcha, esos bravos podrán muy bien llegar á los muros de aquella ciudad casi tan pronto como monseñor el condestable, y como vos misma, puede ser, añadió el astuto servidor, recalcando sobre estas últimas palabras.

—¿Qué queréis decir? interrumpió Ines con aspereza, una muger no debe hallarse en medio del teatro de la guerra, y no le sepa mal al señor Moreno, yo pienso que nuestra buena ama haria mejor en permanecer aquí. La expedicion no durará mucho; cualquiera que sea el resultado, nosotras nada tendremos que temer, porque de todos modos ó el condestable ó el caballero de Padilla volverán á Toledo, y si este último triunfa, hallaremos ciertamente junto á él asilo y proteccion.

—Ines tiene razon, contestó doña María, interiormente asustada, como su jóven compañera, á la idea de ser separada para siempre del que ama, en cuanto vuelva á hallarse bajo la autoridad de su tio. Yo no dejo este lugar, añadió con firmeza.

—Como la señora tenga á bien, replicó Moreno; pero sin embargo las últimas órdenes de monseñor vuestro tutor son formales. Por otra parte en el convento de san Gerónimo, á donde se habia convenido que iriais, estaréis á

una legua de Segovia, y en ese santo lugar estais cierta de no ser molestada, porque ya sabeis cuanto veneran los españoles la capilla de N.ª S.ª de Fuentecista, dependiente del monasterio, por causa de los milagros que se operan en ella.

Sí, contestó Ines, con tal que entre ellos no se mezclen muchos cristianos de reciente data como vos.

—Podriais decir como nosotros, respondió Moreno sin incomodarse y con una especie de acento melancólico que le era poco familiar, porque Ines, ¿olvidais que la sangre árabe corre en vuestras venas, y jóven maragata ignorais que vuestra raza descende de los moros unidos con hijas de España?

—Puede ser, dijo Ines con despecho, y con un tono propio para quitar toda esperanza á las pretensiones amorosas que Moreno le hacia entrever de vez en cuando. En cuanto á mí, prosiguió, nunca tomaré por esposo á quien no sea descendiente de cristianos viejos.

—¿Como el bello clérigo de Salamanca? añadió Moreno en voz sorda. Luego volviéndose hácia doña María, que en la preocupacion de su espíritu no prestaba ninguna atencion á la conversacion que se tenia en su presencia. Si la señora, dijo, quiere creerme, renunciará á su proyecto de permanecer en Toledo, á no ser que quiera caer en las garras de su enemigo don Giron.

—¿Qué decis? gritó María.

—Sí, señora, contestó Moreno, en ausencia del señor de Padilla y de los principales gefes de la ciudad, vuestro primo don Pedro ha sido nombrado presidente del ayuntamiento de Toledo, y como tal, manda aquí en gefe;

y no cabe duda que si sabe que estais sola y abandonada, querrá apoderarse de vuestra persona.

—¿Qué debo pues hacer para librarme de sus pesquisas?

—Disfrazaros con este traje que traigo aquí, dijo Moreno, y refugiarnos en el convento de san Gerónimo.» Hablando de este modo desenvolvía un gran lío que hasta aquel instante habia tenido debajo de su brazo.

«¡Qué! exclamó Ines, ¿vestidos de maragatas?

—Es que solo bajo este disfraz, contestó Moreno, podréis sustraeros á la vigilancia del nuevo gobernador. Por órden suya todas las puertas estan ya cerradas; está prohibido dejar salir á nadie á escepcion de las gentes del hospital militar ambulante formado precipitadamente, que debe seguir de cerca al pequeño ejército de toledanos. Mezclémonos con este convoy disfrazados de maragatos, y fácilmente nos tomarán por una familia de arrieros ó muleteros cuyos servicios pueden ser de alguna utilidad á nuestros belicosos conciudadanos; y para completar mejor la ilusion, voy en busca de mulas, miéntas os poneis estos trages.» Dijo, y en vista de un signo de aprobacion de su ama, salió dejando á doña María y á su jóven compañera presa de mil emociones y muy ocupadas en componerse.

«Moreno tiene razon, dijo la señora, dividiendo por mitad sobre la frente sus largas trenzas de cabellos, como hacen las maragatas, y cubriéndose la cabeza con uno de esos sombreros blancos que llevan habitualmente, segun la moda antigua de las mugeres

moras. Debo obedecer á mi tio, añadió.

—Mas vale esto que quedar bajo la dependencia del señor Giron, » observó malignamente Ines, poniendo á su señora un vestido obscuro, cuyo corte abotonado de arriba á bajo, señalaba perfectamente el talle esbelto de doña María; solo las mangas largas de la señora, medio abiertas por detras, disminuian algo la elegancia de su porte.

«¡Oh! ¡oh! continuó la jóven doncella, Moreno es mas católico de lo que yo creia; no se ha olvidado del largo rosario que llevan mis compañeras; » y hablando así, ponía en rededor del cuello de su ama un collar de coral en que estaban suspendidas un sin número de medallas de plata y de retratos de los santos mas venerados de los maragatos; ya se sabe hasta que punto los descendientes de aquella colonia observan los usos religiosos y las costumbres de su padres.

No se crea que permanezcan siempre en sus altas montañas, al contrario, la tribu de maragatos es la que suministra á la España esa nube de muleteros que la sulcan en todos sentidos; pero cuando sus escarcelas estan bien llenas de ducados, ellos y sus mulas se vuelven á sus queridos valles de la Sierra de Astorga, situados al norte de Castilla la Vieja y del reino de Leon. Allí cada uno encuentra á la amiga del corazon, la cual ha rogado mas de una vez á la Virgen para el pronto regreso de su querido. Pero ¡qué alegría cuando este llega! porque el infatigable arriero siempre vuelve, y su fidelidad á su amada es tan conocida como su probidad hácia los viageros que conduce sobre sus mulas.

El maragato se inclina siempre á enlazarse con una hija de su poblacion, él solo entre todos los demas convertidos de España, no se avergüenza de descender de aquella partida de moros que fué llamada á Asturias por el cristiano Maragato, aquel bastardo de Leon que no pudo consolidar su autoridad en sus estados sin el socorro de los infieles, sus vecinos. Fuera de esto el español se mostró príncipe reconocido y grande; así fué que despues los maragatos adoptaron su nombre para dar una justa prueba de su gratitud, y para manifestar que nunca querian olvidar que á Maragato, rey de Leon, era á quien ellos debian el agua santa del bautismo; así como los tres valles de la Sierra de Astorga, que nunca han dejado de habitar desde 771, fecha de la donacion que de ellos les hizo el príncipe cristiano su aliado.

¡ Por san Benito su patron! que no andan desacertados en guardarse de tomar mugeres de sus vecinos. Véase mas bien como el tipo de la belleza árabe se ha conservado puro entre las hijas de las maragatas. Mírese á Ines; ahora que ha vuelto á tomar su traje popular, con sus facciones orientales, y su tocado blanco, miradla y os traerá á la memoria la imágen de la judía Rebeca, ó de santa María Egipsiaca. En cuanto al traje de los hombres es tambien tan pintoresco como el de las mugeres. Mírese á Moreno, que entra en este instante; y véase cuanto mas airoso está con su chaqueta ajustada al cuerpo con un cinturon de lana encarnada, con sus altos calzones un poco largos, sugetados sobre la rodilla con una liga de color escarlata, y que ca-

yendo flotante hasta á media pierna, deja ver unos miembros vigorosos cuyo extremo se pierde en unos botines de paño sugetos con botones. Verdaderamente es preciso convenir que Moreno está mejor así que con traje español. Su hermosa barba negra descansa con gracia sobre la ancha gorquera de su cuello; y solo el sombrero piramidal que cubre su cabeza le cae ménos bien que el elegante toque de lana que habitualmente lleva.

Todo está pronto, señora, dijo á doña María; Antonio el palafrenero de monseñor, con un disfraz igual á este nos aguarda al extremo de la calle Ximenes, en la enrucijada aislada cerca las orillas del Tajo. Allí tiene á nuestra disposicion cuatro mulas y un mulo con albarda para traer nuestros bagages. Démonos prisa en aprovecharnos de la confusion que reina en este instante en la puerta de los campos y en salir de la ciudad sin que seamos reconocidos; mas tarde nos seria difícil de sustraernos de la rígida vigilancia de nuestro primo don Pedro.

Esta última consideracion produjo en doña María el efecto deseado por el astuto servidor. No era por un acto de sumision á las órdenes del condestable, ni de fidelidad á su ama, que le movia á dar prisa á la señora para que partiese de Toledo; era sí porque en el interior del corazon el taimado y satánico moro pensaba que para asegurar mejor el buen éxito de sus proyectos, y sembrar la discordia entre los cristianos, era necesario que la persona de doña María no quedase entre las manos de Giron, porque de esto debía resultar el descontento prolongado de

ese señor, y la duración de la guerra civil en España, diversion tan útil como favorable para la leva de escuderos que Moreno y sus correligionarios preparaban en secreto.

Nuestras dos bellas maragatas, sin mas tardar, se decidieron pues á seguir á Moreno, que las precedia cargado de efectos y de lios para engañar las miradas de los curiosos ó las cuestiones indiscretas de los que pasaban. Luego que hubo llegado á una de las dos salidas secretas del Alcázar que daban detras la esplanada, los fugitivos se encontraron pronto con Antonio y sus caballerías. Pocos instantes bastaron á la cabalgada para ponerse en marcha, habiendo atravesado el Tajo sin otro obstáculo en el puente que algun embarazo de bestias y de gente; pero en fin ya estan fuera de la ciudad.

Entónces Moreno, en lugar de ar-

riesgarse en seguir la carrera que se estendia por la llanura, como hacia un tropel de arrieros como él, hizo tomar á su carabana un camino desierto detras de las ruinas del antiguo anfiteatro, uno de aquellos mil fragmentos esparcidos que atestiguan el poderío y la grandeza de los romanos en la antigua Iberia; despues de una hora de marcha un poco rápida al principio, les fué preciso retardar el paso de las mulas, porque estas debian llevarlos hasta el convento de san Gerónimo, es decir, una legua mas léjos de Segovia.

Pero ahora que se hallan ya fuera del alcance de las pesquisas de Giron, déjeseles andar tranquilamente, deseando que Dios los acompañe y los preserve del encuentro de pícaros, de judíos y de gitanos, como tambien en fin de todos los maleficios del diablo y de los hombres.





EL SITIO.

VII.

Entretanto la ciudad de Segovia, que no había temido oponer una vigorosa resistencia á las orgullosas intimaciones de Ronquillo, empezaba á cansarse de un estado de sitio riguroso que arruinaba su comercio y amenazaba destruir su existencia.

Hacia dos días que sus comunicaciones con los de afuera estaban completamente interceptadas, y una formidable artillería batía en brecha sus mu-

rallas. Don Antonio de Fonseca había tomado posición delante la plaza y la trataba plienamente como ciudad enemiga, como si el suelo de España no fuese la base de sus cimientos:

No bien habían transcurrido cuarenta y ocho horas desde la llegada del cruel vencedor de Medina del Campo, cuando una parte de las murallas que circundaban la ciudad por la parte del mediodía, tenía casi todas sus torres

echadas á perder. Isabela la mayor de ellas y la mas espuesta por su posicion avanzada, habia sufrido de tal modo el fuego nutrido de los sitiadores, que la cúpula se habia desplomado quedando practicada una ancha abertura al traves del muro ruinado; y si no hubiera sido por el Eresma que baña el recinto de Segovia, las tropas reales habrian ya penetrado en el interior de la ciudad rebelde. Con todo, falta á saber si los vencedores habrian podido mantenerse en ella, porque es preciso tener presente que sus calles estan escalonadas y dispuestas en anfiteatro sobre una montaña escarpada, situada en la risueña llanura que riega el Eresma, de modo que todas estan dominadas por orgulloso Alcázar que desde la cumbre de su peñasco puede dictar imperiosamente leyes á toda la comarca que se estiende á sus piés. En aquel momento su voz era atronadora y formidable, sus golpes llevaban la muerte á lo léjos, y servian de intérprete á sus voluntades.

Al ver el fuego sostenido que vomitaban los flancos del Alcázar, los del campo de Fonseca estaban inclinados á creer que la ciudad debia estar bien provista de toda especie de municiones, y que la duracion del sitio seria interminable; pero para don Gil Fuentes, corregidor, para Rainaldo Córdova, alcalde mayor, y en fin para los principales gefes de la ciudad, la triste situacion de Segovia no era un arcano. No creyendo verse tan pronto acometidos por las fuerzas del regente, no habian tenido el tiempo de proveerse de la multitud de provisiones que son necesarias para sostener un sitio en regla;

y los tres mil hombres de las cercanías que habian reunido dentro sus murallas, ahora solo servian de embaraço, porque era preciso alimentar y armar aquellos officiosos defensores, sobre cuyos dos puntos la penuria empezaba á hacerse sentir. Por lo tanto si actualmente el cañon de la plaza trueña aun alto y firme, no es porque los sitiados se hallen en disposicion de continuar esta defensa, sino porque con estos cañonazos redoblados, que son verdaderos golpes de angustia, esperan alucinar por una parte á los sitiadores, y por otra despertar el valor de las ciudades vecinas, y darles el tiempo de reunir sus fuerzas y marchar al socorro de Segovia.

Esta disminucion en los recursos de la ciudad debe quedar siempre ignorada de los sitiados mismos, pues al contrario, es de temer que el desaliento se apodere de ellos. La constancia no es propia de la rebelion, cuando el buen éxito no corona en seguida sus esfuerzos; mucho mas cuando hoy se susurra que los habitantes de Abades, de Labajos y de otras poblaciones vecinas han atacado de noche el campo de Fonseca y que han sido rechazados con pérdida. De ahí dimana este secreto descontento de la multitud que se lamenta de que en vez de haber concertado una salida con esta agresion de las gentes del campo, se ha mandado al contrario, á los sitiados permanecer siempre detras de las murallas.

«Que se pongan á nuestra disposicion, decian los mas furiosos, todas las armas del arsenal, y Fonseca verá que no somos topos á quienes el miedo obliga á esconderse en sus agujeros.» ¡Indis-

cretos! no sabian que las murallas y las torres de la ciudad habian absorbido todos los recursos del Alcázar, y que si se desgarnecian las fortificaciones para ir á pelear contra tropas tan disciplinadas como las reales, sin tener otro apoyo que la débil diversion de ataques de algunos paisanos inespertos, seria esponer á un azar la salvacion de Segovia. Pero una multitud insubordinada, que tiene armas y es soberana, no se toma el trabajo de reflexionar. En el empleo de sus medios ofensivos y defensivos, siempre procede por instinto y por capricho. Ayer no se dudaba del buen éxito, ya se daban por esterminados á Fonseca y su ejército. ¿Como no triunfar, cuando se combate por la libertad, siendo dirigido por los gefes que uno mismo se ha escogido de entre los mas dignos ciudadanos? pero hoy ha soplado un viento contrario, y ya se censuran esos mismos gefes tan ensalzados la víspera, y se desconfía de la victoria.

Los mas sanguinarios (que nunca faltan entre los revoltosos) han lanzado ya gritos siniestros al rededor de la casa de la ciudad en la cual celebraban consejo los gefes de la insurreccion de Segovia. En verdad, que un castigo egemplar les ha seguido de cerca, y que la mano del verdugo los ha sofocado al momento. En circunstancias extraordinarias, medidas extraordinarias deben adoptarse, y sabido es que los fautores de revoluciones no retroceden ante la arbitrariedad y la violencia.

¿Pero quién puede responder del porvenir? ¿Quién puede asegurar que mañana, esta noche, dentro una hora no estallen en Segovia nuevos fermen-

tos de discordia? Es preciso sobretodo precaver los horrores del hambre, porque entónces el desaliento y la disciplina serian universales. Este pensamiento preocupaba en particular á don Juan Bravo, nuevamente elegido alcalde segundo de la ciudad.

«Caballeros, dijo á los otros miembros del ayuntamiento de Segovia, en el estado desesperado en que nos hallamos, es preciso triunfar, á toda costa, y lo mas pronto posible, ó estamos perdidos; ahora no podemos conseguirlo sin una intervencion poderosa y amiga, y esta intervencion, solo de Toledo podemos esperarla.

—¡Pero el condestable gobierna en ella! esclamaron los mas prudentes.

—Si se da crédito á los desertores, debe venir con toda su tropa á reunirse con Antonio de Fonseca. ¡Sublévese en su ausencia Toledo! entónces todo el medio dia de Castilla-la-Nueva marchará á nuestro socorro; y no temas que la insurreccion de Toledo deje de efectuarse, añadió Bravo; desde mucho tiempo un fuego secreto se ocultaba en su seno, y si nadie se opone, yo me ofrezco ir allí para persuadir á la ciudad que abraze nuestra causa. Luego con un acento de seguridad que se comunicó á la asamblea, continuó diciendo, á la entrada de la noche que se acerca, yo sabré con el disfraz de uno de nuestros prófugos atravesar las líneas de los sitiadores, y llegar mañana por la mañana á Toledo. En cuanto me halle dentro sus muros, con la ayuda de Dios y de los amigos que allá cuento, os juro que saldré con la mia.

Un aplauso general acogió esta proposicion patriótica. «No está todo aquí

dijo Bravo al salir; es preciso que vosotros os mantengais firmes hasta mi vuelta.

—Se trata nada ménos, que de vencer ó morir, gritó el corregidor don Gil Fuentes; pero esto hacedlo saber al pueblo si el desaliento se apodera de él.

—Muy bien se lo haré entender, replicó el alcalde mayor Rainaldo Córdova, hombre resuelto en cuanto cabe. ¡Ah! si el ejemplo de Medina del Campo no basta para animar á los mas cobardes, ya encontraré yo el medio de precisar á esos entes pusilánimes que para salvar su vida, no titubearian en vender barato la de sus gefes y de todos los demas que se han comprometido como nosotros. Hay una máxima que dice: que en todo partido, solo son amigos seguros los que corren los mismos percances; por consiguiente voy á igualar á todo el mundo haciendo que al despertarse dé la ciudad de Segovia un enérgico buenos dias al capitán Antonio de Fonseca.»

Entónces sin mas tardar, aprovechándose de la suspension de armas causada por la noche, hace preparar un enorme maniquí de mimbres lleno de paja, y representando una figura humana de forma estrambótica, en la frente de la cual hizo inscribir estas palabras. «Antonio de Fonseca, verdugo de Medina del Campo.» Despues dió la órden de pasear en medio del dia esta grosera efigie por las calles de Segovia, á fin de inflamar el resentimiento de una muchedumbre siempre accesiva en sus transportes. A esta vista, mil vociferaciones, mil dichos insultantes se elevan de todas partes

y acompañan la colosal imágen de Fonseca hasta la plata-forma del fuerte de Toledo. Allí, á la vista del campo enemigo, la cuelgan á una horca y la queman en seguida en medio de las imprecaciones y de los ruidosos gritos de alegría que lanzaba la delirante multitud. Fonseca solo contestó á tantos ultrages con una bala de cañon que derribó la horea y puso en desórden á los frepéticos que estaban ahullando en su derredor.

Entre tanto el fuego de los sitiadores, que desde la mañana habia empezado débilmente, cesó de repente á medio dia. Los segovianos sorprendidos, oian repetidas esplosiones de armas de fuego, pero los tiros no iban dirigidos ya contra la ciudad; viendo lo cual, su jactancia aumentaba á proporcion del reposo que les concedian los realistas. Algunos confiados ciudadanos ya reclamaban de nuevo que se hiciese una salida al instante para acabar de poner en desórden el egército de Fonseca, que á su vez se disponia sin duda á levantar el sitio así que fuese de noche, cuando los centinelas apostados en la mas alta torre del Alcázar, señalaron á lo léjos la vista de un cuerpo de egército. En efecto, héle ahí que baja la colina que termina el valle del Eresma. ¡Por Nuestra-Señora-de-la-Paz, patrona de Segovia! que no es este un socorro que la santa envíe á los habitantes, pues se dirige hácia el campo de los realistas. ¡Que extraordinario movimiento se manifiesta entre ellos! No es ya Fonseca quien parece al frente de las líneas, sino un caballero cubierto con una armadura desnuda de todo adorno, quien montado sobre un vigo-

roso caballo, dirige las operaciones del sitio. El segundo tercio de Aragon ha venido tambien á reforzar el ejército real, pues así lo indica un destacamento de ese cuerpo que acompaña al nuevo general, desde hace una hora que este recorre las trincheras.

—¿Qué viene á hacer aquí este negro pajarraco, con su plumage de mal agüero? dijo cierto majo de facha arrogante, á quien habian confiado la guardia de una obra de defensa avanzada en forma de caballero, no léjos de la malhadada torre Isabela.

—Aguarda, Nuñez, que voy á pedirselo, contestó un mancebo pañero que parecía ser mas diestro en manejar el batán de su oficio que el afuste de un cañón.

¡Pero qué no inspira el patriotismo! animado por esta verdad irrecusable, el improvisado artillero apunta su falconete al caballero de las armas negras, que iba solo adelantándose al grupo que le seguia, pero poco experimentado en las curvas que describen las parabolás, el presuntuoso artesano queda muy sorprendido al ver como su bala llega y derriba á ciertos parlamentarios que en aquel momento se adelantaban hácia la muralla con una bandera en la mano como un símbolo de paz. Al instante contesta una descarga de muchos cañones al brutal proceder de los dos ciudadanos. Al ruido de aquellas nuevas hostilidades, todos los habitantes sin escepcion corren á las murallas; la llamada del tambor y el sonido de las cornetas retumbaban hasta el corazon de las mugeres, que sienten enardecerse al terrible pensamiento de la suerte espantosa que les está

reservada, si triunfa Fonseca. Ellas quieren tambien en su exaltacion tomar parte en todos los peligros del sitio. En un instante las dos atalayas San-Fernando y Real-Cárlos se llenan de defensores. Se colocan apresuradamente en las almenas del castillo mosquetes y cullebrinas, en fin armas de fuego y proyectiles de todo género, que se han sacado de otros fuertes ménos espuestos al ataque del enemigo, y se ha obrado con tino, porque parece que las operaciones de los sitiadores van todas dirigidas hácia estas dos importantes fortificaciones, que á la rapidez con que se suceden las descargas de la artillería enemiga, no tardarán en ser tan solo un monton de ruinas y de escombros. Pero la brecha no está aun abierta, y sin embargo el ejército real hace ya movimiento; los miqueletes catalanes de Fonseca salen de detras los caballos cargados de faginas que los protegian: ya estan á la orilla del Eresma, ¡gran Dios! ¡van á atravesar el rio para dar el asalto! Y lo harán, porque ahora ya no se atreverán á retroceder ante el tercio de Aragon que los sostiene detras, y sobre todo á la vista del condestable que manda la accion en persona, y que á pesar de la sencillez de su sombría armadura ha sido reconocido por los sitiados.

—¡Sí! por san Gil, mi patron, exclamó Fuentes, el corregidor, es verdaderamente el señor de Velasco el que viene hácia nosotros; mucho ha corrido.

—¡Y bien! dijo el intrépido Rainaldo Córdova, volvedle la vara que se dispone sin duda á pedirnos en nombre de su emperador. Diciendo así, arranca el signo de la autoridad civil de las

manos del corregidor, y con brazo vigoroso lo arroja al condestable, haciendo apoyar este insulto con una descarga de fusilería, la que no impidió al primer cuerpo de miqueletes, que acababa de atravesar el rio, acercar sus escalas á las murallas. A esta vista: «He aquí el momento de combatir á sangre y fuego» exclamó el valiente alcalde mayor, y asiendo una caldera de pez hirviendo, la derramó por una de las buhardas sobre la cabeza de los catalanes temerarios que osaban escalar el fuerte.

Entre tanto el primer batallon de Navarra y un cuerpo de mineros, recientemente reclutados, y sacados de Galicia, atacaban la parte oeste de la ciudad, siguiendo todavía el antiguo sistema en el arte de atacar las plazas. Los largos escudos de piel de buey con los cuales resguardaban sus cabezas, formaban á lo largo del muro una especie de tortuga, medio que en aquella época el servicio de la artillería empezaba á poner en desuso. En cuanto al centro del plan de operaciones tan prodigiosamente adelantadas en la parte de la torre Isabela, el condestable, á la cabeza del tercio de Aragon, se reservó el honor de abrir la brecha. A este fin hizo llenar de faginas bajo los mismos fuegos enemigos un paso vadeable que habia en el rio, á corta distancia de las murallas, y luego aprovechándose de la favorable diversion producida por los dos ataques que habia mandado dar sobre dos puntos lejanos á fin de ocupar en muchas partes á la vez las fuerzas de los sitiados, pudo sin gran dificultad avanzar hasta el pié de la torre Isabela. Ya trepaba por los es-

combros con lo mejor de su ejército, cuando los segovianos adivinando en aquel momento su proyecto de ataque, se dirigieron en tropel hácia aquel punto vulnerable de la plaza.

Entónces fué cuando se armó una refriega espantosa: el cañon habia cesado de retumbar por una y otra parte, porque acababa de empeñarse una lucha cuerpo á cuerpo tan confusa, que cada partido podia inmolar indistintamente con sus golpes amigos y enemigos. El comandante del Alcázar, recién elegido por el pueblo, don Miguel Henriquez, bastardo de la casa del almirante quien de lo alto de la fortaleza ve lo que pasa en la torre Isabela, hace parar tambien á sus baterías apuntadas en aquella direccion. Pero si bien no resuena ya en ese lado el ruido de las armas de fuego, se oyen los gritos de los heridos y los gemidos de los moribundos, y finalmente, es tal el encarnizamiento con que hombres, mugeres y niños se estan batiendo, que de cualquiera cosa han hecho una arma defensiva. ¡El condestable sobre todo está esgrimiendo en esta horrible pelea! que tiene que ver con su espada larga de cinco piés, descarga golpes redoblados y abre espaciosas brechas en esas murallas vivientes que se oponen á su paso; todo ceja bajo el corte de su espada, y la sangre corre en arroyos; si él y su tropa siguen batiéndose de este modo, la posicion es tomada dentro pocos momentos; pero viene á mudar el aspecto de la pelea un nuevo refuerzo de sitiados, á la cabeza del cual se halla el alcalde mayor, quien con un violento revés de su porra, se habia desembarazado de don An-

tonio de Fonseca; este que conducía á los miqueletes, tocaba ya á las almenas cuando el vigoroso Rainaldo Córdova le hace rodar hasta el pié de la torre de San-Fernando, con grande estupor de los soldados catalanes, que tambien se ven obligados á soltar la presa ante el valiente alcalde y sus bravos compañeros, los cuales sosegados sobre este punto de defensa, vuelan al instante hácia el lado del cual se oyen gritos tumultuosos.

Entónces la trinchera de la torre Isabela se convierte en un horroroso espectáculo de carnicería y desolacion. La noche que ha llegado durante esta lucha terrible, acrecienta todavía el horror de ella, cubriéndola con sus tinieblas. Parecia que nada podia poner fin á aquel encarnizado combate, en el cual vencedores y vencidos estaban confundidos, cuando la repentina llegada de Rainaldo Córdova vino á decidir el fin de esa jornada; los realistas cargados con vigor son espulsados del fuerte; y puede tenerse por feliz el condestable, de salir sano y salvo, sin haber perdido la mayor parte de su gente. Obligados pues á hacer tocar la retirada, no abandona empero su posicion favorable cerca de las murallas; allí quiere pasar la noche, á fin de poder empezar de nuevo las hostilidades al rayar el alba. Por ahora hace bien el viejo guerrero en entregarse al descanso de cual debe de tener gran necesidad, despues de veinte y dos horas de marcha, y seis de un combate obstinado. Pero bastan pocos instantes para reanimar sus miembros endurecidos por las fatigas: así es que apénas empezaba á asomar el primer crepús-

culo matutino, cuando hace tocar llamada en sus diversos cuarteles.

Ademas, como la jornada de ayer ha aclarado las filas de los realistas, el condestable envia una órden á su sobrino el almirante, que mandaba el cuerpo de reserva, para que venga con su tropa. Llegado que hubo este refuerzo, el señor de Velasco lo separa al instante en dos divisiones; guarda una cerca de sí á las órdenes de don Federico Henriquez, y reparte la otra en toda la línea de operaciones, porque esta vez la batalla ha de ser decisiva. Los sitiados por su parte, la juzgaban del mismo modo y trabajaban tambien con ardor para emplear todos los medios de defensa: allá con sacos de tierra, faginas ó montones de piedras, procuran reparar las murallas desmoronadas; acullá, cerca de las buhardas, acopian numerosos proyectiles; en las plataformas de las atalayas, en las aberturas de los fuertes se coloca artillería de todo calibre; los mas hábiles tiradores se sitúan en todas las troneras con sus escopetas de cañon de herradura, cuya exactitud es tan generalmente reconocida, con órden de no apuntar sino á los principales de entre los sitiadores.

En fin para proceder con mas union y prontitud en la defensa de la ciudad, los segovianos se han dividido en tres cuerpos. El primero mandado por el alcalde mayor, y el segundo por el corregidor, ocupan las fortificaciones interiores de la ciudad; pero los alrededores de la torre Isabela y las cercanías de la trinchera son defendidos por el tercer cuerpo que está á las órdenes del bastardo Henriquez, el cual

para defender ese importante punto no ha vacilado en demitirse momentáneamente del gobierno del castillo, cuya custodia ha confiado en su ausencia á dos frailes de san Francisco, encargándoles sirviesen la artillería de arriba; pues á tal punto ha llegado la necesidad de que todos los habitantes acudan á la defensa de la parte baja de la ciudad. Pero cuidado mis bravos capuchinos, obrad con mesura, porque es tal el encarnizamiento con que de una y otra parte ha vuelto á trabarse la pelea, que si no vais con tiento estais espuestos á hacer tan flaco servicio á los segovianos, como á los realistas.

En efecto, hacia un momento que el fuego habia empezado con mas violencia que nunca en todos los puntos de la plaza. Precisa era verdaderamente toda la bondad de los materiales de que en otro tiempo se habian servido los moros, y el estremado espesor que daban de costumbre á sus murallas, para que estas pudiesen resistir tanto tiempo á la metralla. Con todo no dejaba de abrirse en ellas anchas grietas, lo que visto por el condestable manda incontinenti se de inmediatamente el asalto á Segovia. Ya en muchos puntos se habia tentado la escalada con éxito vario, pero en la torre Isabela es sobre todo donde se empeña entónces lo mas fuerte del combate. Allí es donde don Iñigo de Velasco y su sobrino, don Federico Henriquez, dan á sus soldados el ejemplo del mas grande valor. El bastardo Henriquez no les va en zaga por su parte, poniendo todo su afan en alcanzar al almirante al cual tiene ogeriza por haber este rehusado recono-

cerle como pariente; con todo, en este instante el bastardo y los suyos acababan de ser arrojados hasta el interior de la ciudad, en vista de lo cual se arma aquel desesperado con un arcabuz, y dirigiéndose su ancha boca á don Federico Henriquez que le seguia:

« ¡Toma, Henriquez, exclamó soltando la rueda, antes de morir aprende una vez á reconocermel ! »

¡Cae herido el almirante. A esta vista, los soldados de Aragon de quienes era apreciado, prorumpen en gritos de venganza, y se precipitan con furor sobre la multitud, en medio de la cual se ha refugiado Miguel Henriquez. Todo cede á la violencia de su choque, y el mismo bastardo atravesado de un lanzazo va á juntarse en el otro mundo con los numerosos compañeros, á quienes la muerte ha ya precipitado en él.

En otros puntos de la ciudad seguia la lucha mas ó ménos indecisa, el cañon del Alcázar habia hecho estragos en el cuerpo de escopeteros, conducidos por el señor de La Chau, cuya tentativa de escalada le habia salido mal. En desquite, en el lado opuesto la victoria se declaraba por los realistas. Las dos torres de San-Fernando y Real-Carlos estaban casi en poder de los miqueletes de Cataluña, mandados por el jóven conde de Haro, en reemplazo de don Antonio de Fonseca. Con un poco mas que redoblen sus esfuerzos invaden sin remedio la ciudad.... ¡Cielos! el alcalde mayor está gravemente herido. ¿Quién irá ahora á aquel punto á defender la entrada de la plaza que está abierta á los sitiadores? No será por cierto el gremio de

pañeros ni el de tintoreros; véase al contrario como huyen. Su gefe está fuera del combate, las almenas estan ya desiertas y he aquí á los atrevidos catalanes que acaban de tomar posicion en la plata-forma de la torre de San-Fernando; miétras que por caminos subterráneos, los minadores gallegos llevan la destruccion á la base de las murallas que hacen volar á pedazos abriéndose de este modo un camino hasta el centro de las fortificaciones. Un terror pánico empieza entónces á apoderarse de los habitantes de Segovia. Los mas valientes de sus gefes no se hallan ya á su frente, espaciosa brechas quedan abiertas en muchos puntos de las murallas, las cuales presentan á los realistas mas de un paso espedito.

En tan fatal posicion, los mas medrosos de entre los sitiados se refugian en el Alcázar, otros corren á invocar al Dios de los combates en la iglesia venerada de la Virgen, muchos miembros de la cofradía de Santiago, y algunos canónigos á su frente, se prosternán al pié del altar de aquel ilustre patron de las Españas, é imploran su asistencia.

No bien hubieron acabado su piadosa oracion cuando de repente resonaron unos gritos de alegría por el lado de la puerta de Toledo. Se ha divisado en el horizonte una nube de polvo que parece impelida hácia la ciudad; ¿serian oídos por fortuna los votos de los desgraciados segovianos? ¿seria este el socorro por el que estan clamando con tanto fervor? ¡Oh! no hay que dudar: el sol que está á la mitad de su carrera alumbra con sus rayos á una tropa

de caballeros. ¡ Por Santiago! ¡ y como corren! A este paso llegarían á adelantarse al mismo famoso Babieca del Cid, si se hallara aun en este mundo: ¿pero es ilusion?... ¿No está á la frente el patron de las Españas? Sí, él es, que llega montado en su caballo cuya blanca melena flota esparcida al aire. En este momento está ya tan cerca que se distingue fácilmente la espada encarnada que lleva á la izquierda de su capa. « ¡Ojalá tuviese en su mano el estandarte de Castilla! exclamó un veterano, que para servir á su ciudad natal, habia vuelto á tomar en aquel dia el arnés de batalla; entónces podria deciros si se pronuncia en nuestro favor, como lo he visto otras veces; sí, hijos, con mis ojos lo ví en el sitio de Granada y en Italia, en muchos combates cuando la jornada debia ser decisiva.

— En este caso, anciano, la fortuna está esta vez por los segovianos, interrumpió un jóven paisano, porque ved como cerca de monseñor Santiago se despliega la bandera imperial de Toledo; ¡pero, vive Dios! ¿cual es aquella otra tropa que viene allá bajo siempre del mismo lado, á alguna distancia del grupo de caballeros?

— ¡Oh! ahora sí que reconozco el estandarte de Castilla, y los colores de mi antiguo cuerpo, dijo el viejo militar.

— Por san Gil, mi patron, repuso el corregidor, ¿seria el tercio de Castilla, que viene á nuestro socorro? Mirad, ¿no distinguís á don Juan Bravo que viene delante de la primera fila?

— Mucho que sí, ya lo veo sobre su hermoso caballo capa de moro, contestó el jóven paisano.

— Amigos, firmes, gritó entónces don Gil Fuentes, á la multitud, ya está aquí el refuerzo que nos envía monseñor Santiago y nuestros hermanos de Toledo.

— ¡ Viva Santiago ! ¡ vivan los toledanos ! » repitieron por todas partes.

En un instante la noticia de la aproximacion de este socorro inesperado da la vuelta á la ciudad, y reanima á los habitantes desalentados. Los sitiadores ignorando lo que pasa entre los segovianos, se preguntan unos á otros de que puede dimanar esta nueva resistencia; pero no tarda en esplicárselo don Juan de Padilla, cuyo trage de la órden de Santiago habia causado la piadosa ilusion de los sitiados, que habian tomado al jóven caballero toledano por su santo patron. Padilla cae sobre los realistas, sin darles tiempo siquiera de recobrase; y luego, despues de haber mandado á don Juan Bravo cargarse el campo enemigo, y lo incendiase, se arroja él mismo acto continuo sobre los sitiadores al pié de las murallas que escalaban, y ha hecho bien de obrar con prontitud, porque este ataque repentino, esparce el terror y la confusion entre los soldados del condestable; los cuales estrechados entre los segovianos por una parte y por otra del egército de los toledanos, huyen y se dispersan. El cuerpo de preferencia, solamente mandado por el señor de Velasco, se retira con bastante órden; y en honor de condestable, debemos decir aquí, que si ha mucho, hemos tenido motivo de admirar su valor, no son ménos dignos de alabanza la sangre fria y la habilidad de este anciano guerrero al efectuar su retirada.

Su hijo, el conde de Haro, el señor de La Chau, y todos los otros oficiales que habian abandonado el fuerte, y se habian reunido á su lado, consiguieron mantener libre algun tiempo el punto vadeable del Eresma, de lo cual se dió prisa en aprovecharse el señor de Velasco para hacer pasar las pocas tropas que le quedaban; en seguida haciéndolos formar el cuadro en la otra parte del rio, á fin de hacer cara al enemigo, hizo colocar en medio sus heridos y lo poco que pudo salvar del material de su egército, luego se replegó hácia Valladolid para guarnecer esta ciudad en que se hallaba el cardinal Adriano y la residencia del gobierno de la regencia. No podemos ménos de pagar tambien un justo tributo á don Juan de Padilla por su moderacion en la victoria, quien desde que vió su triunfo asegurado, hizo cesar la matanza. Obrando de esta suerte, el hábil capitán sabia bien, que es siempre peligroso acosar al enemigo hasta la desesperacion, y que la clemencia del vencedor aumenta el número de sus partidarios. Así fué que reclutó en sus filas un gran número de soldados realistas que pidieran engancharse, y concedió la vida á los miqueletes que se habian refugiado en el vasto edificio del Minto, en las orillas del Eresma; y si hizo incendiar este precioso edificio, la mas antigua de las casas de moneda del reino, fué porque se vió obligado á ello á causa de la tenaz resistencia que oponian los catalanes mismos; los cuales á la fin, viéndose abandonados de los suyos y estrechados por las llamas, pidieron capitular, y don Juan de Padilla, tanto para honrar el valor como

para conciliarse el espíritu de aquellos valientes, les permitió retirarse con los honores de la guerra. Este noble proceder hizo que casi todos tomaron partido en las filas de los insurgentes. El triunfo de estos era completo; pues que habían batido y dispersado las tropas reales, tomado sus bagages, y se habían apoderado de su caja militar, abundantemente provista.

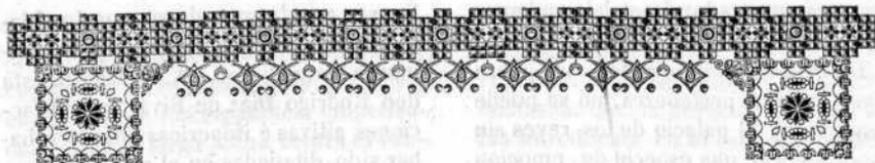
Sin embargo el previsor don Juan dejó de dar muchas sabias disposiciones, á fin de que ninguna alarma pudiese empeñar su victoria; luego á la cabe-

za de los toledanos verificó su entrada en Segovia en medio de las aclamaciones de los habitantes, que le recibieron como un Dios libertador. La noche estaba ya bastante adelantada cuando penetró en la ciudad; pero todas las casas espontáneamente iluminadas, como por encanto, alumbraron su paso triunfal hasta el Alcázar; allí, sus principales compañeros y él encontraron un abrigo, y pudieron en fin descansar de las fatigas de aquella memorable jornada.



No, la vejar análoga en el mundo antiguo, sobre la ocupación humana en provecho de algunas castas privilegiadas. Donc, cuando se nos dice que por respeto á sí propios, todos los hombres crecidos tienen la conciencia de esa veneración que es el alma de la dignidad suprema, inalienable en las diversas sociedades de que hacen parte, al mismo tiempo parece haber querido rodear estas insignias distinguidas con

un aura de una aureola sagrada, que se eleva á la altura de los cielos, con mil otros contrastes que los realza; y así, en el mundo antiguo, la masa humana creía en la fuerza y el poder, era lo que había producido la esclavitud y el respeto para con la grande ó la superior. Este espíritu análogo, cuyo primer efecto sobre todo debe presentarse con claridad á los ojos de la multitud, es el de la brillantez y de la igualdad, era un



LA CAIDA.



VIII.

No, la regia magestad no es una primera fundada sobre la estupidez humana en provecho de algunos seres privilegiados. Aun cuando no sea mas que por respeto á sí propios, todos los hombres sensatos tienen la conciencia de esa veneracion que ecsigen las dignidades supremas instituidas en las diversas sociedades de que hacen parte; el mismo Dios parece haber querido rodear estas insignes distinciones ter-

restres con una auréola sagrada, cuando á través de los siglos, nos muestra constantemente que los pueblos á los euales ha concedido la mas larga duracion de orden y de poder, son los que han proclamado la estimacion y el respeto para con la grande é indispensable gerarquía social, cuyo primer grado sobre todo debe presentarse continuamente á los ojos de la multitud, rodeado de brillantez y de magestad, ora sea

rey, ora emperador ó patricio quien en él se halle elevado.

He aquí la causa porque á cuaquiera clase que uno pertenezca, no se puede penetrar en el palacio de los reyes sin experimentar una especie de emoción involuntaria, que aun el mas fanático partidario de la igualdad es tan impotente á reprimir como lo es el incrédulo ó el impío, cuando al traspasar el umbral de la antigua casa del Señor, levanta los ojos, los pasea por la vasta profundidad de los santos lugares, y luego los abaja hácia la tierra aturdido de la pequeñez de su ser bajo el arco aéreo de la nave gótica.

En la grande sala de los reyes del Alcázar de Segovia, es sobre todo donde no puede uno entrar sin sentirse al instante dominado por la magestad que le rodea: en aquel vasto recinto, de estilo compuesto moro y gótico, están colocadas en derredor las imponentes imágenes de cera y de madera de diez y nueve reyes de Castilla, de seis de Leon, de dos de Asturias, de diez y seis de Oviedo, la mayor parte sentados sobre tronos, y colocados bajo una especie de doseles, siguiendo cada uno el órden de los tiempos, desde Pelayo, el gefe audaz de los montañeses, hasta la desgraciada Juana, y hasta el mismo Carlos V., su hijo, el nuevo emperador de Alemania. En tan ilustre reunion se han hecho tambien lugar muchas nobles figuras de españoles, todos valientes y leales guerreros los cuales despues de haber durante su vida participado de los peligros de sus soberanos á cuyo lado combatian por el trono y por la patria, han adquirido ciertamente el derecho y el honor de

figurar aun despues de su muerte al lado de aquellos gefes á quienes tan fielmente defendieron. Á su cabeza está don Rodrigo Diaz de Bivar, cuyas facciones altivas é imperiosas parecen haber sido dibujadas en el mismo campo de batalla, en el momento en que cinco reyes moros vencidos se humillan á las plantas del triunfador, saludándole con el heróico renombre de Cid campeador.

Aquella sala no está pues únicamente destinada á alagar el orgullo de los reyes, sino que verdadera galería nacional tiene tambien por objeto perpetuar la memoria de todas las glorias de España. Así es que no hay lugar mas venerado en las Castillas y en Aragon, ni mas caro al corazon del hijo-de-Algo ó descendiente de Goth, para el cual es lo pasado una cosa santa y respetable. ¡Loór! mil veces gloria á esos pueblos que no tienen el loco y destructor pensamiento de hacer datar su historia tan solo desde los tiempos contemporáneos, sino que á imitacion de las antiguas sociedades griegas ó romanas, y de las naciones de los francos en tiempos mas modernos, hacen consistir el sentimiento del patriotismo en el respeto á sus abuelos, de los cuales conservan, y veneran su antigua habitacion, imágenes, cenizas, religion y memoria de sus grandes hechos ciertos que están entónces de poder legar á su vez á sus descendientes unos recuerdos igualmente preciosos.

¡Oh! sí, en el seno de la antigua Península es sobre todo donde estas virtudes patrióticas han dominado mas á los pueblos, desde aquellos dias en que los Iberos resistieran á César y á sus

oficiales, hasta ese tiempo de gloria en que vemos á la fé de Cristo cimentar, con mayor fuerza, este amor pátrio en el corazon de los españoles, empeñándose en esa larga lucha contra el islamismo del que acaban de salir vencedores. Nuevas circunstancias vienen aun á darles ocasion de manifestar ese noble carácter nacional; y si la insurreccion agita en este momento las Castillas, no es para destruir las instituciones de lo pasado, ni para derribar la autoridad real, ántes bien se pretende defender uno y otro contra esa nube de extranjeros que ha caido sobre los estados hereditarios de Fernando é Isabel.

Por eso es que en estos últimos dias, cuando la sedicion invadia los espléndidos aposentos del Alcázar de Segovia, bajó la frente con humildad ante las grandes sombras reales, y respetando la imágen del niño Don Carlos pintado al lado de su madre la reina, Juana la querida, solo dejó caer su cólera sobre el nuevo retrato debido al pincel de Ticiano, en el cual el célebre artista de Venecia ha representado el soberbio Don Carlos revestido del manto imperial y con el globo del mundo en la mano, porque la vista de aquellos atributos extranjeros recordaba á los insurgentes uno de los agravios que mas echaban en cara á su jóven rey. La multitud, siempre estremada en sus transportes, osó pues poner la mano sobre la augusta figura, y el lienzo, ya reventado á golpes de pica, hubiera sido pronto hecho pedazos, si Bravo y otros gefes, interponiendo su autoridad, no hubiesen impedido que se desollase el cuadro de la pared. Así fué

como gracias al concurso de todos los buenos conciudadanos, la sala de los reyes fué respetada aun en medio de la confusion que la duracion del sitio habia introducido en el castillo. Y ahora para acabar de salvarla de toda devastacion por parte de algunos turbulentos de la ciudad, como de la malevolencia de ciertos recién llegados de Toledo, que manifiestan no ser fáciles de contenerse, esta sala acaba de ser destinada al señor de Padilla, á Don Maldonado y á los demas principales capitanes del ejército aliado para pasar en ella la noche, por ser el aposento de honor del Alcázar. En cuanto á los soldados han sido repartidos entre los vastos alojamientos del castillo y las casas de la ciudad.

He aquí pues al héroe de la jornada, al glorioso Don Juan instalado en la sala de los reyes. Don Juan rehusó un lecho de reposo, aunque aquel que se le ofrecia estaba guarnecido con sábanas nuevas de tela de Holanda como es costumbre en España de prepararlo á las fo-rasteros de distincion; prefiriendo dormir en duro, envuelto en su capa, para estar pronto á correr á las murallas en caso de una alarma imprevista: pero en breve su espíritu agoviado de tantas fatigas, y preocupado con todos los acontecimientos que acababan de suceder, cayó en aquel estado de desvarío que sin ser sueño participa de ese entorpecimiento que no nos impide estar en comunicacion con los objetos exteriores, y hace de este modo, parecer-nos que dormimos despiertos.

Todas las escenas de que nuestro caballero acababa de tomar una parte tan activa, se desarrollaban entónces á sus

ojos mas horrorosas aun por la súbita aparicion de las grandes sombras, proyectadas por las estatuas de la sala que iluminaba en aquel momento el astro misterioso de la noche, cuyos rayos herian sobre todo la lacerada figura del emperador, que como un formidable espectro parecia presentarse á la imaginacion turbada de Padilla: el marco fuertemente conmovido por los injuriosos esfuerzos de los insurgentes se mecía al menor impulso del viento agitando así, á la vista del caballero, las tiras del rasgado manto de Don Carlos. La noble actitud, la fisonomía imponente que el pintor de Venecia habia sabido dar al jóven soberano, acabaron de abatir al súbdito rebelde de tal modo, que pronto se hicieron sentir en su corazon los remordimientos, que el desórden de su imaginacion hacia aun mas vivos, é interperlando al mismo emperador que creia ver delante.

«Detente, Cárlos, suspiró Don Juan con voz ahogada, no soy cómplice en los insultos que se han hecho á tu persona. Impútalos mas bien á tus ministros que son los verdaderos culpables; ellos son los que han hecho mal uso de tu autoridad, ellos los que han ostigado al ardiente carácter de los españoles precisándoles á cometer escesos que condeño como tú....»

Luego Don Juan se interrumpia creyendo oír en el fondo de su corazon una secreta voz que le decia, que el aceptar la suprema autoridad entre los sublevados, era mas que aprobar sus errores, era tomar parte en ellos, y ahora que triunfa la sedicion, se pregunta á sí mismo, ¿cuál será el término de sus victorias y de sus pretensiones? ¿Sabe

bien él mismo hácia donde se dirige el camino en que su estrella imprudentemente acaba de meterle?... Cuando el pueblo se subleva, es preciso un poder sobre humano para detener su irupecion amenazadora y decirle como el Eterno al mar alborotado: tú no pasarás de aquí.

En el terror que tales pensamientos inspiran al irresoluto Padilla, se oprime su pecho sofocado, su cabeza delirante se extravía, quiere huir de la sombra imperial cuya mirada le persigue, quiere salir de la ciudad y abandonar un partido que á las representaciones legales ha hecho suceder la sedicion y el insulto.... ¿Pero á donde irá? ¿puede acaso retirarse de la palestra y permanecer neutral, entre Toledo su ciudad natal por una parte, y la autoridad del rey por otra?

La memoria de María, que domina el fondo de todos sus pensamientos, no hace mas que acrecentar su indecision. «¡Oh amada mia! suspira en la turbacion que le agita, ¡solo la muerte, puede obligarme á abandonarte, y á renunciar á tí!»

En aquel instante la luna, llegada al término de su carrera nocturna, iluminaba la pálida y melancólica figura de la madre de don Cárlos, de aquella desdichada princesa, que por sus desgracias tenia bien merecidos el interes y el amor que le profesaban los españoles.

«¡Oh Juana! ¡mi verdadera reina! esclama de repente, como inspirado por una idea sobre natural; venid á ayudar á vuestros fieles castellanos que os llaman. Protectora de vuestros súbditos, sancionad con vuestro sello sus

justas reclamaciones; y como reina que sois, haced que se respeten los derechos de la corona, si en su cólera contra vuestro hijo y sus indignos consejeros, un celo demasiado ardiente quisiera atentar á ella.»

Este luminoso pensamiento vuelve la calma á su espíritu; ya le parece ver á Juana su soberana tomando de nuevo las riendas del gobierno, y dirigiendo el estado en la ausencia de su hijo Don Carlos. A estas consideraciones políticas se une también, fuerza es decirlo, un secreto motivo de amor, porque en cuanto se hace dueño de nuestra alma, este sentimiento, el más sutil y el más imperioso de todos, se combina con las causas multiplicadas y diversas que hacen mover y obrar nuestro ser, produciendo en nosotros el efecto de esos olores penetrantes que se impregnan de tal modo en las paredes interiores de la vasija que los contiene, que siempre se hacen sentir, por más que se mezclen con ellos nuevos aromas.

Presentóse pues al espíritu de Don Juan la dulce y consoladora esperanza de decidir á Doña María á que se trasladase al lado de la reina Juana; bajo semejante égida, su desposada nada tenía que temer: y su lisonjera imaginación ya le presentaba á su soberana sonriéndose á su amor y aprobando su enlace.

Tales eran las seductoras ilusiones á que se entregaba el confiado Padilla; ilusiones cuyos encantos le cautivaban de tal manera, que no advertía hacia ya algunos instantes que el día brillaba á través de las vidrieras de la sala; lo que ignoraba igualmente Maldonado

y sus demás compañeros, cuya fuerte respiración atestiguaba altamente hasta que punto sabían aprovecharse del reposo concedido á sus fatigados miembros; pero la llegada repentina de Bravo vino á arrancar á unos y otros las dulzuras del sueño, y las agradables quimeras de sus sentidos adormecidos.

«¡Amigos! exclamó Bravo, no basta haber vencido, es necesario nos aprovechemos de nuestra victoria.

¡Vive Dios! que el señor Bravo habla hoy como un viejo del tiempo de Anibal, interrumpió riendo el placentero bachiller de Salamanca.

— Hablo, repuso el caballero segoviano, como todo el que no quiere perder el fruto de sus penas y trabajos: por consiguiente tened á bien que nos concertemos sin tardanza sobre las medidas que deben tomarse en las graves circunstancias en que nos hallamos.

— ¡Si! exclamó Don Gil Fuentes, el corregidor, que al concluir Bravo su discurso, acababa de entrar seguido de los magistrados municipales de Segovia: es preciso que ahora mismo se fije un plan de asociación para la defensa de nuestros intereses comunes, porque si nos separamos sin estar ligados unos á otros con un nudo indisoluble, la santa causa nacional está perdida.

— Antes de contraer tales compromisos, interrumpió el señor de Padilla, me parece que cada uno de nosotros debería consultar con sus conciudadanos.

— Don Juan tiene razón, replicó Maldonado, y por otra parte no sería ningún disparate aguardar la concurrencia

de las otras ciudades del reino, que no pueden tardar en reunirse, ahora que nuestras armas son victoriosas.

— En efecto, acaban de llegar los diputados de Torrelabaton y de Tordesillas, añadió el alcalde, que habia reemplazado momentáneamente al valiente Rainaldo Córdova, y continuó, si hemos de dar crédito á un aviso secreto del obispo de Zamora, toda su diócesis está por nosotros.

— A las mil maravillas, dijo Maldonado; pero me atengo siempre á volver á Salamanca para instruirme de los nuevos deseos de mis conciudadanos.

— Y yo así mismo en Toledo, exclamó el caballero de Padilla, porque, en fin, es preciso que todos nosotros estemos bien informados de las intenciones de cada una de nuestras ciudades para que en seguida en la asamblea general podamos de comun acuerdo trazar el relato completo de los abusos y agravios, cuya reforma y reparacion pediremos al emperador Carlos quinto.

— Decid á don Carlos, hijo de la reina Juana, murmuró la junta.

— A don Carlos, si así lo quereis, repuso don Juan con tanta altivez que impuso á todo el mundo. Pero estad seguros que mientras no haya ido á buscar nuevos poderes á Toledo, ninguna parte tomaré en vuestras decisiones.

Con el tono con que pronunció estas palabras, los concurrentes juzgaron bien que su resolucioen era irrevocable, y mejor quizás que los paisanos de Segovia, lo sabemos nosotros que conocemos todos los motivos secretos

que Padilla puede tener para llevar tanta prisa en volver á Toledo.

« Ya que es así, contestaron los ciudadanos poco satisfechos, aplazemos para mas tarde esta conferencia; pero al ménos figemos el lugar y el dia para la convocacion de los diputados de todas las ciudades que quieran asociarse con nosotros para poner coto á esos intolerables abusos.

Aquí fueron interrumpidos por un jóven clérigo de la órden de Santo Domingo, con semblante beato y melancólico, recientemente llegado de París, á donde habia ido para perfeccionarse en el estudio de la teología; este jóven religioso habia traído de allí algunos principios de independenciam, aprendidos en la Sorbona, los cuales abandonó mas tarde sin embargo, cuando el emperador Carlos V., llamándole cerca de su persona, le dió la direccion de su conciencia; pero en este momento el jóven Domingo Soto, que no era otro, participaba de las ideas de insurreccion con tanto mas celo, que apoyaba su fé política en la inviolabilidad de los privilegios y de las costumbres de su nacion, cuya historia y origen poseia á fondo, por lo cual se apresuró á tomar la palabra:

« Si seguimos, dijo, nuestros antiguos usos, es preciso elegir con preferencia el dia de la grande fiesta mas próxima, mayormente cuando da la casualidad de ser la de Santiago, patron de España. En cuanto á la eleccion del lugar, ya conoceis como yo la añeja tradicion, que nos enseña son las iglesias de Santiago en Galicia, de San Pedro de Roma y de San Pablo de Efeso, donde deben celebrarse las

asambleas que tienen que deliberar sobre los negocios divinos y humanos; ved ahí porque desde Carlo Magno, el verdadero fundador de la basílica de Santiago, según dice el arzobispo Turpino, los estados nacionales se han reunido casi siempre en la catedral de Compostella.

— Esto es hablar como hombre de iglesia mas que como hombre de guerra, interrumpió don Juan; y si se ha de seguir mi parecer, no se convocará á nuestros diputados en un rincón de España, léjos del apoyo de nuestras ciudades, y en una población adicta aun á los flamencos, desde el tiempo en que esos extranjeros permanecieron en ella con el rey don Carlos, durante la celebración de las córtes del mes de Abril último, en el cual se les vió deramar nuestro oro á manos llenas para hacerse partidarios. Si se reconoce pues la casa de Dios como el solo lugar donde los representantes de la causa popular puedan discutir los intereses de la España con mas dignidad, ¿porque no se elija la iglesia metropolitana de la capital del reino? Toledo acaba de merecer bastante de las otras ciudades para que se le conceda este honor.»

Esta proposición no encontró ningun eco en la asamblea; una secreta envidia impedía que se diese acogida á una proposición que tendia á consagrar todavía la superioridad de una ciudad ya mas floreciente que las otras, porque esos principios de igualdad, quiméricos aquí abajo, cuya realidad solo se encuentra en el cielo entre de los electos, germinan siempre en el seno de las mismas revoluciones aun en las

ménos democráticas. La razón está en que los agitadores de todos los tiempos seducen con sus falaces esperanzas á los pueblos cuyas malas pasiones y demasiado fácil credulidad explotan á su beneficio.

Por eso el señor Maldonado fué vivamente aplaudido, cuando tomando la palabra contestó á don Juan de Padilla, en los términos siguientes:

«Ciertamente, exclamó con calor, cuando yo, diputado por Salamanca, rehusé en las últimas córtes trasladarme á Compostella, no os propondré ahora escojais esta última ciudad; pero no veo porque razón debe llevarse Toledo la preferencia: en una causa como la nuestra, cada ciudad tiene los mismos derechos; por lo tanto yo opino que se elija un lugar céntrico y comun á todos, á imitación de nuestros padres, que se reunieron en la llanura de Avila en 1465, para pronunciarse contra la autoridad real que se habia hecho su enemiga.»

Esta memoria recordada oportunamente por el independiente bachiller de Salamanca, produjo un efecto eléctrico en todos los asistentes: ¡A Avila! ¡A Avila! exclamaron entónces, con voz unánime. En vano quiere don Juan interponer su poderosa voz, esta vez es desconocida.

«Si, la llanura de Avila, continua con fuerza el rebelde corregidor don Gil Fuentes, y aun cuando esta llanura no tuviese la ventaja de estar á diez leguas tan solo de aquí, y de hallarse en medio del foco de insurrección, siempre deberíamos escogerla con preferencia, no sea mas que por su nombre, que recordará tal vez á don Carlos,

la suerte de su tío Enrique IV. »

À esta atrevida elusion, acogida con alegría, el señor de Padilla frunció las cejas, porque si bien el hidalgo quería reclamar con fuerza y nobleza siempre que se tratase de los derechos de la nación, su corazón leal se indignaba á la idea de atentar á su vez á la magestad y á las prerrogativas de su legítimo soberano.

Sin embargo la memoria de Doña María, la imagen de la reina Juana, y las dulces ilusiones de la última noche volvieron á presentarse á su imaginación. Se contuvo y salió.

Pero su alma agitada por mil emociones contrarias que paralizaban su voluntad, sentía la necesidad de recogerse y recurrir á las santas inspiraciones que solo la oración nos hace encontrar en las místicas relaciones que establece entre nosotros y los gloriosos habitantes de los lugares bienaventurados, consoladora y piadosa comunicación con el cielo, cuyo efecto saludable es volver siempre la paz á nuestros ánimos turbados. Así pues ántes de volver á tomar el camino de Toledo quiere ir á la capilla de Nuestra-Señora-de-Fuentecista. Los numerosos peregrinos que cada año van á postrarse á los pies de la madre de Jesús, nunca la han implorado en vano, así es que desde aquella noche de abril 714, en que el religioso Sacaro corrió á encerrar en este lugar solitario, á la imagen que acababa de sustraer del furor de los moros vencedores de Segovia; la multitud de milagros y de maravillas que se cuentan de la Virgen de Fuentecista ha ido siempre en aumento hasta este día. No es de estrañar por consiguiente que

Don Juan vaya á pedirle algun alivio á sus pesares. Un pensamiento de amor se une también á la piadosa invocación del caballero; ¿no es acaso la Virgen María la patrona de la amada de su corazón?

Parte pues solo sin tardanza montado en su arrogante caballo; ostigado por el jinete, el noble animal no anda sino que vuela. Así en pocos instantes nuestro héroe dejando tras sí las murallas de la ciudad, y el antiguo acueducto contraído por el emperador Trajano, casi ha atravesado ya enteramente el fértil valle bañado por el Eresma, risueña campiña embellecida con los mas ricos dones de la naturaleza, en el cual la vista se tiende por todas partes sobre una vejetación abundante y variada, y la sombra fresca y matizada de mil árboles diferentes, en derredor de los cuales se entrelazan en contornos graciosos las cepas salidas del viñedo, frondosos abrigos que han grangeado á este sitio encantador el nombre de parral, ó cuna de verdor.

Pero el aspecto de este paisaje embelizador no es poderoso á detener á don Juan, ni arrancarle á sus reflexiones; ya iba á trepar la hermosa cuesta, en cuya falda los conventos de Santa-Cruz y de San Gerónimo parecen dichosos de estender al sol las largas alas de su claustro, y de ofrecer con orgullo por punto de vista á los habitantes de Segovia, sus altos campanarios y sus cúpulas elegantes, cuando de repente el ruido de las campanas de esos santos retiros, que á medio día resuenan todos los días en honor de la Virgen, vino á espantar al caballo de nuestro héroe, el cual sumergido en sus medi-

taciones, olvidaba hasta el cuidado de guiar el animal que lo llevaba con paso rápido; y esta fué la causa porque en su terror pánico, el fogoso animal, dando un violento esquinco, dió fácilmente en tierra con el ginete descuidado: el primer movimiento de don Juan habia sido recoger las riendas, pero lo hizo con tanta fuerza, que el caballo encabritándose cayó sobre él: el animal se levantó al instante; pero Padilla habia perdido el conocimiento, y aun que hubiese conservado su razon, hubiera quedado en el mismo lugar, porque tenia una pierna dislocada, de tal modo, que siempre habria tenido de aguardar que un caritativo pasajero hubiese ido á socorrerle.

Saludable ayuda que no le faltó probablemente, porque con grande sorpresa suya cuando volvió de su desmayo, se encontró tendido en una cómoda y espaciosa cama. Nuestro caballero creia estar soñando, especialmente cuando al estender la vista á su alrededor apercibió la celestial figura de su desposada. ¿Será tal vez su ángel tutelar que bajo sus facciones encantadoras, está velando cerca de su lecho? ¿ó será mas bien una sombra de su imaginación que delira? Hace un movimiento para abalanzarse hácia aquella á quien adora su corazon, pero un agudo dolor que de improviso siente en la pierna le convence de la realidad de su posicion.

«¡María! esclama con una voz debilitada por el gozo y su sorpresa; ¡vos aquí! ¡oh! hablad; ¡haced que vuestra querida voz me diga que sois vos la que estais aquí, cerca de mí!» y los ojos del jóven brillaban de un fuego nuevo y penetrante, y su tez se coloraba con un

encarnado febril que espantó á la jóven.

«¡Sí, Juan mio, soy yo! le dijo: pero en nombre de nuestro amor, calmad esa impaciencia que os seria peligrosa. El enfermero, que es un hábil religioso, responde de vuestra cura, si no espermentais sacudimiento ni agitacion violenta.

—¿Pero, donde estoy? interrumpió el caballero.

—En el convento de San-Gerónimo,» repuso María toda conmovida; y con sus dulces miradas clavadas sobre las caras facciones de su amante, procuraba mitigar sus dolores; luego continuando: «Seguida de Moreno y de Inés, habia llegado en el fondo de la cuesta y detras de la iglesia del monasterio, iba á tomar el camino que conduce á este piadoso retiro, á donde he venido á buscar un asilo durante nuestras turbulencias civiles, cuando apercibo Alamez, vuestro hermoso caballo árabe, que pacía en la vecina pradera, luego os veo... ¡Ah! ¡esa imágen no saldrá de mi memoria! ¡vos, en el suelo! ¡sin movimiento! Vuelo á vos; envío al convento á buscar socorro, y os hago transportar á este aposento, reservado, como sabeis, á los miembros de la familia de los Pacheco.

—¡Angel tutelar de mi vida! suspiró el enamorado don Juan, apretando con transporte la mano de su desposada.

—¡Oh! ¡por piedad, por vos, por vuestra amiga, repuso la señora, no os entregueis á estas emociones! El santo varon que ha tomado cuidado de vos, ha ordenado la mayor calma hasta que tengais la pierna desprendida de su

aparejo. En poco tiempo, ha añadido...

— ¡En poco tiempo ! interrumpió don Juan, á quien estas últimas palabras acababan de recordar sus empeños para con su partido; es preciso que sin retardo vuelva á Toledo, mi deber...

— Esto no puede ser, replicó con viveza la ya turbada María, el estado de vuestra salud se opone á ello. No os estaria bien, continuó, recalando sobre cada una de sus palabras, ocultaros de este modo á nuestros cuidados; vuestro deber... es de no descuidar ningun medio para restableceros. La patria misma os lo ordena, como á su defensor, y yo, dijo bajando la voz, os lo pido como el protector de cuyo apoyo necesito. Y un vivo encarnado cubrió las mejillas de la jóven.

En cuanto al dichoso caballero, tenia el corazon demasiado embriagado para encontrar un lenguaje que pudiese expresar todo el amor y la dicha que sentia entónces. Sus labios solos cubriendo de besos la mano de su querida, respondian tácitamente á los suaves testimonios de la espansiva María; pero ella rompiendo el silencio.

« Con todo, repuso, si teneis que hacer algunas comunicaciones á vuestros conciudadanos, ¿ porqué no enviais un mensaje á Toledo ?

— María, es que en las circunstan-

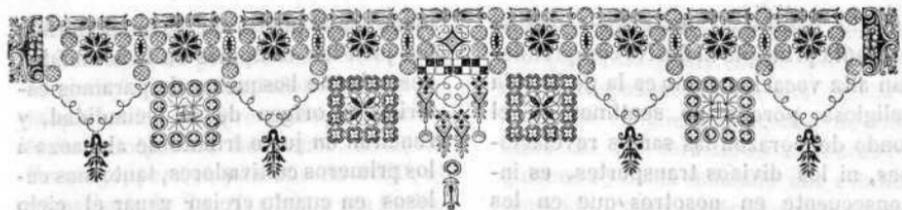
cias en que nos hallamos, semejante mision ecsige una discrecion y una prudencia...

— ¿ Desde mucho tiempo acá, replicó la señora, no apreciáis en Moreno todas estas cualidades? A mas, es un fiel servidor que nos es adicto; podeis pues confiaros enteramente á él, para estar vos al corriente de todos los actos y proyectos de los toledanos. »

Habiendo don Juan aprobado este consejo consignó todas sus miras y observaciones políticas en un largo escrito, que dirigió á los señores Alcaldes de Toledo, y á don Pedro Pacheco y Giron, gobernador de la ciudad. Enseguida despues de haber dado mas fótimas instrucciones á Moreno le despidió encargándole se apresurase.

Esta vez, el servidor cumplió con su mision, y si en otras circunstancias, habia vendido la confianza que sabia inspirar, no le parecia todavía llegado el tiempo oportuno para vender á su ama Doña María Pacheco, ni para dejar de servir los intereses de Don Juan de Padilla, por otra parte tambien tenia que rendir cuenta á Giron, dar esplicaciones á ese faccioso influente, preparar nuevas tramas y tender en fin, nuevos lazos á los cristianos de todos los partidos.





EL MONASTERIO.

IX.

Los placeres y las vanidades del mundo son para el comun de los mortales; pues el que se abandona sin combate á la inclinacion de sus caprichosos deseos no necesita hacer ningun esfuerzo de genio ni estar dotado de calidades trascendentales, ni pensamientos de porvenir. Al piadoso cenobita, al inspirado del cielo, tocan por el contrario, las privaciones y los sufrimientos aquí bajo, pero la felicidad y la gloria serán

la herencia de su alma inmortal.

Así pues solo al hombre de Dios, clérigo ó solitario, pertenece la verdadera sabiduría, el íntimo conocimiento del libro de la vida; mejor que el Higlander de Escocia, él solo posee la doble vista, porque el alcance de sus ojos se estiende mucho mas allá de nuestro horizonte terrestre; su mirada atraviesa la misteriosa obscuridad de la tumba y osa abrazar la eternidad, este

círculo infinito de las edades que no presenta principio ni fin. No comprender tan alta vocación como es la de la vida religiosa, porque no sentimos en el fondo del corazón las santas revelaciones, ni los divinos transportes, es inconsecuente en nosotros que en los negocios mundanos, no tememos prodigar nuestra admiración al mortal solícito de poner en reserva recursos de porvenir, aunque con todo nosotros mismos, disipadores tal vez no participemos de su sensatez ni de su prevención. Pero llegar hasta desaprobar la existencia austera y retirada de los hombres piadosos y regulares, so pretexto de que viviendo de este modo en el retiro son inútiles á sus semejantes, no nos está bien á nosotros, que ciertamente nos guardamos bien de censurar la insignificante vida de esa multitud de holgazanes cuyos mil pasatiempos están lejos de tener por objeto el bien de la humanidad, que puede llamarse dichosa cuando alguna vez dejan de serle perjudiciales. Y por otra parte ¿quién nos dice que en esos apacibles claustros, objeto de nuestros sarcasmos, mas bien que en un mundo egoísta y positivo no encuentren los grandes infortunios consuelos eficaces, y las conciencias criminales seguras mitigadoras inspiraciones y calmantes á sus remordimientos?

¡ Las comunidades religiosas inútiles á la humanidad! Diez siglos se levantan ante nosotros para reclamar contra una condena tan poco merecida. Registren las ciudades hasta el fondo sus archivos municipales, y verán que, sin carga que sobrellevar, sus enfermos y sus pobres encontraban socorro y ali-

mento en la puerta de los monasterios; busquen las campiñas en la actualidad desnudas de bosques y de paramos estériles el origen de su fecundidad, y rendirán un justo tributo de alabanza á los primeros cultivadores, tanto mas celosos en cuanto creían ganar el cielo trabajando á la tierra; y si la inteligencia humana no quiere ser acusada de ingratitud, no vacíe en reconocer lo que debe á esas altas y sublimes capacidades que en sus celdas solitarias trabajaban por su desarrollo, porque la ciencia y la religión son hermanas; y ni una ni otra no fructifican sino en el retiro. El ruido y los cuidados del mundo los distraen de sus santas meditaciones, y ponen obstáculo al éxito completo de sus esfuerzos.

Entre las sabias congregaciones que florecían en el siglo diez y seis, descollaban los dominicos, tanto á causa de la extensión de sus conocimientos, del número de sus casas, de los hombres célebres que habían dado á la iglesia, como en razón de su exactitud en la observancia de su disciplina. En aquella época, de todos los conventos de esta orden, el que mas nombre tenía, era sin disputa el de San Gerónimo, establecido á principios del siglo precedente por los buenos cuidados de Juan Pacheco, secundado en esta obra por el rey de Castilla, su señor, de quien era el favorito. En este lugar es donde habitó Santo Domingo de Guzmán al entrar en la vida religiosa, hácia el año 1190; así es que detrás de la montaña que abraja al monasterio, no se puede ver sin interés la gruta, en que el futuro predicador, intérprete de la divina palabra, se entregaba á las

prácticas de la mas austera piedad.

Con todo, es preciso decirlo, el santo ejemplo de su fundador seguramente que no fué siempre escrupulosamente imitado por los hermanos de Santo Domingo; pero en este año de 1520, el monasterio de San Gerónimo era tenido por uno de los mas regulares, gracias á la conducta sabia y mesurada de Luis Benavides, su digno abate, quien por sus dulces y sólidas virtudes no cesaba de dar buen ejemplo á su comunidad y á los lugares circunvecinos, desde veinte años que su pariente don Diego Pacheco, padre de doña María, le habia provisto de este importante beneficio. ¡Júzguese si la hija de los Pacheco seria bien recibida en esta santa morada! El señor de Padilla fué igualmente acogido en ella con las mas grandes atenciones; y aun cuando no hubiese estado en compañía de doña María, la circunstancia de su accidente y mas aun la nobleza y afabilidad de sus modales, como la seduccion de su language y de sus opinionos políticas, favorables todas á los derechos y á los privilegios del clero español, le habrian siempre conciliado el interés y la afeccion del reverendo superior.

Es fácil concebir que en una tal mansion la convalescencia de nuestro héroe debió hacer rápidos progresos; en poco tiempo estuvo en estado de dar la vuelta por el cercado espacioso y arboleda contigua al monasterio. Desde luego sostenido por la cuidadosa y tierna María, ¡cuán dulce le era de ensayar así sus fuerzas! y con el brazo de su querida por apoyo, ¡que embeleso en divagar por los grandes y sombríos paseos de aquel lugar solitario!

pues ningun monge, á no ser el abate ó el prior, no podia entrar sin su permiso; disposicion sabia que tendia á tener los religiosos alegados de contacto de los forasteros seculares, á quienes se habia señalado una estancia separada, cuyos aposentos daban todos al jardin del abate.

Sin tener la rigidez de un monge de la Thebaida conceded vosctros mismos espíritus mundanos que os representais ya esas escenas íntimas de la felicidad de nuestros dos amantes, que seria mejor ocultar á los reverendos padres la vista de esta felicidad un poco demasiado terrestre, aunque fuera tejido de amor el mas puro el nudo que unia los corazones de Juan y de María, porque todo como vuestros vestidos de seda y de fina tela de Flandes, la espesa capilla de burriel no sabria quedar mucho tiempo impenetrable á los sùtiles sentimientos del pesar y de la envidia. Este último sobre todo, ¡quién no lo habria sentido, contemplando la dulce simpatía de aquellos dos mortales, jóvenes hermosos y apasionados como dos castellanos que eran, y escuchando las tiernas conversaciones de amor que entre ellos tenian! ¡Ah! tal era su embriaguez, que se puede creer muy bien, que habria ganado y cautivado á cualquiera que hubiese sido testigo de ello.

Juzgad si no era disimulable entonces al señor de Padilla el entregarse enteramente á las seducciones de su felicidad y de olvidar por un momento la causa de la independenciam? Hacia tres semanas que Moreno le habia dejado, y él solo habia recibido noticias suyas una vez; él no sabia pues que

augurar del silencio de su enviado y del de sus conciudadanos. Así, en medio de su existencia tan afortunada, un tormento secreto agitaba su corazón; y aquí dudo humillar un poco á nuestro caballero, pues la verdad me obliga á decir que la causa no provenía de la incertidumbre en que se hallaba sobre el estado de los negocios de su partido; el motivo real de sus cuidados era de ver acercarse el instante en que le fuera preciso separarse de su tan querida María. Por él los días pasaban con rapidez, como las estrellas que brillan á través del firmamento en una noche serena; con el tiempo recobraba sus fuerzas, pero con el tiempo llegaba á grandes pasos la fiesta de Santiago.

Don Juan dominado de este pensamiento que le hacía presentir la próxima ruptura de su felicidad, no había podido ocultar la turbación de su alma á las miradas de María perspicaces como lo son siempre las de la mujer que ama.

Juan, le dijo ella con tristeza, un día en que á los primeros rayos del alba se paseaban por el jardín de la abadía, ¿porqué ocultar á tu amiga un secreto que parece causarte tormentos é inquietudes? ¡Un secreto! ¿entre nosotros alegría ó pena no debe sernos común? ¿Para sentir nuestros dos corazones no saben confundirse en uno solo?

— Nuestros dos corazones, querida mía, exclamó don Juan, están unidos para siempre como nuestros destinos; pero, ¡ay! suspiró contemplando las facciones abatidas de la señora, ¿cuando llegará por nosotros el momento de realizar ese porvenir de felicidad que ellos claman sin cesar? ¡ Ah !

¡Dolo mio, añadió, no pudiendo disimular por más tiempo sus tristes pensamientos á la que poseía su corazón; es en vano que yo quiera apartar de mi espíritu esa dolorosa idea, la tristeza nace en mi alma, cuando siendo con el destino que me ordena te deje; y con todo, si yo te abandono, ¿se si el cielo más tarde nos reserva aun la participación de momentos tan afortunados como los que por nosotros acaban de pasarse en este recinto?

— ¡Tú abandonarme! interrumpió poniéndose pálida su desposada; ¡no puede ser....!

— ¡Ay! María, repuso con esfuerzo el caballero, hay una voz que no debo desconocer, una voz á la cual tú misma te sonrojarias de verme resistir, es la voz del honor. Puede que ya mis conciudadanos me echen en cara mi ausencia; ¿no debo pensarlo así, por el entero olvido en que parecen dejarme? El silencio inexplicable de Moreno, me inquieta, ¿como diantres aun no me ha informado del día de la convocación de la asamblea nacional? si han cambiado la época, si se ha escogido otra solemnidad que la de Santiago, ¿como no avisármelo? En todo eso hay un misterio que es preciso que yo penetre, y ahora que estoy completamente restablecido de mi caída, ¿no debería yo mismo ir á saber....?

— ¿Así tú me abandonarás? dijo la joven apretando convulsivamente el brazo de su esposo.

— Pronto volverás á verme.

— ¡ Pronto !.... » repitió la incrédula María, y sobre sus labios balbucientes se asomó una sonrisa melancó-

lica que dejaba entrever una amarga ironía; luego dando enchance á su dolor con este acento de verdad que pueden vituperar las máximas rigurosas en apariencia de una coquetería falaz, y demasiada perversa para comprender el ingenuo y tierno lenguaje de un corazón sinceramente enamorado: «¿Olvidas pues, añadió, que ahora mismo me decias que en partiendo no podrias entrever el momento de vuelta? ¡Justo cielo! ¿me engañarás? ¿Esta dulce vida, estas conversaciones tan tiernas, habrian ya perdido por tí sus atractivos? ¿Te habrias cansado ya de mi amor...? ¡oh! ¡pero esta idea es horrible!.... No, ¿no es esto, contestas querido mio?... ¡Nada en el mundo puede arrancarte á mi ternura! ¿Tú deber, dices? y yo no he olvidado el mio hácia mi tutor? ¿no he faltado al reconocimiento, y á los proyectos que mi familia habia formado por mí? ¿No estoy ya en fin, aquí cerca de tí?

— Por favor, cesa semejantes quejas, replicó su amante. ¡Ah! ¡María! no me las dirigirias si pudieses leer el interior de mi alma.

Habla, yo te lo pido, dijo la señora con ansiedad, ¿me ocultarás un pensamiento cuando todos los mios son tuyos?

Bien, quiero pues darte á conocer toda la estension de mi amor, porque lo que voy á confiarte es la primera vez que me lo reconozco á mi mismo. Sí, María, tú sola ocupas mis pensamientos. Largo tiempo he estado demasiado ciego para imaginarme que en mis sueños de gloria el patriotismo era el único móvil de mis acciones. Largo tiem-

po me he engañado para creer que mi conato á secundar á mis conciudadanos á su justa resistencia á un poder tiránico, provenia de la indignacion que yo sentia á la vista de los sufrimientos de mi pais; y bien, querida mia sabe que en mi interior todos estos nobles sentimientos contenian otros mas profundos y mas desinteresados, este sentimiento es el amor que he concebido por tí; porque María, te amo como jamas ha sido muger amada. Yo, hidalgo sin fortuna, pero el primogénito de una noble raza empobrecida por los sacrificios sin número por nuestra cara patria, en viéndote levanté la cabeza con orgullo, y no tuve temor de aspirar á la mano de la rica heredera de los Pacheco, cuando yo solamente tenia por única riqueza, un nombre ilustre á ofrecerte y un corazón para amarte; mi pasión solo se ha irritado mas con la oposicion de tu tutor; cuantos mas grandes obstáculos se me presentaban tanto mayor era mi perseverancia á sobrellevarlos. Pero desde aquel feliz dia que supe por tu boca que mi amor era correspondido, ¡ah! desde entónces es á tí, ídolo de mi vida, á quien dirijo todas mis acciones. Si en Italia, y en Navarra, he cogido algunos laureles, ha sido porque yo queria que la gloria viniera á justificar á tus ojos la eleccion de tu ternura. A tu recuerdo, María, siempre me parecia que una mano irresistible me impelia á delante, y si ahora soy uno de los gefes del partido nacional, es tambien á tí á quien lo debo, si; abrazando esta santa causa, en fin, me he dicho, voy á tratar de igual á igual con el señor de Velasco. Porque sirviendo mi pais y don-

Cárlos mismo de quien puede me hallo en posicion de proteger la corona, contra los ataques de un celo demasiado furioso, puedo elevarme tan alto, tan alto, que poseeré á la que yo adoro, ó pereceré!

¡Virgen santa! no digas esto, reputo la jóven acusándose á su vez los tormentos de su amante. El acalorado acento de don Juan habia penetrado en el corazon de la señora, y la voz de Padilla, por todo el mundo ya tan persuasiva y tan atrayente, parecia á doña María ser dotada de aquella indefinible armonía, cuyo hechizo encantador cautiva y seduce al instante. ¿Qué, me hablas de muerte? ¡Ah! mil veces mas bien léjos de mi esos honores y esta fortuna, causa de todas nuestras desgracias. ¡Pero tú, siempre tú! ¡No más separacion de aquí en adelante!

Acabando estas palabras, por uno de esos movimientos espontáneos producidos simultáneamente por dos pensamientos de una alma franca y cándida, María se acercó á su amante, como para quererle disputar su amor en lo venidero. ¡Oh vosotros! seres sensibles, que amais ó habeis amado, verdaderamente conoceréis este gesto irreflexionado de nuestra tierna heroína, conoceréis que tan era verdadera en su aficion, como estraña á esos rodeos pérfidos que un amor propiamente culpable se complace en disimular bajo los esteriorens engañosos de una reserva afectada, y al ménos debia combatir su pasion por el mortal preferido á quien habia dado su fé. De otra parte ¿qué juez por severo que fuese podria reprehender el amor de la casta huérfana por el señor de Padilla? Hacia

tiempo que en su mano traía el anillo sagrado de desposada; y desde entónces, habia querido bastante al noble caballero para obligársele ante Dios. ¿Porqué le ocultaria ahora los temores de su envidiada ternura? Amante é ingenua como era la señora, semejante reserva le hubiera parecido falsedad, tanta era la pureza de su corazon, que esa angélica virtud contribuía así mismo á hacer desconocer á María los peligros á que le conducian la ecsaltacion de su dolor.

A su vez, don Juan embriagado de amor é impotente, esta vez para triunfar de sí mismo, sentia fallecer en sí sus resoluciones generosas, sobre las cuales le impelia su natural castellano; su sangre circulaba con mas ímpetu en sus venas, y sus miradas apasionadas, que sabiamente desde luego habia sabido apartar de la que estaba allí junto á su corazon, confiado en su honor de desposado, acababa, ¡el imprudente! de dirigirlos otra vez sobre la encantadora; la cual jamas habia estado ni mas hermosa ni mas interesante.

¡Clima peligroso de las Españas! ¡cuantas seducciones incluyes!... Bajo tu cielo encantador y pérfido, con el aire que se respira, siempre lleno de amor, rodeas á las mortales de mil peligros. En este instante aun, ¡cómo parecian multiplicarse bajo los pasos de don Juan y de su querida! Ciertamente, que se diria que al rededor de ellos la naturaleza habia agotado todas las riquezas de su adorno para triunfar mejor de aquellas dos víctimas que el amor acababa de entregarle. Mil voces murmuran la ternura y el deleite; el pájaro bajo las espesas hojas, modula su dulce

victoria ó su ardiente esperanza; bamboleando sobre su tronco por la acariciadora respiración del céfiro, la flor entreabre su cáliz, dichoso de aspirar en ella el rocío de la mañana, pircantas y agavanzos espesos escalandos sus suaves perfumes, rodeaban nuestros dos amantes, y ocultándoles una parte de los rayos del alba, hacian mas peligrosa la dudosa claridad que basta con trabajo á sus pasos inciertos; todo en fin, al rededor de Juan y de María no presenta mas que dicha y felicidad perfecta.

Don Juan, ¡que ensayo para tí!... ¡Hete ahí solo!... ¡solo con tu dueña idolatrada! Ella te pertenece ya delante del cielo, y su amor iguala al tuyo!....

Apoyado sobre el brazo de su querida, cuya bella cabeza torcida sobre la espalda de don Juan, María, sin embargo está sin recelo, porque por ella don Juan es mas que un hombre; ¡pero él, contra su corazón, siente los latidos del de María responder al suyo!

¡Él con delicia siente levantarse hasta sus labios la respiración pura y virginal que se escapa del oprimido pecho de su amada! Todos dos no obstante andan en silencio, ¡pero que silencio...! ¡Con todo, la boca de María permanece medio cerrada!... Solamente su lánguida mirada al través de sus largas pestañas suplicaba á don Juan permaneciese á su lado... ¡Cielos! ¡que prueba!... ¿Y cómo podrá salir vencedor el fogoso Castellano?

Pero el silencio de Padilla ¡cuán diferente es del de doña María! Es que lo causa el combate interior de

la delicadeza y de las pasiones de la inmensa felicidad que se le ofrece con los amargos pesares que deberán seguir su victoria.

¡Ah! sin embargo, así como el temerario que se siente dominado del desvarío, en osando fijar el abismo, don Juan, deslumbrado por el objeto encantador que le ciega y del cual no puede desprender las miradas, se inclina hácia la que parece atraer todo lo que él tiene de existencia. « ¡No! exclamó él, ¡esto sería por medio de mis fuerzas, en desprecio de la humanidad! ¡María! ¡querida mía! ¡mi esposa!... ¡Tu sér me pertenece ya, que nuestra union sea perfecta!... y sus ardientes labios temblaron sobre la casta frente de su cara mitad....

Herida súbitamente ella, de un rayo de luz, instinto sagrado que posee siempre el corazón de una muger cuando es puro y sin mancha, sale como de un sueño profundo del éxtasis en que su alma inocente se habia imprudentemente entregado.

« ¡Ah! ¡Juan mio! le dijo, apartándose del apretón apasionado de su querido, ¡favor! ¡gracia por mí! seamos siempre dignos el uno del otro; ¿no te he confiado mi honor? ¡mi honor! ¡Tesoro mas apreciado que mi vida, y que mi amor puede ser! ¡Ah! ¡me has jurado ser mi apoyo, mi protector!...»

— ¡Es por tener todos los derechos, interrumpió el fogoso Padilla, que yo debo tener todos los títulos. Que poder en el mundo osará dividir dos existencias que no forman mas que una!... ¡Tu honor!... pero si tú me lo confías, es un depósito sagrado del

cual el mio te responde. Vé, cruel, tu resistencia seria mas bien falta de amor ó de desconfianza injuriosa...

—¡Amigo injusto! exclamó la jóven, y su cabeza presa de mil combates contradictorios, habia vuelto á caer vacilante sobre el pecho del caballero...

—¡Sí, María! ¡ángel mio! continuó el apasionado don Juan, estrechando con ardor á su querida entre sus brazos, ¡no escuchemos mas que la voz de nuestro amor. Y en su delirio estremo, osando invocar hasta las cosas santas: ¡Que nuestra union ante Dios, exclamó, no sea mas engaño ni ficcion!...»

¡Estas últimas palabras salvaron á María!... su religion, su pudor semejantes al fuego mal apagado que la mas mínima chispa enciende de nuevo, se animan en ella con mas fuerza que nunca.

«¡Ah! dijo huyendo despavorida léjos de su prometido, ya que todos nuestros juramentos han sido dirigidos á Dios, ya que todas nuestras acciones han tenido á Dios por testigo, debemos tú y yo, permanecer puros á sus celestes miradas; él lee al fondo de mi corazon, él vé, ingrato, cuanto me ha costado resistirte, por eso me ha concedido la fuerza y me impone el deber de permanecer inocente, paraque se digna algun dia de ser tu compañera y de llevar tu nombre.»

Hablando así, la noble hija de los Pacheco habia recobrado su aire de dignidad natural, muy á tiempo para imponer los impetuosos deseos de su amante, y su rostro brillaba de este rayo de virtud que parece bajar del cielo y ceñir con una auréola tutelar el pu-

dor alarmado: «¡Ah! querido mio, añadió ella, si para mejor asegurar nuestro amor contra los peligros de la ausencia, quieres confundir para siempre nuestros destinos, que sea tambien aun en el seno de Dios; y hed ahí el que debe asistirnos en el cumplimiento de este deseo, dijo, señalando al reverendo don Luis Benavides, que se avanzaba á su vez, y venia como ordinariamente, á juntarse á los paseos de sus huéspedes. Desde mi tierna infancia, este santo religioso ha dirigido mi conciencia; no hay pensamiento por íntimo que sea que se lo haya ocultado; conoce mi amor para contigo, como tambien nuestra secreta promesa; como ministro del Señor, que reciba pues nuestros juramentos y bendiga nuestros desposorios en la capilla, al pié de la tumba de mis antepasados.

Hija mia, contestó el anciano conmovido, vuestra felicidad me es querida; así, en los límites de mi santo ministerio, podeis disponer de mí junto al señor y junto á los hombres; yo el amigo y el pariente del finado don Diego Pacheco, creo obrar como hubiera obrado vuestro padre, dando mi aprobacion á la eleccion que habeis hecho del noble señor de Padilla para vuestro futuro esposo, él es digno de vuestra ternura; pero, hija mia, este consentimiento que os doy no podrá fijar mejor vuestra suerte, porque segun nuestros usos de Castilla, desde el dia en que delante la imágen de Dios y en presencia de dos testigos recibísteis del caballero de Padilla el anillo de los esponsales, estais unida á él por un lazo tan indisoluble como el del matrimonio.

—Sin duda, replicó don Juan con ardor, como su pupila, puede que necesites el consentimiento del señor de Velasco, ó como á grande de España, el permiso del rey para unirte conmigo con el lazo mas íntimo del himeneo; pero ni uno ni otro de aquí en adelante sabrán desunir nuestros corazones.

—Sin embargo, prosigió el digno abate, yo consiento en la casa del señor á consagrar aun vuestro nudo sagrado que ya os une, llamando sobre los dos las bendiciones del cielo, para que un día el Altísimo, compadecido de vuestras plegarias, y de la pureza de vuestro amor, escuche vuestros votos y haga en fin, que seais unidos por los santos lazos del matrimonio; venid pues, hijos míos.

Nuestros dos amantes, en un religioso silencio, le siguieron á la capilla. Á esta hora del día estaba desierta; una especie de lámpara sepulcral ardía cerca el altar mayor, y alumbraba débilmente con sus rayos la obscuridad del santo lugar, que como toda iglesia de España, estaba sombría en el medio día mismo, y á pesar del hermoso sol que en aquel día vibraba sus fuegos al exterior.

No obstante las tinieblas no eran demasiado profundas para que los ojos, socegados, en pocos instantes, de la ceguedad causada por la brusca transición de la claridad de afuera á la obscuridad de adentro, no pudiesen distinguir en la sombra las grandes é imponentes estatuas que parecían separarse de la lápida de un suntuoso mausoleo. La bondad, la noble y viva espresion de estas estatuas, sus formas y contornos correctos y elegantes, ates-

tiguaban que esta obra maestra era debida al moderno cincel de algun artista italiano, se veia tambien por la delicadeza de la ogiva que sobrepujaba las cuatro pequeñas columnas delgadas y estriadas del monumento fúnebre como por los diseños graciosos de arabescos que le entrelazaban con sus festones minuciosamente trabajados, que todos los túmulos que habia en aquella capilla no debian tener mas data que del siglo último.

En efecto, el mas antiguo databa del año 1474; era así mismo el mas bueno y el mas pomposo de los cuatro que le rodeaban; lo que no deberá sorprender, cuando se sepa que este sepulcro era el del fundador de la iglesia y de la abadía de San Gerónimo, del famoso Pacheco, marques de Villena, duque de Escalona, gran maestre de Santiago, primer ministro y favorito de Enrique IV, rey de Castilla, y ademas, gefe de la casa de Tellez Pacheco y Giron. Tambien parece que su orgullo de señor feudal haya querido triunfar de la muerte misma; mirad mejor con que aire sumiso, los túmulos de sus hijos ó de sus sobrinos parecen agrupados en derredor suyo.

Sin embargo, todos aquellos ilustres muertos tendrian igualmente motivo de llevar la cabeza erguida, porque todos habian adquirido un renombre guardando bien la España, su tan querida patria: todos bajo el escudo que traen aun, dividido en cuarteles sus tres givones con las reales armaduras de Castilla, de Leon y de Portugal; todos en fin, en derredor de esos magníficos emblemas traen grabado, por grito, estas palabras: ¡Fé y honor! gloriosa di-

visa que ni sus hechos ni sus palabras desmintieron jamas. Llegados cerca la sepultura de los Pacheco, los dos amantes se arrodillaron el uno al lado del otro, y el santo religioso en pié, con las manos elevadas por encima sus cabezas, imploró por ellos la misericordia de Dios; luego habiéndoles bendecido, ordenó que pronunciasen cada uno de nuevo el juramento de los esposales. Entónces se levantaron y María la primera:

« Juan Pacheco, duque de Escalona, mi abuelo, dijo con esta voz de inspirada, propia á invocar los manes de los que ya no existen, y vos, su hijo don Diego, mi noble padre, vosotros todos en fin, que me escuchais, sed testigos que yo prometo mi fé á don Juan de Padilla, y que le juro amor y fidelidad como á esposo que mi corazón ha escogido ante Dios y ante los hombres.

— Sí, exclamó el transportante don Juan, cuya exaltacion era igual á la de su dueña, almas de los Pacheco que podeis oirme, yo juro tambien por vosotros y por los manes de los Padilla, mis antepasados, unir para siempre jamas mi destino al de doña María Pacheco, mi prometida, y de hacer bendecir nuestra union por un ministro del Señor, si Dios escucha nuestros deseos y nos favorece en lo venidero.

Cuando acababa de pronunciar estas palabras, con una mano en la de su desposada y otra elevada sobre las lápidas sepulcrales, apareció repentinamente una sombra detrás del túmulo de Juan Pacheco... Nuestros dos amantes se estremecieron, su corazón latió violentamente, porque el ruido de los

pasos de un hombre habia herido sus oídos. Al mismo instante que don Juan pasaba adelante. Alguno en efecto, se dirigia hácia él; pero cual fué su admiracion! cuando el misterioso personaje, descubriendo su capa oscura, ofreció Moreno mismo á las miradas del caballero.

« ¿Qué novedades? exclamó al instante éste, ¿cuál es el lugar, y el día de la asamblea general?

— El día de Santiago y á Avila, contestó brevemente el mensajero. Así pues, señor, no teneis que perder tiempo, si quereis ántes ir á Toledo, en donde os aguardan con impaciencia, como podeis verlo por el contenido de estos despachos, que os envian los señores miembros del ayuntamiento que todos unánimemente os han nombrado su diputado á la asamblea de Avila.

— Al instante mismo corrió en medio de ellos, interrumpió don Juan; Moreno, vé, corre á hacer preparar mi caballo... »

Pero un suspiro exalado cerca de sí le recuerda su amor y todos sus miras:

« María, dijo volviéndose hácia ella, tú lo ves, es preciso que parta; tú queda en este monasterio, puedes sin peligro aguardar mi vuelta.

— Hija mia, añadió igualmente el caritativo abate don Luis Benavides, en este lugar venerado no hay que tener temor. Un español á cualquiera partido que pertenezca, no osaría penetrar por la violencia.

— ¡Ay! repuso tristemente la señora, puede que se respete esta santa casa y que mi retiro aquí quede ignorado de todo el mundo, pero el con-

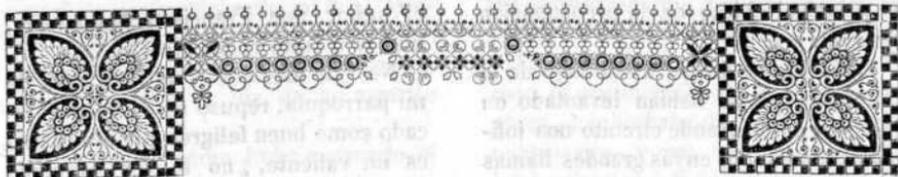
destable lo sabe, yo mismo se lo previne; como mi tutor, solo tiene que llamarme cerca de sí, vos no sabréis, padre mio, á pesar de vuestra adhesión para conmigo, dijo á don Luis Benavides, sustraerme á las voluntades de mi tío.

— De aquí á algun tiempo, él no gobernará en estas comarcas, repuso don Juan, y si el apoyo de los santos religiosos no te parece bastante fuerte, no te inquietes, María, que sabré encontrarte un asilo del cual ningun temerario, ni el mismo señor de Velasco podrá arrancarte. Querida mia, acuérdate de los proyectos que últimamente te he confiado. Sí, es en la fuerte ciudad de Tordesillas, al lado de la reina Juana, que yo quiero llevarte. Soy conocido de esa princesa, he sido antiguo page del duque Felipe, mi vista sabrá agradarle como uno de estos recuerdos que le representan al esposo que ha perdido. Buena y sensible como es, la viuda de mi antiguo señor se interesará por nuestro amor. Ahora solo me queda ya á decidir mi partido á proclamar la autoridad legítima de la reina, y colocar á Juana al frente de la causa nacional. ¡ Oh ! una voz me dice aquí, continuó llevando la mano de Ma-

ría sobre su corazón, que conseguiré convencer á mis conciudadanos, ahora que el amor y el patriotismo inspirarán mis palabras; sí querida mia, cree con las promesas de tu desposado, su ausencia no será larga; luego, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, soltó dulcemente su mano de la temblorosa de su amiga, y salió de la capilla acompañado del abate que para honrar á su huésped, le condujo hasta á la puerta del convento. »

Pero María, la infortunada !... cuando vé á don Juan atravesar el umbral de la puerta del santo lugar, su valor la abandona, sus piernas se doblegan; cae de rodillas sobre el helado mármol de la tumba de sus padres. Sin embargo es tal el poderío del amor, que en medio de los tormentos que ha causado, sabe hacer encontrar á su víctima, consuelos como en los sentimientos mas opuestos. De este modo la religion vino en ayuda de la amante desconsolada. Inspirada por su pasión á don Juan, María sintió la fuerza de implorar por él la proteccion de aquellos muertos venerados, de quienes Padilla se habia hecho el hijo adoptivo viniendo á ser el prometido esposo de una hija descendiente de su noble sangre.





LA SANTA LIGA.

X.

El sol apenas doraba con sus primeros rayos las ricas cuestras que circuyen la vasta y hermosa llanura en donde se levanta gozosa la ciudad de Avila, y ya un tropel inmenso de gente llegaba de todos lados y los habitantes de la ciudad se dirigian tumultuosamente á fuera de sus murallas. Por la compostura esmerada, por este movimiento no acostumbrado, por la algazara en fin de todos esos regocijos dispersos acá y acu-

llá, era fácil apercibir que el santo del día era un santo de importancia. En efecto, no era ni mas ni menos que el del mismo Santiago; sin embargo por la extraordinaria concurrencia que de todas gentes habia allí, y por los violentos debates que se agitaban al seno de aquellos numerosos grupos que se multiplicaban por instantes, se hubiera creído luego, que la celebracion de la fiesta del patron de la España, no era

el principal objeto de la preocupacion general.

Cada uno se dirigia á este lado de la Hanura en que se habian levantado en derredor de un grande circuito una infinidad de tentados cuyas grandes llamas y las banderolas de mil colores se confundian las unas con las otras, figurando á lo léjos las zonas matizadas del arco que brilla en el cielo despues de la tempestad, y acercándose mas, ya se aperci-bia la hermosura de la simetría que reynaba en esa ciudad de madera elevada como por encanto. Estaba dividida en tantos cuarteles cuantas eran las ciudades confederadas. En cada uno de estos cuarteles, habian construido espaciosos pavellones destinados á alojar á los diputados, y la tropa numerosa y bien equipada con que cada pais habia hecho acompañar sus representantes, de modo que todas esas fuerzas reunidas no dejaban de componer un ejército considerable. Por la mayor ó menor estension de los pavellones, se podia juzgar de la importancia de la ciudad á cuyos diputados daban el abrigo; no tenemos pues necesidad de ver ondear la bandera imperial de Toledo, para descubrir el cuartel de sus enviados.

«Pero allá bajo á la derecha del Leon de oro de Leon, ¿no está el estandarte de la ciudad de Búrgos?

—¡Y qué! Pedrillo, ¿te has vuelto como el santo baron Tobias? contestó una especie de pelon con manera rubicunda, es muy sensible por cierto que el buen Dios no haga lucir un dia como este porque tu distingas el parage en que estamos, los placenteros hijos de Salamanca y su jóven capitán,

el señor don Francisco Maldonado, que vale tanto como otro.

No vale mas que el antiguo cura de mi parroquia, repuso su compadre picado como buen feligres que era; aquel es un valiente, ¿no le ves ya como exorta á su gente? en aquel instante Pedrillo señalaba con el dedo á don Antonio de Acuña, obispo de Zamora, digno hombre, añadió, nunca es el último á la tarea.

—¿Pero cuál es? dijo otro portador de muchila, yo solo veo sotanas negras en derredor de su persona.

—¿Vienes de Galicia, replicó su camarada con desden, por no saber que todos los miembros del clero de su diócesis han querido acompañarle, y que de los mas robustos y mas arrojados de entre ellos ha formado una compañía de gente de guerra de la cual él mismo es el comandante?

—¡Valiente! interrumpió el pelon entusiasmado.

—Cuando llegue la ocasion, continuó Pedrillo, sabrá llevar el casco y la coraza....

—Como le veis que lleva en este momento la mitra y el báculo, añadió el otro pordiosero, apresurado el paso á ejemplo de su camarada.» Porque los dos querian ver de cerca al obispo de Zamora que, revestido de su traje pontifical, se adelantaba entónces seguido de un numeroso clero, hácia un vasto circuito situado en el centro de este campo circular. Allá era donde se iba á celebrar la asamblea federal, pero ántes de abrir la sesion, insiguiendo el antiguo uso y la antigua inclinacion religiosa de los españoles de aquella época, se habia decidido que un solem-

ne oficio sería celebrado, al cual asistirían los diputados en cuerpo para obtener de Dios que hiciese bajar en medio de ellos la luz de su espíritu santo.

Tan pronto como hubo resonado el sono argentino de las campanillas que agitaban los dos jóvenes levitas que iban al frente de la procesion, los representantes de las ciudades confederadas salieron con precipitacion de sus cuarteles; entónces tambien, apesar de las severas prohibiciones, el gentío que habia invadido las empalizadas del circuito del campo se trasladaron sobre la carrera de los diputados para saludarles con mil aclamaciones; y cuando hubieron tomado asiento en el interior del círculo, mucho costó de persuadir á la multitud que era preciso quedasen á fuera, y oyesen el oficio á través de la entrada cuyas cortinas estaban levantadas, afin de que desde lo exterior se pudiera descubrir el altar levantado al fondo del pavellon.

Entretanto desde que el obispo de Zamora hubo empezado el divino oficio, un profundo recogimiento se apoderó de la tumultuosa asamblea, hasta el instante en que hácia el fin de la ceremonia el prelado comenzando la oración de Santiago, se volvió al lado de los asistentes presentándoles la imágen esculpida de ese santo venerado de las Españas. Entónces hubo un entusiasmo general; pero terminada la plegaria la muchedumbre debió retirarse; no obedeció sin trabajo al imperativo *ite missa est* del celebrante. En fin vueltas á bajar las cortinas del tentado, los diputados estando solos podrán tratar enseguida con facilidad las importan-

tes cuestiones que tenian encargo de examinar en nombre de sus comitentes.

La sesion no tardó en ser abierta bajo la presidencia del obispo de Zamora, que acababa de dejar sus hábitos pontificales, y que despues de haber hecho prestar á todos el juramento de vivir ó morir por el servicio del rey don Cárlos y de la reina Juana, y por la defensa de la órden á la cual pertenecian, profirió un largo discurso esponiendo las quejas sobre las cuales la asamblea era llamada para dar su voto: luego reasumiendo, añadió:

« Todos los que nos hallamos aquí estamos reunidos para erigir una representacion completa y verídica del estado de la España, representacion que esta vez ciertamente la recibirá don Cárlos nuestro señor y rey, porque será á sus propias manos que se la harémos entregar por los que vamos á escoger de entre nosotros, afin de que llenen esta alta mision. Pero nobles y plebeyos que me escuchais, acabó diciendo el obispo de Zamora, oponiéndonos á todo lo que atente á nuestros derechos y privilegios, nunca olvidemos de proceder con sabiduría y moderacion, dando una prueba á la faz del mundo, de que las luces del Señor están siempre con nosotros y que son justas las acciones de la liga que vosotros mismos habeis calificado santa y sagrada.

— Hed ahí porque en una santa liga como la nuestra, contestó Padilla á la elocuente peroracion del prelado, yo me admiro que en las representaciones destinadas á restablecer los derechos desconocidos de cada uno, no se haga ninguna mención de las reparaciones que se deben á una princesa venerada,

á la que indignos consejeros del trono no temian tenerla en un olvido tan ultrajante para su propia persona, como perjudicial al honor del hijo á quien han persuadido de abandonar á su madre; nosotros pues que nos constituimos en correctores de las faltas de otro, no empezemos por cometer la misma irreverencia para con la reina Juana, nuestra soberana legítima, descendiente de padre y de madre de vieja sangre española, é infortunada viuda que tiene adquirido por tantos títulos nuestro respeto y nuestro amor.»

Un aplauso universal acogió la proposición del señor de Padilla: « Bien, en este caso, continuó él, para que se nos conceda plena y entera justicia, pidamos desde luego que don Carlos cumpla con la promesa que firmó á las córtes de 1518 las que solo le reconocieron por rey en aquella época bajo la condicion formal de que en los actos públicos, el nombre de don Carlos seria colocado despues del de la reina Juana su madre, y en fin, que durante la vida de aquella, el jóven monarca no dejaria de dividir con ella la suprema autoridad real. Despues, ¿ qué caso se ha hecho de estas promesas juradas á la faz de la nacion? No solo el nombre de Juana no contrafirma ninguna órden del poder, sí que aun se ha osado á atentar á la libertad de esta desgraciada princesa, guardándola en el sombrero Alcázar de Tordesillas. Así pues en este momento, nosotros los sucesores de las córtes de 1518, volvamos á la reina lo que pertenece á la reina, como tambien á su hijo; hagámosle la representacion de todos nuestros sufrimientos, llamémosla á nuestro auxilio, y

que el brillo de su magestad real venga á añadir un nuevo lustre á los patrióticos esfuerzos de la santa liga.

— Sí, ella se apiadará de nuestros clamores, añadió don Felipe de Caro, alcalde mayor de Tordesillas; porque yo, señores, admitido con frecuencia en el interior de los aposentos de la reina, he podido juzgar de la infernal política de los hombres que nos gobiernan; los bárbaros no temen en hacer circular mil rumores insultantes y falaces, todos propios á gastar la estimacion de la sagrada persona de Juana; su dolor tan natural, ellos lo han tratado de demencia; léjos de proporcionarle un consuelo, solo han hecho que aumentárselo por el indigno tratamiento, hasta el punto como yo he visto; sí, señores, he visto como á nuestra infortunada soberana le faltaban vestidos y alimentos, cuando los miserables, nadaban en oro nuestro, que disipaban en locuras los seis cientos mil ducados que obtuvieron en la penúltima asamblea de córtes....

— Añadid á mas, los otros nueve cientos mil que dos años despues nos han arrancado, exclamó Maldonado; pero de estos han sido económicos, porque prudentemente los han hecho pasar en sus paises de Flandes y de Borgoña.

— ¡ Infames ! decia un clamor universal, ¡ nosotros sabrémos hacérselos restituir !

— No tan fácil como lo pensais, señores, gritó mas alto que los otros don Pedro Giron; porque, si no me han informado mal, el condestable de Castilla, por órden del cardenal regente, ha mandado á todos los capitanes de las com-

pañías de la gente de armas acantonada sobre la frontera de los Pirineos, de concentrarse sobre la marcha entre Búrgos y Valladolid. Es preciso pues á toda costa impedir la reunion de semejantes fuerzas contra nosotros, y debe causar cuidados momentáneamente á nuestros corazones; solo hay un medio para alcanzarlo, y es de procurar la alianza de los franceses y de Enrique de Albret; la diversion que podrian obrar en Navarra sería por nosotros de una inmensa ventaja...

—Perdonad, señor Giron, si os interrumpo, dijo bruscamente el señor de Padilla, pero yo creo que está en vuestro honor el no dejaros concluir semejante proposicion, y del nuestro por no ser acusados por haberla podido debatir un instante. ¡La intervencion estrangera! señor Giron, vos no habeis reflexionado; de otro modo, vuestra memoria fiel os hubiese hecho recordar que el llamamiento de auxiliares estrangeros ha costado seis siglos de desolacion y de servidumbre á nuestro pais; ¿cuál es pues el español que ahora sabria ver sin disgusto flotar en su territorio todo estandarte que nó fuese el suyo? amigo ó enemigo nada importa; y nosotros mas que cualquiera, señores, ¿no debemos evitar de recorrer al apoyo del vecino? Nuestra causa la proclamamos la de la patria; es pues en la patria sola que es preciso buscar recursos; pues sería una culpable inconsecuencia de nuestra parte el caer en las mismas faltas que reprobamos al poder real y de las cuales pensamos pedir la reforma á don Carlos, exigiendo de él que en lo venidero, en España, no enganche mas á

su servicio flamencos, burguñones y alemanes, en desprecio de las costumbres y de las leyes del reino.»

Giron se guardó de responder á los patrióticos acentos del señor de Padilla, los cuales habian electrizado la asamblea; y con ademan complejo permaneciendo en silencio, comprendió que era mejor fingir la conviccion y participar de la emocion general.

» Sí, exclamó primeramente el jóven Maldonado, ¡á los españoles solos toca el zanjar sus cuestiones! ¡Nada de intervencion estrangera! ¿en el siglo precedente la tuvieron nuestros padres? Esta llanura, estas colinas podrian decirnos como en 1465 ellos solos pusieron coto á las desmasías de un rey imbécil que tambien se dejaba conducir por odiosos cortesanos. Hagamos pues como nuestros padres, no busquemos socorros fuera de nosotros. Desde luego mas favorecidos que nuestros antepasados ¿no encontramos ayuda y apoyo en las provincias vecinas? Hed ahí los insurgentes de Valencia que nos ofrecen sus buenos servicios.

No desagrade al señor Maldonado, interrumpió don Juan, me parece poco político de admitir en nuestra santa liga el concurso de la germanada de Valencia, que solo se compone de un populacho ignorante y anárquico, de una amalgama de perturbadores sin asilo ni domicilio, que no solo han tomado las armas para oponer una barrera á las usurpaciones del poder real, sino que tambien para cambiar la antigua constitucion de nuestra patria; las opiniones que aquella clase de gente propalan, ¿no son tan culpables y tan reprehensibles como las miras am-

biciosas del poder real? En su desvarío insensato de igualdad, quieren nada ménos que usurpar en provecho de la última clase de la nacion, los derechos sagrados del trono y de las tres órdenes del estado.

— Aun cuando esto fuese así replicó el jóven clérigo, ¿no pertenece al mayor número el hacer la ley?

— Sueños de escuela, contestó el señor de Padilla. Tanto querrá decir, que para encontrar el equilibrio será preciso cargar desigualmente los dos lados de la balanza; pero, dejemos esto á parte: nosotros estamos reunidos aquí, solo para reflexionar en los medios de mantener y defender nuestros fueros, y no para amenazar su existencia. Así hombres de iglesia, hidalgos y pecheros, yo os lo pido, ¿no debemos desechár la alianza de esos fanáticos de Valencia que quieren destruir lo que nosotros tenemos mision de conservar?

— Con todo, ¿si el abandono de ciertos fueros nuestros pudiera ser de alguna utilidad á la causa nacional? Como hidalgo, estoy pronto á sacrificar los privilegios de mi órden cuya abolicion se juzgue necesaria.»

De este modo hablaba el maula Giron, con la esperanza de que con este language hipócrita, volvería á ganar la popularidad que habia comprometido un poco con su torpe proposicion de llamar la ayuda del extranjero.

«Como, replicó con entereza el señor Bravo diputado de Segovia, en un momento en que todos nos armamos para la conservacion de los derechos de la nacion, sorprende mucho ver un Pacheco y Giron como hace tan buen mercado de sus privilegios y atesti-

quando de este modo una igual indiferencia por los intereses de la órden á la cual tiene el honor de pertenecer. Al lugar del señor Giron cuya edad esperimentada admite pocas ilusiones, prosiguió irónicamente el caballero indignado, dudaría que no se interpretase mal semejante rendimiento, y que algun dia aquellos mismos á quienes hubiere hecho tan fácil abandono no vieran á recelar de mí pensando que en la mejor ocasion vacilaria muy poco en abandonar con la misma ligereza á ellos y sus libertades.»

Un profundo silencio sucedió á estas palabras; don Pedro Giron echó una terrible mirada al diputado segoviano, que la sostuvo sin bajar los ojos; una viva altercacion se iba á elevar entre ellos, pero Padilla se dió prisa á prevenirla, y entendiendo que la consecuencia de semejante riña seria infaliblemente el desórden, y puede que la division al seno de la asamblea, se apresuró á llamar la atencion de los asistentes hácia el verdadero objeto de su reunion.

«Tregua á semejantes debates, exclamó con voz atronadora; no se reclama de quien quiera que sea ningun consentimiento á la menor concesion, ni tampoco su precipitacion á pagar actualmente con su persona; nosotros estamos armados, es cierto, ¡Pero Dios quiere que estas armas no sean de ningun uso por nosotros, y que nuestros soberanos la reina Juana y el rey don Carlos, consientan graciosamente á reparar todas las faltas de que con motivo nos quejamos! Así como es de nuestro deber, conocer con prontitud las reclamaciones de cada cual, invito

al reverendo obispo de Zamora á que lee ahora mismo á la asamblea la representacion redactada por él en la que se encuentran sucintamente mencionados los votos emitidos por las diversas ciudades que nos han enviado aquí, á fin de que pasemos á aprobarla ó á modificarla en lo que juzguemos conveniente y necesario.»

Como la asamblea aplaudiese la proposicion del señor de Padilla, el obispo de Zamora se levantó y empezó la lectura de esa larga esposicion, interrumpiéndose en cada artículo para pedir la aprobacion de la mayoría de los diputados. Pocas cláusulas levantaron nuevas discusiones. Hed ahí pues, cuales eran los principales artículos de esta memorable representacion cuyo espíritu independiente se ha transmitido hereditariamente de edad en edad, hasta á los españoles de nuestra época, del mismo modo que el texto original, en su tenor primitivo se ha conservado sin alteracion en los archivos del reyno, de donde con frecuencia las córtes lo han pedido despues.

En esta representacion á la corona, la liga empezaba desde luego por esponer el estado deplorable en el que una regencia impopular habia reducido á la España; en seguida, los diputados se disculpaban del crimen de rebellion, motivando su toma de armas en la necesidad de una legítima defensa, despues asegurando al rey que sus intenciones de ningun modo eran de derribar su trono, ni de fomentar la guerra civil, se obligaban con promesa á dejar las armas tan pronto como se satisfaciesen á sus justas reclamaciones, de las cuales las principales eran es-

tas, que ellos tenian derecho, decian, de hacer en virtud de sus antiguas é inviolables instituciones:

Como fieles y apasionados súbditos, suplicaban á don Cárlos que viniese próximamente en medio de ellos, y fijase de aquí adelante su córte en España al ejemplo de los reyes sus predecesores; con todo si una obligacion mayor viniese á llamarlo fuera del reino, pedian que entónces se obligara á no confiar nunca la regencia á ministros extranjeros, y que desde luego tuviese á bien retirar la autoridad al cardenal Adriano, é investir con ella durante su ausencia á españo'es solos, bajo la presidencia de la reina Juana, cuya princesa deberá siempre en lo venidero contrafirmar con su nombre todas las ordenanzas del gobierno, y gozar con su hijo, como en lo pasado, de los honores y del poder de la dignidad real. Tambien se rogaba á don Cárlos de no traer jamás consigo flamencos, borguiñones ni alemanes; ademas se estipulaba formalmente, que bajo ningun pretesto, el rey no introduciria en España tropas extranjeras, y que si la intencion de don Cárlos era de tomar su esposa de entre las diversas familias de los reyes, sus vecinos, tenia que hacer aprobar su eleccion por la asamblea de córtes; finalmente, que ningun empleado del gobierno empezando por el rey mismo, no hiciese salir del reino ni oro ni plata, ni ninguna alhaja de crecido valor sin esponerse á rigurosas reprehensiones.

En seguida, pasando á diversas leyes de administracion y de interes civil, la santa liga pedia que una parte de las leyes de Toro, juradas por el

rey Fernando-el-Católico, abuelo de don Cárlos, fuesen restablecidas con vigor. También manifestaba el deseo que se diese mayor estension á diversas leyes constitucionales del reino. Ella anhelaba, por ejemplo, que todas las poblaciones de España teniendo un cierto número de vecinos y pagando una taza que se debía fijar mas tarde, tuviesen derecho cada una de enviar en adelante á la asamblea nacional un representante del clero, de la nobleza y del pueblo, al igual que las diez y ocho ciudades designadas recientemente por don Cárlos, para gozar esclusivamente del privilegio de representacion; y para asegurar que estos representantes serian verdaderamente elegidos por su órden respectivo, y que la votacion de los electores seria perfectamente libre, pedia espresamente que el rey y sus ministros se obligasen, con prestacion de juramento, á no ganar ni indirecta ni indirectamente la eleccion de los mandatarios del pais. En fin, especificaba positivamente que ningun miembro de los estados no pudiese recibir ni pensiones ni empleos del gobierno, fuese por sí ó por personas de sus familias, y esto bajo la pena de muerte y de confiscacion de bienes. Con todo, para indemnizar á los representantes de los gastos que les acarrea el honor de su mision, obligaba á cada ciudad ó á cada comunidad á pagarle un sueldo conveniente para su manutencion durante el tiempo que asistieran á las córtes, las cuales deberian juntarse á lo ménos una vez cada tres años.

Despues se pasó á la conservacion de los privilegios del clero; y con las observaciones del docto Soto, el domi-

nico de Segovia, que ponía ante todo las libertades de la iglesia española, se insertó, en la representacion una cláusula que tendia á hacer escluir á todo extranjero de los cargos y beneficios eclesiásticos, y aquí á consecuencia de las reclamaciones de cinco diputados de Toledo, no se olvidó de pedir que al instante Guillermo de Croi, arzobispo de Toledo, fuese obligado á hacer dimision de la silla primada del reino, y que dentro el espacio de seis meses, se debiese proveer á su reemplazo haciendo la eleccion de un prelado español.

Finalmente esta imperiosa representacion terminaba con protestas de respeto y de fidelidad para con la reina Juana y el rey don Cárlos, sus legítimos soberanos; sin descuidar con todo de reclamar de su parte un juramento recíproco, por el cual se obligarian en la forma la mas solemne, á observar todos los artículos arriba mencionados, sin buscar nunca á eludirlos ni á revocarlos, y sin solicitar del papa ni de ningun otro prelado la dispensa ó la absolucion de esta promesa y de ese juramento.

Apénas el obispo de Zamora acababa su formidable peroracion, que de todas partes resonó un estruendo de aplausos. El estilo enérgico de la representacion exaltó á los mas tímidos; nadie duda del buen éxito de las negociaciones con don Cárlos.

Entretanto, el hábil prelado reclamó la atencion general, y con voz esforzada, dijo:

« Defensores de las libertades españolas, no consiste todo en consignar por escrito vuestras justas reclamacio-

nes, es preciso designar aquellos de entre vosotros que compondrán las dos diputaciones, destinadas á llevar los votos de la santa liga, la una á Tordesillas, á Juana, nuestra apreciada reina, y la otra en Alemania, al jóven rey don Carlos.»

Los cinco miembros elegidos para formar la primera diputacion fueron los señores don Juan de Padilla y don Francisco Maldonado, Pedro Merino vecino de Toro, Felipe de Caro, alcalde mayor de Tordesillas, y Fray Pablo, prior de los dominicos de Leon. Los otros cinco que debian ir á Alemania fueron los señores Pacheco y Giron, don Juan Bravo, alcalde de Segovia, Marcos Salvador, vecino de Jaen, representante de las ciudades sublevadas de Andalucía, Pedro Lázaro de la Vega, alcalde de Toledo, y Domingo Soto, jóven religioso de Segovia.

Terminada esta eleccion, don Juan Bravo se apresuró á tomar la palabra: « Representantes de la nacion española, dijo, aun queda un acto importante á llenar, que solo puede dar fuerza y consistencia á nuestras operaciones; y como cada cual prestase mucha atencion á sus palabras: Este acto, añadió con tono imperativo, al cual debemos proceder al instante, es de dar á la santa liga un gefe que tenga mision de velar por la conservacion y por los intereses de la causa nacional, hasta que nuestros enviados vuelvan de Alemania; este gefe deberá dirigir los trabajos de la liga, y emplear todos sus cuidados en reunir todos los medios de defensa en caso de inesperadas hostilidades.»

Esta importante proposicion, que la

mayor parte de diputados, por un motivo secreto de envidia hubieran querido ver emplazar, aunque todos entre tanto reconociesen la urgente necesidad, vino á exitar mil pequeñas ambiciones, mil deseos personales; y como ordinariamente los mas mediocres eran allí los mismos que combatian mas la posicion de aquel difícil puesto. Entretanto el dia se avanzaba, las horas se pasaban en debates inútiles, y la indecision era tan grande como en el momento en que la proposicion habia sido hecha por Bravo, pero éste levantándose sobre su asiento y con un gesto manifestando el deseo de ser oido:

« ¡ Como, dijo con un acento de vituperio, podeis dudar por mas tiempo los buenos servicios de don Juan de Padilla, del héroe de Toledo, del libertador de Segovia! Sin él, ¿ estaríamos aquí deliberando sobre los resultados de la victoria? Concedámoslo sin rodeos; ¿ quién de nosotros ha prestado mas servicios que él á la causa de la independencia? ¿ y quién le promete mas en lo venidero? Capitan reputado ya por su valor y sus talentos militares, ¿ quién mejor que él puede mandar el ejército nacional, y acabar de hacernos triunfar de nuestros enemigos, á quienes el so'lo nombre del vencedor hará temer nuevos reveses? »

Estas palabras salidas de un corazon convencido esparce la persuacion en el auditorio. Luego, como sucede en las asambleas populares, se pasa de la frialdad á la exaltacion; el mérito de Padilla, recordado á propósito por una boca amiga, creció súbitamente á la vista de todos requiriéndose haberlo

podido desconocer un momento. Así sin mas tardar, don Juan de Padilla es elegido gefe de la santa liga por mayoría de sufragios. Una débil parte de la minoría, de los que cuyo amor propio estaba entiviado ó cuyas opiniones democráticas al esceso tendian á reprobear las de los demagogos de Valencia, rehusó votar; la otra prefirió mejor perder sus votos cediéndolos al acaso.

En seguida se procedió al nombramiento de los ayudantes de Padilla: don Juan Bravo fué elegido para mandar las tropas dichas de Segovia, que comprendian todo lo contingente provisto por el norte de la España; y don Francisco Maldonado el cuerpo del ejército dicho de Salamanca, compuesto de las fuerzas enviadas aliadas del oeste y del mediodia del reino. Los nombres de los nuevos gefes no estuvieron muchos instantes ignorados por los de afuera, y por la alegría que mostró la multitud, los diputados pudieron juzgar que les hubiera sido difícil elegir generales mas populares.

El obispo de Zamora apenas acababa de cerrar la asamblea, cuando la muchedumbre se precipita repentinamente á la entrada del pabellon é invade el círculo al grito de ¡vivan nuestros diputados! ¡viva nuestro general Padilla! ¡el vencedor de Toledo y de Segovia! ¡viva Bravo! ¡viva Maldonado! Luego algunos de los mas exaltados amparándose de las personas de estos tres caballeros y obligándolos á subir sobre una especie de pavés hecho precipitadamente con sillas del interior de la tienda, y levantándolos en seguida sobre sus hombros, les condu-

geron á cada uno en su cuartel, alzando mil clamores, y gesticulando de mil maneras, segun la costumbre de las gentes del pueblo, y del pueblo español sobre todo, tan espresivo en el colmo de su alegría como de su descontento.

Entre tanto, por la entrada de la noche que se acercaba, la calma ya empezaba á volver, cada cual se retiraba ó á Avila ó en sus respectivos cuarteles, dejando en fin consigo mismos á los tres gefes que ellos habian aturdido con sus transportes de alegría; y verdaderamente es preciso felicitar á Padilla, Bravo, y Maldonado, porque, lo mismo que sus otros cólegas con quienes deben ponerse en camino al rayar el alba, no tienen bastante tiempo hasta la madrugada para descansar y para concluir los preparativos de su viage.

¿Á qué viene entretanto que en lo mas abanzado del campo, sobre el camino de Segovia, se encuentre uno de ellos á esta hora? A no equivocarse se diria que es el señor don Pedro Giron. ¿Qué viene pues á buscar, así, solo, en este lugar separado? Por su talante inquieto, por su fisonomía contractada, se puede juzgar que un descontento secreto le agita; y por las bruscas interpelaciones que se hace así mismo, se puede comprender la causa de sus tormentos:

¡Cómo, yo, se decia en voz alta, un Pacheco y Giron, me habré metido en un partido de rebeldes para verme humillado, repelido y confundido en las filas del pueblo! ¡Yo ricohombre de una de las mas antiguas casas de las Castillas, me será preciso marchar entre hidalgos oscuros y paisanos mise-

rables! ¡Obedecer por obedecer, mas vale hacerlo á la corte! ¡Ah! ¡señores del pueblo, no sois muy felices en verme en vuestras filas; léjos de mostrarme orgullosos poniendo á un hombre como yo en vuestro frente, habeis preferido ese Padilla, un hidalgo miserable!... ¡Con todo, hoy que tiene el poder, si ama á mi prima, se casará!... ¿Ahora quién puede poner obstáculo?...» Despues de un instante de reflexion. «¡Yo! ¡oh! ¡desgracia por él! ¡desgracia por ella! ¡y desgracia para todos! exclamó volviéndose hácia el campo con la cabeza baja: ¿pero qué hacer? ¿qué hacer?...»

En este momento un canto lejano se hizo oír, pronto el cantador mismo estuvo cerca de Giron, para que este pudiese distinguir aquella copla del último romancero del Cid, tan extendida en España y tan preferida sobre todo de los muleteros, que á lo largo del camino, van cantando sin cesar:

Banderas antiguas, tristes
De victoria un tiempo amadas
Tremolando están al viento
Y lloran aunque no hablan.

Don Pedro volviendo la cabeza esperaba evitar el importuno que venia á interrumpirle en sus pensamientos de venganza, cuando el descarado arriero, pues era uno solo, se dirigió con derecho á él é interrogando con aire familiar al caballero:

«¿Señor Giron, le dijo, venis pues en ese lugar para despejaros de los ruidosos transportes de alegría de la multitud? ¡Por el alma de mi padre! no era fácil de hallaros hoy á no haberos vis-

to como en este momento saliais del campo tomando esta direccion...

—¡Voto á brios! tú eres el bienvenido, esclamó don Pedro, reconociendo á Moreno bajo el disfraz de maragato; ¡ah! ¡el cielo, ó mas bien el infierno te envia á mi socorro! No importa, he aquí el momento de secundarme con uno de aquellos buenos servicios que te has obligado á prestarme. Hasta el presente, he querido creer que solo te habia faltado la ocasion, y en esos últimos dias á Toledo, verdaderas ó falsas, acogí las razones que me diste sobre la necesidad en que te hallabas de conducir á doña María en el convento de San Gerónimo; pero tengo una venganza en el corazon, que por el mismo Satanás, he jurado cumplir; y es contigo con quien cuento para realizarla. Ahora ya no mas vacilaciones ni pretextos de tu parte; sabes lo que debes á mi familia...

—¡Sí, lo sé! interrumpió con ademán sombrío Moreno.

—¡Bien! toma ese oro,» replicó el orgulloso caballero, arrojándole una bolsa llena de doblones, que probaban su buen quilate por el tañido claro y sonoro que hicieron cayendo en el suelo, porque en su poca prisa á tomarla, Moreno no habia alargado la mano, y la bolsa cayó á sus piés.

«¡Oh! ¡oh! dudas, lo creo; será esto poco á tu vista, repuso don Pedro, equivocándose en las causas del altivo servidor, puedes estar tranquilo, esto solo es á cuenta, algun dia, espero recompensar mejor tus servicios. Este oro es ménos por tí que por las gentes que te será preciso emplear, guárdalo pues, yo lo quiero,» añadió imperativamente; y Moreno, pensando

que mas largo refugio podría comprometer los secretos de su alma, recogió la bolsa y los doblones.

«Ahora, escucha, continuó Giron, á la vez quiero vengarme del condestable, de doña María y del mismo Padilla. Despues de haberme robado la autoridad en mi partido, sin duda que mi dichoso rival en la actualidad se propone casarse con mi prima, y defraudarme de este modo tierras y honores que me pertenecen.

—Lo que decis puede muy bien ser, contestó irónicamente Moreno.

—¡Oh! no será, replicó Giron, no le daré el tiempo. Mañana por la mañana, está obligado de trasladarse directamente á Tordesillas al lado de la reina Juana; yo, durante este tiempo iré á San Gerónimo. A mí, jefe de la casa de Pacheco, no se me puede reusar la entrada en el convento: desde luego, tengo por pretesto, orar sobre la tumba de mis padres, ántes de partir por Alemania.

—¡Bien! interrumpió su cómplice; pero cuando estaréis en el monasterio, ¿qué haréis?

—Lo que haré, exclamó el desleal don Pedro Giron, arrebataré de allí á mi hermosa prima, y una vez en mis garras, añadió cerrando convulsivamente sus manos, como si le pareciera tener ya á la señora, la obligaré á unirse conmigo sobre la marcha, ó á que renuncie el solar y el marquesado de Mondéjar, forzándola á tomar al instante el velo en uno de los claustros de los alrededores.

—Malos medios son estos, repuso el infernal Moreno; las paredes del convento de San Gerónimo, son fuertes y

elevadas, y no es fácil de arrancar á nadie de allí por la violencia.

—Pegaré fuego al monasterio, replicó el fogoso Giron; desde luego lo he previsto todo. Por órden mia, gentes que me son adictas, deben hallarse reunidas á los alrededores de San Gerónimo. Tú que conoces las entradas y salidas de la abadía, discurrirás en los medios de introducir de noche á mis hombres; gana al lego, al portero, á toda la comunidad si preciso fuera: que diantre, el oro, dicen, que abre las rejas, y las torres, y con tu espíritu....

—Estos son siempre malos medios cuyos sucesos son muy dudosos, contestó el astuto Moreno; el solo resultado seguro de todos vuestros proyectos será infaliblemente de comprometernos uno y otro, tengamos ó no acierto. Si estais pues poco cuidadoso de caer en la pena, yo tengo muchos recelos, y para evitarlos en este momento, rehuso.

—¡Pero, desgraciado! ¿qué es preciso hacer entónces? repuso Giron cogiendo violentamente el brazo de Moreno.

—¿Lo que es preciso hacer? hélo ahí, dijo Moreno despues de haberse recogido un instante. Señor don Pedro, si he podido venir á aquí, y dejar de esta suerte á doña María, me han sido precisos, como debeis pensarlo, algunos buenos motivos, como por ejemplo, cierta carta que me ha hecho entregar á dreses la señora, al hermoso caballero de Padilla.

—¿Qué decia ella en esa carta? interrumpió Giron.

—La señora decia, continuó el pérfido servidor, que ella habia en efecto,

lo mismo que Inés su compañera, concebido temores á causa de la aparicion de siniestras figuras al rededor del monasterio; añadia que sin duda el condestable se hallaba en aquel lugar, y que así le tardaba mucho dejar San Gerónimo lo mas pronto posible. En su consecuencia pedia á su querido don Juan (y sobre estas últimas palabras el satánico Moro descansó con una intencion marcada) se apresurase de volver á San Gerónimo para velar por la seguridad de la que él ama. Así el señor de Padilla tiene la intension de pasar mañana por el convento para llevarse á doña María, despues, en la dulce compañía de su adorada, seguir su camino hasta Olmedo, y desde allí, por caminos estraviados, trasladarse á Tordesillas.

— ¿Y á mí, qué me importa? dijo Giron.

— ¡Paciencia! repuso con sonrisa burlesca su diabólico consejero. ¿Olvidais que entre Segovia y Olmedo hay muchos pasos favorables, y sobre todo, no os acordais del gran bosque de pinabetes que es preciso atravesar ántes de llegar al pueblecito de Nova-de-Coca? ¡Bien! este lugar solitario, en las tinieblas de la noche, ¿no os parece

mejor escogido por un golpe atrevido, que el convento de San Gerónimo?

— ¡A las maravillas! replicó don Pedro, ¿pero, crees á Padilla tan mentecato para viajar de este modo sin una fuerte escolta?

— En este punto, sosegaos, contestó el traidor, tendré cuidado en arreglarlo. Podeis contar en rechazar solo á una débil parte.

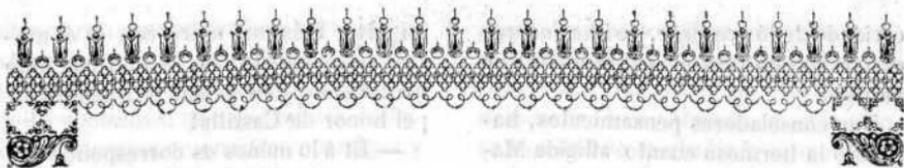
— Toca esos cinco, exclamó Giron transportado de alegría y alargando la mano á su digno cómplice cuyos proyectos le parecian admirables; despues de este servicio tú puedes exigir de mí cuanto quieras.

— Mas tarde sea, replicó Moreno, pero por ahora separémonos; es preciso evitar que nos vean hablar juntos; pasad por aquí, yo por allá, y volvamos á nuestros cuarteles, porque nuestra ausencia y sobre todo la vuestra podria ser notada.

— Hasta mañana, pues, á la entrada de la noche en el grande bosque cerca de Coca, dijo Giron alejándose.

— Hasta mañana, repitió Moreno, luego en voz baja: ¡que la maldicion del cielo caiga sobre tí y sobre todos los de tu reprobada secta! »





LA ALEVOSIA.



XI.

Si momentos gratos hay en la ausencia, son los que se pasan visitando los lugares que ha recorrido con nosotros el ser amado que está ausente. Sin embargo los numerosos recuerdos mezclados de pesares, sirven siempre de consuelo á nuestra alma alligida. La ilusion del desgraciado consiste en creer que cuanto le rodea debe participar de la tristeza que á él le domina. ¿La imaginacion, sentidos é inteligencia no

se dirigen muchas veces hasta á las cosas inanimadas que han sido testigos de nuestra felicidad? Los objetos mudos tienen por nosotros un language que corresponde á nuestro doloroso pensamiento. Parece que proviniendo del bien que lloramos perdido, vivifica con la respiracion de su alma todo lo que estuvo presente á nuestras horas de felicidad, horas placenteras que nuestro espíritu se goza en recordar, porque

olvidado de lo presente, se imagina que el porvenir ha de volverle la dicha que ya pasó.

Tan consoladores pensamientos, había ido la hermosa cuanto afligida María á pedirlos á los seres seculares que poblaban los alrededores de la abadía de San Gerónimo, porque algunas veces el espeso ramage de aquellos árboles, había prestado su abrigo á los deliciosos paseos de nuestros dos amantes. Allí sentada ahora junto á su fiel Inés, echaba en torno suyo una de aquellas miradas melancólicas, capaces de enternecer el mismo bronce. En vano su amable compañera había procurado distraerla refiriéndole aquellos cuentos de guerra y amor de que á la sazón tenían atestada la memoria todas las hijas de España, y singularmente las maragatas paisanas de Inés; pues el romancero que esta acababa de cantar acompañándose con la bandolina, no había podido fijar un momento la atención de su señora; contra lo que acostumbraba, doña María no mostraba el menor interés por las aventuras caballerescas de los moros y cristianos; y solo parecía ocuparla el sentimiento que avasallaba su corazón.

«¿Crees tú, Inés, que él puede llegar hoy? ¡Con tal que haya recibido mi carta! Pero, yo no sé; me aflige un secreto presentimiento. Cuando le veo, su presencia me da ánimo; cuando no está á mi lado, mi confianza en el porvenir parece alejarse con él. En mis pensamientos de día, en mis sueños de noche, no puedo distinguir las facciones, pero veo una figura sombría que creo ser la del condestable que viene siempre á colocarse entre mi adorado y yo. No

importa, Inés; me uniré con él ó moriré, porque tú lo ves, le amo con todo mi corazón; ¡tan galán! ¡tan generoso! ¡el honor de Castilla!

— Él á lo ménos os corresponde con un amor igual al vuestro, replicó suspirando la sensible confidenta de María; él no es como otros, de tal modo absorbidos por vuestras disensiones civiles, que llegan á hacer su corazón inaccesible á los mas dulces sentimientos de ternura.» Pero la señora no atendía á los lamentos de Inés, pues en aquel momento, solo escuchaba los repetidos campanillazos de la portería del monasterio. De repente parecióle oír en el patio un confuso rumor de hombres y caballos....

«¡ Es él ! » exclamó María, abalanzándose á una de las ventanas que daban al patio interior del edificio ocupado por el abad y los forasteros sus huéspedes. Era en efecto don Juan, que llegaba palpitando de felicidad y de alegría.

« Señora, le dijo apeándose y besando cortezmente la mano de doña María, vuestra voluntad no ha hecho mas que adelantarse á la mía. Si no lo lleváis á mal nos trasladáremos hoy mismo al lado de la reina doña Juana; pues es preciso que mañana sin mas tardar me halle en Tordesillas, donde me aguardan los otros diputados.

— Pero partir á esta hora, observó el prudente abad Benavides, me parece una indiscrecion, porque la noche va á sorprenderos. Si tuvieseis á lo ménos una buena escolta...

— Perdóneme vuestra reverencia, se apresuró á contestar el fementido Moreno, no dudo que el señor de Padilla

obrará con mucha cordura haciendo su viage de noche. Las tinieblas y el misterio me parecen preferibles á un séquito numeroso, que no dejaría de llamar la atencion de nuestros enemigos y de atraerlos sobre nosotros.

— Este es el motivo porque no me he hecho acompañar por un destacamento de voluntarios de Toledo que se han reunido en Avila; los otros miembros de la diputacion han hecho lo mismo. Cada cual por caminos estraviados cuenta llegar á Tordesillas.

— Puede que ellos lo asierten, contestó el bueno y previsor abad; pero vos, señor de Padilla, teneis que seguir hasta Olmedo, la carretera de Valladolid, y todo el pais que atraviesa esta carretera no está aun pronunciado por la causa de la liga. Se asegura que recorren el pais partidas de realistas; se ha visto tambien, segun dicen, vagar por estos alrededores, y hácia la noche acercarse á las paredes del monasterio. Creedme, no refuseis el ofrecimiento que os hago de poner á vuestra disposición los legos del convento; si no quereis ser acompañados mas allá de Olmedo, ellos os escoltarán á lo ménos hasta aquella villa. Allí dejaréis la carretera de Valladolid, y á través de los campos por sendas estraviadas, podréis llegar á Tordesillas.

Como doña María uniese sus instancias á las del buen prelado, don Juan se decidió á aceptar la proposicion del reverendo P. Luis de Benavides, á pesar de las vivas representaciones de Moreno. Pero al fin renunciando este á hacer prevalecer su pérfida opinion, tomó el partido de ocultar su despecho bajo una aparente sumision. En

pocos instantes todo estuvo dispuesto para la partida, y nuestra caravana, compuesta del señor de Padilla, su desposada, Inés, Moreno, y unos veinte vasallos de la abadía bien montados y armados, se puso en camino.

La señora y su compañera, sobre sus mulas, habian vuelto á tomar prudentemente el disfraz de maragatas. Cerca de ellas iban don Juan con su fiel Alamez, y Moreno con un brioso caballo navarro que recientemente habia adquirido en cambio de la mula de las caballerizas de monseñor el condestable; delante de ellos y por los dos lados del camino, marchaban los hombres de armas del señor abad de San Gerónimo.

De este modo caminaban, y era tal el paso que habian dado á sus cabalgaduras, que al cabo de cinco horas habian dejado ya en pos de sí el hermoso campanario de Paracés y tocaban ya la estensidad de aquella gran llanura cortada á por trechos los fértiles valles que se encuentran á la salida de aquel pueblo. El disco rojizo del sol poniente derramaba sus rayos luminosos por toda la vasta estension del cielo, colorando con mil variados matices las nubes vaporosas que poblaban el horizonte, y que con sus caprichosos y singulares contornos figuraban grupos fantásticos y escenas las mas imponentes.

Nuestros dos amantes, guardando una especie de silencio simpático, contemplaban estasiados el magnífico espectáculo de uno de esos hermosos crepúsculos que solo se admiran en las regiones meridionales. Hasta aquel momento habian olvidado uno y otro lo largo del camino por los atractivos de

una grata conversacion, en la que, sin órden y sin arte, habian trocado aquellas dulces palabras que salen del corazon, que solo respiran sinceridad y ternura, palabras por medio de las cuales comunicaban la dulce uniformidad de sentimientos que reinaba en sus pechos, y que tambien se retrataba en sus amorosas miradas. Pero con la calma, que en aquel momento, al comenzar la noche, se apoderaba de toda la naturaleza, sentian los dos amantes dominados sus corazones de una irresistible melancolía, grata ilusion del alma que constituye uno de esos gozes íntimos á que se abandona el que ama de consuno con el objeto amado.

La pareja que venia en pos, se mostraba ménos sensible á las impresiones de la naturaleza; y el tono algo recio de sus conversaciones atestiguaba la poca armonía que reinaba entre Inés y Moreno:

«¡Por mi santa patrona! yo no haria nada, decia la medrosa doncella; para cantar, es preciso hallarse dispuesto, y hoy no lo estoy por canto. ¡En día de viérnes! ¡Jesus mio! si me hubiesen creido, no nos hallariamos por el camino á estas horas.

—¡En viérnes! repitió Moreno como hablando consigo mismo, ¡no habia reparado en ello!

—¿A vos, qué os importa el viérnes? replicó la maligna maragata; no sois bastante buen cristiano para mirar como funesto el día en que murió Nuestro Salvador.»

En aquel momento la fisonomía de Moreno espresaba la mayor inquietud; pero no debe esto sorprendernos; pues precisamente, porque la fé cristiana no

reinaba en el fondo de su alma, venia el recuerdo del viérnes á lanzar el remordimiento y la indecision en su espíritu. Para los musulmanes, el viérnes es el día consagrado al ayuno y á la oracion. En el Coran, está escrito que en este día, se debe reprimir todo sentimiento de venganza, y guardarse mas que en otro, de hacer traicion á sus huéspedes y bienhechores, sean los que fueren. ¡Desgraciado del que no observara la ley de Mahoma! Estas palabras del profeta, ofreciéndose de repente á la memoria de Moreno, habian derramado la tristeza sobre su rostro y hacian que guardara el mas profundo silencio.

«¡Bien! le dijo Inés suavizando su voz, enternecida al ver que Moreno parecia simpatizar con ella en creencias religiosas; yo no sé que horrible presentimiento me inquieta, pero tengo miedo. Y diciendo esto se acercaba á su compañero y apresuraba el paso de su mula; —¡Moreno! añadió bastante alto para arrancarle de las reflexiones en que estaba absorto; «¿lo que se ve allá bajo, en el horizonte, es una nube? Desde aquí, lo tomaria por un caballero montado en su palafren; ¡Virgen santa! Si diera crédito á la ilusion de mis ojos, pensaria que es el viejo condestable que viene hácia nosotros montado en su Pardalo, el famoso caballo encantado de su familia.

—¡El cielo nos libre! contestó Moreno.» Pero el nombre de Pardalo habia herido los oidos de Juan y de María.

«¿Qué dices tú de Pardalo, Inés? dijo volviéndose su señora; de cuantas leyendas sabes, esta es la que mas me

interesa. Esta antigua historia de los Velasco de Haro me recuerda mi primera infancia. Mi abuela de Velasco me la refería muy amenudo, adormeciéndome en sus rodillas. Cántala pues, en esta hermosa noche; me será muy agradable oír la repetir por los ecos de la floresta.

— Puede que sería mas prudente no despertarlos, observó Moreno; ¿quién nos dice que esas masas sombrías no encubran algun peligro secreto? Lo mejor sería atravesar estos bosques en el mas profundo silencio. »

En efecto, acababa de entrar nuestra cabalgata en los estensos pinares que se hallan mas acá de Coca, sobre el camino de Segovia. Entónces tocaba Moreno al colmo de su traicion; Giron estaba allí apostado en la sombra, aguardando la señal convenida para arrojarse sobre su presa. La voz de Inés podía servir al intento; pero dominado Moreno, de súbita perplejidad, duda en llevar á cabo su resolucion como ha sucedido á mas de un criminal en el instante de ejecutar sus proyectos. Procura pues disuadir á la señora de hacer cantar á Inés, pero inútilmente. Temiendo entónces despertar las sospechas con mas instancias, calló, y la complaciente Inés, con voz pura y penetrante, comenzó el antiguo romance de los Haro.

Los dulces acentos de la jóven, compasados por el paso regular de las caballerías, el canto de su voz mezclado con aquella indefinible armonía que en una buena noche de estío produce el soplo de la ventolina, deslizándose á través del misterioso follage, todo concurría á prolongar la ilusion de nuestros jóvenes amantes, cuando de repente

un fuego de mosquetería vino á desvanecerla súbitamente. Dos caballeros de la vanguardia caen muertos.

A este ruido, don Juan, apretando las espuelas á su generoso alamez, vuela al socorro de su gente, que acababa de acometer á una partida de hombres armados. Al resplandor de la luna, entónces en su lleno, Padilla ha reconocido las bandas con los colores de oro, plata y azur de la casa de Velasco. Sin duda ha dado con una partida de soldados del condestable; y pronto, comprende el fin secreto de esta emboscada, cuando, volviendo la cabeza, á los gritos de su querida, vé que un hombre de armas se habia asido de la brida de la mula de la señora; y la obligaba á internarse en el bosque. Con la rapidez del pensamiento carga el señor de Padilla contra el atrevido raptor, y descargándole obfueamente un violento golpe con el filo de su larga espada sobre la cabeza, le hace saltar en pedazos la visera y le hiere en el rostro. El descortés caballero abandona la presa, y luego ocultando con un movimiento sus facciones descubiertas, da la espuela al caballo y desaparece por entre la cercana maleza. Dejando entónces don Juan á la señora doña María bajo la salvaguardia de cinco de los hombres del abad de San Gerónimo, vuelve con el resto á librar su pequeña vanguardia que se batía con desesperacion.

Segun lo hemos visto, dos de los suyos habian muerto desde el principio del ataque, otros tres acababan de ser desarmados, y ya solo quedaban cuatro que resistiendo con firmeza á los numerosos salteadores, cuya mayor

parte restaba protegida por los grandes árboles que formaban como una especie de cerca al rededor de los bosques inmediatos; pero Padilla y sus hombres, tomando el flanco, cambiaron en un instante el aspecto del combate.

«¡Cobardes! les grita con voz terrible, solo á favor de la sorpresa y la oscuridad os atreveis á atacar; ¡pero vive Dios! que así, á vosotros como á vuestro gefe os he de enseñar lo que se gana batiéndose de noche con Juan de Padilla.» y hablando de esta suerte embistió contra ellos con denuedo descargándoles sendos tajos y derribándolos aquí y allá en medio del camino.

Poco tiempo duró la lucha; porque desfavoridos nuestros salteadores con la viva acometida de tan formidable enemigo, é ignorando la suerte de su gefe y de los otros camaradas, que no veian acudiesen en su auxilio, volvieron la espalda y desaparecieron en la oscuridad. Parecióle entónces á don Juan inútil y hasta imprudente continuar la persecusion, así es que mandó á su gente apretara el paso, á fin de salir lo mas pronto posible de la espesura, porque era preciso no dar al enemigo tiempo para rehacerse y preparar alguna nueva emboscada. En aquel momento oyen el galope de un caballo detrás de ellos; nada podía distinguirse, porque la luna estaba cubierta por densas nubes, y reinaba la mas completa oscuridad.

La conocida voz de Inés vino pronto á sosegar á nuestra gente alarmada.

La pobre jóven, quedando sola con Moreno en medio del desórden de aquel ataque nocturno, habia sido tambien acometida de improvisó. Su mula

herida de un tiro, se habia echado en el suelo, y el primer grito con que Inés azorada se habia dirigido á su compañero fué el de: «¡Ved, si era prudente partir en dia de viérnes!»

— ¡Oh! le contestó Moreno, sacándola de debajo de la mula, ¡no culpeis tanto al viérnes! ¿No vengo yo ahora á socorrerlos?»

En efecto ya fuese por religion ya por un movimiento de compasion espontánea hácia la bella Inés por quien su corazon se interesaba á pesar suyo, Moreno se apresuró en levantarla y la hizo montar en su propio caballo. Mas apenas habia acabado de colocarla, cuando se vió vigorosamente cargado por un crecido número de hombres armados. El caballo espantado parte como un rayo, llevando su ligera carga, miéntras Moreno, en el primer momento de su sorpresa, solo cuida de defender indistintamente su vida y parar los golpes que llovian sobre él como granizado: pero, logrando al fin hacerse entender de sus adversarios, rinde las armas y hecho prisionero, se ve obligado á seguirles hasta lo mas intrincado del bosque.

Desde luego que el señor de Padilla se apercibió de la ausencia de Moreno, envió en su busca y le llamó, pero en vano. Así que fué preciso á nuestra caravana continuar su camino sin él, porque la prudencia prescribia apresurar su marcha todo lo posible. En muy poco tiempo llegaron á Olmedo donde se detuvieron para descansar, así ellos como sus cabalgaduras tenian necesidad de reposo. Enseguida despidiendo, por una precaucion bien entendida, la mayor parte de feudatarios del abad de San Ge-

rónimo, y conservando solamente cinco en su compañía, pusieron otra vez en marcha acompañados por un hombre del país que les servía de guía.

De este modo acabaron su viage sin encontrar otras incomodidades que una gran fatiga, resultado inevitable de una larga marcha á través de caminos poco frecuentados. Por último al día siguiente cerca de medio día verificaron su entrada en Tordesillas, en donde al instante se esparció la noticia de su llegada, lo mismo que la nueva algo exagerada de lo que les había acontecido la

víspera, gracias á las conversaciones ventajosas de las gentes de don Juan, que iban publicando por todas partes su triunfo, y dando por cierto que don Iñigo de Velasco mismo, herido gravemente por el caballero toledano, solo había debido su libertad á la fuga y á la obscuridad de la noche.

Estas noticias, acogidas con entusiasmo por ánimos ya prevenidos á favor de Padilla, no hicieron mas que acrecentar la confianza que ya les merecía, por sus anteriores proezas.





LA REVELACION.



XII.

Muy raro es hallar un bosque frondoso en Castilla la vieja y en la parte meridional del reino de Leon; porque aquellas comarcas en general solo ofrecen vastas llanuras mal cultivadas, donde de trecho en trecho se ven esparcidas algunas encinas pequeñas achaparradas y terminando su horizonte algunas colinas áridas de aspecto triste y monotonó. La selva inmediata á Coea en donde nos hallamos en este mo-

mento, era entónces mirada por el pueblo con supersticioso horror como toda selva sombría, que parece tanto mas misteriosa cuanto mas escasas son en un pais. En aquel instante sobre todo esta parecia justificar su siniestra reputacion por las escenas que tenian lugar en su interior.

En efecto, en un parage inculto, rodeado de grandes árboles, acababa de hacer alto una partida de gente arma-

da con semblante mas feroz que militar; habiéndose apeado, dejaban sueltos sus caballos buscarse la comida por entre el muzgo y las zarzas de que el suelo estaba cubierto. Un poco apartado, sobre un matorral estaba sentado un caballero, cubierto de una armadura negra á quien todos dirigian sus oficiosas atenciones, infiriéndose de ahí que el personage á quien se prodigaban tantos obsequios no ser otro que el gefe de partida. A su lado tenia su casco, enteramente abollado, que se quitara para dejar curar mejor la profunda herida que tenia á lo largo del carrillo. Pero gracias al buen temple de su visera, la herida no era al parecer muy peligrosa, porque al cabo de algunos instantes levantándose, caminaba con semblante pensativo, ménos atormentado de su mal que preocupado de sus recelosos pensamientos, cuando de repente percibió en el ramage un movimiento seguido de un sonido agudo y prolongado, imitando el grito de una ave nocturna. Al instante levantáronse todos nuestros salteadores y fueron agruparse en rededor del guerrero que parecia mandarlos.

« ¿Quién va allá? dijo este con voz fuerte.

— Un prisionero, monseñor, y no sin trabajo porque se batia!...

— ¡Bien! ¡Bien! tú serás recompensado por tu brava accion, » interrumpió bruscamente el caballero de la negra armadura. « ¡He aquí una buena ocasion de saciar mi venganza y furor! Este prisionero va á pagarla por todos. » Y acercándose con semblante irritado: « ¡Justos cielos! ¡Aun eres tú! exclamó trasportado de una feroz

alegría reconociendo las facciones de Moreno, á la viva claridad de la luna cuyos rayos entónces perpendiculares hacian visibles los mas mínimos objetos del paisaje. ¡Ah! ¡esta vez, traidor, juro á Dios, á sus santos y á sus demonios, que no me escaparás! » Y la voz de Giron se arreciaba con su cólera. ¿Era así, continuó, como Padilla debía estar solo? ¿era así, como tú debias ayudarme en mis proyectos, resistiéndote contra mí, y protegiéndome la evasion de doña María y su galan? ¡Cuán insensato he sido en fiarme de tus promesas! ¡Pero, por Satanás! ¡si te has burlado de mí, no lo harás en lo venidero! Secretos como los que yo te he confiado, enriquecen ó matan al confidente; la muerte, sí, la muerte me asegurará de tu silencio. ¡Hola! ¡vosotros! gritó á su gente: desembarazadme de ese villano; sin duda que merecería morir el caldalo pero bastará el palo. Vamos, echadle en tierra y moledle á garrotazos hasta que haya espirado. »

En el mismo instante sin dar tiempo á Moreno para responder, le echaron en tierra, y sobre toda la estension de su cuerpo caian y volvian á caer veinte palos á la vez. La sangre no tardó en aparecer sobre sus miembros magullados, y á medida que se aumentaban sus dolores salian de la boca de Moreno odiosas blasfemias y maldiciones contra Giron y todos los suyos. Por último en el colmo del sufrimiento y sintiéndose desfallecer con los golpes, no pudo contener por mas tiempo las reclamaciones de su fé religiosa; y en su desesperacion llamando en su socorro á su Dios y á su profeta, dejó escapar

de sus labios el nombre de Alah y Mahoma.

«¡Ah! ¡tú eres un renegado, un infiel! motivo de mas para hacerte perecer á garrotazos,» esclamaron sus verdugos redoblando los golpes con mas gusto, exitados por Giron, que armado de con una rama sin hojas, descargaba sobre el desgraciado pasiente, tratándole de apóstata y traidor.

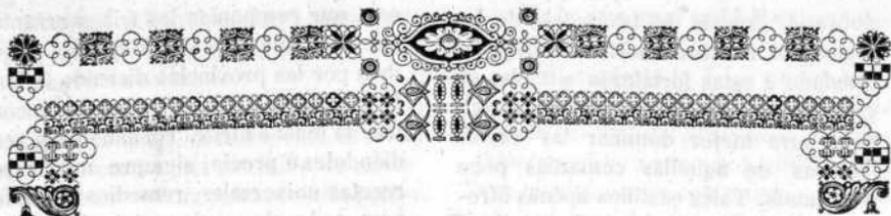
«¡No creas, añadió, que despues de tu muerte tenga piedad de tu alma! Esta fué demasiada bondad para con tu padre Albayaldos. Tú vas á perecer como un perro idólatra que eres, sin un sufragio ni una pobre sepultura.»

Pero Moreno, indiferente á estas maldiciones, no hacia mas que invocar á grandes gritos al Dios de Mahoma: «¡Alah! ¡Alah!» suspiraba con fuerza, sin que advirtiera el desgraciado que los golpes habian cesado de llover sobre él. En efecto, la escena acaba de

variarse. En aquel momento Giron y los suyos veian echárseles encima una multitud de salteadores, de semblante feroz, que salidos repentinamente de en medio del bosque, habian dado con ellos y arrancado á Moreno de sus manos.»

Don Pedro y su gente, sorprendidos de un ataque tan imprevisto, no podian ménos de luchar con desventaja con unos enemigos cuyo número crecia á cada instante. Temiendo ser hecho prisionero, Giron tomó juiciosamente el partido de abandonar el campo, y á Moreno á los vencedores. Fuéle tanto mas fácil esta maniobra, en cuanto sus adversarios, no cuidaron de perseguirle; al contrario, retirándose en una direccion opuesta, se internaron en la selva, llevándose consigo el cuerpo casi exánime de Moreno, que para todos parecia ser un objeto de interés y de tierna solicitud.





EL ELEGIDO DE DIOS.

XIII.

No se crea á la España tan desprovista de castillos como pudiera imaginarse á vista de un proverbio irónico, que es muy vulgar en Francia. Para convencernos mejor de la falsedad de aquel dicho popular, dirijamos nuestras miradas al seno de la península, y veremos que no sin motivo se dió el nombre de Castillas á las dos grandes provincias centrales de este hermoso reino. No hallaremos seguramente mu-

chas villas á la italiana, ni palacios á lo Mausad como Saint-Cloud, Trianon y Versailles; pero sí un sin número de castillos en la verdadera acepcion de esta palabra derivada del latin *Castellum*, casa fuerte, destinada á dominar y á proteger un pais.

Así, si hicieramos una escursion al través de las Castillas, no podriamos andar seis ó siete leguas sin descubrir los restos orgullosos de alguna atalaya

solitaria. Apesar del transcurso de los siglos, el nombre morisco atalaya ha quedado á estas fortalezas situadas en general á mitad de las pequeñas colinas, para mejor dominar las vastas llanuras de aquellas comarcas poco montañosas. Tales castillos apénas ofrecen variedad en la forma de su construcción, parece que la identidad de las intensiones dominantes de sus diversos fundadores se haya reproducido en la uniformidad de su arquitectura. En efecto, la mayor parte de aquellas fortalezas se componen de una habitacion muy sólida cuadrilátera, abierta por una sola puerta baja, y flanqueada por dos grandes torres de mucha elevacion. Despues de haber servido en otro tiempo á moros y cristianos sucesivamente de punto de defensa y de opresion, segun las vicisitudes de los combates, casi todas aquellas atalayas, arruinadas siglos hace, solo sirven de morada al milano, á la zumaya ó al buho. Alguna vez sin embargo sirve su techo vacilante de abrigo al viagero que se quedó rezagado, y mas á menudo aun á los mendigos, á los pícaros que huyen de la justicia del corregidor ó de las pesquisas de los archeros de la santa-hermandad.

Dentro el recinto de uno de aquellos fuertes abandonados en los confines mas distantes de la selva fué transportado Moreno enteramente magullado. Hacia muchas horas que estaba allí, echado en el suelo y privado de los sentidos; cerca de él se hallaba una muger anciana cuyo extraño vestido, medio africano y atravesado de encarnado y negro, indicaba que formaba parte de una de aquellas ramerías de gita-

nos, que componian las tribus errantes entónces toleradas en España, y que iban por las provincias diciendo la buena aventura á unos y haciendo encontrar la mala á otros, robándolos y vendiéndolos á precio, siempre muy caro, recetas universales, remedios infalibles para todos los males, del alma y del cuerpo.

Por los solícitos cuidados que prodigaba á Moreno, la vieja gitana, era evidente que sentia por él mas que compasion. En el ardor de su celo benéfico, se habia hecho ayudar por el saludador de la cuadrilla y uno de aquellos curanderos entónces muy buscados, que, con mil gestos fantásticos y sobre todo con su saliva, ese bálsamo poderoso de su corazon, como le llamaban, pretendian curar todas las enfermedades. No se pudiera afirmar que siempre obtuviesen resultados favorables; pero lo cierto es, que gracias á las contorsiones del hombre de la ciencia, á las friegas de sus manos empapadas en un aceite que decia estar preparado, y mas aun quizá al aire penetrante y fresco de la madrugada, y á la feliz estrella de Moreno, que habia permitido que fuese arrancado de las manos de sus verdugos con bastante prontitud para no tener ningun hueso roto, fué volviendo en sí poco á poco. Así que le vió el saludador, le hizo apurar casi sin saberlo, un frasquito de una pócima, elícicis oriental muy tónico, que precipitando la circulacion de la sangre, hizo volver en sí al apaleado de su largo desmayo, en el instante mismo en que la anciana que tenia á su lado pronunciaba las siguientes palabras:

Aunque Albayaldos haya perecido, los defensores de Mahoma le conservarán en su memoria.

Interrumpiéndola bruscamente Moreno reconociendo aquel estribillo de un romance hecho en memoria de Albayaldos su padre. « ¡Esa voz! ¡estos acentos! » exclamó á medida que se levantaba, porque la friega del aceite, sin duda mas bien que la saliva del saludador, habia vuelto la elasticidad á sus miembros estropeados; y fijos los ojos en la gitana, quedó mudo de contento.

« ¡Albayaldos! le dijo ella conociendo su sorpresa, sí, yo soy, soy Aixa, tu vieja ama. » Y apretando contra su corazón á Moreno que se habia precipitado en sus brazos, se apresuró en añadir: « No tengas miedo, estás entre tus hermanos; ellos son los que te han arrancado de las manos de tus verdugos. Ocultos en la selva, hemos oido tus piadosas invocaciones, y hemos corrido en tu auxilio.

— ¿Y cómo es que en aquel momento os hallaseis en estos lugares? interrumpió Moreno.

— Es que ayer para poder celebrar sin temor el santo día del viérnes, nos detuvimos en este parage retirado de la selva. Era el primer descanso que hacíamos despues de nuestra salida de Valladolid.

— ¡De Valladolid! repuso Moreno estupefacto.

— ¿A qué esta admiracion? contestó Aixa, ¿no eres tú de los que han decidido nuestra escursion á aquel pais?

— ¡Sí, sí! mas, exclamó Moreno con ansiedad, ¡por el santo nombre del profeta pronto, decidme: ¿habeis salido

bien de la empresa? ¿está él entre nosotros?

— Sí, contestó la falsa gitana, tú le verás; y moderando los transportes de alegría del hijo de Albayaldos, con ese tono imperativo que por hábito conservan muchas veces con nosotros la muger que nos ha criado y alimentado con su leche: « Ten paciencia, añadió, y escúchame sin interrumpirme:

« A vista de tus apremiadoras escitaciones, nuestros hermanos de las Alpujarras se resolvieron á enviar á Castilla una parte de nosotros al efecto de realizar, con la ayuda de Dios, el magnánimo proyecto, objeto de todos nuestros deseos. Yo he querido juntarme tambien á la santa expedicion; y debo confesarlo, en el fondo de mi alma abrigaba el dulce pensamiento de volver á verte; era muy natural, porque pronto hará dos años que no te habia estrechado entre mis brazos.» Aquí la vieja ama besó tiernamente la frente de su hijo adoptivo; luego continuando: « Despues de habernos disfrazado como ves, para mayor seguridad, nos pusimos en camino, como un aduar de gitanos. Una vez salidos de las montañas de Andalucia y de Estremadura, nos aventuramos en las llanuras de Castilla, siguiendo con preferencia los caminos extraviados á traves de los campos. Así es que sin obstáculo llegamos á Valladolid. Allí al favor de un traje religioso venerado por los cristianos, el iman Abenderraés halló medio de penetrar en el convento de dominicos, y venciendo con su destreza todas las dificultades, logró ver y hablar al elegido de Dios, al futuro Salvador de los creyentes.

— ¡Y por último!... dijo Moreno cuya atención iba mas en aumento cada vez.

— Y por último, continuó la musulmana, tuvo la dicha de convencerse que el descendiente del profeta era digno de su santo origen, y que los cristianos se habían engañado completamente esperando verle renegar de la fé de sus padres y llegar á ser un ministro de su odiosa religion!

— ¡Alah y Mahoma sean alabados! suspiró Moreno, como hallándose libre de una grande opresion.

— Abenderraés, prosiguió Aixa, no tuvo el trabajo de fijar la determinacion del jóven príncipe. Abbas Abdallah se conmovió escuchando la fiel relacion de los tormentos que sufría su pueblo; al recuerdo de los reyes sus antepasados, un noble orgullo se apoderó de su corazon, y no soñó ya mas que en la gloria de llegar á ser el vengador y regenerador de los musulmanes de España. Concertóse el dia de su evasion, las turbulencias civiles que á la sazón reinaban en Valladolid concurrían maravillosamente á facilitar la ejecucion de nuestros proyectos. Mezclados entre los corrillos de cristianos, esparcimos la voz de que ese eclesiástico á quien ellos llaman regente, en ausencia de su rey, detenía como sospechosos de rebelion á muchos ciudadanos en los conventos de la ciudad, principalmente en el de los dominicos. Al instante produjo esta noticia en todos los ánimos la mayor indignacion, y apesar de los soldados del regente, las puertas del convento de dominicos fueron derribadas, la casa devastada; y á favor de aquel desórden y de las tinie-

blas de la noche, pudo fácilmente escaparse el príncipe Abbas y juntarse con los buenos creyentes.

Dejamos inmediatamente Valladolid, pensando solo en volver lo mas pronto posible á las Alpujarras, donde con la mayor ansiedad están esperando nuestros hermanos la pronta llegada del descendiente del santo profeta. Pero á la vuelta, para mejor engañar á nuestros enemigos, en caso que determinaran perseguirnos, hemos preferido alargar nuestro camino y dirigirnos hácia la sierra de Guadarrama, á fin de poder aguardar con seguridad en aquellas montañas escarpadas, que la alarma producida por la evasion del príncipe Abbas, haya calmado y cesado todas las pesquisas.

En cuanto á mí, tenía el proyecto de dejar desde luego que nuestra caravana continuase su camino hácia Andalucía, ó ir á Toledo donde creía estas aun al lado de los Pacheco. ¡Dios me ha oido mas pronto de lo que yo esperaba!

Mientras de esta suerte hablaba la vieja Aixa, no cesaba de prodigar sus caricias al hijo de Albayaldos.

«Aun me es dado, añadió, estrecharte una vez en mis brazos ántes de morir, y enseñarte el elegido de Dios, la estrella tutelar de los verdaderos creyentes.»

Apénas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando semejante á una vision celeste, apareció de repente á las miradas de Moreno un jóven desconocido de mediana estatura; el cual hechando hácia atras el albornoz que le cubría, dejó ver todo entero el rico traje que llevaba. Un dolman de finisi-

ma escarlata cubria el rico caftan de lino, vestidura de honor para los moros. A su lado colgaba un encorvado alfange y cubria su hermosa cabeza arabe el famoso turbante verde, atributo de distincion peculiar de los hijos de Mahoma. No cabe duda, aquel jóven era el príncipe Abbas Abdallah.

Al instante se prosternó Moreno á sus plantas, y en su exaltacion, las cubrió de besos y de lágrimas.

« ¡Hijo de Albayaldos! levántate, le dijo el jóven príncipe; tu adhesion y fidelidad me son tan conocidas como el nombre de tus padres. Por lo mismo vengo á abrirte mi corazon y á recibir los consejos de tu esperiencia.

— Mi sangre y mi vida pertenecen á vuestra sagrada persona, dijo Moreno levantándose y cruzando los brazos sobre su pecho en señal de respeto; hablad, señor, añadió, ya escucho.

— Educado por nuestros perseguidores, continuó Abbas, estás instruido de lo que pasa entre ellos.

— Efectivamente, repuso el hijo de Albayaldos, la discordia tiene divididos á nuestros enemigos. Su monarca está ausente, y no puede ser mas propicia la ocasion para vengarnos de estos malditos cristianos. ¡Agiten nuestros hermanos de las Alpujarras el estandarte de la media luna y desenvainen sus cimitarras!...

— Solo aguardan la noticia de mi libertad y una señal mia. Dentro de poco sabrán mi evasion de Valladolid, porque desde luego he despachado un mensajero encargado de noticiarles mi marcha y mis proyectos.

— ¡Mahoma vuestro abuelo, y Dios nuestro criador, hagan triunfar nuestras

armas! exclamó el moro fuera de sí; pero, señor, si nos está prescrito por el santo profeta que nos sirvamos del alfange para convertir al infiel á su santa ley, tened presentes las sabias palabras del Coran; á la fuerza del leon unid la prudencia de la serpiente. Creedme, príncipe, no apresuremos un ataque temerario, dejemos que nuestros opresores se destruyan mutuamente y debiliten sus fuerzas. No espongaís de este modo vuestra preciosa existencia si debéis llevar á cabo el proyecto decisivo; á nosotros toca súbditos sumisos, el preparar su ejecucion. Quedaos pues en estos lugares; esas ruinas solitarias os ofrecen un asilo seguro. Aquí, cerca de Tordesillas y de Valladolid, podréis sin peligro, observar y seguir las guerras intestinas de los cristianos, para aprovechar cuando se presente la buena coyuntura.

— ¿Pero quién me indicará el momento favorable?

— Yo, señor, replicó Moreno con viveza, me es fácil, vos lo sabeis, penetrar en medio de nuestros enemigos; estoy al corriente de muchos de sus secretos; en este instante la escena de sus debates parece debe efectuarse en Tordesillas, en donde se halla su reina Juana, la hija de nuestros verdugos Fernando é Isabel, los destructores de Granada. ¡Pues bien! Confie vuestra alteza en mi lealtad, y yo sabré facilitarle los medios de romper nuestros hierros, y puede que sin disparar un tiro, pueda tambien, poner en sus manos la persona de la reina Juana. Semejante cautiva no pudiera ménos de ser para nosotros un tesoro precioso, de cualquier lado que se vuelva la for-

tuna de los combates.

—¡Ah! no me habian engañado sobre tú adhesion é inteligencia, dijo el jóven heredero de los califas, tendiendo afectuosamente la mano á Moreno, quien la besó con una santa veneracion; apruebo todos tus consejos.»

Y dirigiéndose á la tribu que por respeto, se mantuviera á alguna distancia. «¡Fieles creyentes! añadió el príncipe Abbas, vosotros que habeis sido fieles á mi destino, sabed que importa á la salvacion de nuestra causa, y al triunfo de nuestra santa religion suspender por algun tiempo nuestra marcha. Este retiro es seguro; es preciso quedarnos en él hasta tanto que plegue á Alah y á su profeta, señalarnos la hora favorable. Ahí teneis á nuestro alhingi, dijo señalando á Moreno, él es quien confundiendo con los cristianos, sabrá avisarnos cuando haya llegado el momento de entonar la zambra, ese cántico de nuestros abuelos. La prudencia y el celo del hijo de Albayaldos os son conocidos. Vosotros todos pues que me escuchais; ¿aprovais mis proyectos y la eleccion que he hecho del enviado que acabo de señalaros?

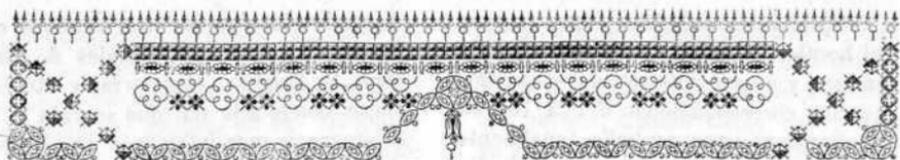
—¡Sí! ¡sí! repitieron unánimemente los hijos de Ismael.

—¡Que parta sin tardanza! exclamó el príncipe Abbas Abdallah, dirigiéndose á Moreno: toma uno de los caballos de mi séquito y nada detenga tus pasos ni la próxima ejecucion de nuestros planes.

—Pero antes, interrumpió el iman Abenderraéz, imploramos al soberano señor del cielo, de la tierra y de los mares, para obtener el buen éxito de la importante mision de Albayaldos.» Con la señal que dió de la oracion, todos los asistentes, á su ejemplo, se prosternaron pronto hácia tierra, y repitieron aquella oracion cotidiana, obligatoria, en aquella época á los moros de España, en la cual suplicaban á Mahoma hiciese triunfar su pueblo y le llevase vencedor á Granada.

Terminada la plegaria, el hijo de Albayaldos, sobreponiéndose á los dolores que aun sentia y escuchando únicamente la voz de su celo, montó en caballo andaluz que acababan de traerle, verdadero potro español con ojos de fuego y piernas de ciervo enjuto y muscular; y se alejó rápidamente llevando consigo las bendiciones y las esperanzas de sus desgraciados correligionarios.





LA REINA JUANA.



XIV.

Por poco que el espíritu analice las máquinas sin número de buena ó mala naturaleza que sirven para hacer mover las grandes sociedades humanas, conocerá el motivo porque todos los antiguos legisladores habian separado á las mugeres de la direccion de los negocios públicos. Tanto entre los griegos como entre los romanos, los enérgicos debates del foro no ménos que las rudas fatigas de las expediciones

guerreras parecia que debian reclamar todas las fuerzas físicas é intelectuales de que se presentan mas completamente dotados los varones que sus débiles y tímidas compañeras. Para estas estaba reservado el íntimo cuidado de la familia; para ellas, aquel dulce imperio obtenido por las gracias ó por las tiernas y consoladoras caricias sobre la fuerza y la inteligencia, en el seno del hogar doméstico.

Aquella ley primitiva, que impone al hombre la obligacion de proteger á la muger, y á esta la de reconocer esa proteccion correspondiendo á ella con su confianza y amor, se halla igualmente establecida en los pueblos del mediodia que en los septentrionales. Entre los últimos la muger, sér muchas veces divinizado en el Edda y en sus cantos populares, poseia una saludable influencia sobre los guerreros de Odin y de Balder; pero una influencia que solo se ejercia en el corazon de los héroes inflamando su imaginacion.

Aquellas tribus siempre activas y militantes necesitaban caudillos jóvenes y vigorosos que las guiasen en el combate, y hombres de barbas encanecidas que les administrasen justicia, y deliberasen sobre los intereses comunes de la nacion. Esa ley de exclusion femenina, transmitida tradicionalmente entre la mayor parte de los descendientes de las razas escandinavas, sufrió sin embargo ciertas alteraciones en muchas partes de Europa hácia la mitad de la edad media.

Entónces se vió, por una consecuencia inesplicable, á pueblos, muy cuidadosos de separar á las mugeres de todo cargo público, consentir que la primera dignidad del estado, la mas importante de todas, pudiera caber á las mugeres por herencia.

De ahí el inevitable resultado de que encontrando pronto la soberana harto pesadas las riendas del gobierno para sus débiles manos, no tardaba en traspasarlas á un ministro favorito, ó á un príncipe extranjero á quien concedia el honor de compartir el trono y el poder.

¿Y no es un hecho bien notable y

digno de atencion que precisamente en las tres naciones mas grandes de Europa, la España, Inglaterra, y Rusia, fuese donde á la par que se veia á la aristocracia mas influyente y poderosa del mundo, se hallase derogada la ley de sucesion masculina, esa ley casi eterna y universalmente establecida? ¿Y no podriamos encontrar la causa de esta derogacion de la ley, que quiere que el sexo fuerte gobierne al mas débil, no ménos en el interes que en la arrogancia de la aristocracia de aquellas tres grandes naciones? La raza de sus monarcas salida de entre ellos, habia pasado mas allá de su igualdad primitiva; la excesiva concurrencia de soberanos en una misma familia formaba un matiz muy subido entre la corona real y las coronas de los barones ingleses, de los infanzones de España y de los boyardos rusos, pero una hija única, último vástago de la rama directa de los reyes, substituia á todos los príncipes colaterales en las filas de esa aristocracia, primera causa de su origen. Los pueblos se acordaban entónces del porvenir, y cuando un príncipe extranjero iba á partir el trono con la real heredera, hallaba al llegar á su nueva patria, preocupaciones que se levantan siempre contra el que no ha nacido en el pais, y la obligacion de conservar esos poderosos ciudadanos en quienes los pueblos reconocidos estaban acostumbrados á amar y respetar unos nombres gloriosos é históricos.

El reino de España era otro de aquellos en que la ley sálica habia caido en desuso. Introducida en otro tiempo en la península por los conquistadores venidos del norte, habia desaparecido y

completamente en medio de las revoluciones que habian agitado ese pais, desde la invasion de los moros y la destruccion del imperio de los visigodos. De suerte que Isabel, habiendo sucedido por el voto de las córtes, á su hermano Enrique IV, Rey de Castilla, transmitió enseguida la corona á Juana, su hija única, que con el mismo título, vino á ser la heredera de su padre, Fernando de Aragon. Habiendo sobrevenido la muerte de Isabel en noviembre de 1504, la jóven princesa Juana fué reconocida reyna por el voto unánime de los castellanos.

A la sazón apénas contaba la princesa Juana veinte y un años de edad, y dotada de un natural melancólico y tierno, solo parecia tener afición por los pasatiempos mas sencillos y á las dulzuras del retiro. Todo su placer consistia en consagrarse toda entera á su esposo idolatrado, Felipe el hermoso. Pero para hacer participar al jóven Archiduque de Austria, de los sentimientos de amor tan exaltados, preciso hubiera sido que este príncipe hubiese sido ménos ambicioso, ménos liviano, y que á su vez, la reina, su esposa, hubiese estado dotada de hermosura, gracia y talento. Como nada de esto habia, la pobre Juana carecia enteramente de atractivos en sus facciones; y la bondad de su corazón estraviada algunas veces por los movimientos poco calculados de su razón naturalmente débil, solo ofrecia á Felipe pruebas de amor mas fastidiosas que agradables.

Léjos de corresponder con su amor á la susceptible ternura de su real esposa, el impetuoso é inconstante monarca, se abandona de tal suerte á todas

las seducciones de su nueva córte, que aun no habian transcurrido tres meses desde que las córtes le habian asociado á la corona, cuando habia encontrado ya la muerte en el seno de una noche de placer el dia 25 de Setiembre de 1506.

Este funesto é inesperado acontecimiento, acabó de trastornar en la desventurada princesa, una razón que empezaran á turbar vivamente motivos de celos justamente concebidos. Para Juana perder á Felipe era perder la existencia; para Juana se habia roto ya el lazo que la unia á la tierra; para Juana en fin, habia desaparecido del mundo los sentimientos de amor, y los intereses públicos; á la manera del gusano de seda que se entierra en su capullo, se habia retirado en su dolor, á su Alcázar de Tordesillas, para consagrarse únicamente á sus pensamientos, y entregarse con entera libertad á los transportes de su dolor junto al cuerpo de su esposo que habia hecho embalsamar y colocar sobre un suntuoso lecho en un cuarto contiguo á su habitacion, esperando de dia en dia la próxima resurreccion del que ella lloraba, sin desconfiar nunca de la eficacia de las plegarias, que con este objeto, dirigia al cielo.

Pero este desprendimiento, que manifestaba Juana del ejercicio de los cargos y deberes del poder real, solo podia producir malos resultados para los castellanos.

Sin embargo esos súbditos leales, atestiguando en esa ocasion un apego tan decidido como el que acababan de mostrar por sus inmunidades hereditarias y por sus libres instituciones, reu-

sando proferir contra su soberana una declaracion que miraban como injuriosa á la sangre de sus reyes, y cuyas consecuencias debian ser el nombramiento de un regente, y despojar á Juana de la suprema autoridad á la cual entonces mostraba aquella princesa mas apego que nunca, no queriendo sufrir la division con cualquiera que fuese. Pero los desórdenes que no tardaron en sobrevenir y cundir por todo el reino, á causa de la incierta administracion de una reina, mas preocupada de sus afecciones personales que del bien del pais, determinaron por fin á las córtes, á poner en manos mas hábiles las riendas del estado, sin dejar por eso de conservar á la reina Juana las insignes apariencias de la dignidad real.

Fernando, rey de Aragon, padre de esta desgraciada princesa, fué pues elegido regente del reino junto con el sabio y virtuoso cardenal Ximenez. Al cabo de algunos años habiendo muerto ese venerable prelado, el príncipe de Asturias, don Carlos, pidió la corona, que al fin obtuvo á fuerza de repetidas instancias sometiéndose á las condiciones que le impusieron los leales castellanos quienes querian que siempre fuesen respetados los títulos sagrados de la reina Juana, y que se mantuviesen sus derechos imprescriptibles, colocando en los actos oficiales su nombre al lado del de su hijo.

Pero gracias á los hábiles subterfugios de aquel príncipe y sus consejeros, no se dió noticia á la reina de estas últimas resoluciones de las córtes, y se guardaron mucho de informarse, si el tiempo, ese gran consolador de las aflicciones humanas, habia mitigado el

dolor de Juana y restituido el orden y la tranquilidad á su espíritu agitado; y sin embargo esto habia sucedido en los catorce años que hacia que vivia abandonada ó mas bien prisionera en el Alcázar de Tordesillas.

En efecto, allí, en la paz y en las dulces ocupaciones del retiro, la desventurada princesa habia hallado algun remedio á sus quebrantos. El aspecto tranquilo de la campiña se avenia perfectamente con las suaves ilusiones de su melancólica imaginacion. El mayor placer de Juana, era subir á la azotea del antiguo palacio, al ocultarse el sol en su ocaso detras del bosquecillo que termina al oeste la llanura que el Duero riega en graciosas sinuosidades, y repetir allí, á los ecos de la noche una de aquellas canciones que en otro tiempo cantaba á sus piés el buen Felipe en los primeros dias de su union.

De este modo, permanecia en aquel retirado asilo, tan estraña al movimiento y agitacion del mundo, que fué grande su sorpresa cuando se le presentó el señor de Padilla, y le pintó con enérgicos colores la triste situacion del reino.

«Sí, señora, añadió don Juan con calor, viendo la favorable impresion que producian sus palabras en el ánimo de la reina; este es el infeliz estado á que se miran reducidos vuestros desgraciados súbditos bajo el gobierno del príncipe, vuestro hijo, jóven inesperto que, por una debilidad que al paso que es injuriosa para vuestra real persona, es altamente funesta para todos los españoles; ha confiado el poder á estrangeros, que con su conducta injusta y tiránica han exasperado hasta lo sumo el

á vuestros leales pueb'os. A vuestra alteza es, continuó Padilla con emoci3n, á quien toca poner fin á nuestros males, volviendo á tomar un cetro, que solo vos teneis derecho á empuñar.

— ¿Pero quién sois vos? dijo la reina cuya alma vivamente conmovida por el lenguaje del diputado de Toledo parecia despertar de repente y salir de un profundo letargo. ¿Quién sois? repitió, ¿cuál es vuestro nombre?

— Yo soy enviado por los estados de la nacion, reunidos en este momento en Avila para el bien general, contestó el hidalgo con exaltacion, y vengo á reclamar de vos, nuestra soberana, apoyo y proteccion en favor de la patria oprimida. En cuanto á mi nombre, en otro tiempo fué de vos muy conocido. Vuestra alteza se acordará aun sin duda del jóven Juan de Padilla, hijo del comendador de Castilla, que fué page...

— Page del rey Felipe mi esposo, interrumpió desde luego la reina; y sus ojos despidieron repentinamente un rayo espantoso al solo recuerdo del que ella llorara por tanto tiempo. ¡Ah! ¡si él viviese aun! Pero puede... un dia...

— Señora, vos sois á quien el cielo ha escogido para salvar á nuestro pueblo, » se apresuró á contestar el previsor don Juan, temiendo que el recuerdo del archiduque, tan repentinamente suscitado en el espíritu de la reina, no estraviase de nuevo su razon. Así es que insistiendo con nuevo calor en el objeto de su mision: » Sí, señora, añadió despues de una respetuosa inclinacion, solo vuestra alteza puede conjurar las desgracias que amagan á esta desventurada nacion.

— ¿Y Fernando mi padre? ¿y el cardenal Ximenes?...

— Ya no existen, señora, dijo, bajando la voz el señor de Padilla.

— ¡Como!... ¡yo lo ignoraba! dijo Juana, con admiracion, ¡y nadie se ha dignado informarme! ¡Pero no debo extrañarlo pues me tienen por muerta en el reino!»

Luego reanimándose en ella el sentimiento de su dignidad y de su poder, que era el que mas imperio ejercia en su corazon.

« ¡Pues bien! exclamó, yo enseñaré á los que de este modo han desconocido á su reina, que Juana, la hija heredera de Fernando é Isabel, vive aun y sabe hacer respetar sus derechos. Señor don Juan de Padilla, añadió tendiendo afectuosamente la mano al caballero, sed bien venido.

El caballero hincando la rodilla y besando respetuosamente la real mano que se le presentaba, no pudo contener una lágrima que se escapaba de sus ojos, tanta era su emoci3n, sorpresa y alegría al ver que su soberana recobraba todas sus facultades intelectuales y mostraba tan vivo interés por la suerte de sus súbditos. Pero retirando Juana precipitadamente la mano;

« ¿Quién es esta jóven? dijo señalando con el dedo á doña María Pacheco, que se quedara á la entrada del aposento entre las damas camareras de la reina.

— Es otra de las víctimas de los tiranos de nuestra patria, contestó Padilla, que viene á refugiarse bajo la proteccion de vuestra alteza. Huérfana desde la mas tierna edad, debe la existencia al señor don Diego Pacheco y á

la señora doña Leonor Pimentel de Benavente.

—¡Ella... la hija de Leonor de Benavente!... dijo la reina, recurriendo su memoria; ¡la hija de una de las mas caras compañeras de mi infancia! ¡Ah! ¡hoy es un día de verdadera felicidad! ¡Lo pasado no se ha enteramente perdido por mí! Y con tono afectuoso: «Acercaos, hija mia, dijo á doña María, venid á reemplazar á mi lado y en mi corazón el lugar que vuestra infeliz madre habia tan largo tiempo ocupado.» No cesando, desde entónces, de colmar á la jóven de bondades y de caricias, pronto se hubo grangeado el afecto y confianza de María.

Después de dos días que, unidas por la suerte, aquellas dos almas afligidas se hubieron comprendido, ¡cuan dulces desahogos pudieron proporcionarse mutuamente, cuantos momentos de íntima felicidad!

¡Ah! si es cierto que en amor la última gracia es el testimonio mas precioso de la union de las dos almas; en la amistad, la prenda mas sólida es el cambio recíproco de los secretos mas ocultos del corazón. La reina tan sombría y abatida hasta entónces, parecía reanimarse y cobrar serenidad al lado de María. Parecía á su espíritu místico y meditabundo, que aquella jóven tan bella y tan amable y que tanto simpatizaba con sus dolorosos pensamientos, era un ángel que le enviaba el cielo para consolarla en sus pesares. María, en la afectuosa solicitud de la reina, en el tierno interés que manifestaba á la narracion de sus cuitas hallaba ese placer misterioso é indefinible que tanto halaga á la juventud, al hablar del objeto

amado ó aun que sea de otro del todo indiferente, con tal que el pensamiento del sér querido domine el corazón.

Era tal el afecto que sentian la una por la otra, que apenas los ojos de Juana se abrían á la luz del día, cuando desde luego hacia llamar á su lado á la señorita Pacheco. Por la tercera vez las pequeñas vidrieras de los balcones del aposento de la reina resplandecian á los rayos del sol nascente, y sentada Juana delante de un tocador cubierto de una ropa blasonada de Flandes, y ocupada en los últimos cuidados de su atavío, ajustaba á su cabeza una especie de griñon blanco de tela mas fina que la de su vestido que era igualmente de lino blanco; pues, así se llevaba, en aquella época, el luto entre las reinas, princesas y damas de distincion, y Juana no habia querido dejar sus lúgubres vestidos apesar de haber transcurrido catorce años desde que habia muerto el rey Felipe. Sus cabellos lisos, peinado muy poco agraciado, estaban léjos de hacer resaltar ventajosamente sus facciones enflaquecidas y en extremo desproporcionadas. La forma de su vestido tampoco disimulaba ninguno de los defectos de su cuerpo, ninguno de aquellos vicios de conformacion que no ponía mas cuidado en ocultar ahora á la edad de treinta y ocho años, que en otro tiempo, cuando jóven de diez y siete se casó con el arrogante archiduque de Austria.

Junto á ella estaba María sobre una almohada de honor, vestida sencillamente de un traje de seda color de pensamiento, guarnecido con tres franjas de grana, la cabeza graciosamente adornada con un largo velo de encaje

caído hácia atras, parecia orgullosa súbdita, haberse colocado allí en contraste con su soberana, para eclipsarla por su hermosura. Sin embargo, no era esta la idea que en aquel momento dominaba su espíritu. Tenia sobrada eleccion y amor propio, para que la coquetería pudiera nunca encontrar cabida en su interior. De otra parte esa ligera y culpable vanidad del corazón no es una falta que pueda echarse en cara á las españolas, pues son demasiado ingenuas y apasionadas en los sentimientos que experimentan.

En este momento María enternecida por la triste conversacion de la que no separaba la vista del retrato de Felipe, aquel príncipe tan idolatrado, causa de todas las desgracias de Juana. El retrato del archiduque pintado por el Toledano Pedro Berruguete habia reemplazado hacia poco, en el aposento de la reina viuda al cuerpo embalsamado de su esposo, que pocos dias ántes habia hecho depositar en una pequeña capilla ardiente, cediendo á las reiteradas instancias de la gente de palacio.

«Hija, no le mires así, dijo la reina, cediendo á un movimiento involuntario de celos. Créeme, su vista ha hecho correr mas de una lágrima y ha arrancado mas de un suspiro... ¡Era tan hermoso, mi Felipe! Pero lo sabes, María, ellos me lo han quitado!... y yo consentí... sí, yo...

¡Oh! ¡no será para siempre!... mi corazón me dice que le volveré á ver...

— Sí, señora, vos volveréis á verle, repuso María procurando calmar los amargos pensamientos de la reina y participando de su consoladora espe-

ranza.

— ¡Ay! interrumpió Juana, el anciano Benito, el dominico de S. Pablo, me habia asegurado que á fuerza de cuidados y ruegos podria yo tener la misma dicha que aquella piadosa princesa de Galicia, que volvió á ver, segun dicen, á su esposo despues de catorce años de viudez. Con todo, María, dijo suspirando la desconsolada reina, han transcurrido catorce años desde que le perdí, y siempre le he aguardado en vano.

— No perdais de este modo la esperanza, contestó María con ese acento de interés que es como un bálsamo bienhechor para las desgracias del afligido; y dejándose arrastrar de los piadosos acentos de su alma: « Sí, señora, continuó, ¿la voz de la religion, lo mismo que la del amor, no nos dice que nada puede romper la union que dos corazones han formado en presencia de Dios? Una separacion mas ó ménos larga puede alejarnos uno de otro, pero tarde ó temprano volverán á reunirse en un comun y feliz destino.»

El entusiasmo que se pintaba entonces en las facciones de la jóven, y la exaltacion con que habia pronunciado esas últimas palabras, produjeron un saludable efecto en el espíritu de Juana.

« Ángel consolador, dijo esta precipitándose al cuello de María, para mí tú eres ahora lo que fué tu madre en otro tiempo en mis dias de afliccion; escuchándote, creo oirla aun; esta es su voz armoniosa, ese es su lenguaje tan persuasivo y tierno... Mirame, hija: sí, con los hermosos ojos negros de Ico-

nor, y su frente tan puro y tan noble.

¡Oh! ¡cuanto mas te contemplo, mas confío en la resurreccion de aquel que lloró! ¡Pero, no me dejes! ¡no me abandones!...

— ¡Abandonaros! interrumpió María, ¡ah! disponed de los dias y de los cuidados de la pobre huérfana.

— ¡Huérfana! ¡hija! no lo eres ya: sí, para mí, tú eres Leonor, para tí yo lo seré á mi vez, y velaré sobre tu felicidad. Ahora no temas las exigencias de un tutor ambicioso ni los mandatos de mi hijo Carlos; sus derechos cesan delante los míos; yo sola debo ser la soberana, porque yo sola soy la reina de Castilla y de Aragon. Toma, continuó sonriéndose con afecto; he ahí una persona que en mis miras respecto de tí no se opondrá á mi real voluntad.

—Vuestra voluntad debe ser sagrada para todos vuestros súbditos, » contestó el señor de Padilla á aquella súbita interpelacion de la reina en el momento en que entraba en su aposento para recibir sus órdenes; y aprovechándose en seguida hábilmente de las disposiciones favorables del espíritu de Juana se apresuró á añadir: « Precisamente para conformarme con las intenciones de vuestra alteza, me presentaba yo á esta hora. Aquí estan, señora, todos los despachos que ayer me digiesteis preparase al efecto de llamar al lado de vuestra augusta persona á los diputados de la santa liga de Ávila. Vuestra alteza, añadió, poniendo los pergaminos en manos de Juana, solo tiene que firmarlos y fijar el dia de la convocacion de los estados en Tordesillas; y dentro de poco, lo juro por mi honor, veréis llegar los representantes de todas las

provincias del reino, ufanos de contemplar de nuevo á su soberana, y verla ponerse otra vez á su cabeza para libertar y salvar las Españas!

— Oiga el cielo esta vez mis votos! » replicó la reina; y devolviendo en seguida á don Juan las órdenes que ya habia firmado. « Tomad, señor de Padilla, ¿estais satisfecho? Leed; «... trasladaros á la asamblea nacional presidida por nos; y convocada en nuestra ciudad de Tordesillas para el 15 de agosto próximo, dia de la fiesta solemne de la Virgen santa, madre del Criador, patrona de este reino, etc.... y mas abajo, firmada: Yo la Reina. »

« Además, añadió la princesa, señor de Padilla, para colmar vuestros deseos, quiero que ántes de abrirse los estados haya regocijos públicos á los que asistiré para dar mas solemnidad á mi determinacion de volver á tomar de acuerdo con mis súbditos, la direccion de los negocios que por largo tiempo he desatendido por desgracia de todos. Vos, señor de Padilla, permaneced á mi lado, pues necesito vuestros buenos consejos, y me ayudaréis en la disposicion y preparativos del torneo y demas juegos caballerescos, que tanto me agradan. » Luego volviéndose á la señora Pacheco:

— ¿No es verdad María, le dijo con una especie de maligna bondad; que no podré tener junto á mí, otro consejero mas de la aceptacion de mis vasallos, que el que ellos han juzgado digno de enviarme para representarles?

Á estas últimas palabras, con dificultad pudieron los dos amantes contener, delante de la reina, la dulce y comun alegría que experimentaban en el fondo

de su corazón. Después de tantas tentativas y de tantos obstáculos que parecían insuperables, aparecía repentinamente á sus ojos el iris radiante de un porvenir venturoso. Fuertes con el apoyo de Juana podían confiar ya ver cumplidos todos sus votos. ¿Mas la experiencia nos enseña que los infelices y sobre todo los amantes desgraciados no deben fiar demasiado en las ilusiones engañosas que lisongejan sus deseos?

La reina gozaba en silencio de la dicha de que era testigo, la felicidad es mas simpática que ningun otro sentimiento, mayormente respecto de la persona que es causa de ella. Pero reflexionando prontamente con lo que podia tener de embarazosa esta escena para su jóven amiga, se apresura á interrumpirla.

« Señor de Padilla, dijo á don Juan,

esta es la ocasion de comenzar á ejercer vuestras funciones.»

El nuevo consejero de la corona se dió prisa á obedecer las órdenes que acababa de recibir; pues ansiaba hacer á sus conciudadanos sabedores del éxito de su viage cerca la reina, cuya feliz disposicion de espíritu habia en un todo correspondido á sus esperanzas. Pero estas se estendieron mas allá de lo que su imaginacion se habia figurado, cuando al dejar caer la cortina que cerraba la entrada del aposento, dirigió hácia atras una larga y postrera mirada, y vió que la reina Juana tendia los brazos á su nueva compañera, y que esta se precipitaba en ellos, abandonándose á la dicha de desahogar libremente los sentimientos de amor y gratitud que embargaban su corazón.



TRAICION.

XV.

Pocos dias despues de los importantes acontecimientos de Tordesillas, en que hemos tomado parte en el capítulo precedente, hechos no ménos interesantes tenian lugar á siete leguas de allí, en el partido realista.

Sabido es que en la ciudad de Valladolid era donde el regente y sus consejeros habian fijado su residencia. Apesar de tan marcada preferencia en perjuicio de la imperial ciudad de Toledo,

no por esto se mostraba mas adicta al gobierno de don Carlos la ciudad favorecida. Ciertos movimientos sediciosos que afortunadamente consiguiera reprimir la regencia, en el foco mismo de la rebelion, hacian sospechar de la fidelidad de los habitantes de Valladolid, los cuales no podian disimular sus simpatías por la causa de la independencia.

Semejante situacion hacia tanto mas

difícil la administracion del Cardenal Adriano de Utrecht, en quanto aquel virtuoso prelado veia suscitarse continuos embarazos no ménos por parte de los pueblos que se la habian confiado, que por parte de los mismos que le habian sido asociados en el gobierno. De este modo cada dia se convencia mas de la imposibilidad de pacificar el reino, y gobernarle con aquel órden y justicia bondad que constituia el fondo del carácter de aquel hombre venerable. En la eleccion que hiciera don Carlos de su antiguo preceptor para colocarle al frente del gobierno durante su ausencia, mas habia consultado su adhesion y reconocimiento hácia aquel que dirigiera su juventud, que la capacidad política del antiguo profesor de teología de Lovaina.

En efecto, las modestas virtudes de Adriano Florencio hubieran sido mas propias para edificar á los fieles de una diócesis, ó para recordar á los moradores de un claustro solitario, los principios de su austera vocacion, que para secularizarse en medio del ruido y de la agitacion de un mundo que jamás supo conocer ni gobernar. Así es, que no mostrándose mas accesible al orgullo bajo la púrpura pontificia y real, que lo fuera en otro tiempo bajo el toscosayal de una órden religiosa, se le vió adoptar al fin de su larga carrera aquella divisa que, despues de haber figurado en sus insignias supremas, debia servir de epitafio á su tumba: *«Adrianus sextus qui nihil sibi infelicius in vita, quam quod imperaret, duxit.»*

Peró esta humildad y caridad verdaderamente apostólicas que no podian ménos de admirarse en el regente de

España, no eran del número de aquellas cualidades esenciales de que un hombre de estado debe hallarse dotado en tiempos borrascosos. La poca confianza en él mismo le hacian aparecer indeciso en todos sus actos, y era la causa de que siempre adoptase como los mejores los consejos de los intrigantes y aventureros que le rodeaban. Por otra parte su accesivo amor al prógimo le hacia fácilmente ceder á las exigencias siempre mayores de los pueblos, tanto mas descontentadizos cuanto mas moderacion mostraba el poder en reprimir sus demasías. Sin embargo, desde que el gran condestable de Castilla habia ido á reunirse con el cardenal en Valladolid, la marcha del gobierno era mas segura, y parecia adquirir cada dia mayor popularidad.

El señor de Velasco, como dejamos dicho, era uno de aquellos verdaderos tipos de los hidalgos españoles; un hombre con el corazon de acero, templado por el fuego puro del honor y del patriotismo castellano, y que manifestaba la misma firmeza en el cumplimiento de sus deberes de hidalgo, que en su constancia en permanecer fiel al juramento que prestara á su rey don Carlos. Lo distinguido de su nacimiento, sus considerables riquezas, y su renombre guerrero, todo contribuia á que Adriano de Utrecht, le considerase como al segundo personage del estado. Su presencia en los consejos de regencia imponia tambien mucho á los estrangeros que desgraciadamente componian la mayoría; de suerte que si su eminencia el cardenal, era nominalmente el regente del reino, el condestable habia llegado á ser por su mérito personal y

por la gravedad de sus circunstancias, el verdadero gefe del poder soberano.

Sin embargo no existia la menor envidia ni rivalidad entre el eclesiástico y el guerrero: al contrario reinaba entre aquellos dos ancianos respetables la mas completa armonía como se puede ver fácilmente por la conversacion que una noche tenian los dos, sobre la peligrosa situacion de los negocios públicos.

En una sala baja del antiguo palacio de los reyes de Valladolid, ocupado á la sazón por los miembros del gobierno, los dos ministros del emperador Carlos V. parecian gravemente ocupados en una difícil cuestion de estado, porque ni uno ni otro parecian dispuestos á separarse, apesar de lo avanzado de la noche, á juzgar por el pedazo de corcho que sobrenadaba en el segundo surtidor medio lleno de agua de la antigua clepsidra morisca. Sobre una gran mesa de roble cubierta de legajos de papeles y de pergaminos sellados, habia dos grandes candelabros, en que ardian bujías de cera, pero en corto número para alumbrar enteramente aquella vasta pieza, cuyas estremidades permanecian casi en una completa oscuridad; en cambio, los semblantes de nuestros dos personajes resaltaban perfectamente de en medio de la sombra.

En una cómoda poltrona de tafíete verde estaba repantigado el cardenal; un sombrero encarnado cubria sus blancos cabellos que caian á lo largo de su pálido rostro; y sobre sus espaldas la esclavina de su larga sotana color de púrpura, cubria lo alto de su roquete de fina tela de Amberes, guarnecido

de oro que solo le bajaba hasta las rodillas. En frente de él estaba sentado el gran condestable de Castilla: su varonil y espresivo rostro atestiguaba la agitacion de su alma, y los brazos que á cada instante sacaba de debajo de su capa de terciopelo obscuro, añadian con sus precipitados gestos, nuevo fuego á sus palabras: « Sí, monseñor, decía, es preciso hacer frente á vuestros compatriotas de Flandes, porque si se les creyese, se llevaria todo á sangre y fuego; ¡mas no conocen aun el espíritu de los pueblos que gobiernan! Con los españoles no se hará nada de provecho obrando de este modo.

—¿Quién sabe? contestó el tímido prelado, sirviéndose con intencion de una espresion proverbial y familiar á todos los españoles. Señor condestable, ellos redoblan su audacia, por consiguiente es preciso que despleguemos fuerzas imponentes y capaces de tener á raya á los descontentos.

—¿Pero donde están vuestras tropas? repuso su impetuoso cólega, Ponce de León y Cortés acaban de conducir una parte al nuevo mundo; los estados de Italia necesitan las que se encuentran allí; ni Flandes ni Alemania han pagado aun su contingente; y nosotros no podemos pensar en retirar las guarniciones de las plazas fronterizas de la Navarra, porque al instante los franceses invadirian el territorio español. Sin contar aun que el conde de Melito, ocupado en reprimir los desórdenes de Valencia, no puede sernos del menor auxilio; y por último supuesto que es muy de temer que la desercion no venga á introducirse en los

pocos soldados que nos quedan, guardémonos de comprometerlos inútilmente. Así, señor cardenal, nada de medidas violentas.

—Sin duda, condestable, despues que se hayan sometido, estoy por el perdón y la indulgencia: estos son los deberes de mi estado; ¿pero ahora quereis que miremos con indiferencia los excesos de la muchedumbre? Aun no ha ocho dias, por ejemplo, que el pueblo de Valladolid incendió y arrasó la casa de Antonio de Fonseca en represalias, segun decian, del severo castigo impuesto por aquel capitán á Medina del campo, ¿no era preciso reprimir tales demasías? ¿Las consecuencias, entretanto, han sido graves? ¡La casa de los dominicos ha sido invadida y saqueada por el pueblo, y el jóven Abbas Abdallah ha desaparecido en medio del saqueo de aquel convento!.....

—¡Y bien! ¿qué ha de hacer un infiel?..... replicó el señor de Velasco, los moros ahora me causan ménos inquietud que nuestros hermanos, los cristianos, y temo que si esta vez llega á saberse que tenemos cautivos en nuestro poder á los diputados enviados al emperador por la asamblea de Avila, haya un levantamiento general.

—¿Pero qué harémos? contestó el indeciso y débil prelado.

—A fé mia, es preciso convenir que mi sobrino el almirante ha hecho una pésima captura, murmuró el condestable, paseándose á grandes pasos por el aposento, segun tenia de costumbre siempre que le preocupaba una idea, y dirigiéndose al cardenal: ¿porqué se les ha detenido, le dijo? No veo que inconveniente hubiera habido en dejar-

les continuar su camino. En Alemania hubiesen visto ó no al emperador, ¿qué nos importaba á nosotros? Don Carlos los hubiera acogido como mejor le hubiese parecido.

—¿Olvidais condestable, repuso el regente, que las últimas instrucciones de S. M. el emperador son terminantes?

Aquí están: escuchad, añadió, tomando un pergamino sellado con el águila imperial, y repasándolo con la vista leyó en alta voz ciertos pasages, donde el emperador no podia espresarse mas categóricamente.... «Estoy cansado, escribia entre otras cosas al cardenal, de todos esos males, pero con la ayuda de Dios y vuestros buenos servicios, espero cesarán pronto. Descanso enteramente en vuestra sagacidad para gobernar la España durante mi ausencia, etc., etc., etc..... Detened pues cerca de vos á todos esos enviados fastidiosos, que quisieran venir á encontrarme, y por poco que persistan, pondeles en lugar seguro hasta mi regreso. En Alemania se burlarian ciertamente de mí si me viesen acosado por todos esos llorenes, etc., etc.....» Por esto, continuó el cardenal, así que tuve noticia de la diputacion que los rebeldes de Avila enviaban á nuestro soberano, al instante escribí al almirante que á la sazón se hallaba en Burgos, observando todos los movimientos de la Navarra, y le di la órden de correr al alcance de nuestros descontentos que no podian estar muy léjos de la frontera, y de enviármelos inmediatamente con una buena escolta.

—En cuanto á mí, murmuró el an-

ciano Velasco, si me hubiese hallado en lugar de mi sobrino, no hubiera tenido la vista tan perspicaz, escusándome con el sin número de dificultades que ofrecen los desfiladeros de la sierra de Oca, y de Moncayo, de no haber podido lograr apoderarme de sus personas.....

— ¡ Condestable ! interrumpió el regente con tono severo.

— ¡ Vive Dios ! que en presencia del mismo emperador no dejaria de sostener del mismo modo que fuera mucho mejor que todos esos sediciosos estuviesen fuera del reino que entre nosotros. Esto al cabo no seria un gran mal, al paso que ahora nos vemos sumamente embarazados para guardarlos bajo cerrojos. Ciertamente, no faltaba mas que este nuevo pretexto para aumentar el descontento del pueblo.

— Pero bien, dijo Adriano intimidado, yo no he hecho mas que dar cumplimiento á las órdenes del emperador.

— El emperador, repuso vivamente el gran condestable, se halla sobrado léjos de aquí para conocer á fondo la situacion de España, y así él como su consejo se engañan grandemente si creen que solo tenemos que habérnoslas con un puñado de facciosos. Y como el regente guardaba silencio: Señor Cardenal, continuó Velasco, vos sois extranjero; creed á un viejo castellano que habla sin rodeos. Las opiniones de la liga de Avila tienen mucho eco en las provincias; y encuentran simpatías en mas de un corazón de los que han jurado fidelidad á don Carlos. Si pues no quereis que toda la nacion os sea contraria, es preciso que usemos de

medios suaves y conciliadores....

— Sin embargo debo recordaros que esta mañana, no era tal vuestro dictámen, dijo un nuevo interlocutor que en compañía de otro personage habia entrado en el aposento por la puerta que se abria detrás de la poltrona del condestable, y como el señor de Velasco se volviese sorprendido; — Sí, añadió, vos queriais, ni mas ni ménos, perseguir con todo el rigor de las leyes al gefe de los rebeldes, don Juan de Padilla; y segun el parecer de vuestra señoría, era preciso nada ménos que condenarle por contumaz y á justiciarle en esfigie.

El que así hablaba era un hombre de alta estatura; su jóven y flaco rostro era tan sombrío como su trage, compuesto de una especie de una bata negra con mangas anchas y largas y de un gorro del mismo color, que cubria su cabeza y ocultaba en parte la siniestra espresion de su semblante; el todo estaba realzado por una cadena que daba tres vueltas al rededor de su cuello, segun la costumbre de los jueces de aquella época.

« Señor Ronquillo, replicó secamente el condestable, lo que he dicho respecto de Padilla lo repito nuevamente, porque es un traidor, un raptor que no merece ninguna consideracion; pero los otros que han sido arrastrados por las palabras y el ejemplo de ese hombre peligroso...

— Señor, interrumpió el miserable juez de los segovianos, si queremos poner término á la guerra civil, es preciso que todos los prisioneros que caigan en nuestras manos sean tambien castigados con la prision ó con la horca como

vuestro enemigo personal don Juan de Padilla.

—Esto será difícil de lograr, añadió el otro personage, que habia entrado con Ronquillo, el cual era el mismo flamenco Almerstof uno de los miembros mas severos del consejo de regencia, porque acabamos de saber que Padilla se ha apoderado de Tordesillas sin disparar un tiro, y recibido de la reina Juana la mas lisongera acogida.

— Pero esta princesa no está en su juicio, dijo el anciano cardenal procurando serenarse, ¿de qué utilidad puede ser á los rebeldes una desgracia da muger imbécil?...

— No tan imbécil, replicó el consejero flamenco; Padilla, por lo ménos no es loco, y acaba de hacer llamar á Tordesillas á los diputados de la liga, á fin de nombrar un consejo para la reina, y una vez el nombre de Juana aparezca al frente de la rebelion, las consecuencias serán incalculables. De aquí en adelante pues, no mas perplejidad en nuestros actos, y el único medio de hacer á las mayores desgracias, es poner en práctica lo que nos propone nuestro cólega Ronquillo.

— Seguramenté, continuó este dirigiéndose al cardenal, si vuestra eminenca quiere creérme, será preciso imponer castigos terribles ejemplares. Empezemos desde luego por guardar cuidadosamente los prisioneros que nos ha enviado el señor almirante; estos son rehenes preciosos que en su caso pueden sernos de mucha utilidad.

— ¡Diantre de sobrino Henriquez! murmuró entre dientes el impaciente condestable, y dejándose llevar del arrebato de su cólera. — Señor cardenal,

dijo, sé las órdenes del emperador; pero, por otra parte sé también cuales son sus intenciones. Nuestro soberano quiere que á la bienhechora sombra de la paz, pueda la España reponerse de los inmensos sacrificios que ha tenido que hacer para salir victoriosa de su larga lucha contra los moros, de modo que aquellos infieles no vuelvan á levantar entre nosotros su cabeza atrevida y triunfante.

— ¡Ay! ¿á quién lo decis? ¡eterrumpió suspirando el viejo príncipe de la iglesia cristiana; ¡harto sensible me ha sido la evasion de Abbas Abdallah, y nadie de vosotros teme mas que yo las consecuencias de aquel suceso!

— No hay que temer, replicó el gran condestable con tono tan seguro que impuso á sus tres compañeros; pero por lo mismo señor cardenal, es preciso poner fin, á toda costa, á estas guerras intestinas, que amenazan la ruina de Castilla y de Aragon.

— ¡Pues entónces, firmeza! exclamó el obstinado Almerstof.

— ¡Firmeza! repitió el señor de Velasco frunciendo las cejas é irguiendo soberbiamente la cabeza.

¡Dios mio! ¡no se que nunca se me haya encontrado falto de ella, despues de cuarenta años que estoy en los campos y en los consejos! y reciénemente en Toledo y Segovia, he dado bastantes pruebas de teson para poder mas bien que otros (y aquí miró al consejero flamenco) emitir mi voluntad de usar de moderacion respecto de mis compatriotas seducidos. Mi voto, pues, es que en vez de castigar á los comuneros que caigan en nuestras manos, empecemos poniendo en libertad á los en-

viados que tenemos detenidos en la cárcel con harta severidad. Y como sus cólegas guardasen silencio:—¡Vive Dios que es muy extraño, continuó, y es preciso que lo sea, á un viejo chocho que ha pasado su vida en el estruendo de las armas, haber de aconsejar la prudencia y moderacion á hombres de ley y de iglesia! Pero, no importa, español ante todo, y súbdito leal, hablo según me dicta la conciencia, y os repito que en las circunstancias en que nos hallamos, en el momento sobre todo, en que el venerado nombre de la reina Juana puede llegar á ser una enseña para los facciosos, seria muy impolítico querer jugar el todo por el todo; nuestra táctica, por el contrario, previendo los sucesos muy de léjos, debe reducirse á sembrar por todos medios la desunion entre los rebeldes. Desde ahora, pongámonos manos á la obra; por lo que mira al emperador, yo salgo garante de todo. Procuremos apartar de la liga á los prisioneros de esta mañana, y en vez de exitar mas su enemistad, hagámoslos nuestros mediadores para con su partido.

— ¿Pero podréis reducirlos á ello? interrumpió secamente Almerstof.

— Pues bien; contestó con altivez el señor de Velasco, en el último estremo nos queda siempre la esperanza de desplegar las pocas fuerzas militares que nos restan.

El regente hizo una señal de aprobacion; Almerstof guardó silencio; y Ronquillo contestó al condestable en estos términos:

«Sea así, señores, contemporizemos pues; con todo no será fuera del caso que sepais que en este instante

acabo yo mismo de proceder al interrogatorio de nuestros detenidos, y todos se han negado á contestar, á escepcion de uno que tomando la palabra en nombre de los demas, ha respondido con jactancia, que su mision era hablar á don Carlos en persona y no á su alcalde de Casa y Corte que se titulaba su representante.

— ¿Y el nombre de ese caballero? preguntó el regente.

— Don Juan Bravo.»

Entónces agitando fuertemente una campanilla. «Conducid inmediatamente aquí al prisionero don Juan Bravo, dijo el cardenal á un criado que llevaba un vestido negro bordado de azul, el cual apareció y desapareció al momento.

«Ese Bravo, añadió el juez Ronquillo, debe ser uno de los gefes de los facciosos, atendida la influencia que parece ejercer sobre sus compañeros; así fué que habiéndome advertido el alcalde de la cárcel que parecia que todos recibian consejos de este hombre peligroso, lo he hecho separar de los demas encerrándole aquí cerca en un aposento secreto de la habitacion del corregidor.»

Todos permanecieron silenciosos por algunos instantes hasta que:

«Sí, efectivamente, dijo el regente con aire pensativo, este personaje tiene entre los suyos, la importancia que vos le atribuis; es urgentísimo que nosotros mismos le interroguemos, y empezemos á ensayar los medios de que el señor condestable nos promete tan buenos resultados.»

Al acabar estas palabras, el hombre del vestido negro y azul introdujo un caballero de buena apariencia, de adu-

man altivo y sosegado, y de edad, al parecer de treinta á treinta y cinco años. A la órden del regente de que se descubriera la cabeza:

« Yo me llamo don Juan Bravo, dijo el prisionero, soy rico hombre, y poseo señoríos y encomiendas en la provincia de Segovia; y como tal, tengo el derecho de permanecer cubierto en presencia del mismo rey. Por esto quiero ahora usar de él así como de todos los demas que me han legado mis antepasados.

— Está bien, repuso agriamente Ronquillo; pero señor Bravo, no olvidéis que estais delante del consejo de regencia, presidido por su eminencia el cardenal en persona.

— Yo sé, replicó friamente Bravo, que estoy delante los miembros de un poder tiránico que me detienen ilegalmente.

— Moderaos, don Juan, le dijo con dulzura el bondadoso prelado, no deseamos haceros ningun daño. Al cielo pongo por testigo de lo que os acabo de asegurar; muy al contrario, deseamos que salgais de vuestra ceguera y dejéis el errado camino en que os habeis metido.

— Vuestra eminencia se equivoca muchísimo sobre mi carácter, contestó el caballero segoviano. ¡Qué yo abandone mi partido! ¡qué venda á mi patria! Pero, vos mismo, monseñor, en quien reconozco las altas virtudes sacerdotales; no me apreciariais mas en este caso, que si habiendo caido en manos de los infieles, renegara de la fé de mis antepasados.

— Sin duda, hijo mio, toda apostasía es criminal, repuso el anciano con

dulzura, así que léjos de mí el pedir os hagais traicion á los intereses de la España. Yo solo os he hecho venir aquí para pedir os que cooperéis á su pacificación, y para proponeros si quereis intervenir como medianero entre vuestros conciudadanos y el gobierno del emperador, á fin de poner término á las desgracias de la guerra civil, ese azote de los pueblos.

— Muy sorprendente es, monseñor, que el poder que ha usurpado nuestros privilegios, que ha querido destruir nuestras antiguas instituciones civiles y religiosas, sea el que ahora nos acuse de ser autores de la guerra civil. Por lo demas, tiempo es ya de que se nos haga justicia, tiempo es ya de que prescindiendo del bárbaro argumento del fuerte contra el débil, se nos diga si la guerra civil es cosa santa y hasta laudable para el que se vé obligado á apelar á ella para defender sus creencias y sus derechos injustamente hollados. Vos mismo, monseñor, en este momento, con vuestra enérgica constancia en repeler las heregias de Alemania, ¿no nos dais el ejemplo de la fidelidad que se debe guardar á las respetables tradiciones de lo pasado?

— Por fin, caballero, dijo el cardenal, vos me reusais vuestros buenos servicios.

— No tal, monseñor, replicó vivamente Bravo; pero ponedme en estado de prestároslos, empezando por reconocer como tan sagrados los derechos de la nacion, como los de la corona.

Aquí el patriota caballero fué interrumpido por la repentina llegada de La Chau:

« Monseñor, dijo éste al cardenal,

ahí teneis otro nuevo prisionero; esta vez, me pertenece el honor de la captura. Esta mañana, viniendo de Burgos, me habia detenido para hacer la siesta en la venta de Trigueros, cuando mis gentes vieron un pequeño grupo de caballeros, que léjos de imitarnos, no temian continuar su camino apesar del excesivo calor del medio dia; y habiéndoles parecido notar que aquellos intrépidos ginetes querian evitar nuestro encuentro retirándose á las montañas vecinas, me avisaron al momento. En seguida monté á caballo, y no tardé en alcanzar á los fugitivos, que desde luego tomaron la defensiva; pero rodeados por un enemigo muy superior en número á ellos, se vieron obligados á rendirse. Juzgad cual seria mi sorpresa, cuando en su gefe reconocí al señor don Pedro Pacheco y Giron, uno de los diputados enviados por la liga al emperador.

« Sin mas tardar os lo he traído, y aquí le tenéis » añadió señalando al prisionero que habia permanecido detras de él, ocultando el rostro en los pliegues de su capa oscura. Y como el cardenal, turbado con este nuevo incidente, vacilase en contestar:

« ¡ Ah! ¡ ah! sois vos, noble Pacheco y Giron, » repuso el condestable, sonriendo á la idea de tener en su poder uno de los mas poderosos gefes de los comuneros, y persuadido de que le seria dable ejercer sobre él la mas absoluta influencia, por poco favorable que se mostrase á los proyectos de Giron con respecto á la señora doña María Pacheco. « Ahora sin duda seréis ménos altivo, mi buen primo: » porque Giron era hijo de una Velasco. « ¡ Ah!

vos queriais dictar leyes á vuestro legítimo soberano, para contrariar mejor los proyectos de su condestable?

— Pero, exclamó Giron, furioso al ver descubierto el fondo de su alma, es una deslealtad en vos el hacer servir vuestra autoridad y el nombre del emperador para satisfacer venganzas personales, es un acto arbitrario, del cual apelo á monseñor el cardenal mismo, como á regente del reino. Él impedirá que se viole de este modo en mi persona el derecho de gentes.

— Señor Giron, contestó el tímido prelado á esta interpelacion inesperada, siento tener que deciros que vuestra prision no es en manera alguna obra de ninguno de los miembros de la regencia; pues ha sido ejecutada en virtud de órdenes terminantes del emperador Carlos V.

Hélas aquí. « Giron arrojando una rápida ojeada sobre los pergaminos del cual pendia el sello imperial de cera encarnada, calló, y sus ojos fijos en el suelo atestiguaban todo el abatimiento de su alma.

« De este modo, señor don Pedro, cambia la fortuna de aspecto, repentinamente le dijo entónces don Iñigo de Velasco. Hace pocos instantes, pensabais imponerme vuestra voluntad reteniéndolo en vuestro poder, á mi sobrina, y ahora sois quien estais vos en el mio.

— Se ñor condestable, repuso Giron fingiendo astutamente estar indignado, os equivocais en gran manera, y me injuriais, si creéis que yo soy el raptor de vuestra pupila. ¡ Ah! si solo hubiese dependido de mí, añadió el pérfido don Pedro con aire compungido, la ha-

bria enviado sin tardanza, porque creo tener derechos harto legítimos sobre el solar de Mondejar para que á fin de conseguirlos tenga necesidad de recurrir á medios indignos de mi carácter. No, nada en el mundo hubiera podido hacerme detener á mi prima contra su voluntad y la vuestra que sois su tutor, y su protector verdadero. Lo que os probará hasta que punto soy acreedor á la buena opinion hasta de mis propios enemigos, es la confesion que voy á hacer, aunque me cueste descubrir los yerros de un hombre á quien mi partido debe sus repetidos triunfos. Sí, señor de Velasco, continuó el traidor simulando un esfuerzo sobre sí mismo, lo digo con el mas vivo pesar, os convenceréis completamente de mi inocencia, cuando sepais que el señor de Padilla es el único autor de la prolongada ausencia de vuestra sobrina. Él solo la retiene; y es tal la pasion que siente por ella, que para obligar al emperador y á vos á concederle la mano de la muger que adora, no titubearia en sembrar la desolucion y la ruina por todo el reino, se asociaria á los fanáticos de la Hermandad de Valencia y declararia guerra á muerte á su órden y al mismo emperador, si dichosamente no fuésemos en mayor número en la asamblea de Avila para moderar su exaltacion y sostener los derechos de la nobleza y los aun mas sagrados de la corona.

— ¡Giron! ¡mentiste! dijo una voz aterradora salida de uno de los ángulos oscuros de la sala; ¡el solo traidor que en Avila abandonó los intereses de su órden y los de don Carlos, es el que hoy abandona y calumnia á los ausen-

tes de quienes se titula amigo, eres tú! y los ojos irritados de Bravo brillaban como las llamas de las bugías de los candelabros.

Retirado don Juan Bravo á un rincón por órden de Ronquillo, así que entró el señor de La Chau, habia podido oirlo todo perfectamente; así fué que dominado de la mayor indignacion, y venciendo los esfuerzos del celada que le guardaba:

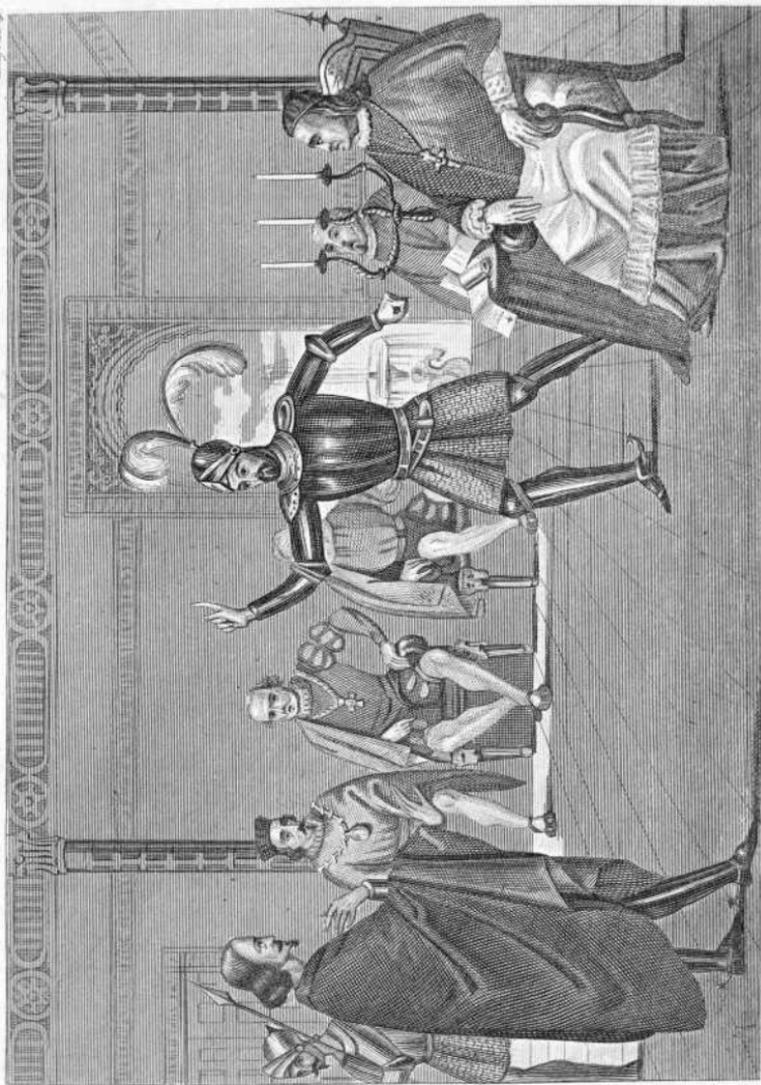
« ¡Vill esclamó adelantándose hácia Giron, ¡traidor! ¡bendiga el cielo nuestra cautividad, y permita que seamos libres un solo dia, y juro á Dios, que pagarás caras tus imposturas!»

Esta escena imprevista habia introducido la confusion entre los asistentes. El señor de La Chau, Almerstof y los guardias se habian interpuesto entre los dos prisioneros.

« Señor juez, dijo el regente con voz conmovida á Ronquillo, haced salir al instante á don Juan Bravo, y que permanezca encerrado bajo buena custodia hasta nueva órden. Luego así que el juez se apresuraba á obedecer este mandato, el condestable se acercó al cardenal, y le dijo al oido:

« Dejadme solo con don Pedro Giron; si no me equivoco, este hombre se nos entrega, y puede servirnos en nuestros proyectos de pacificar la España sin efusion de sangre. Estoy casi cierto de ganarle, pero para lograrlo es preciso que me deis amplios poderes para disponer de él á mi antojo.

— Consiento en ello, contestó Adriano, ¡y secunde el cielo vuestros proyectos!» Hablando de esta suerte, se levantó, y dirigiéndose al señor de La



J. F. Goussier del. sculp.

R. Bache del. sculp.

«Giron! mentiste!»



Chau, y á Almerstof: «Señores, se-
guidme, acabo de dar al señor condes-
table la comision de examinar en par-
ticular al prisionero don Pedro Pache-
co y Giron.

Así que don Iñigo de Velasco se vió
frente á frente de Giron :

« Bien, señor don Pedro, dijo, aho-
ra que estamos solos, hablemos sin
rodeos ; ¿ de qué os ha servido haber
abrazado el partido de los descontentos ?
¿ acaso han apreciado estos vuestro
nacimiento, y vuestro saber ? Muy
al contrario, solo han reconocido vuestros
servicios para alejaros de España
bajo el falso pretexto de una mision de
confianza acerca del emperador, mién-
tras que la ambicion de Padilla, sir-
viéndose de vos como de una peana pa-
ra asentar su fortuna, ha sido nombra-
do general en gefe, y á vuestras bar-
bas os ha quitado vuestra prima.

— ¡ Quitarme mi prima ! replicó Gi-
ron sorprendido, como si, desde mu-
cho tiempo, no la hubiese perdido ya,
gracias á vuestros manejos contra mí,
y á las ventajosas promesas que habeis
obtenido de don Cárlos á favor del con-
de de Haro vuestro hijo.

— Aquellas promesas pueden anu-
larse, interrumpió el condestable.

— ¿ Qué quereis decir con esto ? es-
clamó Giron cada vez mas sorprendido.

— Nada puede haber mas sencillo.
Volved á ser súbdito fiel, emplead vuestro
influjo con los insurgentes para ha-
cerlos volver á entrar en la obediencia
del emperador, y mi pupila será vuesa-
tra, junto con la grandeza y las tierras
del marquesado de Mondejar.

— ¿ Es cierto ? replicó don Pedro.

— ¡ A fé de caballero os lo juro !

— ¿ Y vuestro hijo el conde de Ha-
ro ?....

— Esto no debe inquietaros : el em-
perador en su último mensaje, me ha
ofrecido para él la mano de Leonor Al-
varez de Toledo, la hija del marques
de Coria, su favorito, prometiéndome
ademas la restitucion del título de du-
que de Frias, que poseia mi padre,
y que de aquí en adelante será heredi-
tario en mi casa, con la sola condicion
de que haga triunfar pronto la causa
real, y de este modo restablezca el ór-
den y la prosperidad en nuestra des-
venturada patria. Ya veis, don Pedro,
que os hablo con entera confianza. Iguale
vuestra franqueza á la mía ; y con-
testadme sin subterfugios: ¿ aceptais mi
proposicion con todas las cláusulas que
estoy autorizado para añadir ?

Giron, apesar del gozo inesperado
que sentia interiormente, fingió vaci-
lar aun : de este modo pensaba sin du-
da dar mas valor á su sumision.

« Por fin, se apresuró á decir, aun-
que me cueste abandonar el partido de
los comuneros, sin embargo la futura
felicidad de mi patria que me habeis
hecho entrever, y mis antiguos jura-
mentos prestados á don Cárlos, me im-
ponen el deber de no dar mas oídos á
la voz de la rebelion. Señor condesta-
ble, me conformo con todo lo que exi-
giereis de mí á fin de expiar mis últi-
mas faltas hácia mi legítimo soberano,
y para merecer de vos la mano de la
señora Pacheco, mi prima.

— ¡ Bien ! ¡ muy bien ! señor don Pe-
dro, contestó el condestable, alargan-
do afectuosamente la mano á Giron.
« Desde este dia, hagamos treguas en
nuestras enemistades pasadas ; pero,

añadió, no basta nuestra reconciliacion para el buen éxito de nuestros proyectos; es preciso, además, que obremos cada uno por nuestra parte con destreza y discrecion, de esta suerte nadie podrá sospechar nuestro convenio secreto. Vos, sobre todo en vuestro receloso partido, como lo es todo partido rebelde, debéis ser aun mas circunspecto; así pues, sin tardanza id á Tordesillas, donde se hallan reunidos todos los gefes influyentes de la liga. Allí para motivar vuestra vuelta inesperada, diréis que os habeis escapado de Valladolid; ó mas bien, que habiendo sabido que por órden del emperador, habian sido presos otros enviados, cuando salian del reino, habeis retrocedido de miedo de ser cogido igualmente. Al fin, nadie ha de contradeciros, porque Bravo quedará detenido aquí, hasta la pacificacion de España. En cuanto á los demas prisioneros, ninguno de ellos os ha visto; por lo mismo, ignoran que hayais sido conducido ante el consejo de regencia; así que podremos sin ningun inconveniente, usar con ellos de generosidad, proponiendo á la asamblea de Avila su cange por el de doña María Pacheco. ¿Como tutor suyo, no tengo acaso el derecho de reclamarla y de arrancarla de entre las manos de su raptor? No cabe la menor duda que semejante acusacion dirigida por mí contra Padilla ante los suyos, le hará perder todo su crédito, mayormente si vos me ayudais con vuestra influencia. Miéntras este hombre peligroso permanezca al frente de los comuneros, será para el poder real un enemigo temible, y para vos, señor Giron, un formidable rival.

— Este plan me parece muy bien combinado, dijo con perplejidad el desconfiado Giron; ¿pero cuando haya logrado poner en vuestras manos á vuestra sobrina, qué habré adelantado? Mucho mas vale que permanezca donde está.

— ¿Y no advertís, replicó el condestable, que dejarla mucho tiempo en poder de Padilla, es perderla sin remedio? ¿no veis que es absolutamente necesario que vuelva bajo mi dependencia, para que yo pueda dárosela por esposa?

— ¿Pero cuando la tengais en vuestro poder, quién me asegura que...?

— Señor don Pedro, interrumpió el condestable con altivez, ¿vos olvidais mi conocido carácter! ¡Inigo de Velasco jamás ha faltado á su palabra; para seguridad de mis promesas, os empeño la mia. Presumo que ella os bastará.

— Ciertamente, la tengo por buena, señor.... pero entretanto.... en los tiempos inciertos en que vivimos, sucesos imprevistos pueden hacer cambiar las resoluciones mas bien tomadas; á mas de que, ¿no existe la costumbre de que toda promesa sea garantida con alguna prenda?

— Siempre el mismo, «dijo el condestable; y en su sonrisa y en el acento de su voz se descubria un movimiento de irónico desprecio, que con todo reprimió al instante; el viejo político y con mucha dignidad: «Sea así, señor, añadió, tendréis las prendas que deseais: en el consejo de regencia se ha decidido que enviáramos á los representantes de la liga un parlamentario encargado de hacerles conocer las amistosas intenciones del emperador,

á fin de prevenir los castigos rigurosos y las funestas consecuencias de una desastrosa guerra civil. Á ese mensaje, uniré el acto de acusacion de raptó dirigida por mí contra Padilla, y nuestro rey de armas tendrá la órden de leerla públicamente en alta é inteligible voz, para mayor confusion del desleal seductor. Vos, apoyad entónces mi demanda ante los vuestros, haced resaltar todo lo que tiene de vituperable la conducta de Padilla; y vuestro rival, despreciado sin duda por su mismo partido, cuyo honor habrá mancillado, se verá en la necesidad de entregar mi pupila á nuestro enviado. Este, á su vez, pondrá en vuestras manos un escrito en forma, firmado por mí y sellado con mis armas, prestando el consentimiento á vuestro enlace con la señora doña María Pacheco.

— ¡Perfectamente!... ¡Pero si la señora Pacheco me niega el suyo?

— ¡Por vida de Dios! ¡no se atreverá á rehusármelo! A mas de que para acabar de decidirla, haré que el emperador os conceda la investidura del solar en cuestion. »

A estas últimas palabras, los ojos de Giron brillaron animados de súbita alegría. Echólo de ver el señor de Velasco, y así fué que para afirmarle mas en su determinacion, le dijo.

« ¡Sí, os lo juro por Dios! el heraldo de Castilla será portador de un escrito secreto para vos, en el cual en nombre del emperador, se os concedará el perdón y olvido de toda vuestra conducta pasada, y además llevará consignada mi promesa solemne, de empeñarme con don Cárlos para haceros restituir

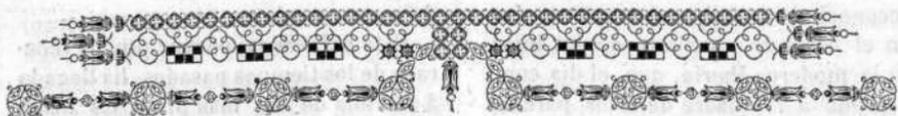
el marquesado de Mondejar sobre el cual deberán ser para siempre reconocidos vuestros justos derechos, en recompensa de vuestros buenos servicios á la causa real.

—Desde este momento, señor condestable, disponed enteramente de mí, contestó Giron.

—Pues bien, nada os detenga, señor Giron, replicó el señor de Velasco, ya estais libre; ahí teneis un salvoconducto para salir desde luego de Valladolid. Y tomando un candelabro le acompañó hasta fuera de la sala del consejo: — Gomez, dijo á uno de sus criados, este caballero está libre, haeed que se le devuelva al instante su caballo y sus armas; vos le guiaréis hasta la poterna de la torre de Santiago, atravesaréis con él el Pisuerga, y cuidaréis de que nada detenga sus pasos. Entónces volviéndose hácia Giron:—Adios pues, mi futuro sobrino, vos teneis la llave de los campos, pensad en vuestras promesas.

—Mi futuro tío, acabad de cumplir las vuestras, y yo cumpliré las mías; dijo don Pedro y siguió á Gomez.

— Al cabo, se dijo á sí mismo el señor de Velasco volviéndose á su aposento, este era el único medio de disolver esa peligrosa liga; y á mas de esto, la hija del marques de Coria, con la grandeza que lleva á mi hijo, es un partido mucho mas ventajoso que mi pupila, sobre todo ahora que el emperador, por presente de boda, me promete, luego de su regreso á España, restituirme el título que poseia mi padre. »



UN DIA DE ALEGRÍA.



XVI.

« ¡ Viva la reina ! ¡ Viva nuestra amada reina ! » clamaba la muchedumbre precipitándose al paso de la reina Juana, que en aquel momento salía de la antigua basílica de Tordesillas, porque ántes de dar la señal de las fiestas tan anticipadamente anunciadas, la piadosa princesa habia querido asistir con toda pompa al oficio solemne que se celebraba todos los años, el día 15 de agosto, en honor de la Vir-

gen, bajo cuya poderosa invocacion Pelayo y sus guerreros colocaron en otro tiempo las bellas comarcas que les habian visto nacer.

Verdaderamente es un tributo debido á los descendientes de aquellos piadosos cristianos; desde entónces jamás se han mostrado ingratos hácia su benéfica protectora, y apesar de haber transcurrido mas de ocho siglos, sin embargo, en este año de 1520 el

reconocimiento existe siempre tan vivo en el corazon entusiasta de los hijos de la moderna Iberia, que el dia consagrado á la madre de Dios parece, aun ahora mas devotamente celebrado en España que la fiesta del mismo Dios, criador, salvador de los hombres en el dia de *Corpus*.

¡ Jesus! ¡ María! ¡cuanta veneracion por todo lo que recuerda la Virgen su patrona! Su imagen es llevada al frente de la comitiva de la reina Juana, y todos al verla se santiguan y arrodillan, como en el dia de *Corpus* ante el Altísimo.

El estandarte en que está representada la Madre de Dios no es sin embargo muy hermoso, el blanco de la seda se ha enrojecido de tal modo que se vé muy bien que no data de ayer. ¡En efecto aquel respetable estandarte es muy viejo! y esta antigüedad le da tal precio á los ojos de los fieles católicos de España, que tan sencillo y estropeado como se halla, es mas apreciado de todos ellos que las diversas banderas de los gremios y corporaciones que marchan en pos de él apesar del oro y piedras preciosas de que se hallan enriquecidas.

¡ Oh! No cabe duda que el modesto estandarte tiene el derecho de ir á la cabeza de todos los demas, porque es el que Pelayo llevaba en sus primeros combates contra los Moros, y que colgaba en seguida de la bóveda de la caverna de Covadonga, cuando iba allí á celebrar consejos con sus guerreros; ha por cierto merecido justamente ser una de las mas preciosas reliquias del reino, y el estandarte nacional del pueblo cuya cuna agitada habia cobija-

do con su sombra.

Esta es la causa, porque prenda venerada de los tiempos pasados, ha llegado á ser una de las mas preciosas insignias de la corona, y la que Juana, la digna heredera de sangre la mas pura de las Españas, ha siempre querido conservar cerca de sí. Por esto, han querido tambien los gefes de los comuneros desplegarla en esta solemnidad á los ojos de la multitud, bien convencidos del favorable efecto que va á producir en aquel pueblo apasionado, cuando, despues de tantos años de olvido, lo verá ondear en lo alto de la morada real, y dominar los transportes de la pública alegría.

En aquel momento, esta alegría parecia haber llegado á su colmo, y salian mas numerosos vivas de en medio de aquella multitud esparcidas en las praderas contiguas á las orillas del Duero, y en los alrededores del cercado donde debia tener lugar la corrida de toros y los juegos guerreros. La causa de todo ello era que en aquel instante, la reina, montada sobre una hacanea blanca, acababa de pasar el puente levadizo de la puerta de Santa María, y se avanzaba acompañada de sus damas y de un cortejo de caballeros lujosamente engalanados. Su paso era lento al través de la llanura, porque á cada instante se veia detenida por un numeroso gentío gozoso de contemplar á su soberana despues de tanto tiempo oculta á sus miradas. Así es, que era un espectáculo sumamente curioso ver á todas aquellas buenas gentes agitar sus bandas encarnadas, y arrojar al aire sus sombreros, y en su frenético entusiasmo, interpelar á la reina, á los san-

tos y al mismo Dios, exclamando *Milagro! Milagro!* Nosotros sin participar de aquella piadosa exaltación, podemos creer sin dificultad que debía atribuirse á prodigio el ver en aquella ocasión solemne, á la reina Juana dotada de todas las facultades de su espíritu, cuando por tanto tiempo se había dicho que su razón estaba perdida.

« ¡ Pero, Lopez, mira con que gracia saluda! ; Ah! mira, mira como habla á nuestro capitán don Juan de Padilla. ¡ Jesus, María! Por cierto que no tiene el aire tan de loca, como tú y yo!

— Puede que no, contestó nuestro barbero Lopez Cueva, llegado el día anterior con el cuerpo de voluntarios de Toledo, que como todas las demás ciudades de la Liga habían recibido la orden de enviarlo á Tordesillas con sus diputados; porque tú Gil Mendo, añadió el satírico toledano, solo necesitas dar dos ó tres abrazos á uno de los cántaros de tu tienda para perder el seso.

— ¡ Oh! esto es una bendición del cielo! continuó Mendo trasportado, sin prestar atención á los sarcasmos de su vecino. ¡ Esta querida princesa! recobrar su razón para socorrer á sus súbditos y librarlos de esta vil canalla de extranjeros que les atormentaban y aniquilaban, es ciertamente un milagro. ¡ Que cirio tan hermoso hemos de hacer arder sobre la tumba del señor Santiago!

— ¡ Tonto! replicó el barbero ménos crédulo, puede que no tanto deben darse las gracias á Santiago como al señor de Padilla y á sus bravos compañeros; porque, mira, Gil, yo siempre he creído que la locura de nuestra pobre reina provenía ménos del estado de su ce-

rebro que de una impostura de esos satánicos flamencos, burguñones y alemanes.

— ¿ Pero cómo nuestro príncipe don Carlos permite...?

— ¡ Bah! interrumpió Cueva, los bribones han hechizado al hijo, del mismo modo que habían hechizado al padre.

— « Hé ahí lo que resulta de ir á buscar mitades en el extranjero, » exclamó Gil Mendo vaciando con gravedad su calabaza; pues nuestros dos políticos sentados encima de la yerba, procuraban rehacerse de la fatiga de una larga marcha, á imitación de otros infinitos grupos que les rodeaban.

« Ciertamente, repuso el sagaz barbero, si nuestra Juana no se hubiese casado con el archiduque Felipe, nosotros no estaríamos como estamos.

— ¡ Por vida de Santiago! añadió con arrogancia su compañero, no faltan en España señores tan apuestos y cabales, y de nacimiento tan noble y antiguo como el negro aguilucho de Austria.

— Dí mas bien, Gil, de mucho mas antiguo; pues sin ir mas lejos, ¿ tú y yo no somos mas antiguos que el mismo don Carlos, aunque sea príncipe de Asturias? porque en fin, yo sé por mi abuelo, que lo sabía por el suyo, que un Nuñez Cueva fué muerto á la vista del Cid, en Santarem á Alcaraz, mientras que en aquel tiempo los abuelos de todos esos gallardes señores del Norte eran quizá perros paganos, tan paganos como los moros que nuestros antepasados combatían aquí.

— Pues yo, contestó con voz vinosa el tabernero de Toledo, á quien la fan-

farronada del barbero junto con los humos del valdepeñas ó del arnedo, habian inspirado mil ideas de jactancia; pues yo!... mi padre era nieto de la hija de uno de los tenientes de alcalde, de Toledo, en tiempo del rey don Pedro, cuando este noble príncipe.....

— Ah! ah! ah! ciertamente que no será tu padre quien te habrá contado esto, dijo una voz burlona salida de un grupo inmediato; no puede ser otro que el reverendo superior del hospicio de niños espósitos de nuestra ciudad.

— ¿Quién se atreve á hablar de este modo? exclamó nuestro tabernero, levantándose furioso, y dirigiéndose hácia el grupo temerario: Esta buena hoja, dijo, agitando una especie de cuchillo largo, ha sido templada en mi presencia en las aguas mezcladas del Jarama y del Tajo, y en mi mano, no hay lengua por bien pegada que esté que ella no la corte.

— Tu buena hoja solo sabe hacer tajadas como esta, dijo el demasiado jovial interlocutor, echando un pedazo de carne del puchero que estaba partiendo con sus camaradas.»

A ese nuevo sarcasmo, Gil Mendo, fuera de sí arroja el puñal á la cabeza del imprudente burlon. Pero esta vez, bendito sea el caloroso vino de Valdepeñas, porque gracias á su poderoso efecto, la mirada y el brazo del quisquilloso toledano estaban poco seguros para acertar el golpe; así es que el puñal fué á clavarse en el suelo puro enteramente de sangre humana.

Aun despues de librarse nuestros vecinos de aquella infundada reyerta la suerte del desgraciado tabernero hubiera sido otra vez digna de compasion,

si el diligente Lopez Cueva no se hubiese puesto de por medio.

« Vive Dios! exclamó, el tábano os pical con todo en este instante no se vé volar ninguno; y dirigiéndose á los agresores:—¿Lo veis? todos contra ese pobre Gil Mendo! Por san Isidoro de Sevilla, su embriaguez, ha producido tanto buenos resultados, para que, en nuestro reconocimiento, le perdonemos un vaso de mas. ¿Y tú Gil, añadió con una voz mas alta y chilona, para acallar mejor al tabernero que queria hablar, hay razon para incomodarse de esta suerte, cuando los amigos y conciudadanos se chancean? Por otra parte miren que ofensa tan grande, decir que ha salido del hospicio de los niños espósitos. ¿No sabes que en este caso te puedes considerar mas noble que plebeyo? ¿Acaso no lo dijo el difunto rey Fernando? el otro dia, en el mentidero, cerca de la catedral, se afirmaba que tarde ó temprano en la incertidumbre del nacimiento de esos pobres espósitos habia el proyecto de hacerlos hidalgos á todos.

La maligna observacion del barbero provocó una carcajada general que desarmó á nuestros campeones, á la manera que la suave brisa disipa las nubes amontonadas por los ardientes rayos, de un sol de verano. La muchedumbre que corria hácia aquel lado vino pronto á dar un nuevo giro á la atencion de nuestros contendientes.

« Eh! Lopez! dijo uno pasando. Siempre charlando! ah! si tardas un poquito mas todos los puestos estarán tomados! »

— Poco á poco! las barreras del cercado aun no están abiertas.

— Oh! oh! clamaron muchas voces, ¿se habria acaso diferido la corrida de toros? he aquí al verdugo que vuelve con sus ayudantes y sus boricos! ¿Qué ha sucedido?

— Como, la reina aun no se ha detenido... añadió un majo, poniéndose de puntillas. Mira, le traen almohadones para sentarse! Por vida de Dios! ¿va á hacerse decir la buena ventura? Marqueta, dijo á una esbelta y graciosa catalana, colocándola con brazo nervudo sobre su espalda, mira, cuantos gitanos la rodean! jamás he visto tantos como hoy!

— Dios mio! los paganos se ponen á hacer sus farsas y sus pasos diabólicos; querido mio! llegaremos muy tarde para bailar delante de la reina las danzas que tanto le gustan! Al instante saltando en tierra, la joven echa á correr con toda la celeridad de sus piernas.

Su amante la siguió. A su ejemplo todos se dirigieron hácia el lugar donde la reina se habia detenido con su séquito. Allí al rededor de su alteza, guardias colocadas de trecho en trecho contenian á la muchedumbre é impedían que nada pudiese estorbar los movimientos de los danzantes. A los gitanos sobre todo es preciso que no les falte lugar, porque con sus brincos al instante tienen recorrido el cercado donde se hallan. Sus movimientos, muy lentos al principio parecen animarse por grados al ruidoso sonido de la pandereta hasta que finalmente se agitan con la rapidez del viento; y entonces brazos, cabeza, cuerpo, todo toma parte en el baile y concurre, por medio de evoluciones combinadas á la

gracia y armonía de las figuras. Les cabe los crespos, la tez morena y los vestidos fantásticos y entrevesados de todos colores de los hijos venidos de la africana comarca de Zengitano, contribuían en aquel instante á dar á esta escena un aire de originalidad bastante para cautivar la atencion de los asistentes. Pero repentinamente se hace oír un ruido muy grato á los castellanos; el sonido seco y acompasado de las incitativas castañetas ha resonado; en vano los gitanos tocan con violencia sus tamboriles y saltan con mas esmero sobre el césped, no hay remedio, tienen que retirarse, el compás de la seguidilla domina toda la reunion, el baile nacional la arrastra tras sí.

Lugar! lugar! á Marqueta la linda, la graciosa bailarina! Cuan arrogante está hoy con su juboncito de escarlata y su basquiña de terciopelo negro guarnecida de encaje de Córdoba, rico presente que le habia hecho la reina, la última vez que la habia hecho llamar al Alcázar, porque una de las distracciones de la desventurada princesa consistia en hacer ejecutar en su presencia uno de aquellos bailes españoles, cuya duracion y espresion se acomodan tan bien con las tiernas emociones del alma.

« Feliz Lorenzo! murmuraba la reunion.

— Cuán hermosa estás hoy Marqueta! suspiraban otras mil voces.

La joven catalana se adelantaba entonces hácia Juana y su córte, y habiendo saludado á la reina con una graciosa sonrisa que entreabriendo sus labios, dejó brillar las dos filas de perlas que adornaban su hermosa boca, recur-

rió lentamente el cercado con paso magestuoso y ágil á la vez marcando las cadencias de la música con una especie de orgullo y coquetería con sus dos caderas ligeramente pronunciadas. ¡Picarilla! ya sabia ella lo que hacia paseándose de aquel modo al ruidoso son de la guitarra y del oboé, ántes de empezar la danza. Proponiase desde un principio grangearse los sufragios de los concurrentes, pero seductores en aquel paso seguro en que el vigor no escluye la gracia de los movimientos, mas bien que pedir parece mandar cual soberana á la reunion que la aplauda.

Cuán viva agitacion produce su llegada! cómo crece á cada momento el entusiasmo en presencia de aquella criatura encantadora! Cuanto trabajo tienen los guardias en detener con sus largas partesanas el tropel de gente que se agolpa para poder verla mejor. ¡Ahí está! ahí está, Jesus María! es preciso ser de mármol como las estatuas de los santos de la catedral, para contemplar sin emocion este talle flexible como la caña del Duero, y estas medias tan finas, que se descubren por debajo de la corta basquiña de terciopelo, y luego ese pié tan lindo preso en aquella chinela negra bordada de plata.

«Venturoso Lorenzo! Cuánto tardas en venir! qué tiempo necesitas para trocar tus alpargatas por los finos zapatos de borlas encarnadas! Ah! la multitud se aparta: él es! es Lorenzo! Su chaqueta y calzones oscuros, cuán bien designan sus formas elegantes! No se muestra seguramente ingrato hácia el Criador; pues sabe hacer gala de todos los dones que de él ha recibido!

Con dos ligeras inclinaciones, saluda á la reina y á la asamblea. ¡Dios mio! ¡qué fuerza de jarretes! Hedle ahí ya cerca de su bella Marqueta; ya agita las castañetas. A este halagüeño llamamiento, la jóven acude mas ligera que la cierva de la Sierra de Oca. ¡Silencio pues! ¡La guitarra y el oboé preludian ya el fandango. La danza favorita empieza.

¡Qué dignidad en su introduccion! es el carácter español formulado en pasos y compases; al principio noble y sosegado enseguida arrebatado poco á poco por el poderoso influjo de la pasion de los sentidos y de la grata armonía, se lanza hasta el delirio. El majo con aire jactancioso se adelanta con gravedad, dando la mano á su graciosa pareja y en mil pasos variados que ejecutan juntos, hacen los dos admirar la flexibilidad de su talle y la malicia de sus movimientos. Aumenta por grados el encanto; el bailarín está mas cerca de su compañera, sus pasos se animan con la música á que acelera el compás; con un dulce apretón, el majo, levantando en alto á la hermosa catalana, que no se resiste, le hace dar vueltas rápidas sobre un puño nervudo, á la vista de los espectadores conmovidos hasta el extremo de retener el aliento. Pero la jóven, con aquel fingido recato en que la coquetería viene en ayuda del pudor que cede, se escapa del brazo de su amante que pronto la sigue; va á alcanzarla de nuevo, cuando la astuta, doblando una rodilla sobre el césped, parece que implore ó mas bien desafie al majo, que anda como las mariposas al rededor de ella agitando sus castañetas. Ella le sigue

siempre con la vista, y en su mirada medio alucinada, se echa de ver su derrota. ¡Dichoso Lorenzo! ¡Marqueta ya no te puede escapar! ¡cielos! ¡la agitación se aumenta por todas partes!

Nadie diría sino que la reunión se ha personificado en las facciones de Lorenzo. A la vista de este grupo encantador sobre el césped á los sonidos favoritos del atractivo fandango, todos se mueven, y toman parte en la danza. En fin, el entusiasmo llega á su colmo y la seducción es completa, cuando el infatigable catalán, triunfando de su linda y caprichosa, parece estrecha su talle, enamorado, y recoge sobre sus labios de rosa el beso tan largo tiempo deseado. Pronto mil bravos, mil palmo-teos resonaron á lo lejos, y la reina, en testimonio de la satisfacción de que también participaba con todos los que la rodeaban, echa á la encantadora Marqueta un ramillete de coronillas de turquesas de Zamora montados sobre un tronco de plata.

Pero de repente se hacen oír otras tocatas; son los mantenedores de la liza y los guardias del campo que anuncian que todo está presto para los juegos guerreros. Al instante, todos corren á aquella nueva diversion y se apresuran para hallar sitio al rededor del palenque. La reina, montada otra vez sobre su hacanea, se dirige también hácia aquel lado; su cortejo parece haber disminuido: Don Juan de Padilla, y otros hidalgos no se hallan ya á su lado. Ah! seguramente habrán ido á armarse para la batalla, porque la reina impaciente de asistir á estos juegos caballerescos que le recordaban los famosos hechos de armas del que siempre vive

en su corazón, ha mandado suspender las corridas de toros, con gran sentimiento de la multitud que en verdad, no ha podido ver de buen grado retirarse el arrogante torero, ese semi Dios del pueblo acompañado de sus seis picadores con sus banderillas encarnadas. Hed ahí porque poco ha se retiraba el verdugo y sus ayudantes encargados de vigilar en el cercado, hasta el momento en que el toro cae muerto por la espada del torero.

Sin embargo, en nuestra ansiosa curiosidad, no increpemos á la reina por haber dispuesto la suspensión de la fiesta de toros igualmente que la de la representación de los santos misterios, porque el viento sopla de la parte de Toro, y las nubes que van formándose en el horizonte, hacen temer que este día tan hermoso no acabará sin tempestad. Disimúlese pues á la buena princesa Juana haberse dado tanta prisa por ver empezar el torneo. Héos aquí que ha tomado ya su asiento en el tablado erigido en el centro del cercado. Aunque se haya obstinado en conservar el traje blanco de las viudas de c'ase elevada, su semblante demuestra con todo una alegría no acostumbrada, con su banda que agita, contesta graciosamente á las ruidosas aclamaciones del pueblo, que se muestra en extremo gozoso al volver á ver á su reina que habia creído perdida para siempre.

La afluencia de gente es tal, que apenas de ser muy espaciosa las graderías, no hay bastante lugar para todos los que suben en ellas. ¡Así es, que desgraciados de los que llegan últimamente! pues se ven obligados á formar una fila junto á las barreras, y estar en pié

para ver la función. ¡ Pero dichosos los de las primeras filas que pueden contemplar un punto de vista tan hermoso como el que ofrecen los variados trajes de todos los espectadores ! sería preciso un canto entero para describir las maneras infinitas con que la coqueta ha sabido variar los colores y la forma de sus adornos , desde la mantilla misteriosa hasta la del modesto grñon. Cada traje tiene su color y su carácter peculiar como estas movibles fisonomías que se presentan á nuestra vista , cuya diferente espresion atestiguan las pasiones opuestas que animan á cada individuo ; pero todos á fuer de españoles , se agitan y hablan alto.

En este momento, el punto que atrae las miradas de la concurrencia , es el en que se halla sentada la reina rodeada de sus damas. A su derecha , María , hermosa entre todas , parece la flor blanca y pura que mece , orgullosa su corola entre sus compañeras de la pradera. En este momento, ningun cuidado la inquieta. ¡ Sus ojos negros graciosamente rasgados han recobrado todo su brillo ! convengamos en que llega á eclipsar el de los mismos diamantes del rico lazo de pedrería que sostiene su velo por debajo de sus largos y rizados cabellos. ¡ Desgraciado del imprudente caballero que busca su mirada sin alcanzar su corazón ! ¡ Pero María ya no es dueña del suyo , y el afortunado caballero que lo posee , perdería mil vidas antes de renunciar á esta joya tan codiciada de la ardiente juventud española ! Así es , que en las aclamaciones con que saludan el estrado real , mas de una boca en secreto ha pronunciado el nombre de la señora Pa-

checo , mas de un mortal ha envidiado la suerte del dichoso Padilla , cuyo amor no es ya un misterio.

Repentinamente á aquellos rumores del pueblo sucede un profundo silencio. Todos dirigen con atención sus miradas al palenque ; y es que el caballero de honor del torneo acaba de entrar , seguido de los jueces del campo , según los estilos y costumbres escritas y redactadas por el buen René de Anju , rey de Jerusalem , y observadas entónces en toda la cristiandad en esta especie de juegos y batallas ; armado de todas armas , con la celada en la cabeza , y el caballo , cubierto de una fuerte armadura y pronto á dar vueltas en caso de necesidad. De la silla cuelgan la maza y la espada , blandiendo su diestra la lanza que tiene unida la toca protectora de los vencidos. De este modo se adelanta hasta el tablado de la reina y sus damas ; allí los cuatro jueces le quitan la celada y la entregan al rey de armas , que cortesmente la va á colocar al pié del estrado real , y según la fórmula de costumbre , pronuncia en seguida estas palabras :

« Muy temida , honrada y poderosa doña Juana , reina de Castilla y de Aragon , así como tambien vosotras , nobles damas y señoras , aquí teneis á vuestro humilde servidor , caballero de honor , que puesto al frente de las filas , está pronto á cumplir con el encargo que le habeis hecho , cuyo escudo os presento , y que si os place , haréis guardar en vuestro tablado. »

Dicho esto , hizo colocar el escudo del caballero de honor encima de hasta de la altura de un hombre , cerca del tablado de las damas. Los jueces del

campo subieron á las gradas que les estaban reservadas, y el caballero de honor, montado en su caballo, permaneció entre las cuerdas, aguardando la llegada de los torneadores, que no se hicieron aguardar mucho tiempo, porque pocos instantes despues, con satisfaccion general, se oyó el sonido estrepitoso de los clarines, y en seguida se abrieron las barreras delante de dos caudillos precedidos de sus banderas. A cada una de ellas siguen doce caballeros armados de punta en blanco igualmente que sus porta-estandartes, los cuales tambien montan briosos alazanes con caparazones blasonados y cubiertos de hierro.

Segun la costumbre, á la sazón, muy en voga en España de recordar á menudo la gloriosa lucha de los cristianos contra los moros, los caballeros de uno de los dos bandos, para figurar á los guerreros infieles, traen turbantes de acero pulido y brillante; de su rico cinturón cuelga la cimitarra encorvada, en vez de la larga espada con el puño en forma de cruz; pero en la bandera encarnada del gefe, en lugar de la media luna ondea simplemente una sencilla banda azul, cuyo valor y misterioso origen solo son conocidos del que la trae. La otra partida ha conservado su carácter nacional, trae el yelmo puntiagudo con un soberbio penacho, y en la bandera del gefe, donde se ven las armas de Castilla y de Aragon entrelazadas, ondea una banda blanca igualmente apreciada del caballero abanderado.

¡Ah! mirad á este último como toma la derecha á la invitación del heraldo y de los jueces del campo; y cual

le siguen sus guerreros con paso lento hasta su línea de batalla; pero cuanto trabajo le cuesta el mantener á su caballo en esta línea prescrita por los reglamentos de la caballería! como se anima el noble animal al sonido de las trompetas que están tocando sin cesar! como golpea la tierra! afortunadamente se las ha de haber con un caballero muy diestro! ¡Dios mio! como domina el ardor de su impaciente corcel! cuanta destreza y soltura atrae la atención de todos los asistentes! ¿No se les ve ya á todos dispuestos en su favor? porque aunque la visera del caballero esté bajada, fácilmente han reconocido su hermoso caballo Alamez, blanco como la nieve de la cumbre del Atlas á cuya falda nació, y las armas parlantes de la casa de Padilla que sostienen tres sartenes de plata dispuestas en fila y acompañadas de nueve medias lunas de plata, noble escudo que cubre el broquel y la cota de armas de don Juan, y que sirve á recordar á las generaciones presentes y futuras el hecho de armas de aquel Padilla, que sorprendido en otro tiempo en su habitación por un crecido número de infieles, se asió en falta de armas, de los mas vulgares utensilios de su ajuar, y con ellos él y su gente rechazaron á los agresores tan vigorosamente, que el señor de Padilla, segun dice la crónica, rompió hasta tres sartenes por las espaldas de sus enemigos que huían despavoridos á la presencia de tan bravo campeón.

¿Pero quién es el gefe de la segunda partida que se dirige á la izquierda? su escudo parece ménos histórico: la palma verde que lo sostiene llama sin

embargo la atencion: es un emblema que en este dia de batalla el señor Maldonado ha querido añadir á sus modestas armas, en memoria de su querida ciudad de Salamanca y de la universidad de que forma parte.

Con todo bajo su bandera marchan los mas nobles hidalgos, tales como los dos hijos del anciano conde de Herrera y el jóven don Pedro Lasso de la Vega, recienmente unidos al partido de la independencia: pues generosos hidalgos, en testimonio de su admiracion por los señalados servicios hechos en Toledo y Segovia por el valiente don Francisco Maldonado, le han proclamado su gefe de batalla en un arranque patriótico de gratitud.

Así es que guiados por tales sentimientos y por deferencia hácia todas las órdenes que forman parte de la santa Liga nacional, don Juan de Padilla y el señor Maldonado han cada uno admitido en sus filas de torneadores, á la par hidalgos de nombre muy antiguo á muchos guerreros de escudo timbrado de perfil, y que pertenecen á las clases mas honradas de artesanos, conforme es permitido aun algunas veces por los estatutos del buen rey Renato, « siempre que, dice este muy instruido príncipe justiciero en materias de caballería, alguno no fuese hidalgo pero « sí sugeto hábil y virtuoso, desde entonces para en lo venidero, por su « grande bondad y virtud, merece ser « admitido en cualquier torneo, sin que « pueda decirsele nada. Cuando los dos bandos estuvieron colocados el uno frente del otro y de modo que segun la costumbre, el sol, estuviere repartido entre ellos, á fin de que no pudiese

servir de obstáculo ni de ventaja á ninguno de los combatientes, se puso una cuerda entre ellos para detener á los mas briosos hasta que se hubiese dado la señal del combate. En seguida, habiendo cesado de tocar las trompetas, el rey de armas puesto en grado inferior al asiento de los jueces, dijo en voz muy alta lo que sigue:

¡Oid! ¡Oid! ¡Oid! los señores jueces ruegan y requieren á todos vosotros, señores torneadores, que ninguno hiera á otro de estoque ni de revés, conforme lo habeis prometido, y que si por casualidad se le cae á alguno el yelmo, que nadie le toque hasta que se lo haya vuelto á poner, y que ninguno de vosotros por encono se dirija mas contra uno que contra otro. Os prevengo ademas que luego que el clarin haya tocado retirada, y se hayan abierto las barreras, ninguno de vosotros permanezca por mas tiempo en el campo, pues ninguno ganará premio despues de aquel toque.

Dicho esto, por orden de los jueces, se señaló á los caballeros torneadores un espacio de siete palmos de largo, para que se pusiesen en orden; luego el rey de armas gritó por tres veces distintas.

« Cortad cuerdas y principiad el combate siempre que querais. »

Entonces los cuatro hombres apostados á las estremidades de las dos cuerdas, las cortaron con su hacha y la batalla comenzó.

El fogoso Alamez abandonado esta vez á todo su ardor natural, ha prontamente llevado al señor de Padilla en medio de las filas contrarias; pero el señor Maldonado, haciendo dar dies-

tramente la vuelta á su caballo, ha evitado á su temible adversario, que ha ido desde luego á herir, con su larga lanza al mas jóven de los Herrera, desarmándole al instante.

El hermano del desgraciado caballero vuela en su socorro, pero el señor de Padilla, dueño otra vez de su caballo, aguarda al segundo Herrera, y huyendo cuerpo á la lanza de éste, le hierre con su maza y le hace rodar por el polvo, al lado de su hermano. Entónces resuenan por todas partes numerosos aplausos, á los cuales sucedieron casi en el mismo instante carcajadas, motivadas por la torpe caída del corpulento Sentibañes. Como primer alcalde de la ciudad de Toledo, ha querido representar á aquella ciudad en las filas de Padilla, y no lo ha acertado á fé, porque rompiéndose contra él la lanza de Maldonado, le ha derribado de su caballo, y hé aquí, por tierra, muy parecido con su coraza, á una enorme tortuga, metida dentro de su concha.

Pero el esforzado don Francisco Maldonado, poco satisfecho de un triunfo tan fácil, se afana por coger nuevos laureles; en su mano es tan temible la espada como la lanza, sobre todo ahora que el ardor de nuestros combatientes les ha de tal modo acercado unos á otros, que solo pueden servirse de la maza y de la daga. Nadie parece poder resistir los esfuerzos del valiente bachiller de Salamanca; su armadura apenas ha sufrido el menor daño, y ha puesto ya fuera de combate á tres caballeros cristianos: al uno le ha hecho saltar la visera, al otro le ha obligado á implorar perdon, estrechándolo con brazo nervudo contra su pecho de

hierro, y al tercero, acaba de descargarle en la cabeza, un golpe tan recio con su maza que, aturdido ha caído al suelo sin sentidos.

Entretanto, el mesnadero ó caballero de pendon del bando cristiano, no permanecía ya en frente del bando infiel, de suerte que el número de los combatientes quedaba reducido por ambos lados á ménos de la mitad, cuando por fin se encontraron los dos caudillos. Púsose entónces la reunion mas atenta y silenciosa que nunca.

En vano el orgulloso Lasso de la Vega se ha atrevido á medir sus armas con Reynaldo de Córdoba, el valiente alcalde mayor de Segovia, que está ya bastante restablecido de la herida que recibiera en el sitio de aquella ciudad, para poder esperar ser todavía útil á su pais, y para desmontar por de pronto al sobrádo temerario campeón que se ha empeñado en combatir con él. Todas las miradas están fijas exclusivamente en la lucha de los dos caudillos; los pocos guerreros que les rodean, suspenden la pelea y se convierten en espectadores de aquel combate, como si todos estuviesen acordes en poner el éxito del torneo en manos de sus valientes gefes.

La victoria no queda indecisa por mucho tiempo, el impetuoso Maldonado se lanza como el rayo sobre el señor de Padilla, quien, firme en sus estridos, sostiene el golpe sin inmutarse. ¡Imprudente y en demasía fogoso caballero! ¡héte aquí ahora sin defensa ante la temible espada de don Juan! La hermosa y dura hoja forjada por el mismo Narvaez, el famoso armero de Toledo, hace saltar, hecha pedazos, la

coraza de Maldonado, rompiéndole hasta el jubon que lleva debajo. La hermosa Inés ha visto el golpe, y repentinamente se ha oído un grito; pero ha sido ahogado al momento por el ruido de las aclamaciones de la multitud, porque el noble señor de Padilla había suspendido sus golpes aun ántes que el caballero de honor del torneo hubiese tenido tiempo de echar sobre el timbre de Maldonado la toca protectora: y alargando la mano á su adversario: «Amigo, le dijo don Juan, hemos jurado pelear con armas corteses; dejemos el combate, y que así en este torneo, como delante del enemigo, la gloria nos sea siempre comun como parece natural entre buenos hermanos de armas como nosotros.

El señor Maldonado se apresura á corresponder á tan generoso comportamiento apretando cordialmente la mano que se le ofrece. Entónces volvieron á tocar las trompetas, y ya los jueces del campo se preparaban á bajar de su asiento, cuando de repente aparece un caballero cubierto de una armadura sombría, sin escudo ni divisa, y dando una precipitada carrera con toda la ligereza de su caballo negro, se detiene junto á las gradas de los jueces, y les suplica le hagan el honor de permitirle romper una lanza con el señor de Padilla, y de disputarle el premio del torneo, tan fácilmente adquirido. Todos quedaron sorprendidos; pero habiendo el desconocido caballero levantado con misteriosa precaucion su visera delante los jueces, les vió dispuestos á satisfacer sus deseos.

Al instante el rey de armas advirtió al señor de Padilla, del nuevo cartel

que acababa de presentársele. El valeroso hidalgo lo aceptó lleno de alborozo. Mandóse parar los clarines, y los dos campeones fueron colocados á una distancia conveniente. Don Juan reparó un poco el desórden de su armadura, y tomó otra lanza, pero no quiso separarse de su fiel Alamez ni de su buena espada de Toledo. En cuanto al caballero de la negra armadura manejaba con soltura, su navarro color de ébano, y todo indicaba en él, que se hallaba muy ejercitado en la profesion de las armas; ¿pero quién será este misterioso personaje? Esta era la duda que se ofreció á todos, y que nadie acertaba el resolver. ¡Es tan cierto, como mi señor Lopez es mi patron, que yo he visto en otra parte á este sombrío personaje!

— Cualquiera que te oyese, replicó soltando una fuerte carcajada el compañero del toledano Cueva, pensaria que todas las cabezas de nuestros grandes de España han pasado por tus manos.

— ¡Bobazo! contestó nuestro barbero, levantando las espaldas, ¿no véis, por las consideraciones que se le guardan, que este debe ser á lo ménos don Juan Bravo, el capitan de Segovia, ó el señor Pacheco y Giron?

— ¡Tú, eres el bobazo! interrumpió á su vez cierto franciscano cuidadosamente envuelto con su capa de buriel, ¿ignoras acaso que los hidalgos enviados á don Cárlos han sido detenidos en el camino y echados en las prisiones de la regencia en Valladolid?

— ¿De veras? repitieron á la vez mil voces indignadas.

— ¡Por san Francisco! No cabe la menor duda, añadió el fraile, con fria

indiferencia; pues esta mañana he sabido esta noticia en el patio del Alcázar cuando iba cuesta abajo para mi convento.

Calló en seguida, satisfecho, como perro infiel que era, de haber introducido la zozobra en el ánimo de sus enemigos, pues aquel fraile no era otro que Moreno, disfrazado bajo su acostumbrado hábito como siempre que tenía que mezclarse con el pueblo. Apesar de todo, aquel movimiento de indignación no tardó en hacer lugar al vivo interés que en aquel momento exitaba la terrible escena que estaba pasando en el campo.

Los dos caballeros, sin aguardar la señal de costumbre, se habían acometido uno á otro. Al primer choque sus lanzas habían saltado hechas astillas; pero ambos permanecían firmes á caballo. Cogen entónces las mazas de armas y se descargan mutuamente sendos porrazos. ¡Sus armaduras están enteramente abolladas, y al verles luchar de aquel modo, nadie diría sino que un oculto resentimiento mueve sus brazos. Al través de la visera sus ojos se amenazan y se dirigen encendidas miradas. ¿Se habrán tal vez reconocido? Imposible es dejar de creerlo, porque el odio tiene de comun con el amor que penetra siempre la verdad, apesar de los velos con que esta procura encubrirse. El combate dura todavía, y el caballero negro empieza á descubrir que ha contado demasiado con su fuerza y su destreza, así como con el cansancio que el desleal suponía en Padilla. Al ver el encarnizamiento á nuestros dos campeones, un profundo estupor se había apoderado de toda la concurrencia, que

no sabía atinar ni comprendía en la causa del satánico furor que los animaba.

Por último reuniendo el señor de Padilla todas sus fuerzas, y confiado en la robustez de las piernas de su Alamez que aguijonea vivamente con el acicate contra el brioso corcel de su adversario, coje á este por el gorgal con la mano izquierda, y con la derecha le descarga un golpe tan fuerte que la celada del caballero negro hecha pedazos vá á saltar á diez pasos de distancia. Detiéndose entónces generoso don Juan, pero reconociendo en el rostro descubierto de su antagonista aquella herida de que aquella misma víspera le hablara Moreno:

«Don Pedro Giron, le gritó con amarga ironía, tranquilízalos, aquí no estamos en el bosque de Coca; dad gracias á estas nobles señoras, y á las leyes de la caballería, si mi buena espada no añade otra herida á la que os hice ya en la cara.»

Don Pedro fuera de sí pedía de nuevo á los jueces del campo permiso para volverse á poner la celada, y empezar otra vez el combate; pero los jueces se lo rehusaron, pues el juego había durado ya bastante para la diversión de las señoras. A mas de esto el caballero de Padilla debía estar fatigado despues de tanto luchar, y á lo léjos comenzaba á dejarse sentir la tempestad. Se dió orden á las trompetas de tocar retirada, y mientras don Pedro Giron se retiraba confuso y con la venganza en el pecho, su venturoso rival, precedido del caballero de honor y de los jueces del campo, se adelantaba hácia el estrado de la reina para recibir el premio del combate. Llegó

gados cerca la balaustrada, el rey de armas que iba delante dijo á la reina:

«Muy alta y poderosa princesa, aquí teneis el caballero don Juan de Padilla que viene á los piés de vuestra alteza, á pedir el premio de la victoria siendo el caballero que ha dado mejores estocadas de cuantos se han presentado hoy en el torneo.»

Entónces el señor de Padilla, habiéndose apeado, subió las gradas del estrado real, y se arrodilló delante de la reina, la cual le concedió el beso de costumbre; luego su alteza, desasiendo de la cabeza de doña María el velo y el broche de diamantes que lo retenía, mandó á su jóven favorita que lo diese como un presente al caballero mas aventajado del torneo; «porque ningun otro premio, añadió con amabilidad, podría satisfacer tanto al señor de Padilla, como este y el beso que debeis concederle en recompensa de su valor.

La hija de los Pacheco, obedeció á su soberana sin necesidad de grande esfuerzo apesar de que todas las miradas estaban fijas en ella; con todo cuando hubo favorecido con la dulce expresion de sus labios las mejillas del caballero, y vuelto á levantar la cabeza, un lijero encarnado vino á colorar su semblante. Algunos lo atribuyeron á cierto embarazo muy natural en su edad; pero otros, por ejemplo, nosotros, que hemos sabido apreciar el carácter apasionado y la ternura de la jóven castellana, tenemos fundamentos para atribuirlo á la alegría que la bella María experimentaba, orgullosa de ser la señora de los pensamientos del caballero mas cumplido y mas admirado

de las Españas.

Entretanto, los concurrentes todos aplaudian al afortunado vencedor, y mezclaban sus aclamaciones con las ruidosas tocatas que no cesaban jamás, hasta que repentinamente se oye resonar á lo léjos un clarin. ¿Será acaso el eco? No. Es otro trompeta; ¡detras de la cual viene un caballero seguido de dos escuderos á pié! Todos se dicen á un tiempo: ¿Quién es ese que llega de nuevo? Pero el caballero ha pasado ya la barrera, se le puede distinguir con facilidad. ¡Gran Dios! ¡por la cota que le cubre parece otro rey de armas de Castilla y Aragon! En efecto, sobre su cota encarnada se echa de ver el castillo coronado por tres torres de oro, que son las armas de Castilla, y los tres palos de gules en campo de oro, que son las de Aragon; pero vése ademas en medio de su pecho el águila de sable con que se distingue la casa de Hasburgo desde que es imperial. A buen seguro que este es un enviado de don Carlos ó de la regencia; se ha detenido en frente del estrado de la reina, y agita una banda de seda. ¿A qué viene este pergamino que desarrolla y del cual cuelgan grandes sellos de cera? ¡Silencio! el heraldo lee en alta voz:

«Nos, Adriano Florencio de Utrecht, principe de la santa iglesia católica, apostólica y romana, regente de los reinos de España, á todos los que las presentes vieren, oyeren y entendieren, salud:

«En nombre del muy alto y muy poderoso principe, don Carlos quinto de nombre, por la gracia de Dios, emperador de Alemania, rey de los romanos, de Nápoles, Castilla y Aragon,

señor del nuevo mundo , etc..... y en virtud de poderes á nos por él conferidos , mandamos á todos los fieles súbditos confiados á nuestro cuidado , que nos secunden cada cual en su orden y lugar , en nuestros piadosos esfuerzos para volver la paz y el orden á este reino. »

« En consecuencia , autorizados como estamos , por su magestad , para conceder perdon y gracia á los arrepentidos , mandamos á los que , seducidos por culpables pensamientos conservasen aun en su espíritu proyectos de rebelion y ruina, que los abandonen, condeciéndoles como les concedemos, ocho días para deponer las armas. »

Aquí sordos murmullos ahogaron la voz del mensajero de la regencia, y apiñábase en derredor de él la multitud desccontenta; pero, á las justas observaciones de los gefes de los comuneros de que un parlamentario debe ser siempre escuchado, se mandó hacer lugar á la multitud y el heraldo imperial, continuó en estos terminos:

« Además, nosotros rogamos y suplicamos á nuestra augusta soberana Juana, reina de Castilla y de Aragon, acoja favorablemente la proposicion que le hacemos de reunirse con nosotros para bien del reino, y por lo tanto le pedimos en ausencia de su hijo venga á Valladolid á presidir en persona el supremo consejo de estado, del que hacemos parte, estando dispuestos á reconocerla por regente de España hasta que con la gracia de Dios, su salud le permite volver á tomar las riendas del gobierno. En fin, pedimos igualmente á su alteza se digne traer consigo , todas esas insignias reales

que jamás se ha separado tales como los sellos del reino y estandarte de Co-va Donga, igualmente que todo el dinero percibido en virtud de los arbitrarios repartos impuestos por la inconstitucional asamblea de Avila, cuya legalidad negamos y cuyos actos anulamos por sediciosos y atentatorios á las instituciones del reino, y lanzamos nuestra reprobacion y citamos por ante el emperador á todo rebelde, que con culpables amenazas intentare detener á nuestra soberana y la impidiese trasladarse á donde su título de reina y de madre le imponen el deber de acudir para el bien de sus súbditos y por el del rey su hijo.

« Con todo, penetrados como estamos de la idea de que nos seria muy difícil conocer á fondo las necesidades de los pueblos confiados á nuestros cuidados, y queriendo siempre, que para los intereses de cada uno, se hagan las reclamaciones con orden y regularidad; mandamos, y convocamos, en la forma acostumbrada hasta el presente, las córtes del reino, dejando á su alteza la reina el cuidado de fijar el dia de su reunion y apertura, siendo nuestra intencion acordar con los verdaderos representantes de la España, los mejores medios de satisfacer los deseos de la nacion en lo que sean justos y arreglados, á las antiguas instituciones de Castilla y de Aragon, hácia las que profesamos el mas profundo respeto y rogamos á Dios con todo corazon que nos las conserve, como tambien la paz del reino, y la felicidad de todos. »

Nuevos murmullos habian acompañado la lectura de estas imperiosas intimaciones; sin embargo, el aspecto de

firmeza de los gefes y la enérgica conducta de Felipe de Caro, alcalde de Tordesillas, de sus tenientes y alguaciles, contuvieron la indignacion general; y el enviado de la regencia, siempre con semblante impasible, desarrollando otro pergamino, con alta é inteligible voz leyó su contenido en estos términos:

« Nos don Iñigo de Velasco y Haro, gran condestable hereditario de Castilla, obrando como tutor de la señora doña María Pacheco, emplazamos y citamos ante el gran consejo de Castilla al caballero don Juan de Padilla, acusado del crimen de raptó y seducción para con la persona de nuestra nieta y pupila doña María Pacheco; mandamos además, á la susodicha señora, por el presente escrito, que vuelva á someterse desde luego á nuestra legítima autoridad, y venga á Valladolid en la respetable compañía de la reina Juana, nuestra augusta soberana.

« En su consecuencia requerimos á todos los españoles que nos presten su auxilio para hacer triunfar nuestro legítimo derecho, previniendo á todos que monseñor el cardenal regente, y nos don Iñigo de Velasco y Haro, gran condestable hereditario de Castilla y miembro del consejo de regencia, hemos recibido de nuestro bondadoso soberano don Carlos, rey de las Españas, órden y poder de aguardar cerca de nosotros, en rehenes, á todos los enviados con misiones sediciosas é irreverentes para con la magestad, hasta que la paz esté restablecida en ambas Castillas y Aragon, y hasta que se haya puesto en nuestro poder la sagrada persona, de la reina, y de la señora

Pacheco. »

Estas últimas palabras llevaron muy pronto á su colmo la exasperacion de la multitud, á quien por un momento consternara la acusacion dirigida contra Padilla, el elegido y favorito de la liga. Entónces fué universal la explosion. En vano el mismo don Juan, secundado por los alcaldes, Maldonado y todos los que gozaban de algun influjo en el ánimo de la multitud, quieren interponer su mediacion á favor del atrevido parlamentario; al rededor de éste, se oyen mil voces de: — ¡ Muera el enviado de los que no han respetado á nuestros diputados! Insulto por insulto. ¡ Muera el regente! ¡ muera el condestable! » y el tumulto iba creciendo con el ruido del trueno que retumbaba ya en el cielo.

Entónces las personas que rodeaban á la reina, temiendo con razon el efecto que pudiera producir semejante espectáculo en el débil espíritu de Juana, invitaron á esta princesa á que dejase aquellos lugares, y retirarse á su Alcázar. La tempestad que arrecia por momentos y la lluvia que cae con abundancia la determinan por fin; pero en el mismo instante que Juana desaparece, el pueblo, á quien su presencia contenia aun, se precipita sobre el heraldo de la regencia. Mal lo va á pasar, pues los guardias del campo no son ya bastantes á hacer retirar tantos agresores. Felizmente, el noble señor de Padilla está aun allí, armado de punta en blanco; desenvaina su espada, y cubre generosamente con ella la persona del enviado:

« ¡ Que no caiga un solo cabello de su cabeza! gritó con voz atronadora á la

multitud alborotada. Habeis pedido represalias, bien! que le lleven á las cárceles de Tordesillas; pero no manchemos con su sangre nuestra pura y santa causa!»

Dicho esto, y sostenido por un esfuerzo de gente armada mandada por el señor Maldonado, se abrió paso hasta las murallas de la ciudad á través de los grupos del pueblo que se precipitaba á su encuentro, y amenazaba con la voz y gestos al prisionero que arrancaban á su venganza, semejante á una manada de lobos encarnizados que siguen con sus ojos de fuego la presa arrebatada á su rabia devoradora.

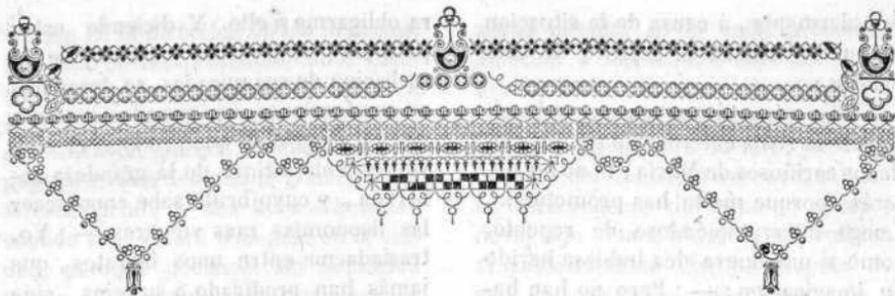
Con todo don Juan siempre impasible, acompaña en persona al par'amentario hasta el antiguo castillejo de San Benito, que era un vasto edificio cuadrado, y fortificado, que ocupaba el centro de la ciudad. En las estancias superiores de aquel edificio, habia espaciosas y sombrías salas en donde, en ciertos dias del año se reunian los gremios de artesanos para debatir sus diversos intereses, y mas abajo, en los subterráneos, habia la cárcel y los calabozos para la custodia de los malhechores y perturbadores. El señor de Padilla no fiándose de aquel espeso muro para proteger la vida del prisionero,

destina para guardarle un destacamento del tercio de Castilla bajo las órdenes del señor Maldonado, y no se retira, en fin, hasta despues de haber examinado por sí mismo si la antigua estancia se hallaba en estado de resistir una tentativa de violencia exterior.

No cabe duda de que no pueden calificarse de inútiles semejantes precauciones, porque numerosos grupos ocupan todas las avenidas de la cárcel, por do quiera se oyen gritos siniestros, y todo parece que concurre á esparcir la alarma en los espíritus. El ruido sordo y espantoso de los murmullos sediciosos se mezcla con el estampido del trueno: cielo y tierra ofrecen una verdadera armonía. Los relámpagos surcan sin cesar las sombrías nubes, y una admófera de fuego sobre los mortales agitados interiormente por el furor de las pasiones.

Nadie diria sino que Dios ha querido presentar á aquellos mismos que festejaban tan mundanamente la apotósis de la Virgen, como un emblema de la vida humana, este dia tan brillante en su aurora, y que en sus primeros rayos fuera saludado por mil gritos de alegría no ofreciendo en su caída mas, que espanto, tinieblas y confusion.





EL CONSENTIMIENTO.

XVII.

«Hija mia, ¿no tenia yo razon de temerlo? ¡estos dias de felicidad no podian durar!.... ¡Pero qué he hecho yo para que todo se haya conju- rado contra mí? ¡Esta noche.... qué relámpagos! ¡qué estruendo!.... ¡Ah! ¡ciertamente era la misma tormenta que catorce años ha en aquella noche fatal en que él me fué arrebatado! ¡Oh! ¡sí, ahora lo conozco, le he perdido para siempre, y con él toda mi felicidad!....

— ¡Pero, no os queda vuestra Ma- ría para amaros? ¡La hija de Leonor de Benavente no es ya vuestra hija adoptiva?»

Hablando así, la hermosa huérfana de los Pacheco apretaba contra su co- razon las manos de su soberana, y con estas palabras afectuosas y tiernas que solo los labios de una muger saben pronunciar, la compasiva jóven procura- ba calmar en Juana una agitacion siem-

pre alarmante, á causa de la situacion en que se hallaba el espíritu de esta princesa.

«Hija mia, tú me amas, ya lo sé, repuso la reina enternecida por los cuidados cariñosos de María; tú no me dejarás, porque me lo has prometido.... Luego interrumpiéndose de repente, como si una nueva idea hubiese herido su imaginacion: — ¿Pero no han hablado tambien de robarte á mi ternura?....

— ¡Ay! suspiró María, es sobrado cierto; un deber imperioso me manda partir.»

Una palidez mortal se esparció por las facciones de la señora Pacheco, que tuvo con todo bastante imperio sobre sí misma para contener los sollozos que ahogaban su voz. Pero sus esfuerzos fueron vanos, su dolor no pudo pasar desapercibido de su soberana, cuya mirada fija interrogaba el fondo del alma de su jóven amiga, y con aquel acento particular que solo se le notaba cuando la atormentaba algun recuerdo doloroso: «¿Tú, dejarme? le dijo: eso no. ¡Hija! ¡no puede ser! ¿No es verdad? dí.»

María, olvidando entónces sus propios pesares para no pensar mas que en calmar la extrema exaltacion de Juana: «Tranquilizaos, mi buena señora, los cuidados de vuestra fiel María no os faltarán jamás; porque si fuere preciso que deje estos lugares, ¿no será en vuestra compañía que me alejaré de aquí? ¿La orden de mi tutor, no es que acompañe á vuestra augusta persona hasta Valladolid?....

— ¡Yo, partir de aquí! interrumpió Juana; ningun poder seria bastante pa-

ra obligarme á ello. Y diciendo estas palabras, se levantó; y apesar de la turbacion de sus miradas, se descubria en sus facciones y en sus ademanes ese aire de magestad que produce el convencimiento íntimo de la grandeza soberana, y cuyo brillo sabe ennoblecer las fisonomías mas vulgares.— ¡Yo, trasladarme entre unos ingratos, que jamás han prodigado á su reina, sino insultos y ultrages, y esto aun cuando no la habian condenado al olvido! ¡No! ¡no! yo permaneceré aquí; y á tí, mi hija adoptiva, te conservaré á mi lado. ¡Ah! solo para imponerme órdenes, se acuerdan de mí: ¡bien! pues bien recibiendo las mias, se convencerán de que la única voluntad que debe ser obedecida en España es la de Juana, sola reina de Castilla y Aragon.

— Señora, ha llegado el momento de que por vos misma probeis á todos vuestros súbditos, que sois verdaderamente soberana de España, dijo Padilla, que en aquel instante entraba en el aposento de la reina. A vuestra alteza toca resolver públicamente sobre la suerte del prisionero. Antes de presentarme ante vuestra gracia, he querido yo mismo interrogar al heraldo de la regencia. El me habia hecho llamar, su intencion era hablar solo, sin testigos, al capitán general de la liga; pero como á las importantes revelaciones, que promete hacer en favor de nuestra causa, ha puesto por condicion que inmediatamente se le ponga en libertad, no he querido cargar con la responsabilidad de semejante promesa, que debe ir acompañada del consentimiento de los miembros de la junta que vuestra alteza acaba de aso-

ciarme en la direccion de los negocios. Por esto me he presentado ante vuestra gracia para suplicarle tenga á bien hacer reunir el consejo, no en este instante, porque la efervescencia popular es aun demasiado grande, pero sí esta noche, á una hora avanzada, cuando todo estará tranquilo en la ciudad, paraque podamos sin inquietud tomar alguna determinacion, sea la que fuese, y ponerla en ejecucion desde la madrugada, obrando con esta actividad, evitaremos que la multitud, en su impolítica ceguera, quiera de nuevo poner obstáculo al cumplimiento de nuestras medidas. Podemos prometernos, señora, que vos presidiréis la junta en persona; esta seria una ocasion favorable para señalar á nuestros enemigos la vuelta de vuestra alteza al poder, y para demostrárselo, tomando por vos misma una resolucion; en este negocio, sobre todo, si dando la libertad á su imprudente mensajero vuestro primer acto de soberanía, es un acto de clemencia.

Sin duda, contestó Juana, asistiré al consejo; deseo que vuestros compañeros adopten vuestra opinion, que es la mia: la clemencia es la virtud más apreciable de los reyes, y yo quiero que por su propio enviado sepan mis enemigos quien es la reina que ellos desconocen. Aun no está todo aquí, añadió la princesa sosegada; pues su espíritu vivamente impresionado por las importantes palabras de Padilla se habia tranquilizado de nuevo, y por consiguiente, sus nervios se habian aflojado; su sangre recobrando su equilibrio, no dirigía á la region cerebral; y como de ordinario, despues del para-

sismo pasado, se la veia, prestando atencion á los asuntos mas serios, y discurriendo con sumo despejo.

—Es pues preciso, continuó, que su enviado lo sea ahora nuestro; pues debo una contestacion á ese cardenal que se titula regente del reino en nombre de mi hijo don Carlos; como tambien al condestable de Castilla respeto de esta querida niña, dijo abrazando á María con ternura. En esto seguiré tambien vuestro parecer, señor de Padilla, añadió con una bondadosa sonrisa difícil de describir; y como mi consejero íntimo os encargo la contestacion.

—¡Ah! señora, repuso don Juan, me he obligado por mi posicion á absterme de manifestar mi opinion en este negocio, bastante desgraciado soy pensando que mi amor haya podido comprometer, á la vista de toda la España, el honor de la muger que yo adoro, y el honor de mi partido en la persona de aquel á quien ha nombrado gefe. Vuestra alteza, que conoce el fondo de mi alma, sabe que no soy culpable; ¿pero piensa así todo el mundo? Mis enemigos, no solo los de Valladolid, sino tambien los que me han grangeado la envidia entre los nuestros, en su animosidad contra mí me reprendrán un sentimiento tan puro y tan noble, y que experimentan muchos de ellos; puede que llegarán hasta el estremo de imputarme como un crimen las bondades que me dispensa vuestra gracia, dignándose interesarse por el tierno amor que me une á la señora Pacheco. Lo siento en el alma, señora, por el bien de nuestra santa causa, y por el honor de la que amo mas que á mi vida; es preciso que haga un

sacrificio. Aquí interrumpiéndose un momento : — ¡ La patria , suspiró , jamás sabrá hasta que punto he sacrificado por ella mi felicidad ! Luego para dar ánimo á su desposada , procurando disimular todo lo que tenia de doloroso para él , la generosa resolucion que acababa de tomar. — María , mi idolatrada María , dijo , separémonos ; es preciso....»

Pero sin dejarle acabar estas crueles palabras : « ¡ No , jamás ! exclamó la jóven en el colmo de la desesperacion , hasta el punto de olvidar que la reina se hallaba presente ; y cogiendo el brazo de su amante : Juan , le dijo , en vano quiero luchar con mi ternura. ¡ Esto es demasiado ! ¡ Hace mucho tiempo que mi vida es una série continua de combates y quebrantos ! ¿ Qué me importan en la actualidad las órdenes de un tutor inexorable ? ¿ tus derechos sobre mi persona no son acaso tan sagrados como los suyos ? ¿ no te lo he confiado en presencia de Dios de mi propia voluntad ? ¿ Desde cuando los desposorios no son ya santos y respetados en España ?

— ¡ Oh ! querida mia , replicó don Juan lleno de emocion , no intentes acobardar mi ánimo : mi turbado corazon no sabria por mucho tiempo resistir á tu deseo , de que participa él mismo ; pero también me dicta que tu honor debe serme mas grato que tu afecto. ¡ Ah ! María , dejarias de oponerte á las exigencias de tu desdichado amante , ¡ si supieras lo que padece á la dolorosa consideracion , de que , departe todo de él , hasta su misma proteccion te es perjudicial!....

— ¡ Pues bien ! repuso la jóven cas-

tellana con aquel ardiente afan que solo inspira el amor muy intenso , si es cierto que tú , Juan mio , el esposito que he escogido entre todos , me rehusas actualmente tu socorro y apoyo , esta es la égida tutelar bajo la cual me refugio , ningun español se atreverá á tocar á la que proteja la reina. » Y hablando de esta suerte se habia arrojado á los piés de Juana y le abrazaba las rodillas.

« Ven , hija mia , le dijo la princesa abriéndole los brazos y apretándola contra su corazon : tu confianza en mí no se ha engañado. Señor de Padilla , yo soy quien os manda permanecer junto á mi persona.... — Ciertamente , señora , mejor que otro se cuan poderosa y respetable debe ser la proteccion de vuestra alteza ; pero en las difíciles circunstancias en que nos hallamos , interesa á todos no abusar , por motivos personales , de vuestra soberana autoridad ; es preciso sobre todo que los gefes del poder contribuyan , mas que el comun de sus gobernados , á conservar pura y digna de su nombre la causa de la santa liga ; es preciso en fin , que aquel á quien ha nombrado su caudillo , esté al abrigo de toda censura. No solo es el fondo de mi carácter el que debe permanecer sin tacha , sino también la parte exterior de mis acciones , porque los enemigos que cuento en el seno mismo del consejo de vuestra alteza , son demasiado sagaces para no hacerse un mérito de mis faltas aparentes , y para no aprovecharse inicuamente de la acusacion dirigida contra mí por el condestable , y con esta ocasion hacerse populares en perjuicio mio , y echarla de magnánimos para

con los hombres crédulos de todos los partidos. Vos lo veis, señora, á la gloria de la causa á que sirvo, debo sacrificar la felicidad de toda mi vida, á ménos que en su generosa bondad, vuestra gracia....» añadió Padilla, deteniéndose con algun embarazo en cada una de sus palabras.

«¿Qué quereis decir?... interrumpió la reina.

— Usando, continuó don Juan, del derecho supremo que las instituciones del reino han en todos tiempos reconocido en el poder real, no dé su consentimiento...

— ¡Acaba! exclamó María, adivinando el pensamiento de su desposado.

— A un himeneo, prosiguió él, que haria la dicha de dos personas cuyos corazones no cesarian jamás de bendecir el augusto nombre de vuestra alteza.

— Sed pues felices, contestó la reina casi llorando. Don Juan, os habeis anticipado á mis intenciones. Tomando entónces la mano de María y juntándola con la del caballero: Desde este instante, les dijo, no haya mas obstáculo á vuestra union, teneis mi consentimiento.»

Verdaderamente, seria difícil describir la escena de ternura que siguió á estas últimas palabras, sobre todo cuando Juana, penetrada como lo está todo sér sensible que halla ocasion de hacer á alguno dichoso, añadió, en el colmo de la alegría:

« Para declarar mejor mis formales intenciones, quiero que la ceremonia de vuestro enlace sea celebrada con toda solemnidad en la iglesia de Tordesillas; yo misma estaré al lado de María y le

serviré de madre. ¿Puedo acaso encontrar una circunstancia mas propicia para cumplir mi promesa, de reemplazar respecto de ella á mi pobre Leonor? Señor de Padilla, confio en vos para acelerar los preparativos de vuestra union; os dejo la libertad de fijar el dia.

— Cuantas bondades, señora, repuso don Juan, inclinándose delante la reina. Son tan grandes que todos los dias de mi vida no bastarán para atestiguaros mi gratitud. Pero si quereis que vuestras reales intenciones se cumplan, como cada uno de nosotros lo desea aquí, me tomaré la libertad de hacer observar á vuestra alteza, que es preciso que este himeneo, léjos de ser aplazado, sea celebrado lo mas pronto posible, porque importa mucho que un lazo indisoluble me una con la señora Pacheco, ántes que la junta se reuna, afin de que yo pueda presentarme en el consejo con un título sagrado para redactar la contestacion que se debe dar al condestable respeto á su sobrina doña María. Los derechos del señor de Velasco habrán dejado de existir desde el momento en qué, siendo yo el esposo de su pupila, haya adquirido el derecho de protegerla. Desde entónces, ninguno de mis cólegas, por envidia ni por celos podrá tampoco censurar ni mi conducta ni mis palabras, bajo la falsa apariencia de la integridad y del honor del partido. Y ya que vuestra gracia es tan bondadosa para consentir en ser testigo de la consagracion de nuestro matrimonio, me atreveré aun á suplicarle permite que esta ceremonia se celebre aquí en el interior del castillo. Allí no tendrémos que temer

que se oponga ningun obstáculo á nuestros deseos; y desde luego esta noche, vuestra alteza al abrir la sesion, podrá sin inconveniente anunciarlo públicamente á la gente.

En señal de aprobacion, la reina, segun el uso de la córte de España, alargó la mano al caballero de Padilla, quien hincando la rodilla la besó respetuosamente, y luego con aquella sonrisa afectuosa que era peculiar á Juana:

« Para que, dijo ella, vuestra union sea mas secreta, en vez de emplear uno de los capellanes del Alcázar, es preciso hacer venir aquí en mi nombre al santo religioso que poco tiempo hace se ha retirado á la hermita de nuestra señora del Arenal: De él se cuentan muchas maravillas; hace mucho tiempo, que tengo manifestado mi deseo de verle: y su llegada en el castillo á nadie sorprenderá.

Así que la princesa acababa de hablar, se oyó un rumor extraño en la sala contigua en la que habia los guardias de la reina, compuestos de los monteros de Espinosa. La mayor parte de los cincuenta guardias de que se componian este distinguido cuerpo nunca habian querido dejar la real persona de Juana, durante su largo retiro. Oíase sobre todo una voz mas alta que las demas. El señor de Padilla la reconoció al instante, y saliendo para saber la causa de aquel tumulto: « Moreno, le dijo ¿á qué viene ese ruido?

— Señor, contestó este, llamando á parte á don Juan, queria impedirme llegar hasta vos; sin embargo los momentos son preciosos. El pueblo parece mucho mas numeroso que de ordi-

nario en las inmediaciones de san Benito. Pide á grandes gritos, que se le entregue el prisionero, para vengar en él el asesinato del señor Bravo y demas diputados detenidos en Valladolid; pues ha cundido la noticia de que la regencia les ha hecho perecer. Yo no se si esto será verdad; pero lo que sí es cierto, es que don Pedro Giron dice por todas partes, que solo debe la salvacion de sus dias á ciertas circunstancias que le habian hecho que se quedara detras de sus compañeros, lo que á vos, y á mí nos consta demasiado; de este modo dice que ha podido felizmente para él, tomar con tiempo la triste determinacion de volverse á Tordesillas: y ahora al frente de todos estos turbulentos con quienes os habeis indispuerto reprimiendo sus escesos, contribuye á hacer circular mil especies peligrosas y á impeler á la multitud á las mas atroces venganzas. Así, señor don Juan, creedme, haced escapar al preso ántes que llegue la noche, ó es muy de temer que sea asesinado por el populacho; amenaza ya poner fuego á la casa del ayuntamiento para introducirse en la prision.»

Don Juan enteramente abismado en sus reflexiones, guardaba silencio; y tomándolo Moreno por una especie de consentimiento:

« Podeis, añadió, precaver este crimen con tanta mas facilidad en cuanto teneis mil medios de hacer escapar al prisionero. A favor de un disfraz, puede pasar desapercibido entre las filas de la escolta que va á acompañar, segun dicen, la reina y la señora Pacheco á Valladolid...»

— No, interrumpió Padilla, tomando

súbitamente una resolución definitiva, como le sucedía siempre después de un pronto y juicioso exámen del objeto que le ocupaba; no, no haré escapar al prisionero sin el permiso de la junta, pues debo responder de él á mi partido.... Por otra parte la señora Pacheco no deja estos lugares: la reina quiere que permanezca en Tordesillas. Por ahora vivirá aquí bajo su protección, y ántes de poco, bajo la mía, sin que nadie en adelante pueda oponerse á ello, porque es preciso que sepa Moreno, añadió el caballero al confidente de su amor, que toco ya el colmo de la felicidad. Solo te aguardaba á tí para acelerar el cumplimiento de los votos de toda mi vida.

—¿Qué quereis decir? contestó Moreno sorprendido.

—Has de saber, que la reina, continuó don Juan, acaba de dar su consentimiento á mi enlace con la señora Pacheco; y para que nada pueda contrariar su suprema voluntad, esta noche, en lo mas secreto de los aposentos del Alcázar, el santo cura de Ntra. Sra. del Arenal recibirá nuestros juramentos. Vuela pues al instante á aquella hermita: solo dista dos leguas de aquí en el camino que conduce al desierto de Herreros: dirás al piadoso solitario que vas á buscarle por orden de la reina Juana. Sin tardanza tráele contigo; al anochecer lo introducirás en los aposentos de su alteza; la guardia tendrá orden de dejaros pasar á entrambos. ¡Vé, corre! no pierdas tiempo, añadió el enamorado Padilla, y cuenta con mi gratitud.

—Y siendo así señor don Juan, se apresuró á contestar el confidente, es-

te es el momento de poner en ejecución vuestros ofrecimientos.

—Habla, replicó el dichoso Padilla, ¿que puedo hacer?

—¡Oh! la cosa mas sencilla del mundo, contestó con ademan hipócrita el astuto Moreno: mi deseo está de acuerdo con vuestros deberes de gefe y de cristiano. La casualidad quiere que el heraldo de la regencia sea conocido mio; tenia muy amenudo ocasion de verle en casa del condestable. Él se ha acordado de nuestra amistad, y pensando que yo no debia de haber dejado la señora Pacheco, me ha pedido que fuera á verle y le acompañara un religioso para arreglar su conciencia; pues el pobre tiene muchísimo miedo de caer en manos del pueblo, y morir sin confesion. Permitid pues, que el santo varon que va á haceros venturoso, dé ántes algun consuelo al infeliz preso; este será ademas un buen pretexto para engañar á los curiosos que pudieran reparar en la presencia del hermitaño en Tordesillas, y para encubrir de este modo los verdaderos motivos de su venida, bajo la apariencia de un acto de caridad.»

Estas razones eran demasiado plausibles, para que Padilla dejara de admitirlas.

«Sígueme, pues, dijo á Moreno, y te entregaré al instante un permiso para salir de la ciudad, pues se ha dado la orden de tener las puertas cerradas á todo el mundo.

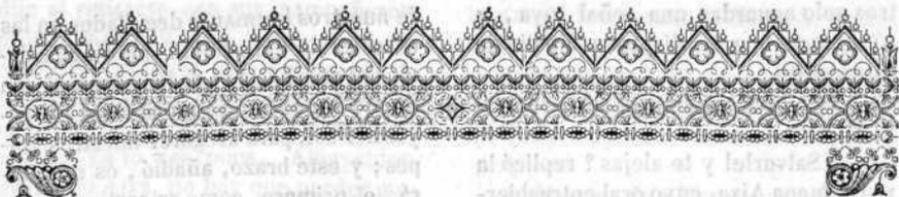
—Y ademas otro documento firmado por vos para que á mí y al religioso se nos permita la entrada en la prision, añadió Moreno.

—En buena hora, contestó el señor

de Padilla, retirándose á su aposento. Allí despues de haber puesto el sello real en las dos órdenes escritas, las entrega á Moreno, que al momento

partió con la presteza de un hombre honrado que va hacer una buena accion.





— ¿De veras? ¡Mierda! ¡Mierda!
 — ¿Su nombre?
 — A mi pariente, contestó Alca-
 zar, quien había visto en casa de señor don
 Moreno, en tiempo en que yo estaba en
 casa de él.

— Ah! ¿y vivió...? ¿cuando Mo-
 reno? ¿no tenía una herida en el cor-
 azón?
 — Sí, contestó Alcazar, cuando Mo-
 reno me salvó la vida.

— ¿No sabe usted, señor don Alcazar,
 dónde se encuentra el cadáver de don
 Moreno?
 — Sí, contestó Alcazar, cuando Mo-
 reno me salvó la vida.

— Sin embargo, como nosotros ha-
 mos, capitán de milicias, nada
 podemos hacer para encontrarlo.

— ¿No sabe usted, señor don Alcazar,
 dónde se encuentra el cadáver de don
 Moreno?
 — Sí, contestó Alcazar, cuando Mo-
 reno me salvó la vida.

— Sin embargo, como nosotros ha-
 mos, capitán de milicias, nada
 podemos hacer para encontrarlo.

— ¿No sabe usted, señor don Alcazar,
 dónde se encuentra el cadáver de don
 Moreno?
 — Sí, contestó Alcazar, cuando Mo-
 reno me salvó la vida.

— Sin embargo, como nosotros ha-
 mos, capitán de milicias, nada
 podemos hacer para encontrarlo.

— ¿No sabe usted, señor don Alcazar,
 dónde se encuentra el cadáver de don
 Moreno?
 — Sí, contestó Alcazar, cuando Mo-
 reno me salvó la vida.

— Sin embargo, como nosotros ha-
 mos, capitán de milicias, nada
 podemos hacer para encontrarlo.

LA EVASION.

XVIII.

— ¿Dónde va tan listo? dijo al al-
 canzarle la gitana á Moreno. Los nues-
 tros desde que le había visto salir de
 Alcázar, y Moreno por su parte siem-
 pre circunspecto, al mirar hacía atrás
 por si alguien espía sus pasos, se ha-
 bia apercibido de ella igualmente. Con
 todo, Moreno había procurado moderar
 el paso á fin de poder reunirse con la
 muger misteriosa en un parage seguro
 y oculto.

— ¿Dónde va tan listo? dijo al al-
 canzarle la gitana á Moreno. Los nues-
 tros desde que le había visto salir de
 Alcázar, y Moreno por su parte siem-
 pre circunspecto, al mirar hacía atrás
 por si alguien espía sus pasos, se ha-
 bia apercibido de ella igualmente. Con
 todo, Moreno había procurado moderar
 el paso á fin de poder reunirse con la
 muger misteriosa en un parage seguro
 y oculto.

— ¿Dónde va tan listo? dijo al al-
 canzarle la gitana á Moreno. Los nues-
 tros desde que le había visto salir de
 Alcázar, y Moreno por su parte siem-
 pre circunspecto, al mirar hacía atrás
 por si alguien espía sus pasos, se ha-
 bia apercibido de ella igualmente. Con
 todo, Moreno había procurado moderar
 el paso á fin de poder reunirse con la
 muger misteriosa en un parage seguro
 y oculto.

— ¿Dónde va tan listo? dijo al al-
 canzarle la gitana á Moreno. Los nues-
 tros desde que le había visto salir de
 Alcázar, y Moreno por su parte siem-
 pre circunspecto, al mirar hacía atrás
 por si alguien espía sus pasos, se ha-
 bia apercibido de ella igualmente. Con
 todo, Moreno había procurado moderar
 el paso á fin de poder reunirse con la
 muger misteriosa en un parage seguro
 y oculto.

— ¿Dónde va tan listo? dijo al al-
 canzarle la gitana á Moreno. Los nues-
 tros desde que le había visto salir de
 Alcázar, y Moreno por su parte siem-
 pre circunspecto, al mirar hacía atrás
 por si alguien espía sus pasos, se ha-
 bia apercibido de ella igualmente. Con
 todo, Moreno había procurado moderar
 el paso á fin de poder reunirse con la
 muger misteriosa en un parage seguro
 y oculto.

— ¿Dónde va tan listo? dijo al al-
 canzarle la gitana á Moreno. Los nues-
 tros desde que le había visto salir de
 Alcázar, y Moreno por su parte siem-
 pre circunspecto, al mirar hacía atrás
 por si alguien espía sus pasos, se ha-
 bia apercibido de ella igualmente. Con
 todo, Moreno había procurado moderar
 el paso á fin de poder reunirse con la
 muger misteriosa en un parage seguro
 y oculto.

— ¿Dónde va tan listo? dijo al al-
 canzarle la gitana á Moreno. Los nues-
 tros desde que le había visto salir de
 Alcázar, y Moreno por su parte siem-
 pre circunspecto, al mirar hacía atrás
 por si alguien espía sus pasos, se ha-
 bia apercibido de ella igualmente. Con
 todo, Moreno había procurado moderar
 el paso á fin de poder reunirse con la
 muger misteriosa en un parage seguro
 y oculto.

— ¿Dónde va tan listo? dijo al al-
 canzarle la gitana á Moreno. Los nues-
 tros desde que le había visto salir de
 Alcázar, y Moreno por su parte siem-
 pre circunspecto, al mirar hacía atrás
 por si alguien espía sus pasos, se ha-
 bia apercibido de ella igualmente. Con
 todo, Moreno había procurado moderar
 el paso á fin de poder reunirse con la
 muger misteriosa en un parage seguro
 y oculto.

— ¿Dónde va tan listo? dijo al al-
 canzarle la gitana á Moreno. Los nues-
 tros desde que le había visto salir de
 Alcázar, y Moreno por su parte siem-
 pre circunspecto, al mirar hacía atrás
 por si alguien espía sus pasos, se ha-
 bia apercibido de ella igualmente. Con
 todo, Moreno había procurado moderar
 el paso á fin de poder reunirse con la
 muger misteriosa en un parage seguro
 y oculto.

— ¿Dónde va tan listo? dijo al al-
 canzarle la gitana á Moreno. Los nues-
 tros desde que le había visto salir de
 Alcázar, y Moreno por su parte siem-
 pre circunspecto, al mirar hacía atrás
 por si alguien espía sus pasos, se ha-
 bia apercibido de ella igualmente. Con
 todo, Moreno había procurado moderar
 el paso á fin de poder reunirse con la
 muger misteriosa en un parage seguro
 y oculto.

tros solo aguardan una señal tuya, y tú parece que te dispones á salir de Tordesillas.

— Sí; pero es para salvarle, contestó Moreno.

— ¡Salvarle! y te alejas? replicó la musulmana Aixa, cuyo oral entreabierto dejaba descubiertas sus arrugadas facciones: por poco que tardes, no podrémos arrancar al príncipe Abbas á la muerte que le amenaza.

— ¿Qué dices? exclamó Moreno deteniéndose de repente.

— Sabe pues, continuó la vieja ama del último de los Albayaldos, que esta mañana cuando tú acababas de dejarnos en la taberna de rey Almanzor, uno de nuestros hermanos, dejándose llevar de un movimiento de celo indiscreto, se ha puesto á gritar en voz alta: « ¡ A la prision! ¡ Mezelémonos al instante con la turba de descontentos que ya acuden á su alrededor, pues esta es la ocasion de penetrar en ella! — Y no os faltará gente para acompañaros,» añadieron pronto unos recién llegados con ademan siniestro, que alentados con la audaz exclamacion que habian oido desde afuera, habian entrado en la sala baja donde estabamos nosotros. La obscuridad que reina siempre en la taberna nos impedia distinguir sus facciones: sin embargo, veíamos lo bastante para reconocer desde luego, que ninguno de ellos era hijo del profeta. Pronto estuvimos convencidos, que queriendo dirigirse de este modo á la cárcel, llevaban otro proyecto que el de libertar al preso, cuando acercándose uno de ellos, nos dijo: «Sí, amigos, asesinado por asesinato. Que la sangre del insolente enviado espie la

de nuestros hermanos degollados en las cárceles de Valladolid: pero aguarde-mos al anochecer. Las lámparas de san Benito son mas á propósito que los rayos del sol, para asegurar nuestros golpes; y este brazo, añadió, os enseñará, el primero, como se castiga al que viene á ultrajarnos en nombre de nuestros tiranos.» Hablando así, aquel hombre, apesar de todas sus precauciones, no ha podido ocultarse tanto, que no haya podido acordarme de haberle visto en otra parte.

— ¡ De veras! interrumpió Moreno; ¿ su nombre?

A no engañarme, contestó Aixa, creo que era uno de los Pacheco, á quien habia visto en casa el señor don Pedro, en tiempo en que yo estaba cautiva contigo.

— ¡ Ah! ya adivino..., exclamó Moreno; ¿ no tenia una herida en el rostro?

— Creo haberlo notado.

— No cabe duda, pensó el hijo de Albayaldos, era Giron; ¿ pero qué interés puede tener en deshacerse él mismo del prisionero?

— Sin embargo, como nuestros hermanos, continuó la musulmana, nada contestaban á aquellas palabras de muerte, « ¡ Oh! no temais nada, acabó diciendo el misterioso personaje, equivocándose acerca de nuestro silencio, Padilla no será siempre el dueño, y la venganza del pueblo tendrá su curso. Al anochecer será relevada la guardia que manda Maldonado. Antes de aquella hora procuraré saber quienes son los que entrarán de guardia en san Benito, y os prometo que estarán á favor de nosotros. Con que esta noche,

dijo al retirarse con sus compañeros, procuremos hallarnos todos en la encrucijada solitaria que está cerca de san Benito. — Esta noche, repetimos nosotros para no despertar ninguna sospecha. Ya lo ves pues, Albayaldos, prosiguió Aixa, no hay que perder momento. Estamos casi á medio día, no tardemos pues en prevenir esta odiosa conspiracion; ántes de la noche es preciso libertar al príncipe á todo trance. Ayudados como lo serémos seguramente por los judíos, que desde el último edicto publicado contra ellos, se unen como nosotros, á todos los descontentos de España, y de la multitud, que ignora aun los designios de Giron, serémos bastantes en número para suscitar un movimiento favorable, y para triunfar de la guardia de la prision...

— ¡Paciencia! muger, paciencia! interrumpió Moreno con ademán mediatibundo, lo que ahora propones no puede tener efecto; tanta precipitacion lo malograria todo....

— Pues te lo repito, replicó Aixa, por poco que difiramos este proyecto, ó será asesinado esta noche, ó si los muros de la casa del ayuntamiento bastan para resistir al ataque, Abbas Abdallah permanecerá preso, y en este caso, tarde ó temprano será descubierto su nacimiento. ¡Qué desgracia entónces para los descendientes del profeta! Nuestros verdugos le harian pagar con la vida su fuga de Valladolid, y su último acto de desprendimiento á favor de su pueblo.»

Aquí la voz faltó á la fiel creyente, profundamente conmovida á la sola idea del peligro que amenazaba los dias del heredero de los califas, espe-

ranza de los moros de España; y preguntando repentinamente á Moreno:

«¡Ah! suspiró ella, ¿porqué nos has hecho venir á estos lugares? ¿Porqué no haber esperado un momento mas propicio?

— Muger, dijo Moreno con un tono de seguridad á propósito para alentar á su vieja ama, no te aflijas de esta suerte; el éxito no ha correspondido ciertamente á sus deseos, ¡Pero Alah es grande, tengamos confianza en él, y su elegido se salvará! Escucha, prosiguió el moro con un acento imperioso que dominó el dolor de Aixa, vuelve al instante á encontrar á nuestros hermanos, conserva el ardor de su celo, y díles de mi parte que no intenten sublevar al pueblo, ni penetrar por la violencia hasta á la sagrada persona del preso, á quien probablemente no podrian preservar del furor de los infieles asociados con ellos; al contrario, díles que todos los hijos de Mahoma que se hallen aquí, se mantengan tranquilos hasta esta tarde, y que al anochechar se reunan con Giron. Mi prudencia y mi sincera adhesion les son bien conocidos; no lo dudes, darán crédito á tus palabras, cuando en mi nombre les dirás que yo respondo con mi cabeza de la vida del príncipe, y que, por el santo nombre del profeta, me empeño yo solo hacer escapar á Abbas Abdallah de su prision y de dentro los muros de Tordesillas. Vé, y díles por fin que yo les pido por lo mas sagrado que no se separen absolutamente de mis instrucciones, y que salgan de la ciudad, desde luego que tengan ocasion. Así que estén fuera, que tomen inmediatamente el camino

del desierto de Herreros; en aquel lugar solitario volverán á ver al gefe de los creyentes. Aquel sitio está cercano y es retirado á la vez. Quiero ántes de poco llevar allí á nuestro príncipe, afin de dar á todos los nuestros, tiempo de venir á reunirse en derredor suyo.

—¡Date prisa pues á realizar tus proyectos, dijo Aixa sometiéndose por fin á la voluntad de su hijo adoptivo, y el cielo te oiga, hijo mío! añadió abrazando tiernamente á Albayaldos.

—Sí, contestó este, el triunfo será nuestro, si tú cumplas fielmente todo lo que acabo de prescribirte, y en seguida se alejó con paso acelerado.

Gracias al permiso de Padilla, no halló la menor dificultad en pasar las puertas de la ciudad; pronto se perdió de vista, y entónces, yo no se que infernal idea vino á apoderarse de su espíritu; pero la alegría brillaba en su rostro, y los violentos latidos de su corazón se acomodaban perfectamente con los movimientos precipitados de su andar. Verdaderamente era preciso que hubiese entrevisto nuevos males para los cristianos, y nuevas venganzas contra la familia de los Pacheco. «¡Ah! ¡padre mío! decía consigo mismo, si puedes leer en mi alma, debes estar satisfecho de mí; los hijos de tus asesinos van á pagar cara la sangre que han vertido sus padres. Y tú, Mahoma, quedarás tambien complacido, pues arranco de la muerte, al vástago de tu raza sagrada.»

Estos pensamientos le ocupaban aun cuando habia llegado ya al término de su viage. Llegado á la ermita del Arenal situada en medio de un erial estéril y arenoso, no lójos de su cabaña des-

cubrió al piadoso solitario, que con una azadon en la mano trabajaba la tierra, y habiéndosele acercado le participó el objeto de su mision. Al nombre de la reina titubeó en abandonar su pacífica morada; hacia mucho tiempo que habia dejado el mundo, para ocuparse esclusivamente del cuidado de su salvacion; así es que ignoraba enteramente los negocios y agitaciones de la córte. Pero cuando Moreno le hubo añadido que un desgraciado preso, reclamaba tambien su asistencia y los socorros de su santo ministerio, entónces no vaciló ya, y cubriendo su frente con su capilla de buriel, siguió al instante á Moreno.

Este sin querer tomar el mas mínimo descanso, se apresuró á tomar otra vez el camino de Tordesillas, y era tal su afan por poner fin á la ejecucion de sus proyectos, que anduvo aun mas aprisa á la vuelta que á la ida; de suerte que el pobre religioso, al llegar á las puertas de la ciudad, enteramente farto de aliento, le decia por tercera vez: «Aguardemos un poco, que ya llegaremos á tiempo, para consolar al infeliz preso que tiene confianza en Dios y en su ministro.» Cuando hubieron atravesado las puertas, Moreno llevó pronto al venerable padre á san Benito. Al nombre de Padilla, las robustas puertas del antiguo edificio se abrieron ante ellos de par en par. Despues de haber atravesado un pequeño patio sombrío, bajaron una escalera y se hallaron en un corredor subterráneo muy largo y obscuro. A la entrada estaba sentado sobre un escabel de encina, el alcaide que, despues de haberse hecho presentar á su vez el pergamino sellado con el sello real, acompañó á

nuestros dos personajes al calabozo donde estaba encerrado el preso, y habiéndoles introducido, los dejó en él, encargándoles abreviasen su conversacion todo lo posible atendido á que se acercaba la noche.

Cuando el carcelero se hubo alejado, Moreno tiró hácia sí con precaucion la puerta que estaba entreabierta, y se acercó al preso que permanecia echado en el fondo del calabozo. Este al ruido que causó el roce de los cerrojos, habia procurado levantarse, pero en vano; porque sus dos manos atadas á la espalda, no podian servirle absolutamente, y una cuerda muy recia que le ceñia el cuerpo lo sujetaba á un anillo de hierro clavado en la pared.

«¿Quién va alla? exclamó Abbas, porque la escasa luz que penetraba por un estrecho respiradero apenas permitia distinguir los objetos en aquel lóbrego recinto.

— Soy yo, Albayaldos, que vengo á salvaros; y hablando así desataba los miembros del preso. Luego sin dejar al pobre religioso tiempo para ponerse sobre sí, le echa al suelo, y tapándole con mano vigorosa la boca para ahogar sus gritos, le desnuda de su hábito al mismo tiempo que da prisa al príncipe Abbas para que se quite su sobrevesta con las armas del emperador, y en seguida no sin grandes esfuerzos, consigue revestir al desdichado religioso con el traje del heraldo de su regencia. ¿Pero que podia hacer este infeliz contra dos hombres vigorosos? porque á instancia de Moreno, Abbas Abdallah le habia por último ayudado. Así fué que en pocos instantes consiguieron atar fuertemente á la pared á su inocente víctima,

Hecho esto el príncipe Abbas se cubre con la capilla tutelar teniendo cuidado de bajarla completamente sobre su rostro. Pero así que iban á salir, sintiendo Moreno que alguna cosa crujía debajo de sus pies, lleva mano á ella:

«¿Que es esto? dijo levantando unos pergaminos de los que colgaba un grande sello de cera, y acercándose á la estrecha abertura del calabozo «¡Oh! ¡oh! esta es una carta dirigida al señor Giron ¡sin duda en nuestra lucha de ahora mismo, estos despachos habrán caido de la sobrevesta con que hemos disfrazado á ese infiel...! Sí, en efecto estas son las armas de los Velasco: ¿que tiene pues que ver el condestable con el señor don Pedro?» pero arrollando en seguida el pergamino: «Antes de poco lo sabremos, está esto tan obscuro que es imposible distinguir nada.»

Se apresuraron á salir al corredor, Moreno desde afuera puso el cerrojo á la puerta del calabozo; luego seguido del falso religioso que, con los brazos cruzados y la cabeza baja, andaba detras de él con semblante compungido. El atrevido Moreno pasó con descaro por delante del alcaide, y con gran placer se encontró en el patio en compañía de aquel á quien habia libertado.

Para colmo de felicidad, acababan de relevar la guardia; y los soldados recién llegados parecian mas ocupados en instalarse para la noche en su cuerpo de guardia, que en examinar á los que pasaban; de este modo nuestros dos personajes no espermentaron ningun obstáculo para salir de entre las formidables paredes de san Benito. Cuando estuvieron fuera:

«¡Lorado sea Dios! dijo muy bajo Mo-

reno al gefe de su religion, ¡loado sea Mahoma su santo profeta! al fin se halla vuestra alteza fuera de la prision. Pero la obra-de vuestra libertad no está aun acabada, y su consumacion ahora solo depende de vos.

— ¿Qué quieris decir? interrumpió asombrado Abbas Abdallah.



— Este lugar, señor, no es bastante á propósito para enteraros de todos mis proyectos, contestó el hijo de Al-bayaldos; busquemos algun parage en donde seamos ménos vistos que aquí delante de la casa del ayuntamiento; venid y confiaos á mi prudencia y adhesion.



LA ACLARACION.

XIX.

«¿Qué haces Moreno? en esta dirección vamos al Alcázar. ¿Es acaso allí donde me llevas?»

— Sí señor, contestó Moreno, por el Alcázar es por donde nos es preciso pasar; si queremos salir de la ciudad, debemos presentarnos al señor de Padilla; únicamente él puede facilitarnos los medios...

— ¡Como! interrumpió Abbas, ¿hemos de presentarnos delante del cris-

tiano que manda en estos lugares?

— A él mismo.

— Explícate, repuso imperiosamente el heredero de los califas, impaciente por saber las causas de una proposición tan singular.

— Me rerá muy fácil, contestó el hijo de Albayaldos; está mandado que á nadie se permita salir de Tordesillas, hasta que el preso haya sido interrogado, y la junta haya decidido algo res-

pecto de él. Estamos pues obligados á ver al que en nombre de la reina Juana manda aquí en gefe para obtener de él un salvo conducto.

— ¿Pero, no ofrece acaso mas peligro dirigirle semejante peticion, que apelar á algun medio ingenioso para salir de aquí?

— La fuga es imposible, replicó Moreno, aventurándose al cabo á comunicar al que miraba como su príncipe, su temeraria resolucion; porque es preciso que vuestra señoría sepa, que el capitán don Juan de Padilla nos está aguardando á estas horas, y que si tardamos en comparecer en su presencia, su inquietud será tal, que él mismo en persona irá á buscarnos á la prision, y si no nos halla, inmediatamente hará registrar la ciudad y sus alrededores; y aun cuando hayamos logrado evadirnos de dentro las murallas, correrémos gran riesgo de caer en sus manos. Por de pronto, perderiais vuestra libertad para siempre, y quizá tambien vuestra preciosa existencia; pero si en vez de evitar á nuestro enemigo, nos sometemos fielmente á sus órdenes, él nos hará, os lo juro, abrir las puertas de Tordesillas. De este modo protegidos por el mismo Padilla, tendrémos tiempo para ponernos al abrigo de sus pesquisas, para cuando llegue á descubrir nuestro ardido; pues, con la ayuda de Dios, mañana al rayar el alba, estarémos en el desierto de Herreros. Una vez llegado en aquel lugar solitario, nada tendréis que temer; pues allí es para dondè he dado cita á nuestros hermanos. Cuando estarán todos reunidos al rededor de vuestra augusta persona, podréis á tra-

ves de este árido país, dirigiros á una de las sierras vecinas, y aguardar allí sin peligro, una buena coyuntura.

— ¿Pero qué puede querer de mí ese Padilla? » contestó el príncipe moro, desvanecida ya algun tanto la admiracion que le causaran las palabras de Moreno. « Si él cree realmente que es el enviado de sus enemigos aquel á quien va á dirigirse, y si, tomándome por tal, quiere interrogarme en presencia de todos, estoy perdido; con sus urgentes preguntas descubrirá al fin que no soy el que aparento ser.

— No tenga vuestra alteza ningún recelo: ¿educado por religiosos cristianos, no estais enteramente iniciado en sus ceremonias? Vos podeis pues, mejor que otro, sostener el carácter del religioso cuyo hábito llevais, porque sabed, que no es al preso de san Benito á quien el señor de Padilla está aguardando, sino á un ministro de su religion que ha mandado llamar en secreto para bendecir su enlace con una jóven que él ama.

— ¡Cielos! ¡qué me dices! interrumpió Abbas Abdallah; ¡yo, abajarme á desempeñar semejante papel!

— Acaso no es bueno cualquier ardido para engañar á esos cristianos que nos oprimen? y reflexionad señor, añadió el hijo de Albayaldos, que en ello va el triunfo de nuestra santa causa; que de aquí depende vuestra vida, y por consiguiente la salvacion de todos los fieles creyentes de España, porque todos han puesto en vos su única esperanza. Así pues por ellos, sino por vos, no os negueis á aprovechar cualquiera ocasion que se presente para poner en salvo tan preciosos dias. Den-

ño de esta ciudad os amenazan grandes peligros por todas partes, tanto si estuviérais en la cárcel como si permanecéis en libertad. Es preciso que sepáis que esta noche debe estallar una conspiración en las inmediaciones de san Benito; que el jefe de este complot es ese Pacheco y Giron, hijo de uno de los esterminadores de mi familia. Ha jurado la muerte del enviado de Valladolid; yo ignoro los motivos de su ira contra él. Con todo, no cabe duda de que Pacheco, desde ayer, anda amotinando el populacho con tan bárbara intención, pues él mismo equivocándose sobre los proyectos de nuestros hermanos que se proponían libertaros, ha jurado en presencia de ellos descargar los primeros golpes al preso.

— Pero este odio, dijo Abbas, no lo tiene á mí sino al parlamentario.

— Aquí tenemos lo que nos revelará la causa de su animosidad contestó Moreno, sacando del seno los pergaminos. Como era ya de noche, y reinaba una completa oscuridad á causa del tiempo borrascoso que aun duraba la víspera, Moreno y el falso religioso su compañero pudieron descansar un instante en un banco de piedra, colocado en la esquina de una de las calles que iban á parar á la encrucijada de detras de san Benito. Sobre su cabeza ardía una especie de antorcha de resina destinada á alumbrar la imagen de una vírgen y á disminuir al propio tiempo las tinieblas de aquella parte de la calle, porque entónces en España, y pudiera decirse casi en toda Europa, las ciudades permanecían en una profunda obscuridad durante la noche, cuando la luna no les dispensaba al-

gunos rayos de su luz melancólica. Solo de cuando en cuando brillaba entre las sombras el farol de algun artesano tardío ó de trecho en trecho en las esquinas de las calles, la vela que la devoción de las cofrarías hacia arder durante la noche junto á los nichos de sus santos patronos, y cuya luz incierta y misteriosa servia de guía en la oscuridad á algun amante favorecido ó para hacer mas certeras las espadas de los matones, ó los golpes de los celosos suspicaces y descorteses.

Pero esta vez la claridad que reinaba en torno del nicho de N. S. de los Inocentes, servia para quitar la máscara á un traidor y para descubrir los secretos de su perfidia, porque Moreno, en pié sobre el banco de piedra, se enteraba sin escrúpulo, del contenido de los despachos que la casualidad habia puesto en sus manos:

«¡Oh! dijo, ¡aquí están los dos documentos que por vuestra desgracia conocemos demasiado!—Veamos este último que el condestable dirige á Giron... ¡Oh! ¡oh! señor Giron, exclamó de repente, leyendo la importante carta, ya no extraño ahora que tuvieseis tanto empeño por ser el primero en llegar al que creiais enviado del regente. En verdad, teniais motivo para temer las revelaciones que él podia hacer, y concibo muy bien vuestra impaciencia por apoderaros de un documento como este, su publicidad podria costaros cara... ¡Ah! el condestable os entrega su nieta y el rico solar que por tanto tiempo habeis anhelado, y en cambio, vos le vendeis vuestro partido. ¡El trueque es ventajoso para ambas partes!... ¡Gran Dios! ¿qué es lo que leo mas abajo? y

dirigiéndose á Abbas Abdallah: ¿Señor, conqué vos no os habiais enterado de esta carta? Escuchad pues... «El enviado del consejo de regencia, portador de la presente, tiene orden de no leer públicamente, ni hacer proclamar á son de trompeta las dos intimaciones oficiales del regente y del condestable, hasta haberse puesto confidencialmente de acuerdo con el señor don Pedro Pacheco y Giron, para fijar el momento oportuno...» ¡Ah! señor, continuó el hijo de Albayaldos, cuantas desgracias habriais evitado, si hubieseis tenido noticia de esta instruccion secreta.

—¿Qué le harás? estaba escrito, contestó Abbas como buen mahometano, esta carta dirigida á un simple cristiano, me parecia de ningun interés por el momento; yo solo pensaba en hacer uso lo mas pronto posible de las dos intimaciones solemnes de que acababa de apoderarme. El tiempo urgía; segun la invitacion, era preciso que yo con aquellos de mis hermanos que me acompañaban penetrasemos en Tordesillas ántes que las pocas tropas que hay fuesen reforzadas por el ejército de los insurgentes que dentro de poco debe dejar á Avila. El dia que habias escogido nos parecia favorable; en medio de las fiestas, pensabamos como tú que nos seria muy fácil penetrar en la ciudad bajo diversos disfraces; y que llegada la noche, podriamos sin grande resistencia, arrebatar á esa Juana, la heredera de los usurpadores de mi trono, y con ella, á los principales de su corte. Estos hubieran sido unos rehenes muy preciosos de que habriamos sacado partido en las circunstancias en que nos hallamos.

Teniamos la intencion de llevarnos á nuestras montañas el sello real con el antiguo estandarte tan venerado de los cristianos, y sobre todo el tesoro, que nos habria servido para pagar los primeros gastos de la guerra. De este modo provistos de tales prendas habriamos podido empezar, por fin á tratar de potencia á potencia con la raza maldita que nos oprime.

Confiado por esto en el éxito de un proyecto tan bien concebido, hice apretar el paso, á este numeroso partido de nuestros hermanos, que á la noticia de mi evasion de Valladolid, se habia avanzado hasta las fronteras de Estremadura, y estaban escondidos en la sierra de Grados esperando mis órdenes. Ademas, cierto como estaba de ver mi marcha asegurada hasta las Alpujarras, á donde contaba ir á poner en salvo mi botin, dejé mi retiro con todos los míos, en el instante mismo en que recibí tu aviso de que me dirigiera á Tordesillas. Á fin de evitar toda sospecha, dividí mi gente en pequeñas partidas de cuatro ó cinco hombres, señalándoles diferentes caminos para trasladarse á esta ciudad, y yo seguido igualmente de no mas que tres de los nuestros, me he puesto en marcha: pero en vez de ir en derechura á Tordesillas, por el camino de la Seca, preferí hacer un rodeo y seguir la ribera derecha del Eresma, y en seguida la de Adaja. Aquellas dos orillas solitarias y pobladas á veces de muchos árboles me parecian mas seguras que las espaciosas llanuras descubiertas del medio dia de Leon. En seguida, en una barca de pescador atravesé el Duero cerca del monasterio de Aniago,

y poco después, eché á andar por las salvages montañas de las inmediaciones de Simancas. Allí, hice alto un día entero, pues estaba convenido que uno de los míos, que habia salido con anticipacion, se me reuniría en aquel lugar si habia algun peligro en continuar mi marcha. La mañana siguiente, no viendo venir á nadie, me decidí á pasar adelante.

Bajando por un sendero estrecho y tortuoso, en una montaña vecina, descubrí un pequeño grupo de hombres, que venian de la parte de Valladolid. El camino que seguian se juntaba con el nuestro á poca distancia de allí. Habiendo reparado en nosotros, el que iba delante agitó en el aire una especie de banda; nosotros no contestamos á aquella señal de inteligencia. Con todo, no no nos era fácil evitar el encuentro de aquellos importunos extranjeros, sino volviendo atras; pero retrocedir hubiera sido inducirlos á que nos persiguiesen, y pasando adelante, debiamos juntarnos con una compañía de viage peligrosa; porque á cualquier de los bandos cristianos que perteneciesen aquellos desconocidos, estabamos seguros de encontrar en ellos unos enemigos. En esta alternativa, era preciso tomar una resolucion inmediatamente; pasé pues adelante resuelto á deshacerme á toda costa de aquellos incómodos observadores. La partida enemiga apresuró igualmente el paso, como si su intencion fuese de llegar ántes que nosotros á la encrucijada que formaban los dos caminos. Solo se componia de dos caballeros y tres hombres de á pié. Sin embargo aunque á corta diferencia la fuerza era igual, dí orden á la mia de

no adelantar mas, dejando de este modo avanzar al enemigo, porque acababa de advertir que el sendero donde debiamos reunirnos era de los mas escarpados y tan estrecho, que dos hombres no podian pasar de frente por él; al instante conocí la ventaja que tendríamos sobre los otros conservando la superioridad del terreno, y me detuve con los míos á un tiro de fusil de nuestros contrarios.

Entónces, vimos claramente, que teniamos que habérnoslas con gente del gobierno de España. Temiendo mas que nunca ser descubiertos, aparentamos retroceder, cuando uno de los hombres de la partida enemiga, suponiendo sin duda, intenciones hostiles en nuestras continuas terquiversaciones, nos disparó su arma. El plomo silva en nuestros oídos; sin vacilar, todos nosotros contestamos: y nuestras balas fueron mas certeras que las suyas, porque, á través del humo descubrimos algunos cuerpos rodando por el barranco. Al instante, corrimos al lugar de la accion; allí cruzamos los aceros con dos hombres, que defendian á un tercero volcado debajo de su caballo muerto; pero hasta aquellos dos campeones estaban tambien heridos. Pronto nos desembarazamos de ellos y sin dificultad nos acercamos al último que quedaba. Después de haberlo sacado de debajo de su caballo, ya no estrañamos el celo de sus compañeros en defenderle, cuando por su sobrevesta blasonada con los emblemas de los reyes cristianos, echamos de ver que teniamos en poder nuestro el cuerpo de uno de sus heraldos. En vano procuramos volverle á la vida, habia dejado ya de existir,

probablemente ahogado por el peso de su caballo.

Pensando, que para viajar de aquel modo, era preciso que aquel hombre estuviese encargado de algun mensaje de nuestros enemigos, le registramos y encontramos esos despachos en que se intimaba á la reina Juana y á la señora Pacheco, se trasladasen á Valladolid con el heraldo portador de aquellas órdenes. Al instante, me ocurrió la idea de que aquellos documentos podian serme de grande utilidad en la ejecucion de nuestros proyectos, y para burlar mejor á nuestros enemigos, despojé el cadáver del enviado y me vestí con su respetado traje, á ejemplo del califa Jousef que, á favor de un disfraz de los mas vulgares se introdujo en el campo enemigo para apoderarse de la hermosa cristiana con quien se casó. Los hombres que me acompañaban tomaron igualmente los vestidos de los demás que allí yacian inanimados, y precipitamos sus cuerpos al torrente que borbotaba á nuestros piés, porque convenia hacer desaparecer completamente los vestigios de aquel combate. En seguida nos dirigimos con presteza á Tordesillas, confiando mas que nunca en el buen éxito de nuestra empresa, y muy distantes de columbrar los peligros que aquí nos aguardaban.

— Pero, señor, contestó el hijo de Albayaldos, ¿cómo ha querido vuestra alteza esponerse de este modo? ¿y porqué no ha sido alguno de nuestros hermanos el que se disfrazase con el traje del enviado?

— Para llenar bien el papel de parlamentario, contestó Abbas, era preciso

estar muy enterado del idioma y costumbres de los cristianos, y yo educado en medio de nuestros enemigos, era el único que al efecto podia presentarme delante de ellos. Por otra parte con las insignias de heraldo confiaba penetrar en la ciudad sin correr ningun riesgo; solo una funesta casualidad, como la de haber cundido la noticia de los acontecimientos de Valladolid, que me era imposible prever, podia hacer abortar un plan tan bien concebido, y poner en peligro mi existencia y la de todos vosotros, fieles amigos que habeis unido generosamente vuestra suerte á la mia. Finalmente nadie puede luchar contra su destino, añadió suspirando, el sucesor de los califas con una resignacion verdaderamente mahometana, te lo repito, lo que está escrito, está escrito.

— ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

— Así sea, se dió prisa á contestar el constante hijo de Albayaldos; y procurando hábilmente sacar partido del abatimiento de Abbas Abdallah para llevarle mejor á sus fines, le dijo con aire de afectado reproche.

«Vuestra alteza me permitirá le haga observar que hace mal en dudar de la proteccion de Alah y de Mahoma, en el momento mismo en que Dios y su profeta parecen haberme enviado para arrancaros del peligro en que estabais, y para facilitaros los medios de reuniros con las leales falanges de nuestros hermanos en las montañas de Grados y de las Alpujarras.» Y aprovechándose de la profunda obscuridad de aquella desierta calle, se echa Moreno á los piés del gefe supremo de su creencia; «Grande y sublime príncipe, es-

clama, en nombre de los reyes vuestros antepasados, cuya augusta raza debéis perpetuar, en nombre de todo un pueblo que ha puesto en vos sus más lisongeras esperanzas, os suplico acedais á mi humilde petición. Ya que por el interés de nuestra santa causa habeis querido humillar vuestra augusta persona bajo los exteriores engañosos de un mensajero infiel, consentid ahora á dar esta última prueba de rendimiento, y dejad que Padilla os tome por el verdadero religioso á quien cubría este traje. Séanos al ménos, una vez en la vida, de alguna utilidad los largos años de esclavitud que habeis pasado en el convento de Valladolid; y las ilusorias tentativas de nuestros opresores que querian hacer de vos un ministro de su religion, sÍrvanos en este instante para salvar vuestros dias, y devolver á esos cristianos todo el mal que han querido haceros.»

Al hablar Moreno de este modo, no habia podido contener una viva emocion; y es tal la influencia de una alma fuertemente templada, sobre cuanto la rodea, que ordinariamente, cuanto ménos se dejan dominar de los transportes de sensibilidad, con más facilidad se comunican estos raros movimientos á los seres á quienes se dirigen. Así fué que Abbas Abdallah, conmovido por las pruebas de adhesion de su libertador, acabó por rendirse á sus convincentes razones.

«Has vencido, Albayaldos, le dijo, ya que de mi vida y de mi libertad depende la salvacion de todos los míos, consiento en hacer lo que me pides, voy pues á desempeñar lo mejor que pueda el papel que me impone este

hábito religioso; ¡quiera el cielo favorecerme más con este disfraz, que con el otro!

— ¡Señor! contestó el confiado Moreno, un secreto presentimiento me lo dice; esta vez, Alah y Mahoma os protegen. Pero apresurémonos á llegar al Alcázar, porque la noche va avanzando, y me parece que ya se oyen gritos en la direccion de san Benito.

— ¡Por el santo nombre del profeta! exclamó Abbas, ¿se habria pegado fuego á la prision? ¡cuán repentinamente se ha iluminado el horizonte por aquel lado!

— ¡Por vida mía! Giron ha cumplido su palabra, añadió Moreno. ¡Grandios! ¡cuánta gente allá bajo! Mirad como vienen hácia nosotros con antorchas. En nombre del cielo os pido que procuremos evitar el encontrarnos con el tumulto, porque podria pararnos muy mal.»

Y con paso precipitado arrastró á su compañero encapuchado. Pronto hubieron llégado á la portezuela secreta del Alcázar, cuya llave tenia Moreno. Inés la estaba aguardando á la entrada de la bóveda; así es que al instante los introdujo en las habitaciones interiores de la reina.

Obraron muy cuerdamente nuestros dos personajes en apresurarse tanto, porque apenas habian dejado el lugar desde donde vieran venir á la turba de perturbadores, cuando estos ya estaban allí. Aquello era una amalgama de toda especie de gente que daba miedo de ver. A su frente marchaba un hombre cubierto de andrajos llevando en la punta de una pica el tronco de un cadáver mutilado y sangriento; horri-

ble trofeo que atestiguaba que aquella horda homicida habia salido completamente con la suya en su violenta tentativa contra la casa del ayuntamiento. El cuerpo de la desgraciada víctima estaba de tal modo desfigurado, que solo por los girones de la sobrevesta con el blason de Castilla y Aragon, podia distinguirse que eran los despojos del infeliz preso, el cual servia de este modo de bandera á aquel populacho furioso; la embriaguez del triunfo junto con las lúgubres sensaciones que producía la luz infernal de todas aquellas antorchas que ardian en la oscuridad, los gritos salvages de la turba, repetidos por los ecos de las calles acabaron de producir el delirio en todas aquellas cabezas frenéticas. Entónces todo fué locura sobre locura. Así que hubieron llegado á la esquina de la calle, donde la Virgen santa, solitaria en su nicho, parecia ocultarse á la vista de tantos horrores, se detuvieron un instante, é hicieron inclinar la lanza sangrienta ante la santa patrona. Luego, evitando con cautela acercarse al Alcázar, volvieron la espalda y se dirigieron hácia las murallas no cesando miéntras andaban, de ultrajar el cuerpo inanimado del preso, y de proferir atroces maldiciones contra él y contra los que le habian enviado.

« ¡Muera el cardenal! gritaban todos.
 ¡A la picota el condestable! ¡Al garrote Ronquillo! ¡y todos nuestros tiranos extranjeros! »

Encontrando aquella muchedumbre desenfadada cerrada la puerta de la ciudad y por do quiera numerosas patrullas que se habian mostrado dispuestas á disputarles el paso, y viéndose obligada de este modo á replegarse, se decidió á subir al terreplen de una de las murallas de la ciudad, y allí, desde lo alto de las troneras, precipitó los desconocidos restos del malhadado hermitaño del Arenal, á los fosos llenos de agua, á mas de sesenta pies de profundidad de la plataforma de las murallas.

Un momento de estupefaccion sucedió á este último acto de barbarie: y por un efecto de aquella súbita reaccion que casi siempre sigue inmediatamente al arrebatado de las pasiones, aquella muchedumbre exasperada pocos momentos ántes, se detuvo profundamente consternada. Luego volviendo en sí, poco á poco los unos se avergonzaron de su ferocidad, los otros tuvieron miedo de ser rigurosamente perseguidos y castigados por sus gefes; por lo que se retiraron todos espontáneamente, con aquella misma especie de unanimidad con que habian emprendido su criminal accion, y comprendiéndose recíprocamente sin decirselo, se separaron unos de otros, y todos al dispersarse por la ciudad, se volvian á sus moradas en el mas profundo silencio.





FELICIDAD.

XX.

Con todo, respetando hasta en sus violentos excesos la persona de su soberana, había la muchedumbre de Tordesillas evitado cuidadosamente, como hemos visto, acercarse al Alcázar. Así es que en la antigua morada real eran enteramente desconocidos el movimiento y la agitación que reinaban en el resto de la ciudad; y la paz y la obscuridad parecían esta vez haber abandonado la choza del pobre, y refugiá-

dose en la habitación de los reyes. Hasta la misma felicidad les había seguido allí; y si bien es verdad que raras veces se digna visitar los palacios de los potentados de la tierra, vésela entónces aparecer en todo su brillo en uno de los secretos aposentos de la reina, acompañada de su mas grato cortejo, el amor y la amistad.

Aquel aposento era el destinado por Juana á los venturosos amantes. Allí

era donde iban á recibir la bendicion nupcial que debia unirlos para siempre en una legítima y comun felicidad, porque la capilla del castillo estaba en aquel momento ocupada con grandes preparativos. La habian destinado para la celebracion de la junta que debia tener lugar en aquella noche; pues la política aconsejaba no apartarse en una circunstancia tan grave, de la antigua costumbre que exigia que en aquel santo lugar fuese donde la reina abriese la primera sesion general donde debian hallarse reunidos los miembros del consejo con los diputados de las ciudades, porque atendida la gravedad del objeto de las deliberaciones, se habia accedido por fin á las justas reclamaciones de los que negaban al consejo privado competencia para decidir en semejantes materias, y se habia convocado á todos los enviados de la liga que á la sazón se hallaban en Tordesillas.

No podia pues tener lugar dentro del santuario la consagracion del himeneo del señor de Padi la con la señora Pacheco. Sin embargo el tiempo urgía, y nuestros amantes tuvieron que resignarse á que se les administrase aquel santo sacramento sin el concurso de las gracias del sacrificio divino. Por lo demas, en aquellas remotas épocas, esto sucedia muy á menudo en los enlaces secretos, entónces universalmente reconocidos por nuestra santa madre la Iglesia bajo la espresiva denominacion de matrimonios de conciencia.

Todo estaba ya preparado en el aposento de los dos esposos para la ceremonia religiosa tan impacientemente deseada por todos. En el centro de la pieza y sobre macisos candelabros se

veian arder largos cirios de cera blanca, y á un lado, y puestos en el suelo dos ricos cojines de terciopelo carmesí con franjas de purísimo oro. No faltaba ya sino el religioso: por fin, apareció Inés, y al instante con el permiso de la reina, Padilla hizo entrar á Moreno y al supuesto hermitaño de N.ª S.ª del Arenal. «Padre mio, le dijo la princesa, veo que no me habian engañado, al elogiarme vuestro celo en acudir á la voz del cristiano que os llama; desde ahora podeis estar seguro de mi reconocimiento por la prontitud con que habeis correspondido á mi deseo.

— ¡Ay! murmuró entre dientes el falso hermitaño; ¡qué no debemos hacer para consolar á nuestros hermanos!

— «¡Ah! con mucha razon me habian alabado vuestra ardiente caridad, replicó Juana; esta vez quiero que tenga ya su recompensa ántes de la vida bienaventurada que os aguarda allá en el cielo, si conseguís trocar en dias de alegría los de luto de una desgraciada que espera hace ya muchos años...» Pero aquí interrumpiéndose al ver á Moreno que se apresuraba encender los cirios, con la secreta intencion de recordar á la reina el verdadero motivo de la venida del religioso del Arenal. «¡Ay! continuó ella, sobrado tiempo me queda para informaros de mis padecimientos, mas no pensemos ahora sino en la felicidad de estos dos seres que me son tan queridos. Para ella son preciosos los momentos, y solo vos, padre mio, podeis poner fin á sus cuitas.»

Entónces haciendo á María y á don Juan la señal de que se acercasen: «Aquí teneis, dijo al religioso, á dos

desposados que reclaman de vuestro sagrado ministerio la consagración de su unión en los santos vínculos del himeneo.

— Pero, señora, murmuró el religioso lanzando á Moreno una mirada de disgusto, me es imposible...

— ¡Oh! no os cause embarazo mi súplica, interrumpió la princesa, circunstancias muy graves exigen que esta unión se verifique en secreto; pero padre mio, podeis tranquilizar vuestra conciencia, María Pacheco es huérfana, y yo la reina le otorgo el necesario consentimiento; yo misma como su madre adoptiva, quiero servirle de testigo.»

Sea por cortedada sea por una especie de remordimiento que le impidiese cometer semejante farsa, Abbas vacilaba en contestar, cuando Moreno, temeroso que tanta incertidumbre hiciera sospechar la impostura, se apresura á entregar el misal á su cómplice, diciéndole á media voz: «Vuestra reverencia debe acordarse que de ello depende la dicha de todos.»

Estas pocas palabras, cuyo sentido equivoco, acuerda á Abbas sus compromisos para con todo un pueblo cuya salvación está en sus manos, le deciden al instante: con una señal de cabeza indica que consiente al fin en lo que de él se exige; en seguida levantando un poco su capilla, abre el misal en el parage de las ceremonias del matrimonio. Delante de él, sobre los almohadones de terciopelo, estaban arrodillados el señor don Juan de Padilla y la señora doña María Pacheco; al lado de María estaba la reina en un reclinatorio tapizado de damasco de Génova;

la gentil Inés permanecía devotamente detras, y Moreno en pie asistía al falso religioso, ó mas bien le alentaba con sus miradas para que llevara á cabo su sacrilegio.

¡Gran Dios! era aquella escena digna de ser reproducida por un genio igual al que creó las espresivas figuras de los elegidos y de los condenados, en el admirable cuadro del juicio final. María, hermosa como un ángel, brillaba con aquel inefable encanto que derraman sobre toda la fisonomía el contento y tranquilidad interior. Transparente como el velo que le servia de emblema, con dificultad bastaba el pudor á disimular la felicidad que henchía el pecho de la jóven; don Juan dejaba también traslucir en su fisonomía las emociones de su alma sin ningun cuidado de la luz del cirio que ardia junto á el; enteramente embriagado por el gozo, no apartaba sus ojos de aquella que iba á pertenecerle exclusivamente; cualquiera hubiera dicho que temia vérsela arrebatarse en el instante mismo en que iba á recibir de Dios, por medio de su ministro, derechos eternamente sagrados sobre la huérfana de los Pacheco.

La bondadosa princesa, era el ángel de la guarda que velaba sobre María, miéntras que en frente, Satanás, para mofarse á un tiempo del amor y de la virtud, parecia haber enviado dos infames apóstatas cuyos estereos hipócritos aseguraban al enemigo de los hombres el buen éxito de sus execrables proyectos.

Entretanto el infiel desempeñaba su farsa con el conocimiento de los ejercicios piadosos que ¡ay! habia adquirido sobrado en compañía de los santos reli-

giosos de Valladolid: guiado además por oficio escrito en el misal que Moreno pusiera en sus manos, fingió tartamudear en voz baja las oraciones de costumbre en la administración del sacramento del matrimonio; en seguida leyó á los dos esposos la fórmula del juramento que debía unirlos para siempre, y ellos la repitieron con la mas tierna emoción.

Por último el sacrilego impostor con voz temblorosa á pesar suyo, pronunció las palabras sacramentales que deciden irrevocablemente del destino de los esposos cristianos. Y quitando el anillo de desposada de la mano de la señora Pacheco, tomó la alianza de oro que la reina quiso darle ella misma, y la entregó al señor de Padilla, que la puso al dedo de su hermosa compañera. En seguida el falso hermitaño después de haber bendecido á la venturosa pareja, tomó el hisopo que le presentaba Moreno, y acercándose al lecho nupcial segun lo exigia la costumbre, dió tres vueltas al rededor, echando en él el agua bendita que debía alejar de allí todo sortilegio y toda idea culpable, segun la piadosa creencia de nuestros padres.

Pero, mientras llenaba esta última y previsora práctica religiosa, María, en el colmo de la felicidad, se habia precipitado en los brazos de la reina; y era tal su enternecimiento, que muda su boca, no acertaba á encontrar palabras con que espresar todo el cariño y reconocimiento que sentia hácia á quien era deudora de su felicidad. Pero advirtiendo la princesa las apasionadas miradas de don Juan, y compadecida siempre de las cuitas de amor: «Hija mia, dijo á María, en la actua-

lidad mis derechos han desaparecido, ante los de tu esposo; y es preciso que me retire.» Y besando la frente de María, salió precedida de Inés, que alumbraba sus pasos.

Moreno, provisto del salvoconducto que habia pedido al señor de Padilla, salió igualmente con su cómplice; los dos siguieron á la reina, que queria hablar algunos instantes á solas con el hermitaño del Arenal. Para este, era mucho mas fácil este último paso que el anterior: así fué que salió de él con entera felicidad, y con tal presteza que al cabo de una hora, él y Moreno estaban ya léjos de las murallas perdiéndose en la obscuridad de la llanura, en la que les dejaremos andar.

Todos los que nos intereseamos por la felicidad de los dos esposos; imitemos la discreta conducta de la princesa Juana; dejemos caer detras de nosotros el grande tapiz de Flandes que cierra la entrada del aposento nupcial, porque he leído en alguna parte, que si bien el Espíritu santo baja siempre donde se hallan tres personas reunidas, no sucede otro tanto con la felicidad, siempre que viene á visitar á dos esposos que el himeneo acaba de reunir por la primera vez: la felicidad desaparece, desde luego que un testigo importuno se presenta como tercero en medio de la enamorada pareja. Retirémonos pues, porque la felicidad está ahí... Ya acerca la copa encantadora á los abrasados labios de nuestros dos amantes.... ¡Juan, cuán feliz eres! ¡Ah! en este momento, lo juro, no dirian como aquel sabio español: «No me llames bienhadado hasta que me veas enterrado.»

LA INCONSTANCIA.

XLI.

Los rayos de la aurora brillaban ya al traves de las pintadas vidrieras de la capilla lo bastante á amortiguar la claridad de las arañas y antorchas, y sin embargo la discusion no estaba mucho mas adelantada que á la abertura de la sesion; hasta aquel momento los debates solo habian servido para hacer estallar las malas pasiones de unos, y á demostrar la indiferencia ó debilidad de otros. Tal era con todo el triste re-

sultado de la envidia que roia sordamente el corazon de la mayor parte de los diputados de la Liga de Avila. La envidia es como la gota de aceite, que va estendiéndose siempre, si no se destruye su substancia; pero en aquella ocasion, los progresos de este vergonzoso sentimiento, el mas oculto de nuestra imperfecta naturaleza, habian sido tan rápidos, que le era ya muy difícil al señor de Padilla detener sus

peligrosos efectos.

Con mucho fundamento puede creerse que las palabras y ocultos manejos de Giron no habian contribuido poco al desarrollo de esta plaga social. Desde el principio habia procurado introducir la desafeccion entre los que se preciaban de mas adictos á Padilla, desacreditando alevosamente la conducta del capitán general: ¿y quién lo creyera? apesar de los señalados servicios del héroe toledano, sin gran dificultad habia conseguido el pérfido Giron separar de los intereses de Padilla á una gran parte de los que le eran mas afectos, tan comun es por desgracia entre los hombres, sobre todo en los partidos populares el celoso sentimiento que arrastró á la ingratitud á aquel ciudadano de Atenas, cuya mediocridad se veia humillada por la grande fama de Aristides.

Giron vió llegado el instante de su triunfo y no se descuidó en aprovecharlo. Las acusaciones que se hacian á Padilla, favorecian admirablemente sus proyectos, y desde el primer momento vió todo el partido que podia sacar de ellas contra su rival. En vez pues de ocuparse del verdadero objeto de la reunion, don Pedro por espacio de mas de una hora no habia hecho mas que pedir esplicaciones al señor de Padilla, y echarle en cara faltas aparentes, interpeleándole del modo mas astuto.

— Seguramente, acabó diciendo el malvado, el modo de obrar de la regencia es culpable, y bendigo al cielo por haberme hecho saber á tiempo la suerte de mis compañeros, y permitirme de este modo, ser útil todavía á la santa causa que sirvo; sin embargo,

añadió con un ademan capaz de engañar á los mas perspicaces, debo decir que me parecia imposible, que los que nos enviaban un parlamentario hubiesen pocos momentos ántes asesinado á nuestros diputados.

Nosotros pues, debiamos andar muy circunspectos en dar crédito á rumores tan inverosímiles. «Y al hablar de esta suerte, dirigia el hipócrita sus gestos y sus palabras hácia donde se hallaba el capitán general de la Liga. «Con todo, me parece que se hubiera podido tener mas vigilancia en proteger la existencia de un prisionero tan sagrado para nosotros, desde el momento en que para alcanzar su libertad, se habia comprometido á hacer revelaciones tan importantes, que segun él, dependia de ellas la seguridad de la liga.

Á tan descarado language, Padilla no pudo contener su indignacion.

«Semejante acusacion, exclamó, con voz atronadora, sentiria muy mal de parte de quien quiera que se me dirigiese; pero en boca del que osa lanzármela en este momento, la encuentro mas que estraña; ¿porque, preguntaré á don Pedro Giron, qué hacia él cuando yo con mi espada protegía al parlamentario? ¿En dónde estaba entonces? ¿qué conversaciones tenia? ¿Se atreverá á afirmar que él era lo que acabamos de oír?

Señor de Padilla, interrumpió Giron, haceis muy mal en pronunciar semejantes inculpaciones contra cualquiera, porque se deja arrastrar de los transportes de su celo por el bien de su partido; seria preciso al ménos presentar pruebas ciertas para motivar semejante acusacion.» Y el malvado decia esto

con un tono de estudiada moderación con la esperanza de grangearse las simpatías de sus compañeros, como también á fin de descubrir cuales eran los datos que parecia tener Padilla sobre sus culpables manejos, porque estaba muy ageno el pérfido de hallarse enteramente tranquilo registrando al infeliz preso de san Benito; habia sido grande su pesar, al no encontrar el importante mensaje que el heraldo debía entregarle de parte del condestable. ¿Dónde habia ido á parar? En sus tristes recelos, Giron llegaba hasta á desear que el señor de Velasco no le hubiese cumplido su palabra. Sin embargo don Juan solo contestaba con un orgulloso silencio á las preguntas de su adversario. Entonces quedó convencido Giron de que el capitán general no estaba instruido de su traición, y que nada podía alegar contra él. Esta seguridad le alivió de un gran peso, y no hizo mas que acrecentar su odio contra su rival, y su anhelo de perderle.

«Importa bien poco, contestó con una monstruosa doblez, saber donde estaba yo, mientras que se dejaba asesinar impunemente al preso; porque yo, al poner mis brazos y mi fortuna á disposición de mis compatriotas, no he hecho con mi adhesión un tráfico de ambición. Apesar de los mandos militares que haya podido desempeñar antes de ahora, he consentido sin contradicción en servir bajo las órdenes de aquellos de nosotros que nos parecían dignos de marchar á nuestro frente. Yo estoy aquí pues sin autoridad, y ¿cómo simple diputado, podía detener el curso de una venganza justa sin duda, si los rumores que motivaban estas

represalias hubiesen salido verdaderos? — ¡Miserable! murmuró don Juan ahogando su cólera.

— ¡Bueno! ¡bueno! Señor Giron, exclamó don Pedro Merino, uno de los exaltados que profesaban mas odio á Padilla, porque habia rehusado la alianza de la Hermandad de Valencia; seguramente podíamos prometernos que nuestros gefes desempeñarían mejor el cargo que les habíamos confiado.

— Si, al capitán general de la liga, añadió Hernán Gómez de Alcocer, diputado por Sigüenza, tocaba presentarse al pueblo para ilustrarle y volverle al buen camino. »

Viéndose apoyado de este modo por sus compañeros, dió Giron rienda suelta á su osadía, conoció que el momento de perder á su enemigo habia llegado, y que para ello bastaba redoblar sus ataques; y en efecto lo hizo sin tregua.

«El señor Gómez de Alcocer tiene razón, replicó el pérfido don Pedro. A mi vez preguntaré también á nuestro capitán general, ¿en dónde estaba y qué hacia mientras se estaban derribando las puertas de la casa del ayuntamiento, y se asesinaba al preso? Y sin embargo es muy creíble que tenia noticia de los peligros que amenazaban al parlamentario, puesto que habia tenido el cuidado de enviarle un religioso para asistirle....

— ¡Esto es ya demasiado! interrumpió el noble caballero fuera de sí: ¿qué yo conteste á tan odiosas inculpaciones? ¡jamás! esto sería reconocer que he podido incurrir en ellas. Mi vida y mi carácter, que cuantos aquí se hallan han podido conocer muy bien, están ahí para defenderme. Don Pedro Gi-

ron, á no ser por el respeto que debo á mi reina, aquí presente, y á la augusta reunion de que formamos parte, sé muy bien de que manera hubiese puesto fin á tantas imposturas. »

No obstante, pocos amigos fieles aplaudieron el justo enojo del capitán general de la liga. Un profundo estupor se habia poderado de todos los presentes. Las palabras emponzoñadas del traidor habian surtido su efecto, y en voz baja no temian los enemigos de Padilla aventurar la especie de que podia muy bien ser que hubiese tenido alguna parte en el asesinato del enviado. ¿No estaba acaso en sus intereses hacer abortar toda especie de negociacion con la regencia? Solo habia este medio de conservar á su lado á su querida. En medio de esta agitacion, la sesion se habia suspendido; todos formaban corrillos en derredor de Giron; y Padilla abandonado de esta suerte, habia comprendido en parte los murmullos que se levantaban contra él.

En vano, con su bondad natural la reina á cuyo lado estaba don Juan, habia procurado, con palabras afectuosas dulcificar lo que tenia de acerbo la ingratitude, que se le estaba demostrando. Su magnánimo corazón se indignaba, al ver la precipitacion con que sus conciudadanos habian acogido las infames delaciones de su rival; conocia que desde el momento en que le fuese retirada la confianza, ese vínculo que constituye la fuerza de un caudillo sobre su partido, no le quedaba otro medio que hacer dimision de su destino. Pero temia por otra parte los funestos efectos que habia de tener la discordia para la causa nacional, á la que se ha-

bia consagrado enteramente. Haciendo pues abnegacion de todo interés personal, no escuchó otra voz que la de su amor á la patria.

« ¡Nobles señores! esclama entonces, con un tono capaz de hacer cesar al instante todas las conversaciones secretas y todos los rumores de la asamblea, el triunfo de la santa liga depende del desinterés y de la union de todos sus partidarios, y no seré yo quien siembre entre ellos las disensiones. Hasta aquí he cumplido mi deber, mi conciencia nada me acusa; pero esto no basta. Mi autoridad, para ser saludable, debe ser mirada favorablemente por todo mi partido; y con vivo pesar advierto que no sucede así; ignoro lo que puede haber motivado la pérdida de vuestra confianza. No importa, considero como un deber mio poner otra vez en vuestras manos el poder de que me revestisteis. Sin mas demora pues, presentad á su alteza un gefe mas digno que yo, de mandaros, y seré el primero en suplicar á nuestra augusta soberana que sancione vuestra eleccion. »

Al acabar estas palabras, dejó el asiento de honor que ocupaba junto á la reina, y se retiró al extremo de la sala, apesar de las instancias de sus amigos que profundamente conmovidos por una conducta tan generosa querian hacerle variar de resolucion; pero sus ruegos fueron inútiles. Con una voluntad del temple de la de Padilla, la asamblea entera no lo hubiera alcanzado, aun cuando hubiese estado dispuesta á pedirselo á don Juan; y no era así; pues la mayor parte de los diputados le eran hostiles, gracias á las detestables maquinaciones de don Pe-

dro Giron. Verdaderamente es preciso convenir en mengua de la humanidad, que cuando la envidia y la ingratitude se han hecho lugar en el corazon de los mortales, estos despreciables sentimientos les conducen al extremo de considerar como un crimen las acciones mas honrosas del que persiguen con ciego encono. La envidia, esta lepra moral del alma solo se cura en la desgracia, y en la necesidad en que á veces se presenta, de haber de recurrir al genio que se ha perseguido.

Pero la asamblea no se hallaba aun en la situacion de los apuros: así es que al instante procedió al nombramiento del sucesor de Padilla, y siendo Giron el que reunia mayor número de sufragios, fué desde luego sometida á la aprobacion de la reina su eleccion. Esta apesar de las indicaciones de los diputados, no habia querido dejar la capilla miéntras se procedia á la votacion. Vivamente afectada por lo que acaba de pasar, estaba muy dispuesta á negar su consentimiento; pero á las reiteradas súplicas del noble Padilla y de muchos de sus amigos, que temian resultase algun desastre de todo aquel desórden, Juana proclamó á don Pedro Pacheco y Giron capitán general de los ejércitos nacionales. A consecuencia de esto, el recién nombrado, á una invitacion bastante fria de parte de la princesa, pasó á ocupar cerca de ella, el asiento abandonado por el señor de Padilla. Hé aquí un nuevo ejemplo de inconstancia popular que añadir al infinito número de otros que nos enseñan que la rebelion rara vez se muestra reconocida hácia aquellos á quienes debe sus primeros triunfos. En todos tiem-

pos el genio revolucionario tuvo deseos insaciables; cuando carece de enemigos, desplega su furor contra sus propios hijos; su proceder es el de Saturno en la morada del Olympa.

Con todo, la alegría constante en sus usos, hace resonar sus gritos habituales: el ruido, los acentos de júbilo son los mismos; solo hay un nombre cambiado, el de Padilla. « ¡ Viva la reina! ¡ Viva Giron! repetian los ecos de la capilla. ¡ Ah! á buen seguro, que á no ser las graves cuestiones que se habian de discutir, de las cuales una sobre todo era del mayor interés para el señor de Padilla, este hubiera dejado al instante la asamblea; pero seguro en su conciencia sin tacha, el digno hidalgo conservó una actitud altiva y sosegada que mortificaba extraordinariamente á sus enemigos en medio de sus aclamaciones de triunfo. Finalmente el señor Maldonado, á fin de poner término á aquellas inoportunas demostraciones de alegría, que lo afectaban vivamente por su amigo don Juan, se apresuró á llamar otra vez la atencion de la junta sobre el verdadero objeto de su convocacion, y con una voz propia para imponer silencio á todos.

« Sin los tristes acontecimientos de esta noche, dijo, hubiera podido cada uno de los diputados manifestar su opinion en favor ó en contra de un acomodamiento entre la liga y el gobierno de Valladolid; pero á lo hecho pecho: no nos queda ya mas camino que seguir que el glorioso de los combates donde hasta ahora hemos hallado constantemente la victoria. »

En seguida, haciendo resaltar el ar-

rogante proceder del cardenal Adriano, que de un modo tan imperioso intimidaba á la reina se trasladase á Valladolid, declaró formalmente que solo con las armas en la mano debía contestarse al regente; y luego dirigiéndose en su peroracion á la reina Juana:

« Señora, continuó, no temo ser desmentido por ninguno de cuantos me rodean; os suplicamos permanezcáis aquí entre vuestros leales súbditos. Conservad esta corona, que vos sola tenéis derecho á llevar, y como una prueba de la autoridad que ejercéis, mandad á vuestra vez citar para que comparezca dentro un breve término, en vuestra corte de Tordesillas, al orgullo y rebelde extranjero que ha osado dictaros órdenes. »

La reina, con el acento de la mas viva emocion, contestó en los términos siguientes á la ardorosa improvisacion del bachiller de Salamanca.

« Agradezco al señor Maldonado los sentimientos que me espresa en nombre de la asamblea; yo no tenia necesidad de este nuevo testimonio de afecto para decidirme á permanecer en medio de mis buenos y leales súbditos: con su ayuda y la de Dios, espero que bajo mi reinado renacerá la felicidad, por tanto tiempo perdida para todos. »

Unánimes aplausos sucedieron á tan sentidas palabras. Todos se preguntaban con admiracion, como habia podido tacharse de loca á una princesa tan sensata y bondadosa; y esto contribuia á aumentar el odio de los Comuneros hácia los consejeros de la regencia. Respecto del corto número de los que desde algun tiempo visitaban á la reina, era ménos viva la ilusion: sin embar-

go, tambien estos esperaban ver á Juana recobrar enteramente su razon, porque el espíritu de esta princesa, lucido generalmente en todos los puntos, solo parecia turbarse con el recuerdo de su esposo. A su modo de ver, eran estas las consecuencias inevitables de una melancolía profunda que desapareceria con el tiempo. Hasta los mismos familiares del Alcázar creian, hacia algun tiempo, notar alguna mejoría. La memoria del Archiduque no parecia ocupar ya con tanta frecuencia la imaginacion de la augusta viuda, tan cierto es, que algunas veces mejor que los socorros del arte, una nueva tension, como un violento sacudimiento dado al espíritu, puede volverle su equilibrio; falta á saber con todo, si debilitada por sus continuas preocupaciones, no se extraviará otra vez su razon en caso de experimentar nuevas emociones.

Sin embargo, sea lo que fuese lo que debiera suceder mas adelante, cada cual se felicitaba en aquel momento por el estado moral de Juana, y ruidosos transportes atestiguaban la satisfaccion general. A los gritos mil veces repetidos de, ¡Viva la Reina! sucedió un profundo silencio, del que se apresuró á aprovecharse el perseverante Giron para llevar á cabo sus odiosos proyectos contra Padilla. Viendo que por pronto era preciso renunciar al proyecto de obligar á la reina á trasladarse á Valladolid, y confiando con el poder de que acababa de ser revestido, para cumplir los empeños contraidos con el condestable, en tiempo mas oportuno; quiso sin embargo llevar desde luego á cabo uno que le apareció que no admitia demora. Se apresura

pues á tomar la palabra; y aparentando al principio estar muy contento de la noble y firme resolucion que acababa de tomar la reina, añadió en seguida.

Ahora solo nos falta determinar lo que deba contestarse relativamente á la señora doña María Pacheco. Como su mas próximo pariente y el inmediato sucesor de su casa, creo que me toca ántes que á ningun otro, «y el pérfido recalcó estas últimas palabras» dar mi parecer, en este negocio; así pues, me creo obligado á decir que en conciencia, hallo muy justa la demanda del señor de Velasco. ¿Con qué título y á que fin debemos retener aquí á la señora Pacheco su pupila? ¿Con qué objeto hemos de comprometer tan gratuitamente el honor de nuestro partido? ¡Ah! ¡basta con el crimen de esta noche! y aprovechando esta ocasion para demostrar que aquel crimen era enteramente aislado, «crimen, dijo, igualmente reprobado por todos los representantes de la santa liga. Si hubiesen obrado por sí mismos, hubieran hecho respetar el carácter inviolable del heraldo de la realeza, como respetan ahora los derechos sagrados de un tutor sobre su pupila...»

Sonó repentinamente una voz al extremo de la asamblea; y era la voz de Padilla.

«El señor don Pedro Giron se equivoca, exclamó; hay derechos todavia mas sagrados que los de un tutor: ¡desgraciado el temerario que quisiera desconocerlos, y se atreviese á arrebatar á don Juan de Padilla doña María Teresa Pacheco su esposa!»

Y mientras así hablaba, sus ojos irritados despedían chispas, y nadie hubiera

entonces osado replicar al soberbio héroe toledano. El amor y la indignacion habian vuelto toda su pujanza á su alma enérgica, en pié con la cabeza un poco echada atras dirigia encendidas miradas por toda la asamblea asombrada; raro y sublime efecto de este poder invisible y misterioso con que plugo al cielo dotar á las almas grandes. Cuando se abandonan al fuego secreto que les anima, imprimen sobre cuanto las rodea, un religioso sentimiento de respeto á que en vano intentarían sustraerse los espíritus mas rebeldes, porque saben imponer silencio á las pasiones vulgares que se agitan á su alrededor.

Con todo Giron no podia parar aquí en las interpelaciones que habia dirigido á don Juan, habia entrado en una senda de provocacion que le era preciso seguir hasta el cabo. Apesar de todo, por el profundo estupor de sus cólegas, conoció que tal vez se habia dejado llevar demasiado de su encono hácia su rival, y sobre todo que habia confiado demasiado en el apoyo siempre inconstante de una asamblea popular; así es que se notó en él cierta perplegidad al pronunciar las siguientes palabras:

«Ciertamente estoy muy ageno de poner en duda la verdad de las aserciones del señor de Padilla; sin embargo por el mismo interés, debe comprender que para contestar de una manera formal á don Iñigo de Velasco, es preciso que nos facilite las noticias oportunas para demostrar la validez de su matrimonio; permítame pues que le pregunte, ¿de qué otra persona que del señor de Velasco ha obtenido su consentimiento legitimo, para su enlace

con la señora Pacheco? ¿en qué lugar ha recibido la bendición nupcial y en presencia de que testigos?»

Padilla iba á replicar, pero la reina no le dió tiempo para ello.

«Señor Pacheco y Giron, dijo la constante protectora de nuestros dos amantes, con un acento no ménos severo que lleno de dignidad, acordaos delante de quien hab'eis; en mi presencia, no os accedais de los poderes que acabo de conferiros. A mí únicamente tocaria dirigir estas preguntas al señor de Padilla. Y verdaderamente, despues de los servicios que ha prestado á la España y á mi real persona, veo con dolor la poca gratitud que se le manifiesta. Si pues la voz de sus amigos enmudeciese en este instante para defenderle, otra hay que se levantará en su favor; voz que sabrá imponer silencio á todo el que quiera calumniar y perder á uno de mis mas leales servidores; y esta voz, es la mia. Sabed pues todos que soy yo, la reina, quien ha otorgado el consentimiento para el enlace del noble señor don Juan de Padilla con la señora doña María Pacheco, porque tengo este derecho en virtud de las constituciones de nuestros padres, y de la autoridad suprema que me han legado los reyes mis antepasados. Preguntádselo sino al venerable prelado que está á mi lado.» El obispo de Zamora hizo una inclinacion con la cabeza en señal de aprobacion. Sabed ademas que los dos esposos han recibido la bendición nupcial en el interior de mis aposentos, y que en el número de los testigos habia Juana de España, hija de Fernando de Aragon y de Isabel de Castilla, vuestra reina, á quien habeis jurado fide-

dad y obediencia.»

Estas palabras produjeron el efecto del rayo sobre Giron. Imposible le era poner en duda el testimonio de su soberana; de la misma manera que tampoco podia atacar un consentimiento que ella otorgara, só pretesto de que aquella princesa carecia del uso de su razon, cuando él mismo, acababa de ser nombrado por ella, gefe de un partido, que habia puesto en manos de Juana las riendas del gobierno y que reconocia por obligatorios y sagrados todos los actos que llevaban su nombre. Resignóse pues á callar, consolándose con la idea de que, miéntras permaneceria al frente de la liga, le seria fácil hallar otros medios para cumplir lo que habia prometido al condestable, en cambio de la palabra que le habia dado, de interesarse por él, con don Carlos. La reina, continuó por su parte sin ser interrumpida.

«No está todo aquí aun, señores diputados del reino, que os hallais presentes, sabed que siendo mi real voluntad, atestiguar de una manera inequívoca mi aprecio al digno caballero de Padilla, le confío la importante y honorífica mision de ir á representarme en Valladolid, y de requerir en mi nombre, para que comparezca en mi presencia aquí en Tordesillas, al prelado rebelde que se atreve á titularse regente del reino, y con él todos los que forman parte de su consejo; y por poco que él resista á mis órdenes soberanas, faculto al señor de Padilla para que á viva fuerza les obligue obedecerlas y los traiga á mi presencia.

Este language tan noble y enérgico, fué muy aplaudido por la asamblea; y

la mayor parte de los que habian prestado su apoyo á Giron, empezaban ya á arrepentirse de su animosidad contra su antiguo gefe don Juan de Padilla. El mar no es mas variable que el seno agitado de una asamblea deliberante: así es que la siguiente proposicion hecha por Maldonado fué desde luego aprobada casi por unanimidad.

«Las augustas palabras que acabamos de oir, dijo el capitán de Salamanca, son de tal naturaleza que no pueden dejar de hallar eco á nuestros corazones; ahora no falta pues mas que acordar los medios de llevar á efecto tan nobles resoluciones. A este intento pido á la asamblea tenga á bien poner á la disposicion del señor de Padilla un cuerpo de ejército bastante á hacerse abrir las puertas de Valladolid, si por casualidad, llegasen á cerrarse ante el enviado de nuestra reina. En cuanto á mí, me vanaglorio de publicarlo, tengo como un honor formar parte de tan gloriosa expedicion, y si es preciso, combatir tambien bajo las órdenes del héroe que triunfó en Toledo, y libertó á Segovia.»

Don Juan apretó la mano de su fiel amigo, y volviéndose hácia su real protectora.

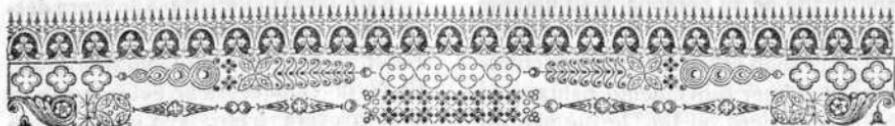
«Mi vida y mi espada, dijo, pertenece á mi patria y á mi soberana; doy gracias á una y á otra por ofrecerme una nueva ocasion de atestiguarles mi celo y adhesion, y sin mas tardanza desde hoy me propongo merecer el favor que acaban de concederme.»

Durante esos borrascosos debates, el día se habia levantado radioso, y alumbraba completamente la bóveda sintrada de la capilla. Entónces, los

diputados, temiendo por la reina el cansancio de tan largos debates, se apresuraron á adoptar la proposicion del señor Maldonado; y luego, á su instancia, Juana levantó la sesion. Tardábale ya á aquella princesa el instante de volver á sus aposentos: tan grandes eran sus deseos de contar por sí misma á su querida María, el resultado de una deliberacion que acababa de decidir de la suerte de la hija de los Pacheco.

Los diputados despues de haber acompañado á la princesa Juana hasta las puertas interiores del Alcázar, se retiraron. Cuando estuvieron fuera vieron sus pasos detenidos un instante por las oleadas del pueblo, que desde el amanecer ocupaba todas las avenidas del Alcázar; porque por secreto que hubiese querido tenerse, la multitud habia acabado, como sucede siempre, por quedar enterada de lo que se le ocultaba con tanto cuidado. Habia cundido la noticia de la sesion que acababa de celebrarse en presencia de la reina; la firme decision de Juana agradó generalmente, y no se dudaba del éxito de la empresa, pues que Padilla era llamado á dirigirla. Ya veían al cardenal y todos sus consejeros conducidos presos á Tordesillas; pero turbóse la alegría al saber que Giron reemplazaba á Padilla al frente de la liga.

El pueblo cuando sus pasiones le arrastran, se deja conducir voluntariamente por aquellos que le engañan aduándole, pero en cambio, en los momentos de reflexion, su juicio instintivo es sumamente exacto, y muy amenudo muestra aun mas tino que los políticos mas perspicaces para descubrir la maldad y la traicion.



DOS TRAIADORES.

XXII.

« ¡Por vida de Dios! ¿quieres seguirnos?... Desde esta mañana que andamos buscándote, estamos cansados de correr á tu alcance. Vamos, anda... mas aprisa todavía; porque nuestro capitán general desea verte y acabar con un pícaro de tu calaña. ¡Por esta vez no nos escaparás! ¡Ah! perro apóstata, ¿pensabas acaso hacer traición impunemente á los hombres y á Dios? el garrote sabrá hacerte buena y pronta jus-

ticia. Pero no creas detenerte aquí, añadió uno de los soldados, descargando un fuerte golpe al indócil Moreno, que se resistía á subir la grande escalera del Alcázar de Torde-sillas. »

Preso de repente por cinco hombres armados, cuando volvía confiadamente de su expedición nocturna, habia al principio opuesto dificultades á seguir buennamente á los soldados, que se habian

apoderado de su persona á su entrada en la ciudad.

Como todo el que se reconoce culpable, su primer movimiento habia sido escaparse; pero, al fin, le fué preciso ceder al número, y dejarse llevar ante el capitán general, por órden del cual se le detenía. Apesar de su habitual sangre fría, Moreno se habia turbado al saber ante quien iba á comparecer; le temblaban las piernas, y con gran dificultad subia las gradas de la escalera.

« Por vida de Dios! ¿acabarás? » exclamó un soldado, empujándole brutalmente por la espalda; te digo que nuestro capitán general está impaciente por verte. Un poco mas temprano, ó un poco mas tarde, siempre tendrás el premio que te mereces.

— ¡Oh! el señor de Padilla. no será sordo á mi voz, murmuró Moreno; le haré entender...

— ¡Ha, ... ha, ... ha! ... interrumpieron los soldados soltando una estrepitosa carcajada. Tu Padilla en este momento está demasiado léjos para poderle oír...

— ¿Qué quieres decir? exclamó Moreno, deteniéndose sorprendido.

— ¡Ha, ... ha, ... ha! ... ¡verdadero Judas! ¡El traidor se hace el asombrado, como si no supiera que su amo ha ido á Valladolid á hacer aprobar su matrimonio con su querida por el viejo testarudo condestable!

— ¿Seria posible? interrumpió Moreno...

— ¡Ha, ... ha! ... Por vida de Arias Gonzales, patrón de tus semejantes, estás muy poco instruido en el oficio que has tomado.

La infanta doña Urraca hubiera despedido á cajas destempladas, á un corredor de amores tan ignorante como tú. Y la soldadesca se echó á reír á esta grosera frase. « ¡Vive Dios! no habrias merecido que te hiciese gobernador de Zamora. » Y aumentaba la risa á esta alusion al confidente de las galanterías de la famosa infanta de Castilla.

« ¡Bobazo! contestó al chancero Rolando, el que mandaba en gefe, y á quien hemos visto ya obrar bajo las órdenes de Giron en el bosque de Coca, « haces mal en perder el tiempo charlando con ese villano; no ves que está mucho mas informado que nosotros... Va, no sin intencion le ha dejado Padilla tras de sí: no cabe duda, aquí hay gato encerrado.

— Pues bien, replicó un tercero, no lo cogerá el camarada. Nuestro nuevo capitán general, don Pedro Giron, no es hombre que pierda el tiempo.

— ¡Don Pedro Giron, capitán general! exclamó Moreno sobrecogido.

— Parece que esto no te gusta, replicó Rolando; no importa, ¡anda! ... « Y cogiendo fuertemente del brazo á Moreno, en un abrir y cerrar de ojos, le hizo salvar los pocos escalones que faltaban todavía. Luego haciéndole atravesar una espaciosa antesala, le introdujo en el gabinete de audiencia del capitán general de la santa liga.

Moreno esta vez se habia dejado conducir sin oponer la menor resistencia; sino que seguia con paso firme á su introductor, porque al nombre de Giron, habia renacido en su alma una secreta esperanza: su fisonomía habia recobrado tambien su impasible seve-

ridad, cuando se encontró en presencia del sucesor de Padilla.

« Señor, le dijo Rolando, ahí está el hombre: el perillan estaba desempeñando ya su papel; le hemos hallado, rondando los alrededores del Alcázar; y no sin trabajo hemos logrado traérselo.

Un rayo de alegría brilló de repente en el rostro de Giron, cuando vió á su prisionero entre sus manos. Una voz secreta le decia, que Moreno poseia mejor que ningún otro el secreto que tanto interés tenia él en que quedase oculto para siempre.

Por sus espías, habia sabido que era Moreno quien habia introducido el religioso en la cárcel; y como las almas perversas se adivinan recíprocamente, suponía con bastante fundamento que Moreno llevaba un objeto muy distante de la caridad cristiana, al proporcionar quien fuese á asistir al preso. Sin embargo, lo que no podía comprender, era como Moreno, si realmente tenia en su poder documentos tan agravantes contra él, no se habia servido de ellos para perderle, despues que Giron habia venido á ser su implacable enemigo, á consecuencia de la terrible aventura del bosque de Coca.

Un instante como lo hemos visto, el silencio de Padilla habia disipado estos temores cuando estuvo solo consigo mismo, aquellos se les presentaban mas terribles que nunca. Consultando su memoria, Giron se acordaba de que cuando llegó á penetrar en la cárcel de san Benito, habia tenido mucho trabajo en arrancar algunas palabras del preso dominado por el espanto: pero que en las pocas palabras que éste le habia

dicho, él habia creido entender que se habia verificado un cambio. Tal vez aquellas palabras entrecortadas de violencia, evasion y perfidia que soltaba el preso, no eran mas que exclamaciones de espanto de una cabeza delirante; la obscuridad del calabozo, y la repentina invasion de la horda de bárbaros que se precipitó sobre el preso, no le dieron tiempo para aclarar sus ideas. Por otra parte ¿qué interés podia tener Padilla en este cambio? ¿Tenia acaso, los excesos de la venganza popular? ¿y despues de haberse apoderado de un título tan perjudicial á Giron como era la promesa firmada á favor de este por el condestable, habria querido poner en parage seguro al enviado que era portador de la misma para hacerle comparecer cuando fuese necesario? Ello era muy posible, pero en este caso ¿cómo Padilla, para perder á su rival no habia producido el terrible escrito ni llamado á declarar al mensajero, si en efecto existia este todavia?

Así era pues que habia muchas horas que Giron se perdía en conjeturas, y su alma perversa no temia suponer mil perfidias en el generoso Padilla. La intervencion de Moreno en este negocio bastaba por otra parte para hacerle recelar alguna horrible trama. Para coger el hilo de la misma, era preciso pues apoderarse de este personaje; pero para acrecentar mas las sospechas de Giron, no se hallaba Moreno en el Alcázar. El primer acto de autoridad del nuevo capitán general, habia sido de decretar el arresto de Moreno; con todo obrando con suma prudencia habia encargado esa comision á los matones de Rolando, sus emisarios de

costumbre. Júzguese cual sería su satisfacción cuando vió á Moreno en su poder, y sin medios de escaparse esta vez de sus manos. A una seña de Giron se retiró toda su gente.

«El traidor hace muy bien en alejar á todo el mundo, cuando teme que se le echen en cara las pruebas de su traicion, dijo Moreno levantando la cabeza con descaro.

—Para un hombre que está enteramente á mi merced, replicó Giron, es este un language sobrado altivo. ¿Esperas acaso librarte siempre de mi venganza? tu vida me responde de tu discrecion...

—Sí, pero no me la quitarás, interrumpió, con ademán sardónico el confidente del traidor.

—¿Y el motivo?

—Porque poseo el secreto de cierto convenio oculto que existe entre el señor de Velasco y don Pedro Giron. Así pues, hasta que el señor don Pedro tenga este título precioso en sus manos, me rio de sus furores, por mas capitán general que sea hoy en día.

—¡Lo hubiera jurado! ¡necesariamente debias saberlo! exclamó el traidor confundido; y variando inmediatamente de tono, con la esperanza de descubrir mejor la verdad, añadió con acento dulce y engañoso: «Sin embargo, Moreno, ponte sobre ti; hay servicios que nunca se olvidan.

—Oírotanto sucede con ciertos agravios y malos tratamientos, pensó consigo mismo el apaleado de Coca.

—Ya que ha querido la suerte que estés enterado de la escena misteriosa que pasó en la cárcel, espícamela al instante. Yo no sé porque, pero recelo

mucho, que el enviado de la regencia no es el que ha sido asesinado esta noche.

—¡Gracias á Dios! él que yo saqué de la prision vive aun, y se halla ahora en parage seguro.

—¡Justos cielos!» no pudo dejar de exclamar don Pedro; y su semblante contraído tomó un aire sombrío.

¡Pero qué interés podía tener Padilla en hacer escapar al parlamentario!

—Ninguno, contestó Moreno; tambien ignora la verdad, y está en la persuacion de que es el mismo parlamentario el que el pueblo ha sacrificado y arrojado á los fosos de la ciudad: únicamente yo sabia lo que hacia salvando de este modo á un amigo mio.

—¿Un amigo tuyo?

Sí, un amigo, por quien hubiera dado mi sangre y mi vida; en prueba de la confianza que tenia en mí. Toma, vé lo que al partir me ha entregado.»

Moreno acababa de sacar del seno el famoso mensaje del condestable dirigido á Giron. A vista de aquel documento, un temblor repentino se apodera de todos sus miembros; de aquel pergamino que está allí, ante sus ojos, le parece que está suspendido el hilo de su existencia; es preciso que se apodere de él á toda costa. ¿Quién se lo impedirá? ¿no es acaso dueño de arrancar aquel título, tan temible para él, al que lo ha cogido por un engaño, y que actualmente está en su poder? Entónces á la manera que un avaro que halla su tesoro en manos estrañas, don Pedro está fuera de sí; domínale una especie de frenesí, le es imposible contenerse, y con voz terrible:

«Muy audaz eres en confesar tu

traicion en mi presencia; ¿olvidas donde estás? ¿ignoras tal vez que en este instante una sola palabra mia puede llevarte al suplicio?

—No cabe duda, es posible; pero tendré la satisfaccion de que vayamos juntos; pues que, ¿acaso me crees tan mentecato para no descubrir á los que estás vendiendo, un secreto del cual tengo las pruebas en la mano?»

Hablando de esta suerte, el satánico personaje desafiaba á su enemigo, machucando entre sus dedos el pergamino acusador. Por último Giron no se contiene ya, desenvaina su daga, y se arroja sobre Moreno, exclamando ¡mi carta!

A tan repentino ataque, Moreno, flexible como andaluz que es, ha retrocedido á tiempo algunos pasos.

Carece de armas, pero en cambio tiene más sangre fría y mas fuerza muscular, evitando con destreza el arma homicida, se arroja á su vez sobre Giron, y le estrecha rigurosamente con su brazo izquierdo, mientras que con el derecho aprieta de tal modo el puño de Giron, que le hace soltar la temible daga; y arrojándole enseguida contra la pared, le tenia allí, arrimado, apretándolo del modo que el viejo Diego Lamez apretaba, hasta hacerle perder aliento, al jóven Ruiz Dias del Vivar. La posición de Giron iba haciéndose muy crítica: y sin embargo no se atrevia á levantar la voz ni á pedir socorro. Moreno era capaz de ir explicando á todo el mundo el motivo de la reyerta, y este descubrimiento no podia ser nada favorable al nuevo capitán de la liga. Entretanto Moreno habiéndolo desarmado, á su vez tenia sobre él el puñal levantado:

« ¡No ves! le dijo, ahora te tengo á mi disposicion; pero, añadió con una punzante ironía, quiero ser mas generoso que tú, ó mas bien ménos insensato. En este momento, nuestras existencias dependen una de otra; quitarte la vida seria sacrificar la mia, yo debí conservarme aun para bien de los que necesitan mis servicios. Desecha pues todo temor, y en vez de procurar como dos locos, perdernos mutuamente, tratemos mas bien como dos hombres que ningun secreto tienen entre sí. » Y diciendo esto, iba soltando poco á poco á su antagonista: este disimulando su secreto despecho vió que el único medio de salir del paso, era acceder por el momento, á lo que Moreno quisiese.

« Bien, le dijo entónces, en cambio de estos pergaminos, de antemano suscribo á cuanto de mí exijas.»

— Con la condicion de faltar mas tarde á tus promesas, contestó el otro, señor doctor en perfidia, y jugarme una mala pasada á la primera ocasion. »

Giron no decia palabra; conocia que todo artificio le seria inútil con un hombre que como Moreno, era capaz de penetrar anticipadamente el ardid mas disimulado.

« Escucha, prosiguió este, con la insolente familiaridad de todo aquel que sea quien fuere se ha hecho cómplice de otro, porque el crimen es como la muerte, iguala todas las condiciones. Escucha, al instante me es necesaria la libertad, y una libertad bien asegurada, sin temor de ser perseguido ni por motivos religiosos, ni por motivos políticos.

— La tendrás, dijo Giron.

— ¡Tu palabra no me basta, contestó el descarado confidente; de traidor á traidor las únicas garantías posibles son el cambio de sus secretos mas íntimos.

— ¿Qué quieres decir? interrumpió don Pedro.

— Sí entre los hombres, los lazos mas fuertes son los formados por el interés comun de los obligados; ahora bien, si en este momento, para desgracia de tu partido te perdono la vida, es porque sé positivamente que mi muerte seguiria á la tuya. Si á mas de esto me ves acceder tambien á tus deseos, es porque quiero mi libertad, y si por precio de esta libertad, consiento en devolvete este escrito que hace patente tu traicion, es porque aun cuando esté fuera de aquí, cuando no tendré ya en mi poder documentos que te acusen, sé que aun entónces tendrás interés á proteger mi existencia. »

Una ligera sonrisa asomó á los labios de Giron, que guardando silencio, escuchó con mas atencion las palabras de Moreno.

« Esto te admira, continuó el confidente, todavia será mayor tú ser preso, cuando te diga, que léjos de ocultarte los secretos de mi alma, quiero confiártelos enteramente, y asociarte á las ocurrencias de esta noche, haciéndote mi confidente.

— ¡Habla pronto! exclamó Giron impaciente por saberlo todo.

— Pues bien: es preciso que sepas, que el verdadero motivo de mi empeño en hacer escapar al prisionero de san Benito era el conocimiento que yo tenia de la conspiracion que estabas tramando contra su vida. Yo ignoraba

entónces la causa que te hacia obrar de este modo; pero sabia que al anocheecer, en medio del desórden de la sedicion que fomentabas con tu oro y tus discursos, debias forzar la cárcel de la casa del ayuntamiento, y asesinar al desgraciado que allí estaba detenido.

— ¿Quién te ha informado de tales falsedades? dijo Giron esforzándose en disimular bajo un exterior indiferente, el profundo disgusto que le causaba ver descubierta su conducta.

— ¡Pacencial repuso friamente Moreno, con un descaro capaz de atraerle cien garrotazos de otro que no hubiese sido el señor don Pedro Giron: ántes es preciso que sepas la generosidad con que me he portado contigo. En vez de divulgar tus secretos manejos al señor de Padilla, solo pensaba en prevenir clandestinamente sus resultados, y sacar de ellos todo el partido posible á fin de llevar á cabo mi proyecto de libertar al preso. Así pues que obtenido de Padilla el permiso de llevar á la cárcel un religioso, obligué al reverendo á ocupar el puesto del personage que me proponia salvar, y tú despues, tuviste á bien encargarte de hacer desaparecer toda señal de mi artificio. He ahí, como sin ningun riesgo, he libertado á la esperanza de los verdaderos creyentes, al jóven Abbas Abdallah.

— ¡Abbas Abdallah! dijo Giron, ¿el mismo que se evadió del convento de dominicos de Valladolid? ¿seria acaso el enviado de la regencia!

— El mismo.

— ¡Qué impostura!

— Yo nada aventuro que no sea fácil de esplicar, replicó Moreno. Al dia siguiente de los regocijos, por la ma-

ñana, una muger de mi religion vino á encontrarme: te conocia, pues te habia visto en la taberna del rey Almanzor.»

A este recuerdo traído tan impensadamente, Giron palideció y bajó los ojos. Moreno aparentando no haberlo advertido, continuó con el mismo desembarazo.

«Esta muger era de aquella partida de moros que tan á tiempo vino á librarme de tus manos en el bosque de Coca; tú debes de acordarte?..»

— ¿Acabarás? » exclamó Giron, humillado en presencia de unos hechos tan imprudentemente descritos por su cómplice.

« ¡Paciencia! contestó este último. Has de saber pues, que esta fiel musulmana fué la que me notició, que algunos moros en número bastante crecido habian penetrado con diferentes disfraces en Tordesillas, y que el mismo príncipe Abbas no habia tenido reparo en ponerse al frente, bien que con la apariencia de enviado del gobierno de Valladolid, esperando verificar con mas seguridad el proyectado rapto de la persona de la reina, precioso rehen que contaba llevarse á las sierras de las Alpujarras, en medio de los hijos del profeta, que han encontrado allí un asilo. »

A unas revelaciones en que se echaba tan estraña sinceridad de Moreno, Giron, alegremente sorprendido, no pudo dejar de decirle:

« ¡Como! ¿y no temes confiarme tales secretos? »

— ¡Oh! no te sonrias de compasion, si ves que de este modo te voy descubriendo los planes de los mios; te co-

nozco mas bien que tú mismo por solapado que seas. Persuádete de que para que Moreno no te oculte nada, es preciso que él esté seguro de antemano de que puede contar contigo. No te interesa tanto como á mí mismo saber que se halla al abrigo de toda persecucion el falso parlamentario de la regencia que podria hacer contra tí tan temibles descubrimientos?..»

— Pero, ¿en realidad, interrumpió Giron, ha tenido Abbas Abdallah en su poder los mensajes del regente y del condestable? »

— No lo dudes, y voy á esplicártelo, repuso Moreno. En uno de los pasos mas solitarios de las montañas de Simancas, tuvo lugar un encuentro entre la pequeña escolta del príncipe Abbas y la del verdadero enviado de Valladolid. El resultado fué fatal, para los partidarios del cardenal: sus cadáveres se hallan todavía en el fondo del barranco á donde fueron arrojados despues del combate. ¿Ahora que se ha aclarado todo para tí comprendes de cuan grande interés debia ser para la existencia del preso de san Benito? Gracias al cielo, mis votos se han cumplido ántes que los tuyos..»

— ¡Miserable! «repuso Giron, no pudiendo soportar por mas tiempo la temeraria insolencia de un hombre que miraba como tan inferior así, y creyéndose á su vez poseedor de los secretos de Moreno. «¡Infame apóstata, le dijo en tono amenazador, ignoras acaso que ahora tengo en mi poder mas pruebas de las que necesito para hacerte ahorcar por mano del verdugo! felizmente para tí, he jurado volverte la libertad. »

— ¡Oh! ¡oh! replicó su cómplice, redoblando su descaro, ¿y tú me hablas de juramentos? cuando sabes mejor que yo lo que valen. Sé franco, tiempo hace que te hubieras desembarazado de un confidente tan peligroso, si hubieses tenido en tus manos este escrito que me hace dueño de tu destino.

— Dáte prisa pues á devolvérmelo, contestó Giron; y sal inmediatamente de mi presencia, porque tu vista me causa horror.

— Di mas bien que te hace avergonzar de tu traicion y tu perfidia. Tambien tengo compasion, de lo que debes sufrir con mi presencia; y voy á abreviar tu suplicio dándote ese pergamino que devoras con los ojos.»

Giron se precipitó, para cojerlo; pero su experimentado cómplice, deteniéndole:

« ¿Acaso me crees tan lerdo, prosi-guí, para separarme de tí sin otra seguridad que tu juramento? No, no, no quiero esponerme á ir hacer compañía á tu víctima de esta noche en los fosos de la ciudad. Antes de dejarte, quiero que lo sepas todo: dos corazones como los nuestros, te lo repito, solo pueden unirse por la comunion de intereses. »

A este infernal language nada contestó don Pedro; preguntábase á sí mismo á donde iria á parar el satánico personage que parecia presidir á su existencia criminal.

« Desecha toda inquietud, continuó éste: hacerla durar por mas tiempo seria inútil para mí; léjos de devolverte mal por mal, quiero que sepas que esta noche, te he hecho un gran servicio, salvando el último vástago de la raza real

de Granada. Tu rival temia encontrar en la asamblea una fuerte oposicion á su matrimonio; á fuer de amante previsor ha querido neutralizar sus efectos de antemano, casándose con la señora doña María Pacheco. Por orden suya he ido á llamar al religioso poco ha retirado á la hermita del Arenal; y bajo el pretesto de disimular mejor la verdadera causa de la aparicion del hermitaño en Tordesillas, persuadí á Padilla sin gran dificultad que seria muy conveniente llevar al religioso al preso de san Benito, que pedia un sacerdote para que le asistiese. Ahora, Giron, ya comprenderás lo que debió resultar de ahí. Cuando Abbas hubo escapado bajo el hábito del religioso, fué necesario que sostuviese el papel de tal hasta el fin. Benditas sean en tal ocasion las lecciones de los reverendos Padres de Valladolid, pero mas aun á los tiernos arrebatos de nuestros dos amantes, harto apasionados para pensar en examinar la identidad del sacerdote que los unia. Así es que Abbas Abdallah cumplió su mision en satisfaccion general. »

La ceñuda frente de Giron se desarrugó de repente:

« ¡Qué! ¿seria cierto? dijo; ¿el matrimonio de Padilla y de doña María seria solo obra de un impostor? ¿Debes de aborrecerles mucho, para burlarte de ellos de esta manera?

— Soy el hijo de Albayaldos y el esclavo de don Diego Pacheco, uno de los perseguidores de mi familia, murmuró sordamente el implacable moro.

Pero don Pedro en el colmo de la alegría, no prestaba la menor atencion á la expresion sombría del rostro de su compañero: « ¡Oh! esta vez, dijo, te

confieso que te quedo adeudando. Habla, ¿qué exiges de mí?

— La libertad. En cuanto á la vida, por ahora, añadió con ademán altivo y desdeñoso, no creo quieras quitársela al único testigo que puede deponer acerca de la nulidad del matrimonio de la señora Pacheco. Con todo, piensa consigo, si mas tarde, el interés de la causa de los verdaderos creyentes me obliga á hacerlo.

— Por mi alma te juro que tu vida me es sumamente preciosa, contestó Giron.

Y despues de un instante de reflexion profunda en que le sumerjiera la importante revelacion de Moreno. « ¡Ah! mi señora prima, por de pronto estais en mi poder; bien puede vuestro Padilla volver de Valladolid; no le temo ya....

— Ahora, interrumpió el mero triunfante, ya creo no tener necesidad de retener estos títulos: aquí los teneis pues. »

Giron no se hizo repetir tales palabras, sino que al instante se apoderó de los pergaminos. Su mano temblaba de emocion al coger por fin aquel mensaje del condestable cuyo extravío le habia causado tantas zozobras.

Lleno de alborozo hasta el punto de perder casi la razon, dijo á Moreno:

« De hoy en adelante, cuenta con mi gratitud; y para que empiezes á sentir sus buenos efectos mandaré te digan dos misas para que el cielo, en fin, ilumine tu alma y te inspire el deseo de volver al seno de uestra santa religion. »

Con dificultad pudo Moreno ocultar en su semblante el desprecio que sen-

tia hácia Giron al escuchar semejantes palabras de boca del traidor.

« Ni se reduce todo á esto, añadió don Pedro, sino que para que en lo sucesivo puedas merecer perdon y olvido de parte del condestable, es preciso que me ayudes ahora á cumplir mis compromisos para con él; y con la misma franqueza que acabas de manifestarme, voy á confiarte yo mis proyectos: — Padilla no es probable que emplee mucho tiempo en llevar á cabo su expedicion sobre Valladolid; con el cuerpo de voluntarios que lleva, se apoderará de la ciudad fácilmente. En la actualidad es muy escasa su guarnicion; sé por buen conducto que no está allí el condestable, el cual se halla en Medina del de Rio Seco, donde se ocupa en reorganizar su ejército con las fuerzas que van sacando de Navarra y Aragon su hijo, el conde de Haro y el Almirante de Castilla. Sin perder un momento, vé pues á Medina del Rio Seco á encontrar al señor de Velasco. Como mereces toda su confianza, como te habia hecho el encargo de velar por su pupila, encontrarás fácil acceso; y prevaliéndote para con él de la obstinada resistencia que la señora Pacheco pone en volver á la autoridad de su tutor, le dirás que habiendo considerado como el medio mas acertado ponerte de acuerdo conmigo, como gefe recién elegido de los Comuneros, acerca del partido que debias tomar, vas de mi parte á instarle que inmediatamente se dirija á Tordesillas con todas sus fuerzas. Manifiéstale sobre todo que estando Padilla ocupado en este momento hácia la parte de Valladolid, puedo fácilmente, bajo el pretesto de hacer

un movimiento á favor de este, abandonar á Tordesillas y aparentar que quiero atraer sobre mí las tropas reales marchando sobre alguno de los puntos que mas les interese conservar. Puedes por lo tanto asegurar sin temor al condestable que con muy poca dificultad se apoderará de Tordesillas, de la reina, de la señora Pacheco, dando así un golpe de muerte al partido de la insurreccion.

Mas por un resto de desconfianza de que no le era fácil al traidor desprenderse: «Es escusado, añadió, que lles por escrito las instrucciones que te doy; semejantes mensajes te serian muy peligrosos, si llegaban á hallarlos en tu poder. El señor de Velasco, dará todavía mas crédito á tus palabras, cuando le digas que le encargo cumpla sus promesas del mismo modo que yo le cumplo las mías. Entónces, conocerá que posees toda mi confianza, y que realmente eres portador de mis palabras. Pero que se dé prisa á ponerse en campaña; que aproveche, te lo repito, la coyuntura en que Padilla se halla ausente, y puedo yo secundar sus proyectos de pacificacion, porque por poco que retarde, no podré serle ya útil. ¡Con el pueblo con nada puede contarse! Los mismos que hoy me han dado el poder son capaces de retirármelo mañana. ¡Gran Dios! ¡cuanto me tarda el momento en que nada tengo que ver con esas gentes! Adular por adular, quiero mas adular al emperador que á la multitud.

— Sobrè todo, dijo Moreno, si en premio de las adulaciones, os concede el emperador honores y fortuna.

— Dí también, interrumpió Giron,

en premio del servicio que voy á prestarle, y al que no cooperarás tú en vano.»

Alargando entónces, con cierta especie de afecto, la mano á su cómplice: «Olvida lo pasado, le dijo, y cuenta en lo venidero con mi entero reconocimiento.»

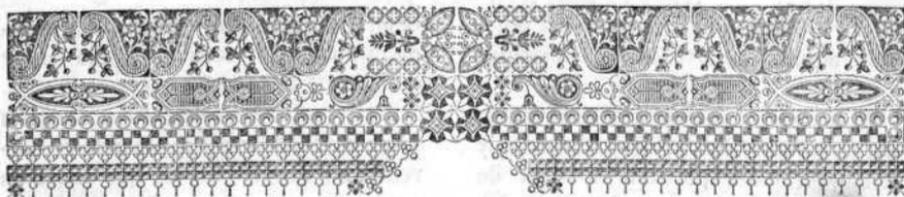
Esta vez consideró prudente Moreno no rehusar aquella demostracion afectuosa de Giron; dióle pues la mano con buena voluntad; y esta señal de la buena fé y de la fraternidad consagró entónces la union de la perfidia y de la traicion.

«Pero en el interés que me tomo por tí, añadió Giron, debo decirte que el servicio que vas á prestar á la causa real es de tal naturaleza que puede alcanzarte el perdon del castigo en que incurriste favoreciendo la evasion de Abbas Abdallah. Unicamente para obtener á la vez perdon y recompensa, guárdate en lo sucesivo de tomar parte en los actos de rebelion de tus antiguos correligionarios. Acuérdate que has recibido el bautismo, que eres de los nuestros, y olvida en fin que eres el hijo de Albayaldos.

— Sí, contestó Moreno; cuando pueda olvidar que tú eres el hijo de un Pacheco, acabó diciendo consigo mismo.

— Parte pues; y el primer uso que hagas de tu libertad, sea trasladarte inmediatamente á Medina del Rio Seco.

— Tan cierto como hay un Dios en el cielo; estaré allí mañana al rayar el alba, y desempeñaré fielmente mi mision para con el señor de Velasco; sin faltar á avisárselo al príncipe Abbas y á mis hermanos de la Sierra de Grados, pensó al salir. Y se alejó con ademan triunfante.



NUEVO TRIUNFO

Y NUEVO DESCALABRO.

XXIII.

A la verdad, es un país bien triste el que atraviesa el camino de Tordesillas á Valladolid. Al salir de la llanura bañada por el Duero, ¡qué tan salvaje aspecto presenta allí la naturaleza mayormente cuando uno ha entrado en las gargantas de la sierra de Simancas! Aquellos lugares eriales y pedregosos nada ofrecen de pintoresco á no ser la misma fortaleza de Simancas, que está colocada como el nido de un águila en la

cima de un peñasco. Por su situación escarpada y solitaria, reconocerá el viajero que era una muy digna de aquellas esforzadas vírgines, que en número de siete, prefirieron mutilarse el cuerpo, y cortarse la mano izquierda, á formar parte del tributo de las cien doncellas que la villa de Simancas debía pagar al rey moro de Toledo. Así es que ningún pasajero puede pronunciar este nombre de Simancas, derivado

de Siete-Mancas sin recordar con emocion aquellos mártires de la castidad cristiana.

Con todo, no era en aquellas jóvenes, del tiempo de los califas Almanzor y Josné, en quien pensaba el señor de Padilla, al bajar con sus voluntarios por la espalda de una montaña opuesta á la en que está construida Simancas; porque nuestro héroe se habia desviado por un instante del camino verdadero, con el obgeto de no pasar por la parte baja de aquella poblacion. Bien hubiera deseado penetrar en aquella plaza y apoderarse de ella: era aquel un punto importante, que en su caso podia ser de grande utilidad á la liga. A mas de esto haciéndose Padilla dueño de aquella villa, se apoderaba de los archivos y de los títulos originales de las constituciones del reino, que se depositaban en Simancas de tiempo inmemorial. Era pues aquella empresa capaz de tentar el valor de nuestro héroe; sin embargo, no contaba bastante fuerza para esponer en aquel lance el pequeño cuerpo de ejército destinado especialmente á la expedicion de Valladolid. La ocupacion de esta última ciudad era de mucha mas importancia; debiendo ser la de Simancas la consecuencia probable de aquella.

Aplazando pues para la vuelta, la ejecucion de sus proyectos sobre la orgullosa fortaleza, don Juan, á fin de evitar que con su marcha fuese molestado por la guarnicion de Simancas, se habia metido en estrecho desfiladero á cubierto de la vista de los centinelas del temido Alcázar.

Solo, al frente de su ejército, no podia olvidar la felicidad que acababa de

dejar, felicidad que le parecia tan grande que algunas veces no podia creer en ella: no lo estrañemos pues.

Eran tantos los sucesos que desde la víspera se habian ido agolpando en derredor de nuestro héroe, que ahora en medio de una natura salvage, léjos de Tordesillas y de la jóven esposa que adora, se pregunta todavía si la felicidad que se ofrece á su espíritu es ó no un sueño del que le será preciso despertar cuanto ántes. Sin embargo la preciosa banda que adorna su coraza le trae á la memoria la tierna despedida, de su idolatrada María; aquel es el último presente que le ha hecho acompañándolo de un prolongado y suave beso de amor.

¡Venturoso don Juan! tu sangre late aun con sobrada violencia en tus venas al recuerdo de aquellos momentos llenos de delicias, para que tu felicidad haya sido mas que una ilusion. Tu corazon está tambien aun harto conmovido para que puedas dudar de la verdad de los sentimientos que has experimentado, al desprenderte de los brazos de la que tú amas. No, la causa de tu tristeza no es la que podrian creer esos seres vulgares que te rodean; no, la ingratitud con que tu partido ha pagado tus servicios no es la idea que te domina tu alma generosa, sabe alevarse sobre tan indignos procederes; tú eres bastante magnánimo para despreciar á los que obraron así contigo. Compadece su ceguera, y aun dar gracias á tu destino que te proporciona una nueva ocasion de recobrar el afecto de tu partido y confundir á tus enemigos. No, lo que arruga tu frente, es el pesar que tienes de ver la suerte de

los tuyos puesta en unas manos como las de Giron, porque conoces ya su deslealtad; así es que no sin recelo ves el poder confiado á aquel hombre, y á la que tú idolatras puesta bajo su salvaguardia.

Este último pensamiento era el que principalmente atormentaba al caballero de Padilla, el cual reconocia que aunque la señora Pacheco habiendo venido á ser la señora Padilla, Giron no tenia el menor pretexto para decidir de la suerte de su prima, y para suscitarle molestos embarazos; sin embargo, le parecia que todo podia temerse de un hombre tan pérfido como don Pedro Giron, mayormente despues que su nueva autoridad podia proporcionarle medios de urdir nuevas tramas con mas buen éxito que anteriormente.

Absorto en tales pensamientos, el señor de Padilla hacia que á su ejemplo redoblara el paso su gente, como si la rapidez de la marcha pudiese acelerar el momento de la vuelta. Con todo, como con vivo pesar habia dejado á su nueva esposa, y partido de Tordesillas á una hora avanzada de la mañana, se encontró que el sol se ponía cuando llegó á los pequeños montes de Valladolid, desde cuya cima se descubre aquella rica llanura que riega el Pisuerga, y en donde en otro tiempo echaron los romanos los cimientos de la opulenta ciudad conquistada despues por los hombres del Norte, quitada en seguida á estos por las tribus infieles del mediodia, y vuelta finalmente al cristianismo por aquel Haro, noble caballero, digno continuador de la grande obra del rey Pelayo.

Ya las altas torres de la catedral no

reflejaban los rayos del sol, que desaparecia en el horizonte, y los elevados capiteles de setenta conventos de la ciudad, que formaban como un cortejo de honor al orgulloso campanario de la magestad de Valladolid, se perdian en la sombra, cuando nuestro héroe fué á ocupar con su gente el convento de los gerónimos de Ntra. Sra. del Prado de la Flecha. Allí dudó Padilla un instante si aguardaria que la noche fuese mas entrada para acercarse á Valladolid, de donde solo distaba una legua corta. Solo una cosa le inquietaba, y era el paso del Pisuerga que debia verificar casi debajo de los muros de la ciudad.

Movido por las observaciones del señor Maldonado, y de algunos otros de sus compañeros de armas, de que el buen éxito de la empresa dependia únicamente de la prontitud de su ejecucion, y sobre todo de la repentina resolucion de aprovechar la ignorancia en que parecia estar el país de la marcha y de los proyectos de Padilla sobre Valladolid, continuó este capitán su camino, é hizo bien, porque llegó al puente de Berrocal, de madera á la sazón, en muy mal estado y construido como lo indica su nombre, sobre los peñascos del lecho del Pisuerga, sin haber hasta allí encontrado ningun obstáculo. En el puente no habia ningun centinela, para dar la señal de alarma, en caso de sorpresa, y el sosiego ó la imprevisión parecian tan grandes en Valladolid, que los Comuneros llegaron hasta la puerta de Santiago, al oeste de la ciudad, sin otro encuentro, que el de algunos habitantes del campo que huían á su presencia. Pero nuestros te-

merarios aventureros hallaron el puente levadizo levantado y hajado el rastriero, y esto no por medida de seguridad contra los ataques de los rebeldes de Tordesillas, pues no se les hacia el honor de suponerles tanta audacia, sino únicamente porque la hora del toque de oraciones habia dado hacia ya algun tiempo. Padilla, habiendo avanzado entretanto hasta el punto de no retroceder, tomó desde luego su partido:

«Don Francisco, dijo á Maldonado, con vuestros voluntarios de Salamanca, dirigios al este de la ciudad, y probad el asalto. No dudo del buen éxito de vuestro ataque, porque los soldados del cardenal, me parecen demasiado dormilones para oponerse á vuestra tentativa. En cuanto á los habitantes, harán como que duermen, no lo dudo; y no responderán al llamamiento de la regencia, cuando sabrán que somos nosotros los que estamos delante de la plaza. Yo, mientras que vos obraréis en silencio, haré mucho ruido aquí, y pediré por entrar en la ciudad en nombre de la reina Juana y de la santa liga de Avila.»

Apresuróse Maldonado á ejecutar las órdenes del señor de Padilla, porque su confianza en este capitán era tan grande como el efecto que él le habia consagrado. Así pues que los voluntarios de Salamanca hubieron desaparecido entre las tinieblas, don Juan hizo tocar las trompetas. A este ruido extraordinario manifestóse repentinamente grande agitacion en la parte occidental de la ciudad, y desde la almenada galería que domina la puerta de entrada, una voz de estentor preguntó á Padilla lo que queria, y con que de-

recho se atrevia á aquella hora á presentarse de aquel modo delante de Valladolid, yendo armados y llevando bandera.

«Abrid, replicó el atrevido capitán, en nombre de su alteza la reina y de los estamentos de Avila.»

Algunas piezas de artillería de pequeño calibre que guarnecian las murallas por aquel lado, contestaron á la orgullosa intimacion de nuestro héroe; pero mal servidas y peor apuntadas en una noche tan obscura hicieron muy poco daño al ejército de la liga. Los Comuneros por otra parte estaban demasiado cerca de las murallas para temer las balas que pasaban por encima de ellos. Sin embargo bajando la cabeza de espanto:»

«¡Jesus! ¡María! decia en voz baja, Lope de Cueva á otro voluntario de Toledo, estos flamencos son muy groseros en su acogida.

—Paciencia, nuestro capitán va á enseñarles de política. Pero, ¡silencio! que nos habla.

—¡Amigos! exclamó Padilla, ya veis de que modo se recibe á los enviados de nuestra reina. Por el honor de tan augusta princesa, por el de nuestra santa causa, que jamás se diga que el peligro haya podido hacerme batir en retirada. ¡Adelante pues!» Y asiendo una de las escalas con que por precision habia guarnecido su bagaje de campaña, la aplicó contra la muralla, mientras que los clarines tocaban á perder aliento, y que los tambores batian á la carga con toda la fuerza de sus puños, con la esperanza de que semejante ruido llamaria la atencion de toda la ciudad hácia este punto.

Pero en el interior de Valladolid, los tañidos sordos y continuos de la grande campana de la catedral respondian únicamente á aquel ruido espontáneo de los sitiadores; mas las murallas permanecian desiertas. Asombrado Padilla de tan profundo silencio, teme una traicion, y vacila en escalar las murallas; sobre todo aquel sueño prolongado del viejo condestable le parece muy poco natural. Repentinamente aparecen entorchas encendidas en las murallas, y se dejan oír los gritos de alegría de: Viva la reina! viva la santa comunidad! viva Padilla!

Nuestro caballero por de pronto no se atreve á dar crédito á sus ojos ni á sus oídos. ¿Hubiera acaso Maldonado triunfado tan completamente? Gloria á él!

El señor de Padilla y su tropa se disponen con nuevo brio de llevar á cabo su aventurada empresa. Una vez dueños de las troneras, pronto hacen deponer las armas á la guardia de la puerta de Santiago, marchan en seguida al encuentro de una partida de gente que se dirigia hácia ellos, y que creian ser el cuerpo de Salamanca bajo las órdenes de Francisco Maldonado.

En efecto, era este jóven capitán el que marchaba al frente del grupo; y en su golpe de mano, léjos de tener que deplorar pérdidas sensibles, parecia al contrario haber triplicado sus fuerzas. Al rededor de él se agolpaba un gentío inmenso, con el que se veian confundidos religiosos de todas las órdenes, mayormente de las mendicantes. A semejante espectáculo, Padilla aunque sabia que podia contar con numerosos partidarios en la ciudad, no podia sin

embargo esplicarse como el condestable no habia detenido sus esfuerzos; y se preguntaba aun que habia sido del señor de Velasco, del cardenal Adriano y de los otros miembros de la regencia, cuando Maldonado, corriendo hácia él:

«¡Victoria! exclamó; Valladolid es nuestro, casi sin disparar un tiro. Estos buenos padres á cuya cooperacion debo el haber penetrado tan pronto aquí, aseguran que ayer salió el condestable para Medina de Rio Seco, y que en este instante el mismo regente lleno de espanto, se dispone á toda prisa á reunirsele.

— ¡Al palacio real! ¡al palacio real!» gritaron de todas partes.

Pero Padilla, á fuer de prudente capitán, temiendo alguna celada del enemigo, titubea en aventurarse de aquel modo con su ejército por las estrechas y poco seguras calles de una ciudad sumergida en las tinieblas de la noche. Quizá piensa tambien que vale mas dar al regente tiempo para escaparse; porque ¿qué haria de la persona del cardenal? semejante captura le traeria mas inconvenientes que ventajas en unos momentos de efervescencia como aquel. Si hallándose Adriano en su poder, llegase á suceder á este prelado la misma desgracia que al preso de san Benito, comuneros y realistas no dejarian de cargar sobre él todo el odio y toda la responsabilidad de aquel acontecimiento.

«¡No! exclamó entónces con una voz capaz de hacerse oír, ocupemos desde luego las murallas y principales fortificaciones de Valladolid, ántes de aventurarnos á penetrar en el

seno de esta obscura ciudad, donde podríamos ser víctimas de alguna secreta emboscada.»

Dijo, y dividiendo su gente sin mas tardar, en diferentes cuerpos, les mandó apoderarse de todas las guardias, y que tuvieran cuidado de ir dejando al paso de trecho en trecho escuadras de cuatro ó cinco hombres al ménos, á fin de tener el lugar espedito en caso de retirada forzosa. Él en persona, seguido de los toledanos, se dirigió á los puntos mas importantes y mejor defendidos. Al nombre de Padilla, los realistas oponen poca resistencia á rendir sus armas, sobre todo las guardias de paisanos: nuestro héroe los reemplaza con soldados de los suyos; tomada esta medida, penetra en el interior de Valladolid. En ninguna parte encuentra obstáculos por las calles; muy al contrario, al salir á la plaza mayor, situada en el centro de la ciudad, cual fué su asombro, viendo los balcones dorados de las casas de aquel hermoso recinto iluminarse poco á poco y llenarse de gente que prorrumpe en exclamaciones á favor de la reina, de Padilla y de los estamentos de Avila.

Nuestro héroe sin detenerse en tan hermoso camino, se adelanta hasta el antiguo palacio de los reyes; y léjos de encontrar la menor resistencia por aquel lado, halla la denegrida y antigua morada sumergida en la obscuridad y en el silencio. Nadie aparecia en las torrecillas dentadas, de que estaba flanqueada la pared, como todas las casas de los grandes señores, en aquella época.

«¿Estaria tal vez desierta la jaula?» se decian los toledanos.

El viejo pajarraco ha volado ya,»

añadian por lo bajo en las filas, ciertos voluntarios que ya conocemos.»

En efecto, como las puertas del palacio no se abrian á su voz, Padilla las mandó derribar á hachazos; pero en vano se buscó al regente en el interior de sus mas retirados aposentos. Mas adelante se supo que á favor de un disfraz, se habia escapado de la ciudad. Pudo el señor de Padilla juzgar por sí mismo de la precipitacion que el cardenal habia puesto en su fuga, por el abandono de varios objetos preciosos que dejara tras sí. Don Juan á fuer de buen hidalgo, mandó que se respetase la morada real, amenazando con imponer los castigos mas severos el mas leve desmán que allí se cometiese; y á fin de estar mas seguro de la ejecucion de sus órdenes, mandó á muchos de sus fieles toledanos cuya adhesion y probabilidad le eran bien conocidas que permaneciesen en el palacio y lo protegiesen. En seguida se trasladó á la casa municipal, en la que todos los miembros del ayuntamiento, reunidos precipitadamente habian hecho suplicar al señor de Padilla, tuviese á bien ponerse de acuerdo con ellos sin demora acerca de los medios que debian adoptarse para impedir todo desórden, y asegurar la independencia de Valladolid.

Al aspecto del héroe de la causa nacional, todo el cabildo se abandonó á los mayores transportes de alegría. Semejantes demostraciones eran bastantes para hacer olvidar á don Juan la ingratitud y los injustos proceder de la asamblea de Tordesillas; pero el generoso hidalgo cuya adhesion á su partido no conocia límites, solo pensaba

en aquel momento en la conservacion de su nueva conquista. Acordó pues con los alcaldes y los prohombres de los gremios, las precauciones que con mas urgencia reclamaba el temor de un ataque próximo de parte del condestable, como era de esperar, porque este en aquel instante debia haber reunido en Medina de Rio Seco, una gran parte de las fuerzas que habia llamado de Navarra.

A mas de esto ántes de entregarse al reposo que le era tan necesario despues de tantas fatigas, Padilla consignó por escrito una relacion exacta de su feliz expedicion, y la envió al instante á la reina, suplicándole la comunicase á la junta y á los diputados de los estamentos á la sazón reunidos cerca de su alteza, y tuviese á bien mandar á don Pedro Giron, nuevo capitán general de los ejércitos nacionales, destacase al instante una parte de sus fuerzas hácia Medina de Rio Seco, á fin de oponerse á la reunion de las tropas del conde de Haro que venian de Navarra, con las de su padre el condestable; ó si no era ya tiempo, verificar al ménos un movimiento que llamase la atencion del señor de Velasco para impedirle por este medio que pudiese replegarse sobre Valladolid.

Esta vez Padilla, apesar de su natural desconfianza de la lealtad de Giron, creyó poder descansar con el activo celo del nuevo capitán general en hacer cumplir tan importante operacion; pero á la verdad, yo creo, que el señor de Padilla no hubiera puesto confianza en su rival, si hubiese visto ya al que por casualidad se habia hallado en situacion de conocer la perfidia de Gi-

ron, es decir, si hubiese hallado á su amigo don Juan Bravo á quien mandaba á buscar en aquel momento por toda la ciudad, igualmente que á sus demas compañeros cuya triste suerte ignoraba; y sobre todo si á la sazón hubiese podido como nosotros, transportarse con el pensamiento al Alcázar de Tordesillas.

A aquella hora tan avanzada de la noche, María, retirada á su aposento, se abandonaba á mil embelesantes recuerdos; y mas feliz que su esposo, todo cuanto la rodeaba traia á su memoria aquellas escenas de inefable dicha que desde la víspera no habia cesado de cautivar todo su sér. Su corazón libre en aquel instante de todo recelo, se entregaba á la esperanza del pronto regreso de su idolatrado Juan. De repente la puerta rechina sobre sus goznes. ¡Cielos! el tapiz que la cubre, se ha levantado... ¡Oh Dios! es Giron. Hete aquí solo con María su prima. A aquella hora y en lugar tan solitario, ¿qué puede querer? Un temor secreto se ha apoderado desde luego de María; pero como le sucedia siempre, cuando la exaltacion dominaba su alma, la señora Pacheco indignada, se armó de valor y resolucion.

« ¡ Vos! ¡ en mi habitacion á estas horas! le dijo con altivez; ¿ qué causa os trae aquí? »

Tan súbita é imperiosa interpelacion aterró al criminal; el cual bajó los ojos, y con ademan comedido: « Señora, ruego, como pariente y el mayorazgo de los Pacheco, he creído de mi deber, venir á encontraros en este instante en que estais sola, prefiriendo amonestaros sobre las faltas de vuestra

conducta, en el secreto de una conversacion particular, á hacerlo en presencia de unas gentes tan poco inclinadas á la indulgencia.

— Ahora en nadie reconozco ya derecho de inmiscuirse en mis acciones,» interrumpió la noble hija de los Pacheco, levantando orgullosamente la cabeza, y haciendo señal con la mano á Giron para que saliera, ni ménos, añadió, de entrar en mi aposento sin mi permiso, á no ser el señor de Padilla mi esposo.

— Ciertamente, replicó don Pedro con ironía, no pretendo hallar aquí la misma acogida que el venturoso don Juan; sin embargo, permanezco aquí porque tengo derecho para ello...

— «¿Derecho? Por mas gobernador del Alcázar que seais, voy á enseñaros que vuestro poder no pasa de la puerta de este aposento.»

Y así que la señora Pacheco iba á coger una campanilla de plata de encima una mesita de madera de Africa, que tenia allí cerca, Giron detuvo su brazo:

«¿Qué vais á hacer, hermosa María? le dijo; ¡yo pretender hacer uso contra vos de mi nuevo poder! Yo quisiera que él fuese aun mas grande para ponerlo á vuestras plantas.» Y sus dos ojos de basilisco lanzaban sus ultrajantes miradas al celestial rostro de María.

«¡Retiraos!» exclamó ella, horrorizada de verse sola de aquel modo á la disposicion de un hombre tan perverso.

«¡Retirarme! Oh! no, repuso con perfidia el malvado; al fin me escucharéis. Hay gentes, ya lo sé, que han

tratado de malquistarme con vos; pero!...

— No acabeis! interrumpió su prima; el señor de Padilla es mi esposo, y si llegase á saber jamás la temeridad de vuestra conducta, pagaríais cara vuestra osadía...

— El señor de Padilla está léjos de aquí, y tardaréis mucho tiempo en volver á verle, murmuró con voz sorda don Pedro Giron.

— ¿Qué quereis decir?» repuso María cediendo esta vez á la ternura de esposa alarmada; é interrogándole con sus miradas, parecia intimarle al propio tiempo que se alejase.

— Yo digo, replicó Giron, que el señor de Padilla no tiene ningun derecho sagrado sobre vos, y él mismo lo sabe muy bien. Así es que no se ha hecho derrogar mucho para dejar estos lugares é ir á Valladolid... Sí, María, vos sois víctima de su doblez; creed la palabra de un Pacheco que tiene interés á proteger el honor de una jóven de su nombre, y que ademas os ama, y no puede vivir sin vos.»

Al decir esto habia cogido el brazo de la jóven, y procuraba atraerle hácia él; pero llena esta de indignacion, se sustrae á sus odiosos apretones, y retirándose á la estremidad del aposento se irgue con toda la elevacion de su estatura y con el tono imponente de la virtud ofendida:

«¡Salid! le dijo, vuestra presencia me causa horror...»

— ¡María! » prosiguió el abominable traidor en un arrebató de amor ultrajante.

» ¡Deteneos! exclamó la altiva castellana cuya exasperacion no conocia ya

límites. Si os acercáis, esta daga me defenderá de vuestros criminales esfuerzos.

Y al mismo tiempo, en su mano levantada se veía brillar una rica daga de bruñido acero.

« ¡María! dijo entónces el detestable Giron, no conteniéndose ya, y quitándose la máscara al fin; ¡una vez no mas: todavía persistís en rechazar mi afecto? medítadlo bien! pueden resultar de ahí grandes males....

¡Las paredes de un claustro me vengarán de vuestras continuas repulsas!...

— ¡Un claustro! interrumpió con irónico menosprecio la señora Pacheco. No tengo acaso para que me proteja el señor de Padilla, mi esposo....

— ¡Él, vuestro esposo!... jamás lo ha sido. La ceremonia de la última noche no fué mas que un horrible sacrilegio del cual vos sois la víctima; el instigador fué Padilla, el ministro, un impostor bajo un hábito religioso, y el testigo Moreno, el confidente y cómplice de tan odiosa trama.

— ¡Y tenéis descaro para avanzar semejante proposición! Esto es infame! exclamó la noble huérfana de los Pacheco, desconcertada á pesar suyo, con tan espantosas revelaciones. Osaríais sostener tales hechos delante de uno solo de cuantos acusáis....

— ¿Yo, sostenerlo? replicó Giron; y aun mas que esto, puedo probarlo en presencia de Padilla, si es que vuelva á verle, no ménos que en la de Moreno....

— «En este mismo instante, Moreno va pues á confundiros,» interrumpió María precipitándose á la campanilla, que agita con violencia.

Entónces, Giron, al dirigirse repen-

tinamente á la puerta, y ántes de salir lanzando una mirada de profundo encono á María: «Moreno, dijo, no responderá á vuestro llamamiento: el traidor ha huido despues de haberos hecho caer en el lazo; y dentro de poco oiréis hablar de él y de mí.»

Y el exacrable Giron dejó caer el tapiz en el momento en que aparecía en la puertecilla de enfrente, la jóven y gentil Inés.

« ¡Moreno!... le gritó su ama; ¡qué venga al instante!

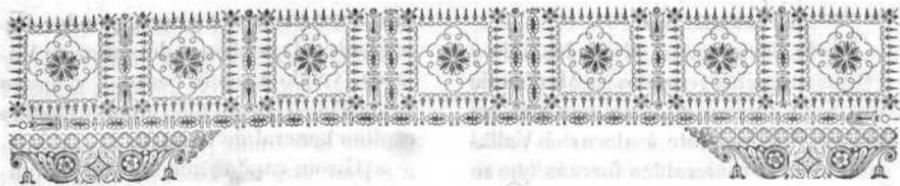
— ¡Moreno! repuso la fiel sirvienta; no ha vuelto á parecer desde á noche.

— ¡Gran Dios! ¿Habría dicho Giron la verdad? murmuró la señora. ¿Sabes, Inés, continuó, los rumores de apostasía que han cundido respecto de Moreno?

— « ¡Cuando yo os decía, replicó la jóven, que no creyeramos en el agua de su bautismo! »

La señora Pacheco no escuchaba ya las palabras de su desconfiada compañera; enteramente absorta en la idea de penetrar un misterio cuyas apariencias venian hasta cierto punto á confirmar el lenguaje de Giron.

No podía coger el hilo; pero una voz secreta que era como un aviso de su ángel bueno, le decía en el fondo de su corazon, que ella y su idolatrado Juan eran entrambos víctimas de alguna horrorosa perfidia. Para colmo de desgracia, se veía sola de nuevo en manos de su primo y encarnizado enemigo. Así que su espíritu, preso de mil conjeturas, á cual mas espantosas, acabó por estraviarse, y pronto sucumbiendo bajo el peso de tantas emociones violentas, se dejó caer en los brazos de su fiel Inés.



LA DEMENCIA.



XIV.

Mientras que esto pasaba en Valladolid y Tordesillas, el conde de Haro y el almirante de Castilla habian andado tan listos en la ejecución de su proyecto de no dar á los Comuneros tiempo de oponerse á su marcha, que habian llegado ya á Medina de Rio Seco, y verificado su reunion con el condestable, mucho ántes que don Pedro Giron hubiese pensado á destacar un cuerpo de observacion, con la mira de

contrariar en lo posible, sino imposibilitar en un todo los movimientos de los realistas. Pero los generales de la regencia se esplicaron perfectamente la facilidad con que habian llevado á cabo sus operaciones, no ménos que la aparente indiferencia de sus enemigos en ponerles obstáculo, cuando supieron por boca del mismo Cardenal Adriano fugitivo, la atrevida empresa de los Comuneros contra Valladolid, y la toma de aquella

ciudad por los mismos.

Desde luego pues, el condestable y los demas gefes reunidos á Medina de Rio Seco, opinaron unánimes que era preciso ir al instante á atacar á Valladolid. Las considerables fuerzas que se hallaban reunidas al rededor de ellos eran mas que suficientes para aquella operacion, y podian ademas confiar en tener por largo tiempo su ejército bajo aquel pié de guerra, gracias á los cincuenta mil ducados que acababa de enviarles, á titulo de préstamo, don Manuel rey de Portugal, recurso que les habia llegado muy á tiempo, porque en la imposibilidad en que se hallaba la regencia de cobrar de las tierras de España las rentas reales, se habria encontrado sin aquel socorro, en una penuria extrema. Mas así que el condestable, al frente de las tropas destinadas á la expedicion de Valladolid, se disponia á ponerse en marcha, se le avisó que un religioso, teniendo que hacerle una comunicacion de las mas importantes, solicitaba un momento de audiencia.

Este religioso era Moreno; oculto siempre bajo su hábito favorito, habia pensado muy cuerdamente disfrazarse de aquella suerte para no ser detenido en el camino y llegar sin obstáculo hasta el señor de Velasco.

Despues de haber dado cuenta al general de una parte de los acontecimientos de Tordesillas, teniendo como se supone, mucho cuidado, en presentarlos bajo un aspecto que le fuese favorable, añadió que al fin, no viendo otro medio de determinar á la señora doña María de volver á entrar bajo la autoridad de su tutor, habia creído obrar

muy acertadamente y corresponder dignamente á la confianza del señor de Velasco, yendo á pedir consejo y apoyo á don Pedro Giron, nuevamente elegido capitan general de la liga...

« ¡Giron, capitan general! interrumpió el condestable; ¿y Padilla?

— En desgracia, contestó Moreno, y desterrado hasta de Tordesillas, bajo el pretexto de su nombramiento para el mando de las tropas enviadas para apoderarse de la ciudad de Valladolid.

— ¡Por vida de Dios! ¡la ha hecho buena! exclamó don Iñigo.

— ¡Ciertamente! repuso Moreno; ¿pero qué importa? Padilla no volverá á entrar en Tordesillas, y vos recobraréis desde luego á Valladolid, si teneis á bien seguir exactamente lo que voy á proponeros en nombre del mismo gefe de la liga.

— ¡Habla! dijo con calor el anciano Velasco.

— Sabed pues, que apesar del desórden que siguió al asesinato del enviado de la regencia, la misiva confidencial que dirijiais á don Pedro Giron, fué felizmente á parar á sus manos, y vengo encargado de contestaros. Lo haré de palabra, porque para los tiempos que corren, todo documento escrito es peligroso, teniendo que atravesar largas distancias.

— ¡Bien! habla á prisa, pues la expedicion de Valladolid no puede sufrir retardos.

— Yo pienso con todo, que vuestra señoría la aplazará, cuando sepa que á estas horas don Pedro Giron ha debido dejar Tordesillas.

— ¡Y cuál es su proyecto?

— Su proyecto es secundaros en vuestras ideas de pacificación general. Este es su plan. Bajo el pretexto de verificar un movimiento favorable á la empresa de Padilla sobre Valladolid, procurando atraeros por este medio á una dirección opuesta, dejará de esta manera descubierto el camino de Tordesillas, y os facilitará el llegar hasta aquella ciudad, y apoderaros en seguida, sin grande dificultad de la reina Juana, de la señora Pacheco, vuestra pupila y de la junta rebelde. ¿No es esto un golpe que vale mucho mas que la toma de Valladolid?

— « ¡ Por vida de Dios! ¡ yo lo créo! ¡ Ah! ya que el señor don Pedro cumple tan bien sus promesas, puede contar tambien que en cambio cumpliré las mías; lo mismo que tú, » añadió don Iñigo de Velasco, tocando cordialmente la espalda de Moreno, segun su costumbre siempre que estaba de buen humor. « Puedes estar cierto que tus servicios serán recompensados con largueza. ¡ Sí, lo juro á Dios! jamás mensajero alguno de buenas nuevas habrá recibido en sus albaricias mayor galardón que tú. »

— Pero convienc que vuestra señoría no difiera un momento sus resoluciones: don Juan de Padilla es un caballero que hace las cosas con presteza, y podría muy bien suceder que volviese cuanto ántes á Tordesillas á inutilizar las buenas intenciones del señor don Pedro.

— ¡ Por san Iñigo mi patron! ¡ no le daré tiempo para ello! exclamó el condestable; y con uno de aquellos arrebatos que le eran naturales, cuando tomaba repentinamente una resolución, se tras-

lada á la habitacion del regente, y manda llamar al conde de Haro, al almirante de Castilla, y á sus principales oficiales, tales como don Alvaro de Lista, entre otros, el yerno del duque de Alba recién llegado de Italia con alguna fuerza de infantería estraídos de aquellas bandas españolas, terror de Europa, bajo los Pescaire, los de Guast y los Gonzales de Córdoba.

Dióles noticia á todos de las comunicaciones de Giron. Su opinion es de aprovechar desde luego las buenas disposiciones del capitán general de la liga, para llevar á cabo sus proyectos de restablecer la tranquilidad en España. Algunos del consejo suscitaron al principio alguna duda sobre la sinceridad de las proposiciones de don Pedro, y en verdad su pérfida conducta para con su partido no era de las que ofreciese mayores garantías á aquellos á quienes lo vendia. Con todo, segun la máxima de aquel rey godo que decia, que si nunca debes apreciar al traidor, es bueno sin embargo aprovecharse de la traicion; el regente y sus consejeros se decidieron al cabo á aduerirse á las proposiciones de Giron, á causa de las seguridades que les dió el anciano Velasco de que esta vez, podian fiar en don Pedro, en razon á que los intereses de este comunero estaban íntimamente unidos con la buena ó mala fortuna de los realistas. A consecuencia de esto, como todo estaba ya pronto para la partida, el condestable, su hijo y su sobrino el almirante se pusieron en marcha habiendo dejado en Medina de Rio Seco á su eminencia el Cardenal Adriano, y á la junta de regencia, bajo la salvaguardia del capitán don Alvaro de Lista,

En vez de seguir el camino que pasa por Torrelobaton, prefirieron apoyarse un poco mas sobre su izquierda á fin de facilitar mas á Giron los medios de evitar su encuentro, porque, segun la asercion de Moreno, el gefe de la liga habia positivamente tomado aquella direccion para dejar mas espedito el camino que atraviesa á Peñallor, situado como es sabido, entre el camino de Torrelobaton y el de Tordesillas. Así es que las tropas reales no hallaron ninguna dificultad en apoderarse de esta poblacion, que fué entregada al saco, en castigo de su esforzada resistencia; despues, al cabo de algunas horas de una marcha bastante apresurada, se presentaron delante de Tordesillas, sin haber tenido que vencer el menor obstáculo. El traidor Giron habia cumplido su palabra.

Solamente, que al acercarse se cerraron las puertas de la ciudad. El condestable entónces, ántes de apelar á la fuerza, quiso valerse de medios pacíficos. Hace intimar la rendicion á Tordesillas; pero hallábase en la ciudad un hombre de un temple de alma poco comun; y este hombre era don Antonio de Acuña, obispo de Zamora. En tiempo de la iglesia primitiva su alma heroica hubiera desafiado los suplicios por el sosten de su creencia religiosa; á fines de la edad media y en la altiva nacion española, el valeroso prelado era aun la espresion viviente de aquel clero patriota y belicoso, que en otro tiempo diera á los cristianos de Asturias y de Vizcaya el ejemplo de la fe militante, en la lucha empeñada entre ellos y los hijos del profeta. En el siglo precedente el obispo de Zamora

hubiera protegido con su maza de armas la cruz de Cristo; en 1520, se sirvió de ella para defender los derechos sagrados de la iglesia y del pueblo, que un poder ambicioso queria ocupar.

Con un carácter de semejante naturaleza, no debemos estrañar ver á don Antonio de Acuña, tomar aquellas resoluciones varoniles que son muy comunes en la gente de iglesia. Sea cual fuera el estado de abandono en que se habia dejado á Tordesillas, porque Padilla estaba ausente, y Giron desde el dia anterior habia consumado su traicion, dejando la ciudad con todas sus tropas; el esforzado obispo de Zamora, apesar de su posicion casi desesperada, quiso á ménos probar, por medio de una resistencia pertinaz, defender una ciudad que era hasta cierto punto el arca sagrada de la liga, en la cual se encerraba lo que la causa nacional tenia el mas caro precioso; y loor á él, porque no se cegaba acerca de las dificultades de tan noble determinacion. Desde lo alto de las murallas, habia contado las fuerzas del ejército real; y aunque reconocia que no podia hacerles frente por mucho tiempo, su proyecto era sin embargo de resistir, hasta tanto que Giron, con el mensaje que se le habia enviado á la súbita aparicion del condestable, hubiese vuelto y acudido á salvar á Tordesillas. Así pues, el obispo de Zamora, en ausencia del capitán general, mostrando su adhesion al tomar la pesada carga del mando, mandó á todos los artesanos y vecinos de la ciudad de Tordesillas, que se encerraran en la ciudad; y organizándolos al instante en

milicia, les rogó fuesen á las murallas, y se pusiesen en defensa sobre las plataformas avanzadas de las principales torres del centro; á lo que nuestros ciudadanos accedieron de muy mala gana porque se habia apoderado de ellos el desaliento.

Los realistas, al contrario, no perdian tiempo. Habiendo llegado del lado de Mantilla del Caño, podian con toda comodidad alinearse en la llanura, bajo los muros de la misma plaza; y sin recibir daño alguno, su artillería batía vigorosamente en brecha aquellas murallas cuyo triste silencio atestiguaba su falta de cañones para contestar al fuego enemigo, en sus pérfidas combinaciones; Giron habia atinado ciertamente en todo; obrando en sentido opuesto á lo que hubiera debido hacer, en un tiempo de turbulencias, como aquel, en que siempre debian preverse los ataques repentinos, habia tenido buen cuidado de no proveer á Tordesillas de municiones ni de los víveres necesarios para el caso de un sitio; las baterías de las fortificaciones eran pocas, y en mal estado; el traidor habia llevado la precaucion hasta el punto de llevarse consigo las mejores piezas y las cureñas mas sólidas, só pretexto de hacer con mejor éxito la campaña.

El leal Antonio de Acuña no acertaba á esplicarse aquel modo de obrar del señor Pacheco y Giron; pero empezó á comprenderlo, cuando al fin del segundo dia vió que no acudia á socorrerle el capitan general de la liga. Sin embargo, á ménos que la noticia del ataque de Tordesillas no hubiese llegado á los oídos de Giron, cosa poco probable por cierto, este tenia

todas las apariencias de ser un traidor; porque á la verdad no podia estar tan lejos, que no tuviese conocimiento de la marcha del condestable, y no hubiese ido pronto á caer sobre la retaguardia del ejército real. En tan cruel incertidumbre, no le faltaba con todo el esfuerzo al valiente prelado.

Entretanto se desplomaban las fortificaciones y en mas de un paraje anchas brechas dejaban franco paso hasta el centro de la plaza. La miseria comenzaba á dejarse sentir por todas partes, y para colmo de desgracias cundia el abatimiento hasta entre los habitantes mas decididos. Viendo esto, el intrépido Antonio de Acuña determinó en medio de su desesperacion probar de noche una salida al frente de los trescientos clérigos de su diócesis, que en su entusiasmo habian de todos modos querido alistarse bajo su bandera. Tan resueltos como los trescientos griegos de las Termópilas, aquellos eclesiásticos soldados, dignos émulos del bravo prelado, su heróico pastor, no habian cesado de exortar á los habitantes con el crucifijo en una mano, miétras que con el fusil en la otra, les daban el ejemplo. No se hicieron pues de rogar para seguir á su intrépido obispo, cuando este les propuso que queria aprovechar las tinieblas de una noche oscura para aventurarse fuera de las murallas, y caer de improviso sobre el campo del condestable.

Pero el viejo zorro no era de esos capitanes que se dejan sorprender con facilidad; sino que estaba muy sobre sí. En el primer momento, ignorando el número de enemigos que tenia en-

eima, sostuvo un vigoroso ataque; luego observando que el fuego de aquellos iba menguando, y que al ver el mal éxito de su tentativa parecía que trataban de replegarse á sus murallas, les carga á su vez con denuedo procurando cortarles la retirada. Convirtiéndose aquello en combate sostenido con ciega obstinacion, y muy pronto en una espantosa carnicería de los desgraciados clérigos de Zamora. Los valientes se batian como desesperados. Seguramente que á no haber conservado una parte de su traje religioso bajo la armadura de hierro, por el vigor de sus estocadas los realistas no habrían á buen seguro creído que tenían que haberse las con gentes educadas en la paz y la humildad de la vida eclesiastica.

Don Antonio de Acuña, el primero á la cabeza de los suyos durante la accion, recordaba á los ancianos guerreros, el difunto arzobispo de Toledo, su eminencia el cardinal Ximenes, cuando en Africa, al frente de Oran, cubierta la sotana de una pesada coraza, este regente de las Españas conducia en persona á sus soldados al fuego. Así que en esta ocasion, el obispo de Zamora, hombre que aspiraba secretamente á quitar al afeminado Guillermo de Croix de la silla archiepiscopal de Toledo, se portaba como digno sucesor del esforzado Ximenes, y sostenia firme con su persona. Armado de su maza de armas mataba mas que no heria, en la escrupulosa creencia de derramar de este modo ménos sangre humana. Además, es preciso no olvidar en alabanza suya que en lo mas reñido del combate, fiel observador de la caridad cristiana, se le vió dar su bendi-

cion á los que derribaba con su terrible arma, ó á los que atropellaba bajo los piés de su caballo.

Sin embargo, apesar de tantos prodigios de valor, tuvo el amargo sentimiento de estrellarse en su plan de ataque, y de verse obligado á retirarse á la ciudad á toda prisa. ¡ Pero ay! tal era su mala estrella, que ni aun alcanzó verificar su fuga, porque el impetuoso condestable, en el campo de batalla con no ménos ardimiento que en los mejores dias de su belicosa juventud, acababa de dar la orden á las dos alas de su ejército de avanzar á paso de carga, mientras que él, estimulando á los suyos con su ejemplo, se precipitaba al alcance de los fugitivos. Este movimiento fué ejecutado con tanta velocidad, que el obispo de Zamora y los pocos valientes que le quedaban fueron rodeados, de modo que ni siquiera podian levantar sus brazos, para batirse: con lo que fué preciso á aquellos héroes rendirse al pié de aquellas murallas que habian defendido tan gloriosamente.

Desde aquel momento por un lado fué total la derrota, y por otro completo el triunfo. El señor de Velasco, vencido esta vez de que Giron habia cumplido su palabra y que no tenia nada que temer entrando de noche en Tordesillas, no aplazó para cuando fuese de dia la conclusion de su victoria. Esto le costó muy poco, porque nada se le oponia al paso; los gremios de artesanos no siendo animados ya por la voz arrebatadora de Antonio de Acuña, se habian dispersado; cada cual al regresar á su morada, creyó obrar muy bien parapetándose en su casa. La

puertas de la ciudad quedaban pues abiertas á los realistas. Así fué que sin mas tardar, estos á la luz de antorchas, penetraron en Tordesillas.

Desde este momento, empezaron las escenas de desorden y de encarnizamiento á causa sobre todo de la pertinaz resistencia que cada casa oponia al vencedor. Las tinieblas de la noche contribuian á aumentar todavía el horror de aquella confusa pelea, en que se mataban entre sí indirectamente realistas y comuneros, levantando mil gritos siniestros y espantosos. En vano el condestable, el almirante y otros oficiales trataron de interponer su autoridad; tuvieron que abandonar al saqueo de los mas encarnizados de sus soldados, los barrios mas populosos de la ciudad para correr al Alcázar donde parecia haberse empeñado el combate con mas ardor que nunca. Por la terrible resistencia del castillo, pudo conocerse fácilmente que en su recinto se guardaba no solo el tesoro de la liga, sino tambien algunas augustas y preciosas existencias que eran miradas como los talismanes de los destinos futuros de la causa nacional. ¡Vive Dios! que para un alcalde de humor tan pacífico, como Felipe de Caro, se le ven hacer proezas verdaderamente asombrosas, apesar de que no le queda mas que un brazo para batirse, pero se sirve de él con valor. Sin embargo, de todos sus esfuerzos, el patio del Alcázar está ya ocupado por los realistas, y con todo, él y un puñado de fieles servidores quieren todavia defender palmo á palmo la entrada de los aposentos de la reina.

Mas no nos sorprenda su valor; aquellos bravos no se sentirian tan infla-

mados por su patriotismo y por su generosa adhesion hácia la reina; pero animados de un noble orgullo, no quisieran mostrarse inferiores en intrepidez á la heroína que combate á su lado.

Esta heroína era la señora doña María Pacheco. Los peligros de su posicion, los alarmantes síntomas de estravío que acaban de manifestarse en el espíritu de la reina, provocados por el ruido y tumulto, añáda-se á todo esto el secreto terror que debe de sentir María, al ver realizarse de este modo las amenazas de Giron, cuya traicion comprende ahora, y finalmente el temor de nuestra huérfana de volver á caer bajo la autoridad de su tío, y de verse de esta suerte separada de Padilla, proscrito en lo sucesivo y puesto fuera de la ley por la regencia; todas estas causas reunidas han inspirado en María aquel valor sobrenatural. Ya en mas de una ocasion hemos podido reconocerla como digna hija de los soberbios Pacheco; pero en este instante es tal su exaltacion, que su alma engrandecida por el dolor no parece hallarse en proporcion con el débil cuerpo que la encierra. ¡Dón precioso de las mugeres! en ellas la voz del corazon y la tension de los nervios producen muchas veces mas prodigios que el valor frio y calentado, y que la fuerza muscular que caracteriza al otro sexo.

La noble y altiva Castellana habiase pues convertido de repente en una de aquellas heroínas que el amor y la desesperacion hacen superiores á su tímida y delicada naturaleza. Delante del aposento de la reina, con los ojos centelleantes, el cabello suelto, y una es-

pada desnuda en la mano, parece el arcángel temible que guarda la puerta del cielo.

Entre tanto por los reiterados gritos de las damas de la reina que la llamaban, y sobre todo á las repetidas instancias del esforzado Felipe de Caro, que secundado de los valientes monteros de Espinosa, se encargó de defender la entrada de los aposentos, María consiente en volver al lado de la desventurada princesa, cuya cabeza en completo delirio, reclamaba sus tiernos cuidados. Ella era la única que sabia calmar los momentos de enagenacion mental de su madre adoptiva; pero esta vez, sus piadosos esfuerzos parecia iban á ser importantes; tan profunda era la impresion que el horroroso estruendo y el espectáculo aterrador de aquel ataque nocturno habian causado en el espíritu de Juana.

«¿A qué esos gritos? ¿á qué esos lúgubres fulgores? esclamaba la reina corriendo desmelenada por su aposento. ¿Será acaso que me lo vuelven á traer? ¡María! ¡pronto! abre la puerta, que yo le vea, que le abraze una vez todavía.» Y el desórden de las ideas de la reina la recordaba á aquella noche espantosa en que le habian traído á su esposo moribundo, cuando una súbita detonacion de mosquetería acaba de trastornar sus sentidos. «¡Oh! pero tartamudeaba llena de terror, quieren matarlo... ¿Porqué han de atentar de este modo á sus días?... ¿qué les ha hecho?... ¿Y yo? ¿porqué vienen de esta suerte á turbar mi reposo? ¿y arrebatarme á mi Felipe?...

Y fija la mirada y alargando el cuello parecia escuchar con viva ansiedad.

Inútilmente la señora Pacheco procuraba con palabras y con las mas tierernas caricias, calmar aquellos parasismos de demencia que iban en aumento con el estrépito de afuera.

Finalmente, para ver si lograba á distraer el ánimo de la reina del objeto eterno de sus pesares:

«¡Por favor! le dijo María, ¡calmaos, señora! es vuestra hija adoptiva quien os lo ruega. ¡Ah! no es á vos ni al que pensais, á quien ellos quieren, es á mí, á mí sola, ¿os? á quien mi tutor viene á buscar...

—¡A buscarte! ¡arrancarte de mi lado! ¡Monstruos! ¡Quieren arrebatarme el único bien que me queda! Mas, ¡Ah! yo sabré disputárselo.

Dijo, y arrancándose de los brazos de María que en vano quiso retenerla, corrió á la puerta y la entreabrió en el momento mismo en que nuevas descargas resonaban en el vestíbulo. La reina lanzó un grito penetrante, su pié acababa de tropezar con el cuerpo inanimado del adicto y esforzado alcalde.

A tan horrible espectáculo, la razon de Juana acababa de estraviarse, sus miradas se vuelven opacas, sus labios permanecen entreabiertos, todo su ser está dominado del terror más profundo aterrado; mas saliendo en seguida de aquel abatimiento por un movimiento espontáneo, se precipita sobre el cadáver tendido á sus piés, le desata el casco, le quita la armadura y....

«¡Asesinos! esclama, apretando convulsivamente contra su pecho la cabeza ensangrentada de Felipe de Caro, me lo han muerto cuando volvía fiel á mi lado.... ¡Oh! ¡Mas yo sabré rogar

otros catorce años para llamarle!... Esta vez no me separaré de tí... Dejadme!» dijo con voz sombría á los gefes del ejército real que enteramente dueños ya del Alcázar, se adelantaban respetuosamente hasta la reina.

«Dé vuestra alteza tregüas á su dolor, dijo el señor de Velasco, dignese fijar la atención en que las facciones de ese hombre, nada tienen de común con los de nuestro augusto Felipe...»

— Oh! sí! interrumpió Juana con una sonrisa espantosa, tenéis razón de defensores de este crimen!... Pero esta sangre, verdugol esta sangre... es la suya... ¿Lo negarás? ¡infame!...» Y la desventurada ponía el dedo en el puño ensangrentado de la espada del condestable.

«Tranquilícese vuestra alteza, dióse prisa á contestar el señor don Iñigo, ninguno de nosotros, lo juro, es culpable del asesinato de vuestro esposo, ni desea el menor daño á vuestra real persona. Muy al contrario, venimos á arrancaros de las manos de vuestros enemigos, para llevaros pronto á los brazos de don Carlos, vuestro augusto hijo.

— ¡Carlos! ¡mi hijo!» exclamó la desgraciada princesa. Y levantándose y mirando con vista estraviada á todos los gefes del ejército real que la rodeaban:

«¡Carlos!... no está aquí... Me ha abandonado como los demás... No, no, ya lo entiendo... ¡Ha muerto!... ¡Oh! ¡cuán infeliz soy! añadió con voz capaz de traspasar el alma. ¡Felipe! ¡mi hermoso Felipe ha muerto! ¡y Carlos y Fernando han muerto también!... ¿No es verdad? ¿No decis nada? ¡contestad

pues! Y sus ojos hoscos que dirigia en torno suyo, parecían preguntar á los circunstantes á quienes aquella horrible escena tenia mudos de estupor.

Entonces vencedores y vencidos olvidaron por un instante su furor guerrero y antipático espíritu de partido, por no ocuparse mas que del lastimoso estado de la infeliz Juana que continuaba su triste monólogo.

«... ¡Hijos! no tengo ya. ¡Ah! si... me queda una hija á quien amo... Allí...» Y con sus miradas buscaba á María. «¿Mas dónde está? ¿me habria también abandonado? ¡Oh! no, María, la hija de mi Leonor, me amaba demasiado, para dejarme! Verdugos! ¿qué habeis hecho de ella?» dijo interpelando sucesivamente al almirante y al conde de Haro: y cojiendo por la garganta á este último: «¿Con qué también me la habeis robado?...»

Esta vez la infeliz lo acertaba. En efecto el señor de Velasco, aprovechándose del desorden de las ideas de la reina para apoderarse al instante de la persona de su pupila, habia querido llevarla por sí mismo, á un paraje seguro del Alcázar, y no la habia dejado hasta tener en su poder la llave de aquella especie de prisión, y haber colocado á la entrada guardia, con la consigna mas severa; tanto temia que su sobrina, cuyo carácter resuelto conocia ya pudiese hallar medio de sustraerse á su autoridad.

Pero durante la corta ausencia del condestable la locura de la reina habia llegado al último grado. Habiendo vuelto repentinamente la cabeza, Juana no habia hallado el cuerpo, objeto

de su piadosa ilusion, en el tiempo que habia estado separada de allí, habian muy prudentemente mandado retirar-lo de aquel lugar. Entónces sus ruegos, sus transportes de dolor no tuvieron ya límites; corriendo hácia los que se llevaban los despojos mortales de Felipe de Caro, se agarra á los desgarrados vestidos del malhadado alcalde, gritando: «Felipe mio idolatrado! No, nada de aquí en adelante me separará de tí.» Y repeliendo con una especie de dignidad imponente á los que querian detenerla. «Desgraciado del súbdito temerario que ose tocar á la reina, dijo, y levantando con orgullo la cabeza. Mirad sus ojos... me ruegan no le deje... Dulce Jesus mio, yo oigo como me llama... Oh! si, Felipe mio, hasta lá misma tumba, te seguiré... Arrójase entónces de nuevo sobre el cadáver, que estrecha con los mas tiernos abrazos, y con mucha dificultad consiguen separarla de él.

No obstante Juana de una complecion harto delicada para resistir por mucho tiempo una crisis tan violenta, acabó por oponer solo una insignificante resistencia á los esfuerzos de su servidumbre que quiere llevarla á su aposento, y arrancarla de aquel horroroso espectáculo de muerte y desolacion.

Así que hubo llegado á su aposento, cayó en un profundo abatimiento, que sucedió á aquellos temibles accesos de frenesí. Solamente de cuando en cuando exalaban sus labios algunas palabras vagas y entrecortadas; y sus ojos, desencajados, tenian una espresion capaz de helar de espanto al alma mas intrépida. Así es que cuando

el condestable se presentó en el dintel de la puerta, y se acercaba á la reina para hablarle, una mirada espantosa, rápida como el rayo, enmudeció su lengua. Trastornado á la vista de escenas tan penosas, hizo señal á los suyos de que se retiraran y dejando á la princesa confiada á los cuidados de sus damas, fué á dar órdenes, para mantener la mayor calma en los alrededores del Alcázar. Despues de todo esto procuró que nada se omitiese de cuanto pudiera contribuir á la mayor seguridad de la ciudad, porque escarmentando con el reciente ejemplo de Valladolid no queria esponer á Tordesillas al azar de un golpe de mano.

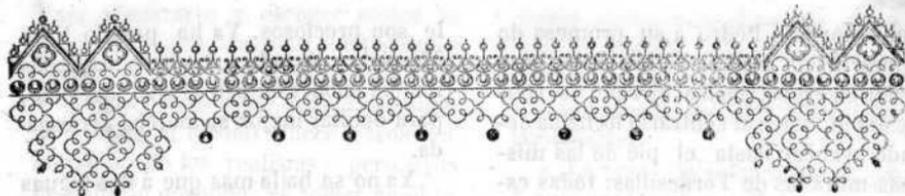
«¡Infames!... ¡Verdugos!... murmuraba entre dientes la desdichada Juana que acababa de levantar la cabeza al ruido de los hombres de armas que se alejaban. «¡Malditos seais vosotros y todos los que os han enviado!»

Luego guardó silencio; cerráronse sus párpados, y no volvió á abrirlos en toda la noche. Mas, una noche de reposo, ¡ay! no era suficiente para restablecer el orden en un espíritu tan turbado! Aquella crisis, la mas fuerte que la reina hubiese tenido hasta entónces, habia roto los últimos hilos que sujetaban todavía su razon medio estraviada, de suerte que puede decirse que desde aquel momento la inteligencia de Juana se extinguió enteramente y para siempre. En lo sucesivo de tarde en tarde tuvo algunos momentos de una débil lucidez; pero eran de tan corta duracion, que en verdad, no podría decirse, si aquello era ó no una ventaja para la infeliz princesa. Mas le hubiera valido, yo creo, que su espíri-

tu hubiese permanecido privado de estos pasajeros fulgores, porque estos tristes momentos en que recobraba la razon solo servian para aumentar sus pesares, haciéndole conocer dolorosamente el estado de abandono en que la dejaban sus indiferentes hijos, poco cuidadosos en aliviar sus desgracias con su ternura filial, y sobre todo despertando la amarga alliccion que jamás dejó de sentir por la pérdida del sér idolatrado, que tan jóven habia precedido en la tumba de aquel ingrato y

hermoso Felipe en fin, cuya vida inconstante causó tales tormentos á su sobrado sensible compañera, que mientras vivió, mereció con justicia el renombre de pobre Juana, que le habian dado; como tambien despues con su muerte prematura, aquel esposo mas idolatrado de lo que merecia, fué el autor del desórden sobrevenido en la razon de aquella desventurada reina, quien con una especie de compasion respetuosa designa la posteridad todavía con el nombre de Juana la Loca.





JUSTO CASTIGO.

XXV.

Tordesillas distaba muy poco para que, al día siguiente de la llegada del condestable al frente de aquella plaza, no hubiese llegado la noticia á los habitantes de Valladolid. Con semejante nueva, fácil es juzgar cual seria la zozobra del caballero don Juan de Padilla; así es que no pensaba mas que en volar al socorro de la ciudad sitiada, y con tanto mas fundamento, en cuanto tenia motivos para dudar de la franque-

za del nuevo capitán general de la liga. El infeliz don Juan Bravo, á quien hallaron en el fondo de un calabozo obscuro, mas negro y mas secreto todavía que el de los demas presos sus compañeros, le habia contado aquella famosa escena nocturna, en la que fuera por casualidad testigo de la desleal pusilanimidad de Giron. A mas, el haber la soltura de él solo, entre todos los enviados de Ávila, luego en fin, la falta

del señor don Pedro á su promesa de operar hácia Medina de Rio Seco, para tener en espectacion al ejército del condestable, quien al contrario lo habia dejado avanzar hasta el pié de las mismas murallas de Tordesillas: todas estas razones reunidas, eran bastantes para hacer sospechar de la buena fé del gefe del partido de la independencia.

Padilla parte pues. ¿Mas porqué lleva consigo tan poca gente? Y sin embargo se trata nada ménos que de obligar al señor de Velasco á retirarse con sus tropas frescas y experimentadas. Es que nuestro héroe no puede hacer otra cosa: la prudencia le obliga á dejar parte de sus fuerzas en Valladolid, á las órdenes de don Juan Bravo, á fin de proteger aquella ciudad en caso de una nueva sorpresa. En su posición, debe obrar con mucha circunspeccion, porque, por una aversion demasiado constante, se le tiene tan separado de los negocios, que del mismo modo ignora las maniobras de su partido, que los planes de sus enemigos; ¡con todo, no importa! su esperanza no tanto se funda en el número de sus soldados, como en la celeridad del movimiento y en el desórden que piensa introducir en el campo de los sitiadores con un ataque repentino de noche, y sobre todo en la confianza que tiene, de que su presencia puede servir de mucho á los sitiados, contribuyendo no ménos á reanimar su valor que impone á Giron y hacer abortar sus pérfidos designios, en caso que sea verdad que haya vendido su partido á los realistas. Así es que por el paso que lleva el señor de Padilla, se echa de ver, que los momentos

le son preciosos. Ya ha pasado Villa Marcial, y llegado á los bosques de las inmediaciones de san Miguel del Pino, para ocultar mejor su marcha arriesgada.

Ya no se halla mas que á dos leguas de Tordesillas.

A medida que va adelantando, las sordas detonaciones de la artillería y los fuegos irregulares de mosquetería se oyen mas distintamente. El corazon de nuestro héroe palpita de alegría, los habitantes de Tordesillas tienen todas las apariencias de hacer una vigorosa resistencia. Pero, cuando tocaba ya á la estremidad del bosque, y habia llegado á cierto parage desde donde distinguía aquella auréola rojiza que proyecta sobre un cielo obscuro la claridad de las luces de una ciudad, y sobre todo de una ciudad en movimiento y ocupada de noche en pelear; ¡ que sorpresa la suya! no oye ya ni cañonazos ni ruido de ningun género. ¿Llegará demasiado tarde? ¿estará tomada la ciudad? ¿ó es que sus oídos se han vuelto insensibles? ¡ Ay! en este caso no seria él solo á quien hubiese sobrevenido esta desgracia, porque en los tristes semblantes de todos los suyos, puede conocer que todos participan de sus alarmas.

Sin embargo sigue adelante, porque si retarda, los rayos del alba brillarán pronto en el oriente. Por fin, en la sombra descubre una masa oscura; pronto suena un ruido confuso de hombres y caballerías, pero no ya el ruido de armas de fuego, que se acostumbra oír en las inmediaciones de una plaza que se resiste. Parécele que se halla frente del hospital de sangre del condestable.

Para asegurarse y escoger mejor el punto de ataque, seguido solamente de algunos de sus mas adictos toledanos, se acerca el señor de Padilla con misterio; por sí mismo quiere reconocer el campo de los realistas; pero léjos de hallarlo dormido, vé reinar en él la mas viva agitacion.

La llanura del Duero está cubierta de tropas en pié y sobre las armas; sus filas se estienden hasta los muros de Tordesillas, cuyas murallas quedan iluminadas de repente con mil antorchas encendidas. No cabe duda, la ciudad ha sido tomada, y Padilla, con el corazon traspasado, se detiene incierto acerca del partido que debe tomar. ¿De qué le serviría en la actualidad presentarse delante del condestable? ¿qué podrá hacer con tan pocas fuerzas contra las tropas reales? esto seria esponer inútilmente sus débiles fuerzas, tanto mas preciosas para él en cuanto es muy presumible, que no se veria sostenido por el ejército de Giron en la lucha que empeñase, porque ahora es evidente que este ha hecho traicion á su partido. ¿Pero como han podido prestarse sus soldados á una trama tan infame? Ah! ¡para Padilla es demasiado sufrir el permanecer en tanta incertidumbre!

Sin embargo, al volverse nuestro caballero para reunirse con su gente, con el designio de tomar consejo de los suyos en tan triste ocurrencia, creyó divisar en la sombra dos seres que se movian. Pareciéndole que procuraban evitar su encuentro, se dirigió hácia ellos. Uno de los fugitivos debía de estar herido, porque andaba con mucha pena apoyado en el brazo de su compañero. Este último, equivocándose

acerca de las intenciones de don Juan y de su escolta, á quienes toma por un partido de realistas encarnizados contra los vencidos, les gritó con voz lamentable:

«¡La vidal ¡la vidal señores, ¡Buen Jesus! perdonadnos. No asesineis á la gente indefensa; si necesitais todavía una víctima, inmoladme á mí. Yo no soy mas que un pobre lego de poco valor; pero favor para este reverendo Padre. No derrameis la sangre de este cordero de Dios. Es un ministro de los altares, mis buenos señores, dejadle morir en paz. Ah! ¡no mancheis vuestras manos con un sacrilegio, no las hagais culpables de un martirio!

Rogando de esta suerte, el pobre lego se habia arrodillado delante del señor de Padilla, y continuaba tartamudeando oraciones sin fin á todos los santos del paraíso, miéntras que su desgraciado compañero, rendido de fatiga y su dolor, se habia dejado caer en tierra, sin decir una palabra.

«Por la sangre de Jesucristo, nuestro Salvador, ¿Quién sois? exclamó don Juan acercándose á ellos, y alargándoles una mano amiga.

—A mí me llaman Pedro Lorenzo, para serviros; contestó el lego con aire benigno, y medio tranquilizado por el gesto de benevolencia del caballero. «Este reverendo Padre no es nada ménos que don Juan de Benavente, el muy venerable prior de mi convento, adalid de la cruz no ménos esforzado que el mismo obispo de Zamora. Advertid, señores, mirad como corre la sangre de su herida.

— ¡Gran Dios! exclamó Padilla corriendo al religioso desfallecido, ¿pa-

rece que esos miserables mercenarios de la regencia, nada han respetado? ¿asesinar de este modo á los santos ministros del altar, y á una edad tan avanzada!

— Es que los hombres de iglesia se han portado como valientes, y las gentes de guerra como cobardes débiles, ó como traidores, » murmuró con voz sorda y mal segura el anciano prior, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, para incorporarse.

« ¡ Oh ! sí, padre mio, la verdad está en vuestros labios, » interrumpió el hermano lego, procurando calmar caritativamente la irritación nerviosa de su desventurado superior. « ¡ Ah ! si todos se hubiesen batido como los miembros del celoso clero de Zamora, y sobre todo como monseñor el obispo... pobre hombre ! siempre á nuestra cabeza ! así debe de haber sido el primero en morir ó caer prisionero ! el señor condestable de Castilla no sería actualmente dueño de Tordesillas... »

— ¿ Y don Pedro Giron ? repuso con viveza el caballero de Padilla.

— ¡ Traidor ! murmuró el religioso moribundo.

— Es un traidor declarado, » se apresuró á añadir el atento lego, tanto era que temía que hablando le faltasen enteramente las pocas fuerzas que quedaban todavía á su prior : « ¡ un traidor, mas traidor y desleal que el mismo Ganelon de Maguncia y toda su infame progenie ! »

« ¿ Con qué era demasiado cierto ? suspiró don Juan. Yo hubiera debido preverlo ! Ah ! ¿ porqué he dejado á Tordesillas ? ¿ cómo he podido abandonar á la merced de un malvado todo

mi partido, la reina y lo que tenía de mas caro en este mundo ? » Golpeábase don Juan el pecho, víctima de la mas violenta desesperación.

« Mas decidme á vuestra vez, ¿ quién sois ? dijo el hermano lego sorprendido.

— Delante de vos está don Juan de Padilla : »

A este nombre, se inclinó el lego, y su superior, como herido repentinamente de una conmoción eléctrica, levantó lentamente la cabeza, y contempló con sus ojos opacos las facciones del caballero iluminadas débilmente á la sazón por los primeros rayos del crepúsculo de la mañana.

« Ah ! dijo este con voz apagada, sin duda es el cielo quien te envía para que vengues á tus hermanos abandonados por Giron !... »

— Él es quien nos ha vendido, » replicó el oficioso compañero del prior, cerrando con su ancha mano los labios del demasiado débil Juan de Benavente. Y en su zelo estremado por librar á este de toda emoción violenta, se arriesgaba, el cuidadoso lego á causarle otra mayor por tan enérgico proceder. « El traidor, continuó él, sabía bien lo que se hacia cuando persuadió á la junta que por el interés de su partido é igualmente por el de la expedición de Valladolid, debía con todo el ejército de la liga trasladarse á Villapando. Según él, aquella plaza, propiedad de los Velasco, atraería infaliblemente á estos con todas sus fuerzas, al momento en que supiesen que se hallaba en peligro; y nada de esto; era para detenerse en Ureña, y defender allí su condado mas precioso á sus ojos... »

Di mas bien que era para dejarnos

mejor á la merced de nuestros enemigos, » interrumpió el esforzado prior cuya estrema indignacion se dejaba ver claramente á despecho de los esfuerzos de su prudentísimo sosten. « ¡ El infame nos ha vendido ! » y hablando así con una especie de contorcion causada no ménos por el dolor que la ocasionaban sus heridas, que por la desesperacion, el religioso comunero volvió á caer en tierra. A pesar de los cuidados de los que le rodeaban, su sangre corria con una abundancia espantosa; al cabo de pocos instantes, sucedió á los movimientos convulsivos una suma debilidad, con todo, sus labios agonizantes aun articulaban algunas palabras á penas inteligibles para los que le escuchaban, y sus manos ya casi sin tacto parecian buscar otras manos amigas.

« Padilla... murmuró, vive para tus hermanos... librales de un... » No pudo acabar, su lengua embarazada por el estertor de la muerte permaneció inmóvil entre sus labios entreabiertos y helados, y cerráronse sus ojos para siempre.

« Todavía otro mártir, murmuró el hermano lego con voz conmovida; pero los malvados no lo tendrán mas muerto que vivo. » Y cargando sobre sus espaldas el cuerpo de su prior, se alejó y desapareció en la espesura del bosque.

« ¡ Venganza ! esclama el señor de Padilla; » y á la exaltacion de su alma, dirigiendo la palabra á la ciudad de la cual le separa una suerte: » Y tú, Tordesillas, y vosotros séres tan idolatrados, que en este momento sin duda me llamais en vuestro socorro, tened valor y paciencia, que en breve volveré á li-

bertaros. » Luego volviendo la espalda á la ciudad, fué á juntarse con su reducido ejército.

Entónces, despues de haberse puesto de acuerdo con Maldonado y sus demas oficiales cuya adhesion para con él iba aumentándose con la misma proposicion que el odio que todos tenian á su rival, cuya exacrable conducta, quedaba ahora enteramente descubierta, resolvió ir al encuentro del ejército de la liga, á fin de no dejarlo por mas tiempo bajo el mando del pérfido Giron, y de traerle á toda prisa bajo los muros de Tordesillas. A consecuencia de esto haciendo un rodeo por el lado de la aldea de Villavieja, volvió á pasar el Horniga en la Vega de Valdetronco; en seguida siguió el camino principal que lleva á Ureña, y de allí á Villalpando y al norte del reino de Leon.

Despues de dos dias que andaba de aquella suerte, no dando apénas á los suyos mas que unos cortos instantes de reposo, por la noche, Padilla no habiendo descubierto nada, empezaba á temer que tal vez fuese el juguete de algun funesto error, cuando finalmente al acercarse á Ureña, divisó acampado en los alrededores de aquella aldea, al ejército de la independenciam. Por de pronto Padilla no pudo contenerse.

« ¡ Ya lo veis, dijo á los suyos, puede darse una prueba de traicion mas manifiesta ! Es preciso que el infame haya cruelmente abusado de la confianza de los nuestros, para tener de este modo inactivo su valor, mientras que nuestros enemigos dirigen todos sus ataques al mismo corazon de nuestro partido. Y el traidor, lo sabe todo y no puede ignorarlo: Tordesillas no es-

tá tan léjos, para que los clamores de la miseria de los desgraciados habitantes no hayan llegado hasta él.»

Entónces, sin mas tardar, nuestro héroe arrima el acicate á su caballo, y solo, atravesando los diversos cuarteles, se dirige en derechura al de Giron, y...

«¡Traidor! le grita con airado acento, así que de léjos lo descubre, ¿qué haces aquí, cuando sabes que el condestable se ha dirigido sobre Tordesillas y se ha apoderado de aquella poblacion? ¿Acaso para defender tu condado de Ureña han tomado todos esos valientes las armas? ¿así pues debes usar del poder que se te ha confiado?»

Giron sorprendido por de pronto con la súbita aparicion de Padilla que venia á estorbar todos sus funestos planes, se reanimó un poco al acordarse de que el poder estaba todavía en sus manos. Un golpe de autoridad, podia aun sacarle de aquel embarazo.

Supuesto que yo mando, contestó con cierta arrogancia, no sé con que derecho el caballero don Juan de Padilla me interpela sobre mis hechos é intenciones. A nadie debo dar esplicaciones acerca de mi conducta, y si tuviere que darlas á alguien, no seria por cierto al que desde luego puedo poner preso y castigar su insolencia...

— ¡A mí preso! repitió el señor de Padilla en el colmo de la indignacion. ¡Por vida de Cristo! que seria curioso ver al que acaba de tomar por asalto á Valladolid, castigado por el traidor que ha vendido á Tordesillas!...

— ¡Apoderaos de la persona del caballero don Juan de Padilla!» dijo á los soldados que guardaban la entrada de

la tienda, furioso de verse apostrofado de aquel modo públicamente.

Pero ninguno obedeció esta orden. ¿Quién hubiera osado poner la mano sobre el héroe de la independenciamañola? Por otra parte la conducta del nuevo capitán general se habia hecho muy sospechosa; los principales gefes vituperaban la incertidumbre de sus acciones: así es que la exasperacion fué general, cuando se supo la noticia de la toma de Tordesillas. Pero en aquel momento, fuera de sí Padilla:

« ¡Ah! exclamó ¿de este modo pien-sas pues deshacerte de los mas fieles servidores de nuestra causa? ¡Ah! tú quieres obrar conmigo del mismo modo que lo hiciste con don Juan Bravo, y tus demás compañeros, en Valladolid, cuando obtuviste tu libertad por precio de tu perfidia. ¡Ah! Giron, ya ves, lo sé todo. »

A tan terrible revelacion, se puso pálido el traidor. Sentia todo el peso de la acusacion que Padilla le dirigia; así es que mandó á los suyos que se separasen de allí, quedando á la mira; en seguida encargó á uno de sus confidentes, lo tuviese todo dispuesto para desembarazarse de Padilla á una señal convenida. Pero adivinando éste el pensamiento de su enemigo:

« ¡Cobarde! le dijo, conozco tu modo de obrar, tú prefieres las tinieblas á la luz, pero esta vez estoy alerta. Tú temes que haya testigos de tu traicion, y con todo no podrás evitarlo. ¿Me crees, acaso tan estúpido que guarde solo, un secreto del cual depende la salud de la liga? ¿Piensas acaso que te dejaré á mansalva hacer un vil tráfico de nuestras personas, de nuestras for-

tunas, y de nuestro porvenir con estos regentes á quienes has vendido tu partido? ¡No, por vida de Dios! yo juro, que no será así, y tu vida ó tu deshonor, van á responderme de tí para siempre. ¡Toma, infame! añadió con voz fulminante, arrojando su manopla de acero al rostro de Giron, veamos si eres tan cobardé como traidor? »

A este ultrage mortal entre hidalgo, el descortés Giron, no tanto por un movimiento de indignacion á causa de semejante insulto, como por el pérfido deseo de deshacerse alevosamente de un rival que posee todos sus criminales secretos, desenvaina su daga, y tira una estocada á don Juan. La hoja afilada atraviesa la manga acuchillada del jubon de nuestro héroe, y le roza ligeramente las carnes del brazo izquierdo.

« ¡Desleal caballero! exclamó Padilla, haciéndose atrás, asesinándome es como aceptas mi desafío. » Y llevando en seguida la mano á la espada.... ¡Vamos pronto! desenvaina tu espada; yo no soy de esos bandidos de los bosques que hieren y matan á sus enemigos desarmados. »

Giron echando espuma de corage, al ver que no habia acertado el golpe, no se lo hace repetir segunda vez, al terrible acero de su adversario opone el suyo; pero la turbacion que reinaba en su pecho, hacia inciertos los movimientos de su brazo; miéntras que don Juan, forzándole á retroceder paso á paso, le apremia con fintas y pases de un modo capaz de aturrullar á otro mas diestro que don Pedro. Al fin, se apodera de éste el espanto; llama á su gente en su socorro: Padilla compren-

diendo sus siniestros designios, redobla sus ataques, y con mano vigorosa y egercitada, descarga un fuerte golpe al arma de su adversario, alarga repentinamente el brazo, y de una estocada certera, atraviesa de parte á parte el pecho de su adversario. Este cae.

A la vista de su enemigo tendido en el suelo, el generoso Padilla olvida todo resentimiento, arroja su espada, y procura dar algun alivio á don Pedro. A sus ojos no es ya su enemigo, sino un cristiano que muere y que necesita los ausilios de la caridad y de la religion, desabrocha la sobrevesta del moribundo y procura restañar su sangre.

Giron, volviendo un poco en sí, entreabre un instante sus párpados medio cerrados ya por la mano pesada de la muerte: y viendo á Padilla que examinaba su herida, su alma perversa hasta el fin, no sabe dar crédito á las generosas intenciones del caballero, y rechazándole :

« ¡Oh! articula penosamente con aquel acento de ironía que parece satánico en los labios de un moribundo; está tranquilo... mi herida es mortal.... Dentro de algunos instantes ya no existiré... pero mi venganza me sobrevivirá... La toma de Tordesillas destruye no ménos los intereses de la liga que los tuyos propios... estás separado para siempre de la que amas... no te asiste ningun derecho para reclamarla á su tutor... Te equivocas, si crees que un nudo legítimo te une con ella. »

Como la voz de Giron se iba apagando á medida que él hablaba, y era casi ininteligible, Padilla pensó que quizá lo habria entendido mal; así que le preguntó con viva ansiedad.

«¿Qué te atreves á decir?»

— Yo digo, que el que ha recibido vuestros juramentos, no tenia ningun carácter para bendecir vuestro enlace... No era sacerdote; era un impostor; y doña María y tú os habeis hecho culpables de sacrilegio tomando parte en aquel simulacro de religion...

— Tu espíritu delira, interrumpió Padilla acercándose á don Pedro para oír mejor sus respuestas; ¿no sabes que para justificar semejantes acusaciones, la palabra de un moribundo no basta?

Después de mí... otro hay que conoce á fondo este misterio y se encargará de aclararlo...

— ¿Quién es? ¿su nombre? Por el Dios todo poderoso ante quien vas á comparecer, su nombre?

— El testigo mismo de tu matrimonio, dijo el agonizante con voz ronca y apagada; ¡un renegado que se ha burlado de tí... de ella... de mí... de todos nosotros... Moreno!...»

A penas hubo acabado de pronunciar este nombre, espiró; pero apesar de las sombras de la muerte esparcidas en sus facciones prolongadas, una sonrisa diabólica crispaba todavía sus labios contractados por una espresion de maldad.

Padilla apesar de la poca fé que daba á las revelaciones de Giron, permanecia sin embargo aterrado por lo que acababa de oír. Las últimas palabras de un ser que ya no existe, tienen algo de sagrado que impone; por otra parte don Juan no sabia atinar en el motivo de la larga ausencia de Moreno. Con todo, no dejaba de mandar á muchos hombres de armas á quienes el ruido de la

escena habia atraido á la entrada de la tienda, que retirasen el cuerpo de Giron. No obstante, de ser capitán general, fué enterrado sin pompa, y nadie acompañó sus despojos fúnebres, tan despreciado era universalmente de los suyos. La mayor parte mostró una viva alegría por su muerte, que miraban con un justo castigo de sus crímenes y perfidias; mas aun fué otra cosa cuando se halló en su poder la prueba irrecusable de su traicion, la famosa prueba del condestable, de la que no se habia desprendido jamás desde el dia en que le habia sido entregada por Moreno.

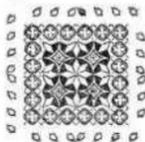
Entónces fué mucho mayor el entusiasmo por Padilla; todos le miraban como el vengador de los Comuneros. Así es que cuando en el acto mismo se pensó en nombrar un sucesor á don Pedro Giron, la mayoría de sufragios fué nuevamente á favor del héroe de Segovia y de Valladolid. Pero cuando fué preciso ponerse en marcha, el señor de Padilla pudo juzgar de los perniciosos efectos del mando de don Pedro; en unos todo lo hacia imposible el espíritu de insubordinacion, á otros, el desaliento les impulsaba á la desercion. Este sentimiento de envidia hácia don Juan, y que tambien habia sabido fomentar su rival, estaba léjos de haberse estinguido con él. Así es que muchos de los voluntarios, los exaltados sobre todo, entre los cuales figuraban muchos gefes, que por su mismo honor nos abstenemos de nombrar aquí, descontentos de la oposicion que Padilla hacia siempre á sus planes demagógicos, en vez de seguirle á libertar á Tordesillas, prefirieron retirarse á sus hogares, so pretesto de que, des

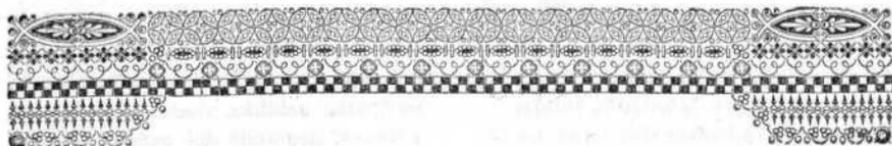
pues del mucho tiempo que duraba la campaña tenían necesidad de descanso, y que empezando á adelantarse la estacion, valia mas por de pronto pensar en rehacerse, á fin de hallarse mas tarde en estado de acometer nuevas y mas felices empresas.

De todo este resultó, que apesar de haber recobrado Padilla el favor popular, nuestro héroe se vió capitán general de un ejército muy reducido, que de ningun modo se hallaba en estado de ir á presentar batalla al del condestable, ni libertar á Tordesillas. Después de dudar por largo tiempo, el señor de Padilla se vió pues obligado á ceder á su mala estrella, y aplazar para tiempo mas oportuno la ejecucion de sus proyectos. Con el corazon lastimado y preocupado el espíritu sin cesar por las últimas palabras de Giron, le fué preciso decidirse á volver á Valladolid. Su nueva conquista le ofrecia un refugio, y no sin mucho trabajo pu-

do volver á aquella plaza á través de caminos estraviados, porque á cada instante se veia hostigado su reducido ejército por la vanguardia del conde de Haro, que el condestable habia enviado en su persecucion.

Por último, nuestro valiente caballero, superior siempre á su cruel fortuna, llegó á Valladolid, desde donde hizo un llamamiento á toda la nacion española de hombres y socorros, atestiguando con sus actos y manifiestos su firme propósito de volver á empezar las hostilidades tan pronto como pudiese. Y sosteniendo de este modo la exaltacion de los suyos, mostrábase á sus ojos, decidido á perder mil veces la vida ántes que dejar de probar atraer la victoria bajo las banderas de la comunidad, aguijoneado, como se hallaba, por otra parte por el vivo deseo de volver al lado de la muger idolatrada, sin la cual no podia haber en adelante felicidad por él en la tierra.





MARZO DE 1521.

XXVI.

Cada día se hacia la nacion española mas lenta en responder á la voz belicosa del señor de Padilla. En las revoluciones son necesarios triunfos rápidos al principio, sino el desaliento sigue muy de cerca á los reveses. Es propio de hombres vulgares no sacar su fuerza sino del mutuo concurso de las de los demas. Así que la discordia se introduce en las filas de la multitud, la debilidad se hace sentir desde luego

por todas partes. Sí, son pocos los hombres de naturaleza tan privilegiada que en el infortunio sepan engrandecerse y encontrar el valor en sí mismos; el caballero de Padilla era de aquel corto número. Su lealtad se habia al principio resistido á todo medio de rebelion abierta contra los delegados del rey don Cárlos; preciso habia sido el extraño encadenamiento de sucesos que ya conocemos para arras-

trarle al partido de la sedicion, y una vez comprometido creyó de su deber no abandonar una causa de la que él es la esperanza y la estrella tutelar.

Con todo, ¡cuantos disgustos ha tenido que sufrir de parte de los mismos á quienes ha consagrado su vida y cuyos esfuerzos consiente en dirigir! A la verdad, mas de un caudillo en lugar de nuestro héroe se hubiera dejado abatir al verse tan poco atendido de aquellos á quienes se dirigia. A imitacion del condestable, que aprovechaba la suspension de hostilidades motivada por el invierno, en reparar sus pérdidas y reorganizar su ejército, Padilla se esforzaba de mil modos en poner el suyo en estado de presentarse con ventaja ante el de los realistas á la entrada de la primavera; pues el invierno es una estacion muerta durante la cual se detienen igualmente la fecunda prosperidad con que la tierra recompensa los trabajos de los hombres, y los azotes desoladores que ella debe muchas veces á su perversidad. Durante aquellos meses de frio en que sopla el cierzo, ese viento del noroeste tan desagradable en España, ningun partido, si conoce sus intereses, se pondrá jamás en campaña. Esta vez han pensado muy cuerdamente hacer lo mismo ambos partidos.

Pero mientras que los regentes, gracias al oro recibido del extranjero, y por consiguiente á las defecciones que este oro junto con las promesas seductoras causaba entre sus enemigos, veian aumentarse sus filas con numerosos soldados, Padilla veia disminuir las suyas y abandonarle sus aliados.

Ya sabemos que hacia mucho tiem-

po que Búrgos, la capital de Castilla la vieja, ciudad importante entre todas, dominada por la influencia del dean de su ilustre cabildo, don Pedro Suarez Velasco, hermano del condestable, se habia sometido á la regencia, y á su imitacion, otras ciudades ménos poderosas, por temor, indolencia ó celos, se habian igualmente separado de la santa comunidad.

Las cosas no hubieran cambiado tan fácilmente, al ménos con tanta prontitud, si Tordesillas y la reina sobre todo no hubiesen caido en poder de los realistas. ¡ Ah ! cuan imperdonable falta cometió la junta de los comuneros en haber permitido que la princesa Juana permaneciese sin la proteccion de una imponente guarnicion, en una ciudad tan poco fortificada por la naturaleza, y tan cerca del teatro de la guerra, en vez de hacerla trasladar á Toledo cuyos peñascos inaccesibles hubieran puesto su preciosa persona al abrigo de toda tentativa. Es verdad, que las mejores combinaciones del mundo van á estrellarse contra la traicion. La de Giron lo perdió todo, y luego ademas, no tememos repetirlo, aquel funesto sentimiento de envidia que habria siempre impedido á las ciudades confederadas el conceder á la imperial Toledo el peligroso temor de guardar en sus muros á su augusta soberana.

La reciente noticia de la derrota del conde de Salvatierra, comandante de las Comunidades de Vizcaya que se habian puesto en camino para juntarse con Padilla, no era nada á propósito para disminuir las temerosas aprensiones de los Comuneros. El conde, completamente derrotado, habia sido he-

cho prisionero, y ya corria el rumor de que habia sido ajusticiado; de suerte que la multitud inconstante, de cuyo empezaba á canzarse de pelear por una causa que Dios parecia haber abandonado. La nobleza por otra parte atemorizada por los principios subversivos, y por las intenciones peligrosas de los exaltados, que solo tendian á imitar á los anarquistas de la Hermandad de Valencia, y viendo que el país se arruinaba por haber substituido la licencia á las verdaderas libertades populares empezaba á inclinarse mucho á una transaccion con la corona. Las miras de esta eran ménos temibles y ménos contrarias á los intereses nacionales, que los inmoderados y destructores deseos de un populacho brutal y desenfrenado, juguete de los pérfidos caprichos de algunos ambiciosos egoístas.

En tan triste estado de cosas, el señor de Padilla, apésar de su impaciencia muy fácil á comprender, se habia visto obligado á permanecer inactivo en Valladolid, durante los rigores del invierno. Sin embargo, ¿cuáles debian ser sus tormentos y afanes? nada absolutamente sabia de la suerte de su querida María. El condestable la retenia á su lado con tanta vigilancia, que no pudo establecerse la menor relacion entre los dos esposos. Fácil es de imaginar si el desgraciado Padilla, desearia hacer cesar á toda costa semejantes angustias. Solo tenia un medio para salir de aquella posicion que cada día se hacia mas insoportable, y era probar algun golpe atrevido y decisivo; pero le era preciso aguardar una ocasion favorable, é interin la buscaba y

la pedia á la providencia; los regentes, siguiendo siempre su política astuta, dejaban debilitar el partido de la liga, procurando ganar tiempo, ciertos como estaban de obtener los mas eficaces resultados con el oro, y las promesas seductoras, que con medios violentos y por los desastres de la guerra.

Entónces mas que nunca conocian los realistas que debian obrar con prudencia y moderacion en los negocios de España. La santa comunidad no era el solo enemigo con quien tenian que habérselas; la rebelion, esa hidra de cien cabezas que parece multiplicar sus anillos al infinito, si en su origen no se sofoca el gérmen contagioso, acababa tambien de aparecer en el mediodia de España. La antigua levadura musulmana habia repentinamente fermentado á vuelta de aquellos hermosos días, que en las comarcas meridionales aparecen algunas veces súbitamente al concluir el invierno.

Aprovechando la ausencia momentánea de las tropas reales, que la regencia habia retirado de las provincias de Andalucía y de Estremadura, á fin de hacer frente á los comuneros; los moros de las Alpujarras habian salido de sus montañas, y sus armas amenazaban las comarcas inmediatas.

Hasta en Tordesillas habia el condestable recibido ya la noticia de que Abbas Abdallah se hallaba en la sierra de Grados al frente de un crecido número de sus correligionarios, y llegaba á suponerse que debia de obrar de acuerdo con Padilla, al cual queria atribuirse alguna parte en la evasion del heredero de los reyes de Granada de los muros de Valladolid. Añadiase ade-

mas que los sectarios del Koran, aventurándose á salir de la sierra, se habian atrevido á aparecer en las llanuras del norte de Estremadura, de suerte que en efecto aquella semejanza en la posicion hostil que moros y comuneros guardaban, hacia el gobierno de España, y la instantaneidad del levantamiento particular de los primeros podia dar márgen á suponer una secreta inteligencia entre el capitan de la liga y el gefe de los musulmanes.

Así es que á aquellos, y son generalmente el mayor número, que solo juzgaban por las apariencias y los intereses del momento, y no por las íntimas simpatías de los corazones, no les cabia la menor duda acerca de la existencia de un plan combinado entre ambos gefes, con el objeto de atacar á un tiempo al ejército real y destruirlo de este modo con mas facilidad. Esta suposicion no tenia sin embargo el menor fundamento. ¿El altivo y patriota hidalgo que desechara como estrangera la alianza de la Francia, el celoso católico que en aquel instante defendia los derechos de la iglesia española, podia ser sospechoso de intentar hacer causa comun con los enemigos de su religion y los descendientes de los antiguos opresores de su pais?

Con todo, no debemos ocultar que se habian hecho proposiciones muy ventajosas á nuestro héroe de parte de los hijos de Mahoma; pero no podemos ménos de añadir tambien para gloria suya, que jamás se dignó prestar á ellas la mas débil atencion, siendo sobremanera meritoria semejante conducta en la apurada situacion en que se hallaba. Añadamos igualmente, pa-

ra realzar su laudable perseverancia en no querer dar oídos á nadie, que á medida que empeoraba su posicion parecia que un demonio tentador y misterioso le quisiese sujetar á mayores pruebas. Hasta en el secreto mismo de su aposento hallaba proposiciones escritas de puño de Abbas Abdallah, quien bajo condiciones mas favorables para Padilla, le instaba con ahinco para que concertándose de antemano se arrojasen juntos sobre Tordesillas, y obligasen al condestable á una capitulacion. ¿Quién podia ser el que se atrevia á dejar tan cerca de Padilla tales mensajes? Jamás pudo averiguarlo. ¡Infeliz del temerario, que hubiese sabido, se encargaba de cumplir semejante mision!

Un dia, entre otros, hácia fines de febrero de 1521, don Juan habia salido de la ciudad con intencion de recorrer las principales avenidas de la plaza, afin de determinar con todo pulso los medios de ponerla en seguridad durante su ausencia, porque él y los principales capitanes de la liga, para exaltar el valor de sus soldados, querian abrir la campaña de una manera brillante, y al intento habian combinado una expedicion sobre Torrelobaton, villa de bastante importancia no muy distante de Valladolid, y cuya principal ventaja consistia en que cerraba el camino del norte de España á Tordesillas. Habia sobrevenido la noche mientras que don Juan hacia su ronda; el cierzo reténia su violento soplo; el cielo estaba puro y estrellado; Padilla, terminada su excursion no parecia sin embargo llevar mucha prisa en volver á entrar en la ciudad; sino que seguia con la vista el sinuo

so curso del Esqueva que murmurando va á confundir sus aguas con las del Pisuerga, y se abandonaba pensativo á la amargura de sus ilusiones, cuando de repente pasa cerca de él un religioso montado en una mula, mas ágil que las de que ordinariamente se servian los humildes hijos de san Francisco. Toca el religioso ligeramente la espalda de don Juan, y sin contener el paso de su cabalgadura ni pronunciar una palabra, deja caer á los piés del caballero un pergamino rollado. Recógelo éste.

¡Gran Dios! es letra de Moreno. ¿Serán por fin noticias de aquella cuya suerte ocupa todos sus pensamientos? porque, apesar de las últimas palabras de Giron, Padilla constantemente se ha resistido á creer, que Moreno fuese un renegado, traidor á su Dios y á sus señores. Hasta aquí ha creído explicar el largo silencio de este servidor, atribuyéndolo á que éste habia permanecido en Tordesillas al lado de su señora, y si no habia ido á Valladolid á darle noticias de María, era sin duda porque no habria podido burlar la vigilancia del condestable; pero ¡ay! á medida que nuestro héroe lee el misterioso mensaje, la triste realidad le aparece con toda evidencia. Giron tenia razon: Moreno es un apóstata, un traidor. ¿Cómo podrá dudarle en adelante, cuando tiene á su vista la prueba escrita de mano de aquel miserable?

Por los términos del billete, es fácil echar de ver que aquel hombre detestable no pone ningun cuidado en ocultar sus odiosos proyectos, y que cree llegado el tiempo de quitarse la máscara. Estas pocas líneas no podian dejarle la menor incertidumbre: « La crítica po-

« sicion del señor de Padilla es conoci-
« da, pero todavía le queda una áncora
« de salvacion. ¿No son hermanos to-
« dos los desgraciados? ¿y la desespe-
« racion no es el lazo que mas los une y
« estrecha? Luego que el generoso don
« Juan de Padilla consienta en alargar
« una mano amiga á los infelices pros-
« critos de Granada, puede contar con
« su ciega adhesion. Ya de antemano,
« como una prueba de la sinceridad de
« su alianza, el príncipe moro Abbas
« Abdallah previene al señor de Padilla
« que en el momento mismo en que le
« será entregado este mensaje, Abbas
« con una fuerza respetable de los su-
« yos, se hallará ya en las llanuras de
« Estremadura. Su intencion es de acer-
« carse á Tordesillas, y por un ataque
« simulado, atraer sobre sí la atencion
« del condestable, mientras que el ca-
« ballero de Padilla, secundado de esta
« suerte, se dirigirá á Torrelobaton y
« se apoderará sin gran dificultad de esa
« villa; pero ay del capitán de la liga
« si despues de la toma de esta ciudad,
« paga con una ingratitud los buenos
« servicios de los moros de las Alpu-
« jarras, y les niega su apoyo. Caro ha
« de costarle á su partido y á él perso-
« nalmente, porque sabe muy bien el
« señor don Juan, que de su modo de
« portarse con los sectarios del profeta,
« depende su íntima felicidad, y la re-
« velacion de aquel secreto, objeto de
« todos sus pensamientos en que se in-
« teresan á la vez su destino y el de la
« señora doña María Pacheco.»

A semejante lectura, nuestro héroe, en el primer arrebato de indignacion, quiere correr tras el atrevido mensaje-ero que sospecha con sobrado funda-

mento que es Moreno en persona, pero la obscuridad le impide saber de fijo la direccion que el fraile ha tomado. Enviar en varias direcciones á su alcance, seria enteramente inútil. A juzgar por el paso de su mula debe de estar ya muy léjos. Resígnase pues don Juan á volver á Valladolid. Convoca al instante en la casa del ayuntamiento á don Juan Bravo, don Francisco Maldonado, Jorge de Herrera, capitán de los voluntarios de Valladolid; Alonso Sarabia alcalde, presidente del ayuntamiento, y á muchos otros hidalgos y del estado llano de entre los que mas figuran de la liga, y les comunica la carta que por tan estraño medio ha llegado á sus manos.

Las opiniones están divididas acerca de la acogida que debe dársele.

Algunos poco delicados en los medios de salir triunfantes no vacilan en afirmar en términos algo equívocos, que solo en la prosperidad es lícito despreciar proposiciones tan ventajosas. El noble corazón de Padilla, se exalta á semejante idea, y por la misma razon, que segun la carta, él mas que ningun otro parece debiera anhelar una alianza con los infieles, se declara con energía el primero por una negativa formal:

«Poseyendo, dijo, vuestra entera confianza, nada debo ocultaros. He creído pues de mi deber informaros de las proposiciones que se me habian hecho; pero por la indignacion que siento, creo igualmente adivinar la vuestra. En efecto, en el instante en que mas que nunca necesitamos de la ayuda de Dios, no es cuando debemos esponernos á merecer su enojo, haciendo alian-

za con los eternos enemigos del nombre cristiano. Seguramente, sentaria muy mal en españoles que se han coligado para defender su nacionalidad, incurrir en las mismas faltas en que cayeron sus padres. Acordémonos de las funestas consecuencias de la venganza del conde don Julian, y no confiemos la defensa de nuestros intereses á los que no piensan mas que en destruir nuestro culto y en hacerse nuestros opresores.

— Con todo, replicó el presidente del ayuntamiento, cristiano viejo, pero tímido en extremo, y que sobre todo empezaba á cansarse de que Valladolid tuviese que estar tanto tiempo en pié de guerra, los socorros deben tomarse del modo que á Dios place enviarlos. El bálsamo del Samaritano curó las heridas del hombre del Evangelio, mejor que la desapiadada indiferencia del sacerdote y del levita....

— En aquellos tiempos, plugo á nuestro Señor Jesu-Christo, se dijera lo que él quiso, interrumpió con una dureza que descubria al hombre de guerra, el ardiente Maldonado, capitán de Salamanca, pero en los tiempos que corren, no solo seria culpable en nosotros hacer causa comun con esos infieles, sino que á mas seria una torpeza por nuestra parte. ¡Gran Dios! En toda España se levantaria contra nosotros un grito general de reprobacion....

— Mas no de parte de aquellos que se sirven de los traidores, repuso agriamente Alonso Sarabia, disgustado de sí mismo por haber emitido una opinion tan mal recibida por sus compañeros.

— ¡A los traidores! replicó el señor de Padilla; solo se les emplea defendiendo el cuerpo, y sus servicios dañan mas que aprovechan....

— ¿A qué viene esta discusion? interrumpió con mucha prudencia el previsor Juan Bravo. Dejemos á los moros que obren á su manera, y hagamos nosotros nuestros negocios por nosotros mismos. Creedme, no nos ocupemos mas de este escrito, y sin tardar llevemos á cabo nuestra expedicion sobre Torrelobaton.

— El parecer de nuestro amigo Bravo, es el mas acertado, exclamó el caballero Padilla, y si la victoria corresponde á nuestros esfuerzos, sabremos probar á la España, que hemos conservado puro el honor de su nombre por la conducta que observaremos en seguida con los infieles, que parecen tratar de confundir su causa reprobada con nuestra santa causa. Cruel desengaño han de llevar entónces los enemigos de nuestra fé, si nos creen tan viles ó á sí propios tan fuertes para tratar con nosotros, como de igual á igual, y severo castigo, tendrá igualmente el traidor que se ha lisongeado de que me induciria á comprometer el honor de mi partido, prometiéndome á este precio revelarme un secreto que solo á mí me interesa. »

Tan generoso language produjo el efecto deseado en todos los presentes, hasta el punto de suplicar todos encarecidamente á Padilla, que marchase al instante sobre Torrelobaton. Esta vez fué general el celo, y no ménos los gefes que los soldados, secundaron decididamente á nuestro héroe en su expedicion; y esto, unido á su ordinaria

prontitud en egecutar cuanto habia determinado, hizo que el dia 2 de Marzo de 1521, él y su pepueño ejército se hallasen delante de Torrelobaton; y el 3 por la mañana esta villa dispuesta desde mucho tiempo á favor de los comuneros, les abrió las puertas, no viéndose socorridos por el condestable, y atribuyendo la inaccion aparente de éste á algun funesto revés, cuya noticia no habria podido llegar hasta ellos.

Padilla y los suyos por su parte estaban tambien llenos de sorpresa, al ver la indolencia de los realistas. Pero el dia siguiente de la ocupacion de la villa por los comuneros, se aclaró el misterio, cuando de lo alto de las pequeñas colinas que cercan á Torrelobaton, vieron descender un crecido número de guerreros, cuyas armaduras y espadas brillaban á los rayos del sol.

A tan súbita aparicion, Padilla advertido desde luego, mandó cerrar las puertas y envió á reconocer á la fuerza armada que con bandera desplegada se atrevia de aquel modo, á avanzar hasta debajo de los cañones de la plaza; pero cual fué su asombro, cuando vinieron á decirle que en vez del estandarte imperial, era el reprobado de la media luna de los infieles el que marchaba al frente de los recién llegados. Por otra parte estos se anunciaban como amigos y de ningun modo como enemigos, y mandaron decir al señor de Padilla, que habiendo ellos cumplido sus promesas, llamando por algunos instantes la atencion del ejército real, venian á pedir á su vez, al capitán general de la liga el apoyo y socorro que con tanta razon podian esperar de su reconocimiento.

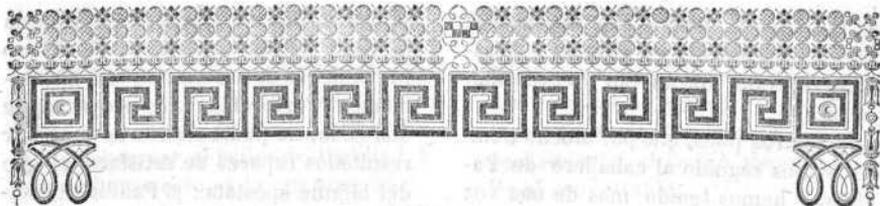
A esta noticia, don Juan frunció las cejas pues conocia toda la ventaja que sus enemigos podian sacar contra él de esta circunstancia, y comprendia sobre todo el objeto del infernal pensamiento de Moreno. No cabia la menor duda; aquel exacerable apóstata contaba por medio de golpe tan atrevido descarriar á nuestro héroe, para obligarle en seguida á entrar en sus criminales proyectos. Así que presintiendo que la menor perplejidad de su parte

podia hacer sospechar de él y aun mancillar su reputacion decia, no vaciló un instante acerca del partido que debia tomar.

«Las puertas estan cerradas y ellos avanzan no obstante, el valiente Maldonado, que con algunos voluntarios de Salamanca, venia de reconocer al ejército infiel; ¿señor de Padilla, qué debemos hacer?

— ¡Fuego! no haya cuartel para esos infieles.»





BATALLA DE VILLALAR.

XXVII.

Dueño ya de Torrelobaton el señor de Padilla, parecia que solo le faltaba marchar contra Tordesillas; pero léjos de esto tomó una resolucion enteramente distinta. La generalidad lo estrañó, y los envidiosos no dejaron escapar esta ocasion para perjudicarle, imputándole como una falta no haber querido aprovechar la nueva ventaja que la liga acababa de adquirir.

Como ni la indecision ni la lentitud

eran propias del carácter de nuestro héroe, preciso era que tuviese motivos muy graves para decidirse á permanecer de aquella suerte en Torrelobaton, y no ir á probar desde luego la toma de una ciudad que encerraba lo que así él como su partido tenian de mas caro y precioso; pero son tan pocos los que juzgan rectamente de los hombres y de las cosas, porque hay muy pocos que ántes de desacreditar quieran tomarse

la molestia de ponerse por un instante con el pensamiento en el lugar y situación del que juzgan tan irrevocablemente.

Nosotros pues, que por mucho tiempo hemos seguido al caballero de Padilla, y hemos tenido mas de una vez ocasion de apreciar su valor y destreza, no imitarémos á un vulgo tan ignorante como mal intencionado, é iniciándonos por la reflexion en todas las dificultades de la posicion de don Juan, comprenderémos porque causa se vió en la imposibilidad de sacar mayores resultados de su nuevo triunfo.

Tal es la suprema voluntad de la providencia: en sus impenetrables designios, despues de haber llevado de la mano al mortal venturoso á quien favorece, de repente se aparta de él, siguiendo así el órden de los tiempos que ella misma se ha obligado á cumplir. Con todo, en honor de nuestro héroe, dirémos que la providencia, en la ejecucion de sus misteriosos decretos, nunca halló el alma de Padilla destituida de ménos energía ni de inteligencia. Para que la fortuna se volviese contraria á la liga, le bastó dejar obrar la envidia y el curso ordinario de las rebeliones. En efecto, la defeccion y el desórden, contémidas un instante por el brillo del último triunfo, y por algun dinero que se encontrara en Torrelobaton, no tardaron en reaparecer, cuando á consecuencia de un saqueo que no se pudo evitar, empieza á dejarse sentir la miseria. Falsos amigos pagados por los realistas fomentaban la desercion en el ejército de Padilla, y con odiosos folletos osaban empañar la gloria de aquel general á los ojos de sus propios

soldados. Las infernales previsiones de Moreno debían cumplirse. El último movimiento de los moros, tan ostensiblemente favorable á los proyectos de don Juan, no podia ménos de producir resultados capaces de satisfacer el odio del infame apóstata: si Padilla se decidia á aceptar la cooperacion de los hijos del profeta, la guerra civil se prolongaba indefinidamente en España con gran ventaja del mahometismo; si al contrario persistia en rehusar aquel apoyo, estaba completamente perdido, y desde entónces el enemigo de los Pacheco se gozaria en confundir en su venganza á María su noble hija, y al caballero de Padilla.

Sucedió pues, que los consejeros de la regencia, como muy sagaces que eran, echaron de ver al instante todo el partido que podian sacar de los acontecimientos que por casualidad ú otra causa, ofrecian entre sí tan singular coincidencia: así es que no se descuidaron en difundir por toda España la noticia, presentándola bajo un punto de vista enteramente desfavorable para el caudillo de la santa comunidad. Por todas partes iban emisarios diciendo que Juan de Padilla hacia causa comun con los moros de las Alpujarras; y que la súbita aparicion de Abbas Abdallah delante de Tordesillas, habia sido combinada de antemano con la expedicion de Torrelobaton.

Estos mentidos rumores no enteramente faltos de cierta verosimilitud, eran á propósito para engañar á los pueblos distantes del teatro de la guerra, así es que fueron causa de que un crecido número de reclutas, aguardados con impaciencia no llegasen á reu-

nirse con el ejército de Padilla. ¿ Pero no es ciertamente de estrañar que tales imposturas hubiesen podido encontrar eco hasta en Torrelobaton, despues de la noble conducta que acababa de observar el señor de Padilla? Y sin embargo esto es lo que sucedió.

Un dia en que don Juan recorria la ciudad, muchas voces en la obscuridad le injuriaron, llamándole traidor! y renegado! La aproximacion y el mirar airado del altivo capitán bastan, es verdad, para hacer cesar tan odiosas palabras, pero el cobarde abandono de don Pedro Lasso de la Vega, segundo de Padilla, que mandaba inmediatamente bajo sus órdenes el cuerpo de voluntarios de Toledo, acabó de introducir la confusion en el partido de la liga, y fué un golpe de muerte para el corazon de nuestro héroe. Sin embargo, tuvo bastante presencia de espíritu para disimular el disgusto que le causaba tan vil defeccion. Apesar de sus tristes presentimientos, mostraba una viva confianza en lo venidero. A fin de sustraer del desaliento los soldados que permanecian fieles, cuando supo que una porcion de sus propios conciudadanos acababan de abandonar la ciudad, y que animados por el pérfido la Vega, tomaban el camino de Tordesillas: « ¡ Loado sea Dios! dijo; mas quiero ver á los traidores delante, que detras de mí. »

Entretanto para impedir que tan detestable ejemplo tuviese imitadores, no pensó mas que en empezar las hostilidades: la vida activa del campamento era mas á propósito para contener á los soldados en su deber, que la monotonía de una plaza. Habia

llegado á aquella triste posicion, en que le era preciso fiar su salvacion del éxito incierto de una accion decisiva. Abandonándose pues á la merced de Dios, no tuvo mas que un deseo, un pensamiento, el de ir á presentar batalla al condestable.

A consecuencia de esto, informado de pocos dias ántes, de la toma de Valladolid por los realistas, queria dirigirse inmediatamente hácia donde creia se hallaba su ejército, y cayendo de improviso con todas sus fuerzas sobre el enemigo, confiaba poder sacar algun partido; pero tan arriesgado proyecto encontró muchísima oposicion. Juan Bravo y muchos otros gefes no eran de opinion de esponerse á perderlo todo en una sola empresa. Despues de algunos debates, se resolvió que ántes de presentarse delante del condestable, se iria á Toro: esta ciudad, y todo el pais de sus alrededores estaba aun por los comuneros, y teniase la certeza que luego que estuviesen allí se reforzaria el ejército de la independencia con un considerable número de reclutas.

El dia 23 de abril por la mañana segun las órdenes dadas el dia anterior por el capitán general, sonaron las trompetas, y los tambores tocaron un prolongado redoble así dentro como fuera de los muros de Torrelobaton, en los cuarteles en donde se hallaban acampados los cuerpos de voluntarios que no habian podido alojarse en la ciudad. En un instante se presentan dispuestos todos los gefes, y activan la marcha de sus soldados. Padilla que durante la noche ha estado despierto y casi enteramente consagrado al plan de la campaña que va á abrirse, no ha

aguardado la aurora para vestir la armadura. Su frente respira una varonil y noble seguridad; pero su corazon está muy distante de tener la misma confianza que el dia feliz, en que vencedor de Toledo, corria á salvar á Segovia!

A los justos recelos que ofrece siempre el destino incierto de los combates, se agrega tambien en su espíritu los mas tristes presentimientos. No basta ya que el corto descanso á que se habia entregado, haya sido interrumpido por el ruido que hizo al caer su larga espada colgada de la cabecera de su cama, es preciso ademas, que la religion le dé misteriosas advertencias sobre la triste suerte que parece estarle reservada. ¿Qué viene pues á hacer á estas horas el reverendo Esteban Vazquez, uno de los cincuenta prebendados de su magestad en Toledo, que tanta admiracion profesa al héroe compatriota como el mismo le llama, que hace poco ha venido solo, y á pié, á encontrarlo en Torrelobaton, á traves de mil peligros? El santo eclesiástico tiene pues adquirido el derecho de hablar con franqueza al señor de Padilla:

« Señor don Juan, le dice, por el amor de Dios y de vuestros amigos, no realiceis vuestro proyecto; permaneced aquí, creedme.

— ¡Por vida de Cristo! que nada de esto haré, contestó nuestro héroe; el mejor clérigo, no sirve para nada en materia de guerra; retiraos pues y dejadme obrar á mi modo.

— ¡Ah! mi buen señor, murmuró el adicto eclesiástico, apesar de la severa prohibicion de nuestro Santo Padre, acabo de consultar en vuestra intencion

mis conocimientos en astrología. Habia muchos años que no lo habia hecho, pero esta vez, doy gracias al cielo por mi inspiracion, porque puedo advertiros á tiempo todavía el peligro que correis. Por favor no os pongais hoy en marcha.

— Padre, replicó Padilla con una ligera sonrisa de incredulidad, lo que la razon ha concebido, debe ejecutarlo el brazo; esta antigua máxima de nuestros antepasados, en todos tiempos me ha parecido la mas sabia. Por otra parte, á despecho de la astrología, la voluntad de Dios se cumplirá siempre.

— ¡Así sea! » dijo el reverendo padre retirándose con ademan consternado.

Don Juan, acabando de ajustar su arnés de batalla, encima de su coraza de hierro batido de Toledo, se puso una sobrevesta en medio de la cual habia hecho bordar su bien conocido blason de azul con tres sartenes de plata, dispuestas en palo y acompañadas de nueve medias lunas de plata, á fin de ser mas visto de sus soldados en medio de la confusion de los combates; luego mandando tocar las trompetas, hizo desplegar las banderas, y emprendió la campaña en direccion á Toro.

Mas apenas estaba á tres horas de Torrelobaton acababa de atravesar la aldea de Collejos de Hornija, cuando de repente se vió acusado por un enjambre de realistas. Mas satisfecho que disgustado de aquel ataque irregular que parecia prometerle la próxima realizacion del combate que deseaba por todas veras, empuja hácia delante, y dando caza á aquellas descubiertas incómodas que se replegaban hácia Tordesi-

llas, no se separa de ellos un instante. Su esperanza es de que va á encontrarse con el condestable, y que le obligará á aceptar el combate. Pero se engañaba todavía.

El experimentado Velasco no queria absolutamente variar de táctica; aunque con fuerzas muy superiores á las de Padilla, parecia poco dispuesto á venir á las maos, pues preferia esperar que la desercion y la traicion debilitasen á su enemigo para alcanzar el triunfo. Don Juan creyó divinarlo, así fué que estaba mas impaciente que nunca por precisar á su astuto antagonista á salir de su temible inercia.

Mas ¡ah! todo parece conjurarse contra el capitán de la liga: cielo y tierra le son tambien contrarios. En su anhelo de alcanzar al condestable, no se ha cuidado de examinar por que lugar hace pasar su ejército, y acaba de esponerlo en una llanura pantanosa: el suelo se hunde bajo los piés de hombres y caballos, y la lluvia que empieza á caer viene á aumentar las dificultades. Para colmo de su infortunio, el condestable lejos de presentarse con su ejército, parece estar informado con la mayor exactitud de la crítica posicion de los comuneros; no cabe duda, Velasco es el que ha dispuesto la reaparicion de las guerrillas; hélas ahí en mayor número que nunca, y que á manera de incómodos mosquitos fatigan sobremasera las tropas ya medio desalentadas de Padilla.

Por fin, éste apesar de su perseverancia habitual se ve obligado á reconocerse que debe renunciar á todo trance decisivo; y con el corazon tristemente oprimido no piensa ya mas que en

salir de la fatal posicion en que se halla. Su proyecto es volver atras, é ir, si puede, á reunirse con un cuerpo de voluntarios que la ciudad de Palencia está obligada á enviarle. Pero, los regentes han tambien previsto sus intenciones: y tanto por la parte del norte como por la del medio dia le han cortado la retirada y el vado del arroyuelo que cerca de Villalar va á reunirse con el Horniga, que pocos momentos ántes habia pasado sin dificultad, ahora se halla defendido por numerosas fuerzas enemigas. ¿Nuestro héroe estaria acaso rodeado por todos lados? En tan tristes circunstancias solo le queda un partido que tomar, y es llegar á Villalar. Cerca de este lugarejo, el Horniga le ofrecé un paso facil; si logra poner este rio entre él y los realistas, estará completamente seguro.

Pero allí era donde le aguardaba su diestro adversario, apostado precisamente en el único lugar en que Padilla no queria encontrarle. Hallábase don Juan ya muy cerca de Villalar, cuando vió repentinamente desembocar por diferentes avenidas de aquel lugar al ejército real. Esta vez era muy numeroso, y mandábanlo los mejores generales de don Carlos, el condestable, era el que dirigia en gefe las operaciones. Las fuerzas de los dos ejércitos enemigos eran casi iguales. Los regentes tenían bajo sus órdenes seis mil infantes y tres mil cuatrocientos caballos, de los cuales mil doscientos eran hombres de armas. Padilla, todavía contaba bajo sus banderas ocho mil infantes, quinientas lanzas y alguna artilleria, débiles restos de aquella formidable artilleria de Medina del Campo, de la cual

en otro tiempo se habia hecho dueño delante de Segovia.

En cuanto á las dos posiciones era muy grande la diferencia, y verdaderamente era preciso que la que ocupaba el señor de Velasco hubiese parecido muy ventajosa á ese experimentado guerrero, para decidirse á desplegar sus fuerzas de aquel modo. Su ejército se hallaba apoyado contra el lugarejo de Villalar; en este mismo lugar habia colocado su artillería de modo que pudiese vomitar sus fuegos al abrigo de los edificios al propio tiempo que la tenia ménos espuesta á los ataques de los enemigos; despues, un poco mas acá del pueblo, en un terreno mas sólido que el resto de la llanura, estendiendo sus grandes alas y el centro de batalla, aguardaba á los comuneros á pié firme, mientras que por su orden, los lasquenets alemanes, mercenarios últimamente aprontados por Juan, marques de Brandeburgo, pretendiente á la sazón á la mano de la reina, viuda de Fernando de Aragon, debian, como tiradores, cargar los flancos y la retaguardia del ejército de Padilla.

Este, cercado como un ciervo en el bosque, conoció que habia llegado el momento de vencer ó morir gloriosamente. Apesar de las dificultades del terreno en que se halla, no pierde con todo el valor. Divide su ejército en tres cuerpos: él manda el centro y hace frente al condestable; á su izquierda estan los voluntarios de Salamanca y de las provincias del oeste y del mediodia del reino, capitaneados por el esforzado Francisco Maldonado, y á su derecha las tropas de Segovia y los auxiliares de las ciudades del norte bajo

los órdenes del valiente Juan Bravo. Este último es el que debe atacar á Villalar, y desalojar la artillería enemiga que ya empieza á causar grandes estragos en las filas de los comuneros.

Sin embargo, este espantoso fuego, que el conde de Haro hace nutrir vivamente detrás de las murallas y cercados del pueblo, no intimida al jóven segoviano; los pequeños falconets de campaña que Padilla ha puesto á su disposicion se hallan ya en parte desmontados é inútiles; y á pesar de esto, se le ve mas decidido que nunca. Obrando él mismo, se lisonjea de llevar mas pronto á cabo su ataque, y marchando el primero para dar egemplo, se adelanta á paso de carga hácia el lugar de donde salen la destruccion y la muerte.

¡ Pero ay! no sé si realmente es una estratagema del viejo general realista, ó una mera casualidad, lo cierto es que para llegar á la aldea de Villalar, tienen que maniobrar los comuneros sobre su terreno tan descompuesto por las recientes lluvias, que en muchos parages se hunden hasta las rodillas. Para colmo de desgracia acaba de levantarse el viento del oeste con su ordinaria compañera; la lluvia sopla con fuerza á la cara de los soldados de Bravo, incomodándoles sobremanera en su marcha. Todos estos contratiempos, unidos á las vivas descargas del enemigo, que parecen continuas, con tal prontitud se suceden unas á otras sin interrupcion, acaban de introducir el desorden en este pequeño cuerpo de voluntarios ya muy dispuestos de otra parte á separarse de las reglas de la subordinacion y de la disciplina. Y á no ser los esfuerzos del famoso alcalde ma-

yor de Segovia, Rainaldo de Córdoba, la derrota seria ya completa por este lado. Él poniéndose detrás de las filas para mejor detener á los fugitivos:

¡Cobardes! esclama con voz atronadora á muchos de sus conciudadanos que retrocedian y volvian las espaldas; ¡No se dirá de mis paisanos que mueren como infames, fusilados por detras!»

Y hablando de este modo, hundi6 su espada en el pecho del mas cercano de todos los que se salvaban huyendo. Este terrible ejemplo de severidad, contuvo un instante á los camaradas del muerto; pero una bala fué á su vez á herir al esforzado alcalde á quien la muerte habia respetado en el sitio de Segovia. El funesto proyectil hace todavía otras víctimas, que caen mutiladas ó sin vida junto al cuerpo inanimado de Raynaldo de Córdoba. Desde aquel instante el terror es universal; el ala derecha se dispersa enteramente, y la confusion es tal que arrastra hasta á los mas valientes, todos se desparrraman por la llanura. Finalmente la mayor parte, arrancándose las cruces encarnadas, distintivo de los soldados de la santa comunidad, y reemplazándolas con otras blancas, signo adoptado por las tropas reales, acaban por rendirse á discrecion á sus enemigos.

El ala izquierda, al mando de Francisco Maldonado, no era mucho mas feliz. Desde el principio de la accion, la traicion habia disminuido mucho sus filas. La artillería, que por este lado, podia ser de mucha utilidad, fué casi al instante reducida á nada, no tanto por la incapacidad, como por la perfidia de los encargados de servirla. Las

baterías, colocadas en mayor número en este punto por Padilla, á causa de la firmeza del terreno, hubieran podido moverse fácilmente y estar dispuestas de manera que con sus fuegos cruzados batiesen el cuerpo de reserva y el ala derecha de los realistas; pues léjos de obrar así, la mayor parte de los artilleros, cargados vigorosamente casi de improviso por ciento cincuenta hombres de armas del ejército contrario, abandonan sus piezas. Al ver aquello, vuelve Maldonado á su puesto, y dejando su plan de ataque vuela al socorro de aquellas piezas, cuya guarda le confiara Padilla.

¡Mas ah! si solo se hubiese tratado allí de corazon tímido, puede que todavía hubiese llegado á tiempo; pero desgraciadamente habian quedado traidores cerca de las piezas, y delante del mismo Maldonado, muchos tuvieron la infama osadía de disparar sus culebrinas al aire, miéntras que otros, con la prevision de una perfidia mas negra, aun pegaron fuego á las municiones. Maldonado, en el colmo de la desesperacion, es tanto mas digno de lástima en cuanto tiene que dejar impune tan odiosas maldades: en aquel momento tiene sobre sí toda la division del almirante. Un cuerpo de piqueros conducidos por un jóven hermano de Maldonado, es el primero que sostiene la carga y resiste con denuedo.

Pero, el comandante pronto cae sin vida, atravesado de una lanzada, y su muerte introduce el desórden entre sus valientes. Francisco Maldonado, con la venganza en el corazon se precipita en lo mas reñido de la pelea; espera rehacer á los suyos con su ejemplo; pero

es rechazado y la compañía de su hermano casi destrozada enteramente. El capitán de Salamanca, no desiste por esto, sino que llama á un cuerpo de toledanos que el señor de Padilla ha puesto á sus inmediatas órdenes.

Al principio respondieron muy bien á su noble llamamiento.

Dos veces los llevó al combate don Francisco Maldonado; pero al fin, se apoderó de ellos el desaliento, y huyeron á la vista de la caballería que hacia horrosos estragos en las filas de aquellos soldados mal armados, y poco agueridos al choque terrible de aquellas compañías de hombres de armas, enteramente cubiertos de hierro así ellos como sus impetuosos corceles.

A la verdad, la caza sacada de su guarida por los cazadores no corre mas veloz que en aquel momento la infantería de Toledo. Sin embargo, no son bastante diligentes para evitar los filos de las largas espadas de la caballería realista: el hierro arrebató la vida así del valiente como del cobarde. En vano nuestro antiguo matamoros de la calle de Ximenes, á la cabeza de un puñado de sus amigos de los barrios bajos de Toledo, persiste en resistirse denodadamente; la muerte no le perdona como tampoco á su pobre vecino Gil Mendo el tabernero.

« ¡Por vida de Dios! ¡nuestros señores alcaldes nos han tomado por merinos del rey don Pedro, para enviarnos á semejante carnicería! » exclamaba el barbero Lopez Cueva, corriendo con toda la celeridad de sus piernas. Pero esta vez ménos feliz que en Toledo, no puede evitar el golpe mortal que acaba de herirle en medio de los riñones,

haciéndole morder la tierra.

Francisco Maldonado, viéndose casi solo, no piensa mas que en vender cara su vida. Pronto se halla rodeado de tan crecido número de enemigos que con trabajo puede hacer uso de su lanza ó de su espada. Los que mas prisa se dan para apoderarse de su persona, pagan cara su temeridad; mas al fin, derribado de su caballo, rota la armadura y desarmada su diestra, todavía forceja por desasirse de entre los que le hacen prisionero.

En el cuerpo del centro, la batalla con tanto calor disputada se inclinaba tambien á favor de los realistas. El señor de Padilla, notando desde el principio de la acción, una especie de irresolución en los movimientos de sus alas, pensó que debía empezar con su centro de reserva, y atacar desde luego el cuerpo mandado por el condestable en persona. Este era el solo medio de excitar el valor de los suyos y de animar un poco sus alas. La operación habia sido perfectamente concebida y para que tuviera buen éxito, solo faltaba que el valiente don Juan hubiese sido mejor secundado.

Para mayor desgracia, tres banderas y trescientas lanzas se pasan al enemigo al principio del ataque. Padilla les habia enviado delante á las órdenes de uno de los Herrera, al objeto de provocar al impasible Velasco á que saliese de su inmovilidad y avanzase en la llanura; pero al ver la famosa bandera de Cova-Donga, que el astuto viejo habia hecho desplegar á la cabeza de sus filas, una especie de vértigo se apodera de los hombres de armas y de los caballeros de la santa liga. ¿Es

acaso posible que triunfen de los que combaten bajo semejante égida? mas vale someterse al instante, que esponerse á una muerte infructuosa.

Esta funesta creencia, fomentada vivamente por las pérdidas palabras de algunos infames antiguos paniaguados de Giron, corrompidos secretamente por el oro de la regencia, viene á neutralizar los generosos esfuerzos de Herrera y del corto número que á su ejemplo quieren llenar dignamente la honrosa mision que les ha confiado el señor de Padilla. Estos valientes tan vergonzosamente abandonados, pronto se ven obligados á rendirse. Don Juan que seguía á poca distancia, esperando á cada instante ver al condestable dirigirse contra él, no comprende al principio lo que pasa en la caballería de Herrera; sin embargo, le parece echar de ver que reina allí el mayor desacuerdo, y presintiendo los males que de ahí podían resultar, si él mismo no iba inmediatamente á restablecer el orden, arrima el acicate á su fogoso Alamez y seguido de una partida de voluntarios, del tercio de Castilla, que no le habia dejado desde la jornada de Toledo, y de doscientas lanzas que le quedaban, corre á sostener á los débiles y contener á los traidores.

« ¡ Santiago ! ¡ libertad ! ¡ Santiago ! ¡ libertad ! » esclama él blandiendo su lanza con un vigor sobrenatural ; para animar mas á los suyos con sus miradas, y ser reconocido de ellos en medio de la pelea, ha levantado la visera de su casco ; pero, ay ! llega demasiado tarde. El mal es ya irreparable, y si ahora el condestable avanza en la llanura con todas las fuerzas, que tie-

ne á su libre disposicion, despues que las dos alas del ejército de la liga estan en completa derrota, no es ya para aceptar generosamente el combate que poco ántes deseara tan ardientemente el señor de Padilla, sino para envolver á este héroe desgraciado, que ha quedado solo con un puñado de valientes como él, y á quienes inflamaban sus palabras y sus altas y extraordinarias proezas, porque don Juan actualmente, lo mismo que un leon furioso que hace frente á los cazadores, se bate con desesperacion.

Al saber que Bravo, Maldonado y casi todos los mas valientes oficiales han muerto ó han sido hechos prisioneros, Padilla conoce que le ha llegado igualmente su vez.

« Por vida de Cristo ! no me cogereis vivo, sino muerto ! » dijo desmontando de un bote de su lanza á don Pedro de Bazan, que le gritaba que se rindiese, arrojándose en seguida sobre Diego, el hermano de Bazan le atraviesa de parte á parte. No pudiendo servirse ya de su lanza que acaba de romper, coge su fuerte y buena espada ; ¡ y desgraciado del que se atreve á aguardarle á pié firme, ó que intenta coger la vida de su formidable Alamez !

¡ Mas ay ! en el momento en que nuestro terrible caballero castigaba con la muerte al escudero de uno de los Bazanes que acababa de hundir su puñal en el cestado del Alamez ; don Alonso de la Cueva le descarga un tajo tan fuerte con su espada, que le hiere la pierna hasta el hueso, mientras que don Juan de Ulloa, á traicion por la espalda, le dá tan fuerte golpe con su maza de armas, que el sobrado infe-

liz señor de Padilla cae desvanecido sobre el cuello de su caballo. El fogoso Alamez, irritado ya por el dolor que le causaba su herida, no sintiendo su ardor detenido por la vigorosa mano del ginete, brinca, y derribando con su ancho petal cubierto de acero y cruzado de largas puntas de hierro, al escudero de Cueva, que quiere detenerle; se escapa á través de la llanura, llevando sobre sus espaldas á su desgraciado amo, que se mantiene en la silla, gracias á los altísimos arzones y á los largos estribos de aquellos tiempos; y como impelido por el viento del oeste que soplabá entónces con mayor violencia, desaparece pronto en la oscuridad porque la noche empezaba ya á tender su manto sobre la tierra, y sus tinieblas cubrían ya una gran parte de aquellas espantosas escenas de muerte y destrucción.

Disgustados en extremo, al ver escaparse de aquel modo de sus manos una presa tan interesante como la de la persona del valiente capitán de la liga, Alonso de la Cueva y Juan de Ulloa corren al alcance del noble animal, que ántes de espirar, parece haber adivinado por instinto el pensamiento de su amo sustrayéndolo al poder de sus enemigos. Pero el segundo Herrera, que en pós del señor de Padilla corría á librar á su hermano, no ménos que muchos nobles y plebeyos de Toledo, exasperados por la venganza al ver á su querido capitán puesto fuera combate, se opone al paso de los dos caballeros realistas y les obliga á retroceder.

Durante algun tiempo se batieron aquellos valientes, como dignos émulos de la gloria del que no estaba ya allí

para conducirles al combate. Y á la verdad, era un espectáculo curioso el que ofrecía aquel puñado de hombres, débil resto de todo el ejército de la liga, oponiendo una fuerte resistencia contra una nube de enemigos atraídos á aquel punto por el choque de las armas. La oscuridad de la noche contribuye todavía á prolongar la duracion de aquella lucha encarnizada, porque amigos y enemigos, no pudiendo reconocerse ya, no pueden saber cual es su número, y es tal su corage, que descargan sus golpes indistintamente en todo al rededor.

La duracion misma del combate no hace mas que acrecentar la irritacion general, en términos que ya nadie se cura de escoger su adversario. Así como el justo temor de herir á alguno de los suyos, cuyo número era infinitamente mayor que el de sus enemigos, no detenía á los realistas, tampoco desalentaba á los posteriores defensores de la liga, la funesta noticia de la muerte de Padilla que habia corrido con increíble celeridad. Así que en realidad mas bien en detrimento de los realistas que de los comuneros hubiera continuado aquel porfiado combate hasta muy avanzada la noche, si el condestable, advertido de lo que pasaba, no se hubiese trasladado á aquel lugar á toda prisa, acompañado de una fuerte escolta de hombres de armas, trayendo antorchas de resina encendidas.

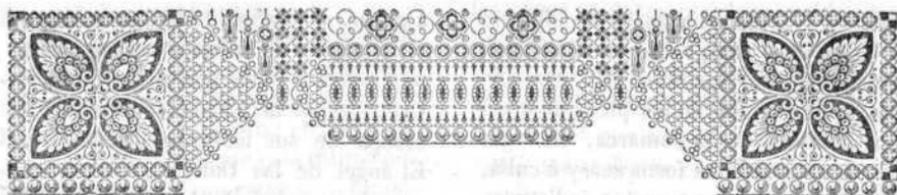
Con aquella lúgubre claridad, se pudo juzgar entónces que en aquel punto los vencidos habian por lo ménos hecho pagar caro el triunfo á los vencedores; pero el valiente Herrera, mutilado en cien partes de su cuerpo, ha-

bia espirado, y la mayor parte de los caballeros toledanos, igualmente que los voluntarios y los soldados del tercio de Castilla habian encontrado una muerte gloriosa. Los pocos que sobrevivian estaban en tierra heridos ó desarmados; sin embargo obligóseles á marchar en pos del vencedor. Por órden de éste se les condujo á Villalar, en donde habian ya reunido á un crecido número de prisioneros. En el camino, aquellos héroes tan dignos de mejor suerte, no mostraban el menor abatimiento por sus reveses. Con sus miradas todavía desafiaban á los vencedores, y su soberbio continente les engrandecía en su derrota.

Tal fué el éxito de la batalla de Villalar, que dió un golpe de muerte á la causa popular. Pero si la ruina de la

santa liga de Avila puso fin por un instante á las discordias civiles, si dió algunos momentos de tregua á su península, y sobre todo si aumentó considerablemente las prerrogativas del poder real, de modo que le dió mas satisfacciones en tiempos de paz, pero no mas fuerza para resistir en tiempos borrascosos, es necesario tambien añadir aquí, que el campo de batalla de Villalar fué la tumba de las franquicias y libertades españolas, no ménos á la verdad en perjuicio de los reyes, cuyos consejeros sin prevision se deshicieron por aquel medio de los mejores apoyos del trono, que en el de los pueblos, que perdieron en aquel funesto trance los mas sólidos antemurales de su nacionalidad.





PADILLA HERIDO.

XXVIII.

El curso regular de las horas siempre inalterable así en medio de los grandes trastornos de la naturaleza como en las mayores agitaciones de los hombres, había vuelto á traer despues de algunos instantes los primeros rayos del alba. El viento del oeste de la vispera había calmado enteramente, la lluvia había tambien cesado, y la naturaleza toda saludaba en la primavera la vuelta de aquellos hermosos dias que

hacen comunmente en España á fines del mes de abril, sin pararse en las escenas de desolacion y muerte que el sol alumbraba entónces con sus rayos.

Pero si el pájaro, siempre el mismo, cantaba en el ramaje, si las praderas de las cercanías ostentaban su hiermo verdor, el hombre permanecía absorto y pensativo ante los desastres que por todas partes se ofrecían á su vista en la

llanura de Villalar: reinaba un silencio lúgubre en el campo donde se diera el combate, solo por intervalos era turbado por el ruido de los picos de algunos hombres de la comarca, encargados de abrir anchos fosos acá y á cullá, para enterrar á los muertos indistintamente del mismo modo que se hallaban, sobre la tierra, ó por asquerosos moradores que no consideraban como un crimen el despojar á aquellos cadáveres cuyos ricos vestidos exhibaban mas su codicia, cuando estaban seguros de no ser vistos de las patrullas que recorrían aquellos lugares con la órden de asegurarse si debajo de aquellos montones de muertos habia algun desgraciado que aun respirase, y tuviesen necesidad de socorros para volver á la vida, ó de auxilios espirituales para ir al cielo.

¿Será acaso para llenar este postre y santo ministerio que ha venido á estas horas aquel franciscano en este lugar de luto? con todo no se le vé buscar ningun resto de existencia que él quiera reanimar entre los desgraciados que le rodean, ni para bendecirlos y volverlos de este modo mas puros á las manos del Criador que les aguarda. Se diría mas bien, al ver el ademan con que contempla este horroroso espectáculo, que encuentra placer en considerar las obras de la destruccion de los hombres; y como sino le bastaran las dos estrechas aberturas de su capilla, la levanta enteramente, para ver mejor, y con esto deja descubierto su semblante. ¡Maldicion! ¡es Moreno!

Moreno que, como la zumaya ó el buitre atraído por el hedor de los cadáveres, viene al campo de la muerte

á gozar. Y realmente se goza en ver el monstruo de todos aquellos cristianos muertos unos por mano de otros. Creedlo por la odiosa sonrisa que se escapa de sus labios apenas abiertos: El ángel de las tinieblas no está mas espantoso cuando contempla la miseria con que atormenta á la humanidad.

« ¡ Benditos sean Alah y su profeta! suspiró el detestable apóstata. ¡ Algunos dias mas como este, y los verdaderos creyentes levantarán la cabeza y nuestros padres quedarán vengados! »

¿ Pero como un poseído por Satanás, que este sér dominado de la rabia dirige de este modo sus miradas en torno suyo? ¿ no está aun satisfecho con todos esos arroyos de sangre que enrojecen la tierra? Acaso para que su venganza fuese completa, quisiera descubrir una víctima y la está buscando ahora!

Mas se detiene, y escuchá... ¿ Qué súbito ruido ha herido sus oídos? en seguida continua, luego se detiene otra vez.... Sí, son ruegos, palabras entrecortadas como las que arranca el dolor. Esta vez las ha oído distintamente, y se dirige hácia el lado de donde salen estos gritos lamentables. Ciertamente no es la compasion la que le guía, ántes al contrario es la bárbara esperanza de hallar al sér que tanto anhela encontrar y tener al fin á su disposición. Al acercarse á una de aquellas encinas de que estaba poblada la llanura de trecho en trecho, descubre, apoyado contra el árbol, á un caballero cuya armadura rota y ensangrentada atestiguaba su apurada situacion. Cerca del herido, á quien acababan de levantar, habia dos mugeres que le prodigaban

los cuidados mas tiernos.

Una de ellas le sostiene, mientras que la otra despues de haber inspeccionado sus heridas restaña la sangre con la fina tela con la que ha envuelto la herida. Por la prisa que esta última pone en procurar algun remedio á los dolores del caballero, es fácil echar de ver que un sentimiento mas poderoso que el de la caridad ordinaria, la ha llevado á aquellos lugares y preside á su celo oficioso. Seguramente que por un simple hombre de armas no tomaria ella todas estas precauciones. A fin de aliviar al herido desata las piezas de su armadura, y le quita su casco enteramente abollado :

« ¡ Al cabo le hallé ! murmuró Moreno, reconociendo entónces al desgraciado señor de Padilla, ¡ es él ! ¡ y todavía vive !... ¡ Ella tambien en estos lugares ! ¡ Oh gracias te sean dadas, poderoso Dios de los Albayaldos, por entregarme de este modo el último vástago de los verdugos de mis padres !

¡ Ah ! no se engañaba el exacrable Moreno. La una de aquellas dos mugeres era realmente la señora Pacheco, y la otra su compañera Inés. Porque mas perspicaz aunque el odio, el amor habia prontamente hecho descubrir á doña María á la persona del desventurado don Juan, respirando aun bajo su pesada armadura, pero de tal modo estenuado por la sangre que habia perdido, que no podia levantarse.

Alamez, cuyo cuerpo inanimado estaba junto á su dueño, habia tambien servido otra vez de indicio á la desconsolada amante. Bien merecia la pobre María, que sus pesquisas no fuesen infructuosas, en recompensa al méos de

las penas y tormentos que habia sobrellevado despues de tantos meses que estaba separada de su idolatrado Juan, sin otra noticia que las de los espantosos libe'os que á su placer hacian circular los realistas contra Padilla y su ejército.

La jornada del dia anterior habia al fin puesto colmo á sus angustias. A tres horas solamente del campo de batalla de Villalar, porque Tordesillas no está mas léjos, habia oido con una opresion de pecho inesplicable, el estruendo de la artillería y fusilería. Cada detonacion iba á herir su corazon, cuando de repente á la noche, los soldados traen la gran noticia de que el ejército de la liga estaba completamente derrotado, y que don Juan de Padilla, habiendo desaparecido del lugar de la pelea, habia probablemente quedado entre los muertos. Gritos de victoria y de alegría anuncian estos tristes acontecimientos á la desgraciada María. Júzguese de su desesperacion.

Mas la desgracia, como lo hemos visto ya en otras circunstancias, en vez de abatirla no hacia mas que insultar aquella alma sensible y apasionada, y comunicaba una fuerza sobrenatural á la pujanza de su voluntad. En vez pues de abandonarse á un dolor estéril, se arma de valor y resolucion, y acudiendo á la esperimentada adhesion de su fiel Inés que se apresura acceder á sus deseos, aprovecha los movimientos de agitacion y desórden que reinan en la ciudad, y con su compañera, cubiertas entrambas con un manto obscuro, salen de este modo sin ser vistas por las puertas de Tordesillas, muy poco guardadas por los soldados de la milicia

ciudadana, que en aquel momento cerraban condescientes los ojos á la salida de los muchos curiosos que se dirigian al camino de Villalar para estar mas al corriente de las noticias.

Luego que estuvieron fuera de las murallas, la intrépida señora animando á su tímida compañera, apresura el paso, tanto le tarda el llegar al rayar el alba en el lugar fatal en que yace quizá sin vida el objeto de todo su amor, á fin de ser la primera, en hallarle, y venir en su ayuda si es tiempo todavía. El cielo, como hemos visto, no ha tardado en satisfacer sus deseos. Héla ahí, junta á su Juan vuelto por ella á la vida, y que besa con transporte la mano adorada que le socorre.

¡ Ah ! no es bastante para ella arrancar á su amante á la muerte, María quisiera sustrarle tambien de sus enemigos. ¿ Qué podrá hacer ? ¡ y como ocultarle á las pesquisas de las patrullas que recorren la llanura !

« ¡ Oh ! gracias, Virgen santa, patrona mia, esclama María de repente; ¡ un santo varon en estos lugares ! acercaos, padre mio, dijo ella á Moreno que se adelantaba hácia ella, la divina providencia es quien os envía....

— O la maldicion del cielo, replica con voz terrible el renegado, descubriendo su rostro.

Al grito de horror que lanzaron las dos mugeres levantó don Juan la cabeza. Al ver á Moreno siente repentinamente el caballero que recobra todo su aliento, y son tan fuertes los sacudimientos que imprimen á todo su sér los transportes de su indignacion, que tiene la fuerza de levantarse con una voz ménos débil de lo que podia esperarse:

« ¡ Miserable ! le dijo, ¿ todavía te atreves á presentarte delante de mí ?... ¿ Quién te trae á estos lugares ?... ¿ Acaso nuevas perfidias ? ¡ Oh ! pero esta vez teme mi venganza.

— ¡ Tu venganza ! ¿ no estás ahora á la merced de todo el mundo ? ¡ Ah ! sí en Torrelobaton no hubieses despreciado mis ofertas, no estarias en el estado en que te hallas. Sin embargo no importa, nō estás perdido aun ; á tu voz puede levantarse tu partido todavía ; consiente pues esta vez en unir tu causa á la de mis hermanos, y yo olvidado para siempre mis juramentos de venganza personal, y te arranco á la muerte que te espera.

— ¡ Atrás, infame ! ¡ atrás ! exclamó Padilla, cuyos labios temblorosos de cólera con dificultad podian pronunciar estas pocas palabras. Esta arma puede servirme aun para arrojarte de mi presencia. » Entónces brillaba en su mano la larga daga, que acababa de sacar de su rica vaina suspendida á su lado.

« ¡ Ah ! ¡ ah ! de este modo agradezcas mis generosas proposiciones, dijo Moreno con una infernal sonrisa ; ¡ pues bien ! sabe que voy á cumplir la promesa que he jurado sobre la tumba de mi padre. La sangre de Diego y de Alfonso Pacheco heridos de muerte por mí, no basta aun para calmar los irritados manes de los Albayaldos, ni tampoco la de Pedro Pacheco, que tú te encargaste de inmolar. »

A tan espantosas revelaciones, un súbito estremecimiento se apodera de todos los miembros de María, y su brazo tiembla bajo el de su amante, que no puede contenerse por mas tiempo el horror de que se halla poseido.

« ¡Hombre abominable! ¡toma, recíbe el precio de tus crímenes! » y hablando de esta suerte el señor de Padilla, y escuchando solamente la voz de su valor y de su justo enojo, se adelantaba con la daga levantada sobre Moreno.

Mas éste ladeando el cuerpo con presteza, se echó á reír de los impotentes esfuerzos del caballero: « ¡Oh! ¡oh! tu furor no podría alcanzarme. ¡Así son todos los cristianos! para ellos todo es crimen en los demás, y se olvidan de los que ellos han cometido. ¡Réprobos! creen que los demás hombres son solo unas viles criaturas, buenos todo lo mas para servirles ó ser sus esclavos. Pero los esclavos se despiertan al fin y matan á sus señores, sirviéndose tambien de sus propios tiranos para cumplir su santa venganza. ¿Oyes Padilla, tú que has sido bastante insensato para creer que yo me hiciese gratuitamente complaciente servidor de tus amores?... ¡Ah! te ahogas de rabia, » continuó el perverso hijo de Albayaldos, cruzando sus brazos sobre su pecho, y sonriéndose maliciosamente de los vanos arrebatos del enojo de don Juan, el cual redoblaba sus esfuerzos para alcanzarle, y para sustraerse de las manos que le retenian; « pero hasta al fin es preciso que me escuches y que ántes de morir sepas á que abismo he conducido tus pasos. Sí, yo he servido tus amores; pero tú, me servías para fomentar esa guerra civil de la que yo esperaba sacar provecho para mi santa causa; hasta en el seno mismo de tu partido, era yo quien alimentaba la discordia. Los celos de Giron contra tí me eran

útiles, y yo les daba pábulo, porque queria despues de haberte empujado á la rebelion, reducirte en seguida á tales apuros que no pudieses sin peligro desechar el apoyo de mis hermanos; y tú aunque te hayas resistido á entrar en mis proyectos, sin embargo á tu vez te has hecho el instrumento de mi venganza, matando á Pacheco y Giron, aquel descendiente de los asesinos de mi familia.... Paciencia, no está todo aquí; te debo otras obligaciones todavía, y no soy yo solo quien debe estarte reconocido; porque, ¿no es á tí á quien Abbas Abdallah, el gefe de los verdaderos creyentes, es deudor de su existencia? »

A tan estrañas palabras, Padilla, que como el leon herido de la fábula, guardaba un profundo y altivo silencio, ha dirigido repentinamente la vista al insolente que se atreve á usar con él semejante lenguaje.

« ¡Oh! continuó el malvado con la misma impudencia, tu admiracion va á cesar cuando sepas que el preso de san Benito no era otro que el príncipe Abbas; el mismo, bajo el disfraz de un parlamentario, del que habia despojado al verdadero enviado del reyente en las montañas de Simancas, no habia vacilado introducirse en Torresillas con la esperanza de llevar á cabo un golpe de mano sobre la persona de la reina Juana; y aquel religioso que recibió tus juramentos y los de tu querida, era el príncipe Abbas, tambien escapado de la prision, gracias al hábito tutelar del hermitaño del Arenal. Ciertamente debo confesarte que el santo varon no se hallaba muy dispuesto á cambiar de vestidos y de

puesto con su alteza, pero yo supe obligarle á ello. En fin aquel permiso que de tí obtuve para el religioso, mi compañero, fué tambien para el príncipe Abbas. Ya ves pues, Juan de Padilla, que te has hecho cómplice conmigo de la evasión del mas mortal enemigo de los cristianos. »

Mientras que Moreno hacia la odiosa relacion de sus satánicas maquinaciones, el desventurado Padilla rugia furioso, como el orgulloso animal, rey de los desiertos cuando le falta la fuerza para defenderse del enemigo que se ha encarnizado con él; pero el miserable no dejó por esto de continuar el curso de sus ex acrables y aterradoras revelaciones.

« ¡Ea pues! orgulloso cristiano, ¿comprendes ahora como has sido el instrumento de mis venganzas? Pero no te quedarás aquí, tú me perteneces enteramente; hasta tu muerte me será útil. Dejemos para los espíritus vulgares, el que cuando su rabia está satisfecha, arrojen léjos de sí el instrumento de que se han servido, pero yo los rompo, sobre todo si en su aniquilamiento veo un nuevo medio de completar mi venganza. ¡A los manes de los Albayaldos les falta todavía una víctima; sean pues satisfechos! »

Y pronunciando estas últimas palabras, el mónstruo dirijia en torno suyo miradas terribles y ávidas de sangre; luego entreabriendo su tosco sayal, desenvaina la pesada espada de que se habia armado para un caso, y se precipita sobre don Juan; pero María veloz como el pensamiento asesino de Moreno, se ha arrojado entre su amante y el matador. A este movimiento se

detiene éste sobrecojido y desviando con violencia á la señora Pacheco con su espada.

— Su vida es la que necesito y no la vuestra, dijo con un acento de rabia; mas bien que vuestra sangre, satisfarán mi odio, vuestra deshonra y vuestra desesperacion. Sí, quiero que con el amante descendan á la tumba la alegría y el honor de la querida.

— ¡Mónstruo vomitado por el infierno! exclamó Padilla no pudiendo contener ya su cólera, te aguardo; » y apartando con su daga la espada de Moreno que se habia precipitado sobre de él, en vano intenta herirle. ¡ Ah! sus fuerzas léjos de igualar su valor, se rehusan á sus deseos de alcanzar á su adversario. Este para servirse con ventaja de su espada ha retrocedido algunos pasos, y alevosamente se prepara á descargar un segundo golpe al malladado don Juan, que solo tiene por escudo de salvacion la encina contra la cual se apoya, y cuyo tronco cubre en parte su cuerpo, cuando de repente aparece una fuerte patrulla de gente armada. A los gritos de doña María, y sobre todo á los de Inés, que al ver las sanguinarias intenciones de Moreno, habia corrido á buscar socorro, la gente armada se habia acercado á toda prisa. « ¡ Ola! ¡ ola! vuestra reverencia administra estraños socorros á los heridos, » grita el gefe de la patrulla á Moreno.

Pero el malvado se guarda muy bien de responder á tan inesperada interpelacion; entrevé desde luego la suerte inevitable que le está reservada, si permite su mala estrella que sea conducido al campo del condestable, en com-

pañita de Padilla, quien no dejará por cierto de descubrir sus execrables maldades. Volviendo pues á poner sobre su frente su capilla, se escapa á toda prisa.

Los hombres de la patrulla, muy ajenos de sospechar los motivos de su fuga, y creyéndole mas bien uno de los suyos, cuya falta al contrario seria ser realista sobrado celoso, no se toman el menor trabajo en perseguirle; y dirigiéndose su gefe al caballero herido:

« De nada os serviria mas obstinada defensa, le dice, rendios, caballero.

— ¿ Mas, repuso Padilla con ademan sombrío, quién sois vos para pedir de este modo su espada á un hidalgo?

— Yo soy don Luis de Vega, sobrino del comendador de este nombre, y uno de los oficiales de mi señor el condestable. Él es quien me ha dado la orden de recorrer el campo de batalla, y de apoderarme en su nombre de la persona de los heridos. Ahora decidme, ¿ quién sois?...

— Señor don Luis de Vega, el caballero don Juan de Padilla está pronto á seguirnos. »

Al nombre de Padilla, un sentimiento de respeto y de admiracion se pinta en las faeciones del hidalgo realista, y

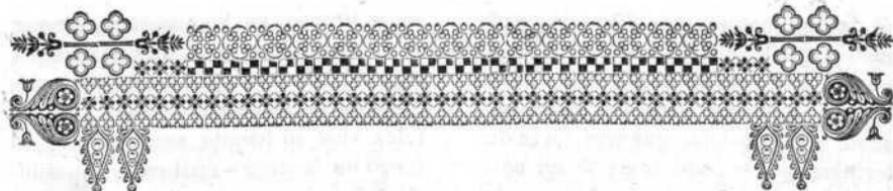
orgullosos este del renombre que va á grangearle tan brillante captura:

« Noble caballero, le dice, es grande honor para un jóven, que como yo, principia la carrera de las armas, recibir la espada de un hidalgo tan cumplido como vos; creed tambien que voy á mostrarme digno de él, no olvidando ninguna de las consideraciones á que teneis tanto derecho.

Luego, reconociendo á la señora Pacheco que se habia acercado á don Juan para sostener su paso vacilante, se inclinó respetuosamente y dirigiéndole cortés la palabra:

« Tranquilizaos noble señora, le dijo, mis gentes harán de modo que nada sufra el señor de Padilla en el camino. » Al instante mandó colocar á nuestro héroe sobre una camilla formada con astas de lanzas cruzadas, que llevaban cuatro soldados; á los lados marchaba la señora Pacheco y su jóven compañera, y luego seguia Luis de Vega y su gente; de este modo se dirigieron hácia el lugar de Villalar, en donde se acababa de establecer el hospital militar del ejército real, á fin de que el caballero herido no sufriese ningun retardo en el alivio de sus dolores.





LA REPARACION.

XXIX.

En el camino de Villalar tuvo Padilla en su infortunio el consuelo al ménos de ver que sus enemigos, en su presencia, procuraban ocultar el júbilo que sentian interiormente por su prision; hasta halló al paso mas de un semblante lleno de tristeza, y parecióle que sus postreras desgracias le engrandecian á los ojos del partido vencedor. El temor es como la envidia: cuando un héroe no dá ya que temer, se le prodiga

la admiracion.

Casi todo el ejército real se compadecia de ver á tan gran guerrero en aquel estado de afliccion. Estas demostraciones eran muy lisongeras para don Juan, pero le fueron en extremo funestas. Algunos gefes, sobre todo los estrangeros, vieron con disgusto esta simpatía universal que inspiraba nuestro héroe, y opinaron que sin demora, se pusiese en ejecucion, con respecto á

él, la ley marcial, que disponia, nada ménos que la aplicacion de la pena capital á todo rebelde cogido con las armas en la mano; pero haciendo presente el condestable que semejante determinacion no podia tomarse sin noticia del regente, y sin el dictámen del juez Ronquillo, alcalde de casa y corte, ó gran preboste del tribunal supremo á quien habia mandado llamar á toda prisa de Tordesillas; resolvieron no resolver nada, ántes de su llegada, sobre la suerte del señor de Padilla.

Entretanto, pudiendo aun mas la humanidad que el espíritu de venganza en los miembros de la rejencia, se puso al prisionero en manos de un hombre del arte que curó sus heridas, mas profundas que peligrosas, y con el auxilio de un excelente cordial reparó las abatidas fuerzas de don Juan, de modo que pudiese hallarse en estado de sostener la marcha larga y enojosa de un proceso para el caso que quisiesen atenerse á las formalidades ordinarias de la justicia, lo que no era probable; porque augurando de lo venidero por lo pasado, no debia creerse que fuese el desapiadado Ronquillo quien disuadiese á los gefes del ejército real, de aplicar la ley marcial al caballero de Padilla.

El señor de Velasco, noble hidalgo imparcial entre todos, aunque tenia motivos particulares de resentimiento contra don Juan, era sin embargo el que se oponia abiertamente á pronunciar de aquel modo, una sentencia de muerte sin oír al acusado: y era de parecer que se instruyese con regularidad un proceso contra Padilla. Lo que en realidad se proponia con esto, era

ganar tiempo, en la esperanza de que al fin los jueces se despojarian de su animosidad, y se apartarian de su primera severidad. Ahora que el condestable veia su triunfo asegurado, y el fuego de la guerra civil en la imposibilidad de volver á encenderse muy pronto en España, no hallaba ningun inconveniente á usar de indulgencia con Padilla, ni en imponerle una pena ménos severa que la capital. A mas de esto, como viejo, don Iñigo sabia que era reputado como enemigo personal de don Juan; por eso mismo consideraba como mas decoroso usar de moderacion en su sentencia, y entraba por otra parte en sus miras políticas no hacer correr la sangre de hombres tan valientes como Padilla y sus compañeros de infortunio. Mas valia, que por una compasion oportuna, la autoridad real procurase grangearse entre ellos leales servidores, que no deshacerse de ellos para siempre por una venganza mal entendida; á mas de esto, si sondeamos mas á fondo el corazon del señor de Velasco, verémos que el digno castellano no podia dejar de pagar un tributo de aprecio á la habilidad y valor de que su compatriota Padilla habia dado tantas pruebas durante aquella guerra, no ménos que al orgulloso continente que habia sabido conservar el jóven hidalgo, hasta el último momento, apesar de mala estrella y de la traicion que le habia ido arrebatando casi todos sus partidarios; y parecia tanto mas justa su admiracion y aprecio en cuanto la vaga creencia, que don Iñigo habia podido tener en el rumor de la alianza del gefe de la liga, con los enemigos de nuestra fé, no

existía ya para él; pues ahora veía demostrado que aquel rumor solo había sido una impostura; porque, si realmente hubiese tenido lugar semejante union, la hubiera echado de ver en el campo de Villalar, siendo así que ni un solo infiel había sido visto en las filas del ejército de Padilla.

La falsedad á la sazón evidente de aquella acusacion contribuía en el condestable de hacerle tomar mayor interés por la suerte de nuestro héroe, el cual apesar de los venenosos tiros de la calumnia, y de la pérdida ocasionada por la traicion, y el abandono en que le ha dejado la natural inconstancia de las turbas, no ha dejado por esto de defender hasta el último trance los derechos y las libertades de la nacion, tanto contra los excesos de su propio partido, como contra las inexcusables usurpaciones de los gobernantes extranjeros.

Tales consideraciones eran muy propias para inclinar á la indulgencia á un español de noble estirpe, como don Iñigo de Velasco; así es que deseando ser útil á Padilla, el condestable pensó tener inmediatamente una entrevista con él, ántes del consejo de guerra que debía celebrarse luego de la llegada del cardenal regente y de Ronquillo el gran preboste. Atendida la corta distancia de Tordesillas á Villalar, no podían tardar en llegar aquellos personajes. Por consiguiente, el condestable sin perder tiempo, dispuso que el señor de Padilla fuese llevado á su presencia.

Nuestro caballero, segun lo hemos visto ya, por los cuidados del generoso Luis de Vega había sido trasladado á

una de las casas de Villalar. Despues de la batalla, el hospital militar del ejército real se había instalado en aquella aldea, que servía á un tiempo de hospital para los heridos, y de lugar de detencion para los prisioneros cuyo estado reclamaba los socorros del Cuartel de la Salud. Pero es preciso que el señor de Velasco haya tomado la cosa con empeño, porque se le ve pasear á grandes pasos por su aposento, y ya sabemos que es esta su costumbre, cuando una idea le preocupa. Su impaciencia le impide discurrir sobre la situacion de don Juan, á no ser así, se admiraría ménos de la lentitud con que son ejecutadas sus órdenes.

El menor movimiento de las cortinas de la entrada de su tienda le hace volver la cabeza: finalmente una mano las entreabre... pero no es aun la de Padilla, es la de una muger cubierta con un manto obscuro, y cuyo rostro se oculta bajo los pliegos del cendal. Sin embargo el señor de Velasco la ha reconocido al instante:

«¿Vos aquí María? le dijo con ademán de visible disgusto, como, sin mis órdenes...»

Mas ella sin prestar la menor atencion al tono de reprehension de su tío, se aroja á sus plantas.

«¡Gracial ¡gracia! monseñor, no derameis su sangre... él ha amado demasiado á su patria... este es su crimen.

¿Un Velasco no le perdonará?» María no pudo continuar, las lágrimas de que cubria las manos del anciano ahogaban su voz.

«Hija mia, lo que me pedis no está en mi mano.»

Pero el acento con que don Iñigo

pronunció esta fría respuesta, descubrió claramente su emoción. María lo echó de ver y redobló sus instancias.

«¿No sois vos acaso el que manda aquí? ¿no sois gefe supremo del ejército? ¡Ah! ¡monseñor, padre mio! no seáis sordo á las súplicas de aquella á quien llamais vuestra hija.

¡Ay! hija mia, contesta el condestable afectado por el dolor de su desconsolada pupila, mi poder es nada al lado del de la ley, y esta es inexorable.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡no hay medio pues de salvarle; y su cabeza va á caer bajo el hacha del verdugo!... ¡Oh! ¡yo voy á volverme loca!... y nuevos sollozos entrecortaban las palabras de María, y el anciano enternecido, levantándola la estrechaba entre sus brazos. «¿Y vos no podeis serle de ningun alivio?» repuso ella fijando sus miradas en los ojos de su tutor. Un profundo silencio fué toda la respuesta de éste. «¡Pues bien! ¡ay de sus verdugos! ¡ay de vos! ¡ay de mí! matando á mi Juan, perdeis para siempre á vuestra sobrina, deshonrais su nombre, y comprometéis el vuestro....

— ¡Gran Dios! María, ¿qué quierés decir?

— ¡Ah! ¡temblais ahora! si no vacilais en pronunciar la sentencia de muerte de vuestro enemigo, tal vez os detendréis en firmar la deshonra de la nieta de María de Velasco; porque es preciso que sepais, monseñor, que vuestra sobrina, María Pacheco, se ha entregado en cuerpo y alma á don Juan de Padilla, que no ha bendecido su union un sacerdote, y que sin embargo trae en su seno el fruto ilegítimo de sus amores....

— ¡Desdichada! exclamó el anciano, lleno de indignacion; ¿y aun te atreves á suplicar por este hombre? ¡un vil seductor!...

— ¡Oh! no le acuseis, interrumpió con altivez la hija de los Pacheco aterrorizada por el funesto cambio que repentinamente se habia verificado en las facciones de su tío; mi Juan es el mas leal de los hombres: si él y yo somos culpables, la falta no está en la pureza de nuestra alma, sino en la perfidia de Moreno, ese traidor que se ha burlado de nosotros y de vos. El infame renegado, para salvar á un infiel como él mismo, no temió hacerle representar el sacrilego papel del santo sacerdote que debia bendecir nuestra union. ¿Conoceis ahora, monseñor, si á la vida de don Juan está unido el honor de vuestra sobrina?

Estas últimas palabras desarmaron la cólera del señor de Velasco. Con bondadosa compasion vuelve sus miradas hácia María, la cual con la cabeza apoyada en el seno de su venerable tutor, levanta hácia él sus ojos suplicantes:

«Hija mia, le dijo don Iñigo, ¿puedes dudar si debe serme muy caro tu honor? ¡Ah! despues de haber cuidado de tu infancia con tanto esmero, puedo abandonarte cuando la desgracia te persigue? ¡Oh! sí, créeme, si dependiese de mí solo, ya se hubiera hecho gracia de la vida al caballero de Padilla; pero paciencia, el consejo supremo va á celebrarse dentro poco aquí mismo, y si mis esfuerzos pueden algo, tus votos serán cumplidos.

— ¡Ah! el cielo os ayude en vuestra santa empresa» suspiró la señora; y

en el transporte de su reconocimiento besaba respetuosamente la mano de su tío, el cual en el colmo de su ternura aplicó sus paternales labios sobre la frente de la hermosa huérfana, su hija adoptiva.

En este momento fué interrumpida tan tierna escena por la entrada de dos hombres de la guardia particular del condestable, que introdujeron al señor de Padilla, y se retiraron.

Nuestro héroe, que no había podido trasladarse al cuartel general sino montado en una mula, se avanzaba lentamente apoyado en un trozo de lanza que sostenía sus pasos vacilantes; su ademán era noble y resignado á la par.

«Acercaos, señor don Juan, le dijo don Iñigo de Velasco, aquí no estamos ya en el campo de batalla. Aunque vos pertenecieseis á un partido al cual por deber debía yo combatir, no por eso he dejado mas de una vez de hacer justicia á vuestro valor y á vuestro noble carácter; y muy á menudo he tenido un pesar al hallarme en frente de un adversario como vos, á quien hubiera preferido ver distinguirse á mi lado en otras guerras que las civiles.

— Señor condestable, esta era mi idea como vos, he deplorado las fatales circunstancias que armaban de este modo á los hijos de una misma patria unos contra otros; y os lo confieso, entónces me sentí mas indignado que nunca contra los imprudentes depositarios de la autoridad, los cuales al principio, léjos de procurar prevenir semejantes calamidades, contribuyeron al contrario, impeliendo á la rebelion á almas generosas que no hubieran debido lastimar...

— Deteneos, señor, interrumpió el anciano Velasco, con este acento que solo comprende los corazones nobles, yo mismo tengo tal vez algunos reproches que hacerme en mi modo de proceder para con vos. Pero esta confesion no hubiera salido de mis labios cuando la lucha estaba empeñada entre nosotros, ahora que la suerte de las armas se ha decidido en mi favor, os lo digo sin rodeos, me arrepiento de no haber conocido mas pronto vuestro mérito.

— Condestable, respondió Padilla en extremo sorprendido, semejante lenguaje satisface cumplidamente todas las quejas si es que haya podido tener alguna contra vos; ¿pero á donde vais á parar?

— Lo sabréis al momento, replicó don Iñigo. Va á reunirse el consejo de guerra; la acusacion que pesa sobre vos es capital, no lo ignorais, con todo puede que hubiese medio de suavizar con respeto á vos el rigor de la ley marcial. Así que en el interés que por vos me tomo, como en el de una persona que me es muy querida, «y aquí miró con bondad á su sobrina que á su lado guardaba un profundo silencio,» he querido hallaros á solas ántes de la llegada de mis compañeros á fin de saber por mí mismo cuales son vuestros sentimientos.

— ¡Mis sentimientos! señor condestable, la desgracia no puede cambiarlos...

— Os equivocais ciertamente, don Juan, interrumpió el generoso anciano, si pensais que yo os he llamado aquí para obtener de vos una completa abjuracion de lo pasado. ¿Quién sabe?

Mas de un español ha participado quizá de vuestros mismos sentimientos y miras patrióticas, al propio tiempo que reprochaba los medios que habiais escogido para llevarlos á cabo. No temais pues que yo os haga proposiciones indignas de vos. Solamente, con la franqueza de un hombre de guerra, os pediré me contesteis con sinceridad, no como á un juez, sino como á un hombre que os quiere bien. ¿Si se os salvara la vida, seriais en lo sucesivo para el emperador tan bueno y fiel súbdito, como habeis sido por hijo sumiso y desinteresado para la patria?

— Señor condestable, contestó don Juan conmovido hasta lo sumo por tan leal y hondadoso language, reconozco en estas palabras á un Velasco, y vuestra franqueza la exige igualmente de mi parte; gracias á Dios, no debo sonrojarme de mí mismo, porque siempre he obrado segun me ha dictado mi conciencia y el bien de mi patria; si pues los soldados del rey me han hallado con las armas en la mano, vos, señor de Velasco, mejor que otro, sabeis si muy á mi pesar apelé á los medios de resistencia; ha sido preciso un encadenamiento de circunstancias, que era imposible prever, para que algun dia llegase á ser rebelde. ¡Oh! no, no hubiera querido yo, que siempre he respetado los derechos de todos, desconocer los sagrados derechos de la corona y destronar á don Carlos. Si los debates de la asamblea de Avila han llegado á vuestra noticia, decidme si este príncipe tenia en mí un súbdito mas fiel que ninguno de aquellos hombres complacientes que le rodeaban, ó de aquellos traidores que han

adulado alternativamente al pueblo y al rey, cuando yo combatia las violentas proposiciones del infame Giron y de sus amigos, que entónces querian derribar la autoridad del monarca con la misma perfidia con que despues arruinaron la causa popular, vendiéndola vergonzosamente.

No era por cierto, cuando yo pedia la rehabilitacion del augusto nombre de nuestra reina Juana en los actos del gobierno, cuando empleaba toda mi influencia para decidir á mi partido á elevar una respetuosa esposicion al rey don Carlos, en vez de obtener justicia de él con las armas en la mano, cuando yo abrigaba intenciones hostiles contra la dignidad real? Como á buen español, creia servir bien á la patria y al trono pidiendo la conservacion de estas libertades y franquicias nacionales, que justamente por esta misma resistencia se les vitupera algunas veces, constituyen la fuerza del pais y del príncipe, cuando uno y otro se apoyan en ellas. En fin, señor condestable, mi único objeto era restablecer en varios puntos la buena armonía turbada en nuestro pais por imprudentes extranjeros. ¡Ah! ahora es imposible, pero un dia quizá, la España reconocerá que tuvo en mí un hijo desinteresado que comprendia su honor y los verdaderos elementos de su prosperidad; y los reyes mismos, don Carlos tal vez ó sus sucesores, un súbdito previsor que queria proporcionarles recursos y apoyos sólidos para tiempos desgraciados. »

Al hablar don Juan de esta manera, sus pálidas mejillas se habian colorado con nuevo fuego, sus ojos de repente habian recobrado su brillo natural, y

sus penetrantes acentos hallaban eco en el corazón del noble anciano, cuyos humedecidos párpados revelaban la secreta simpatía de su alma.

« ¡ Bien, joven! bien: ¡ ah! erais digno de mejor suerte; mas si en vuestro infortunio puede servir de algún consuelo la amistad de un anciano, contad con la mía; » y alargó la mano á Padilla, quien se la estrechó y con voz conmovida:

« Señor de Velasco, le dijo, el aprecio de un hombre como vos es cosa muy preciosa para mí. Acepto con reconocimiento la oferta que me haceis de vuestros servicios, porque sé que jamás les daréis un precio que pueda mancillar mi honor; sin embargo tened á bien que añada una condicion: mi cabeza sola no debe salvarse; los dos gefes que partian conmigo el mando del ejército de los comuneros, merecen tanto como yo mismo que se les perdone la vida. Señor condestable, don Juan Bravo y don Francisco Maldonado son dos valientes y dignos hidalgos que todo partido debe honrarse de tenerlos en sus filas. »

A esta inesperada petición el rostro de don Iñigo se arruga súbitamente.

« ¡ Ah! ¿ qué estais diciendo? contestó á don Juan; bastante dificultad tendré para sustraeros á los rigores de la ley marcial, para no complicar así vuestra situación con la de los otros. Guardaos pues de una generosidad inútil, no salvariais á vuestros amigos, y os espondriais á perderos con ellos.

— No importa, repuso Padilla, mi suerte está unida á la suya, en todo debo participar de su buena ó mala fortuna. Condenarles á muerte, despues que

yo me hubiese salvado, sería poner en duda la justicia del rey, y hacer sospechar de mi honor.

— Noble joven, suspiró el señor de Velasco. Oh! ¡ sí, eras digno por cierto de entrar en mi familia! Ah! no sé si obtendré de mis compañeros, que usen de indulgencia y de moderacion en esta circunstancia; pero al ménos por lo que á mí toca, quiero darte una prueba de que te has grangeado mi afecto para siempre, y el lazo que voy á formar entre nosotros será eternamente indisoluble. María, hija mia, abraza á tu esposo. »

En seguida, abriendo el anciano los brazos, apretó contra su seno paternal á los dos jóvenes que se habian precipitado en ellos; entónces hubo un instante de silencio! ¿ pero cuántas simpatías espresaba aquel silencio?

Por último siendo el condestable el primero en romperle:

« Don Juan, continuó, lo sé todo, un traidor ha abusado de vuestra buena fé. A mí toca reparar sin demora vuestras faltas involuntarias; los instantes son preciosos, y nadie de nosotros sabe si el cielo nos reserva nuevas desgracias. Separémonos pues ahora, para volver á reunirnos pronto. Vos don Juan, vais á volver á Villalar, á la casa que os está señalada como prision. Dentro de poco mi pupila y yo vendrémos allá, tendré cuidado de hacerme preceder de mi capellan afin de que lo disponga todo para la ceremonia de vuestro enlace. »

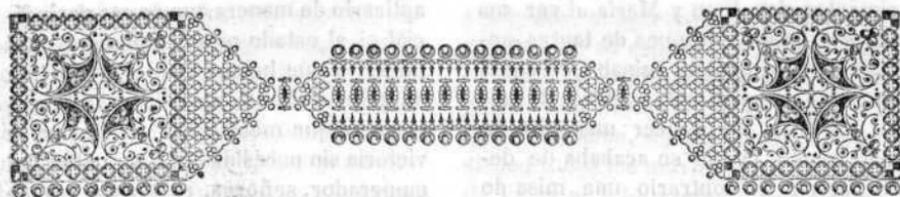
Al acabar de proferir estas palabras, el nombre del gran preboste resonó en la gran entrada de la tienda, y poco despues aparecia Ronquillo.

« Hija mía, dijo pronto don Iñigo de Velasco á su pupila, pasad á este lado, á una de las tiendas reservadas á las personas de mi séquito, y aguardad que yo vaya á buscaros. » En seguida dirigiéndose á los guardias que acababan de introducir al gran juez: « Volved á acompañar el señor don Juan de Padilla. »

A este nombre, el ministro de justi-

cia fija la vista en el caballero y le sigue con mirada feroz como si temiese que su presa le fuese arrebatada. El condestable atento vió la siniestra fisonomía del alcalde de Casa y Corte, y suspiró; acababa de comprender que el vengativo Ronquillo no habia olvidado su descalabro de Segovia, y que iba al consejo á llenar sin piedad su misión de fiscal.





LA CAPILLA.



XXX.

En un aposento bastante mal alumbrado de una de las miserables casas de la aldea de Villalar, en la noche del 24 al 25 de abril de 1521, se celebraba una ceremonia religiosa: un sacerdote daba la bendición nupcial; pero, cuán distante estaba esta ceremonia de ofrecer aquel aire de felicidad que la acompaña ordinariamente!

La misa tocaba ya á su fin, y estaba vez la union de Juan y María acababa

de ser pronunciada por un verdadero ministro de los altares con todas las formalidades prescritas por la liturgia de la iglesia romana. El señor de Velasco no contentándose con dar su consentimiento á su pupila, asistia tambien en persona al casamiento y servia, de testigo á los esposos con Inés, la fiel compañera de la señora Pacheco. Sin embargo, apesar de la felicidad justamente presumible que debian espe-

rimentar don Juan y María al ver sus votos colmados despues de tantas angustias y tormentos, reinaba en aquel aposento una profunda tristeza, de modo que léjos de parecer una misa de matrimonio, la que se acababa de decir parecia al contrario una misa de difuntos.

Todos los personajes que figuraban en aquella escena tenian una fisonomía melancólica y meditabunda. Juan con el rostro pálido, sin haber podido arrojarse durante el oficio á causa de su herida, se mantenía en pié con una mano apoyada en el trozo de lanza y la otra unida á la de la señora Pacheco; esta perdido el color de su tez, con un exterior acongojado, apénas hubo recibido la última bendición del sacerdote, dirigió á su tío una mirada escudriñadora. El semblante de Iñigo de Velasco era sombrío, pero con todo estaba muy léjos de dejar traslucir las secretas penas del anciano.

Compadecido de su sobrina, procuraba ocultar cuidadosamente en su interior su profunda aflicción, porque no tenia ya esperanza de arrancar á don Juan de la muerte. El consejo, escuchando únicamente la voz de una vengativa parcialidad, y no la de una política y laudable indulgencia, acababa de condenar á los señores don Juan de Padilla, Francisco Maldonado, y Juan Bravo, á ser decapitados. En vano el generoso Velasco y otros españoles, miembros del consejo habian tomado la defensa de sus desgraciados compatriotas.

Sin duda, habia esclamado el condestable, es necesario un castigo, y castigo ejemplar; pero tambien es preciso

aplicarlo de manera que no sea perjudicial ni al estado ni al emperador. Así pues, ya que hemos dado á la rebelion un golpe del cual no volverá á levantarse, ¿á que mostrarnos crueles en la victoria sin necesidad? La voluntad del emperador, señores, es ver la guerra civil apagada en España; esta voluntad se ha cumplido; pero la intencion de don Cárlos no es cerrar el camino del arrepentimiento á tantos valientes hidalgos ni privarse para siempre por una severidad mal entendida, de los servicios que estos podrian prestarle, despues de haber sufrido la pena que hayamos juzgado conveniente imponerles. Señores, sírvanos de modelo la conducta del cardenal regente; la excusa que ha hecho valer para no venir al consejo, nos da á conocer claramente su opinion acerca de los fallos que nosotros debemos proferir.

Estas son sus mismas palabras: « Por elevadas que sean las funciones que me ha confiado el emperador, no pueden hacerme olvidar el carácter religioso de que me hallo revestido; ministro de un Dios de paz y de misericordia, no puedo asistir á una asamblea en la que tal vez oiria pronunciar un decreto de sangre. »

Así, señores, sin temor de ser desmentido por el santo prelado que ha creído deber abstenerse de tomar parte en este negocio, me constituyo aquí su órgano y voto que las personas sobre cuya suerte estamos deliberando en este momento, sean condenados á ser encerrados en un castillo lejano. En cuanto al tiempo de su detencion, el emperador solo deberá fijarlo ulteriormente. »

Por desgracia, los extranjeros se hallaban tambien en mayoría en el consejo, y el gran preboste Ronquillo se presentaba mas encarnizado que nunca. Este último, viéndose fuertemente sostenido, despues de haber combatido con todas sus fuerzas, y con éxito al parecer del condestable, habia terminado su desapiadada perorata en estos términos: « Sí, yo lo repito, es preciso cortar el mal de raíz. Toledo es la cabeza de esta hidra, y Padilla es el rey de Toledo; miéntras que este rebelde viva, Toledo su ciudad, no dejará su orgullo, como tampoco Salamanca ni Segovia, miéntras existan Bravo y Maldonado. »

Tan terribles palabras habian sido la sentencia de muerte para don Juan y sus amigos. Desde aquel momento habia quedado fijada la determinacion del consejo; habiase pasado desde luego á la votacion, y habiendo resultado por mayoría de sufragios, la pena de muerte, se habia resuelto, que sin demora, al amanecer del dia siguiente tuviese lugar la ejecucion, y que inmediatamente fuese el licenciado Zarate, alcalde de la chancillería de Valladolid, á notificar á los condenados su sentencia. Así que el ministro de la justicia se disponia á cumplir su mision, el condestable le llamó á parte, y pudo recabar de él que no se trasladase inmediatamente á la presencia de don Juan de Padilla.

¡ Pero, ay ! volaba el tiempo, indiferente siempre á si nos trae nuestra pérdida ó nuestra felicidad. Imposible era al enviado del consejo el aguardar mas, y María, la desgraciada María que está allí.... ¿ permitirá su tio que

presencie la horrorosa lectura de la condena de su esposo?... ¿ Pero cómo se la podrá decidir á dejar aquellos lugares ? Presintiendo ya la catástrofe que tanto teme, sigue con indecible ansiedad todos los movimientos del señor de Velasco, y le pregunta con sus miradas :

¡ Ah ! si es cierto que la dicha embota nuestros sentidos, la desgracia hace por otra parte mas sutil nuestra inteligencia, haciéndonos casi adivinar lo venidero. La desventurada María interpreta ya harto bien las causas de la suma indecision en que parece hallarse el condestable, cuando tomando éste súbitamente su resolucion, le dice :

« Hija mia, es preciso que nos retiraremos.

— ¡ Yo retirarme ! ¡ oh ! ¡ no ! contestó María con exaltacion ; ¿ no estoy acaso unida con él para siempre ? Dios mismo me lo ha dicho por boca de su ministro ; mi deber es pues de permanecer á su lado, y no dejarle jamás. » Y diciendo esto, se precipita hácia su esposo y le aprieta estrechamente en sus brazos : « ¡ Oh ! no, no, añade, y su hoscó mirar hacia estremecer á todos los presentes ; ningun poder humano podrá en adelante separarme de tí... si te matan, matarán á los dos... Que vengan, ¡ monstruos ! yo les aguardo. »

Y en su profundo dolor ni una débil lágrima venia á humedear sus párpados, ni á aliviar su alma oprimida. En un cielo tempestuoso, cuando los estremos del nublado estan cargados enteramente de fuego, raras veces viene la lluvia á refrescar la atmósfera ; de la misma manera es tal la desesperacion de María, que aunque su corazon

se ahogue, sus ojos permanecen enjutos. Solamente en su delirio aprieta con sus manos convulsivas la cabeza de su Juan y la cubre de mil ardientes besos. Los testigos de aquella escena que parte el corazon, quedan mudos é inmóviles de estupor.

Entretanto de un instante á otro iba á entrar el portador de la sentencia de muerte; el señor de Velasco toma su resolucion; á todo trance es preciso vencer de la obstinada resistencia de su sobrina, y el único medio de arrancarla de aquel lugar, era distrayéndola de sus inquietos recelos.

« ¡ María! le dijo con un tono bondadoso y severo á la par, vuestra ternura os engaña y os hace creer en la realidad de los temores que solo existen en vuestro corazon; el juez del rey va á venir, convengo en ello, pero nadie puede permanecer con un preso durante su interrogatorio; » y procuraba arrastrar á la señora Pacheco que se resistia siempre á sus deseos, estrechando á su esposo con mas fuerza que nunca :

« ¡ Oh! por favor, querida mia, obedece al generoso señor de Velasco, ahora es preciso que quede solo un momento, » le dijo Padilla con voz resuelta.

En aquel momento aparecía á la entrada del aposento el alcalde, vestido de negro. Don Juan ha penetrado al instante la verdadera mision de aquel hombre, y dominando en aquel precipitadamente todos sus tormentos y amargos pesares, solo piensa en evitar á María tan acerbos sufrimientos, y procura á toda costa alejarla de aquellos lugares de duelo.

« Tranquílzate querida mia, continuó con aquella voluntad imponente y aquel aire de seguridad que dá la fé religiosa á los que tocan ya á las puertas de la eternidad; podemos separarnos ya sin temor, ahora que un lazo indisoluble nos une para siempre.

— Pero, acaso te trae la muerte este hombre, exclamó la jóven lanzando una mirada al juez, que al momento bajó los ojos al suelo.

— Anuncíeme su presencia aquí el fin ó la prolongacion de mis dias, dijo Padilla, qué me importa? no moriré todo entero; María, acuérdate del hijo que traes en tu seno, consérvate para él, su padre es quien te lo pide.

— Debo obedecerte, murmuró ella con voz sorda y aterradora, y arrancándose por fin de los brazos de su esposo para seguir á su tio que la arrastraba mas bien que la llevaba fuera del aposento: ¡ Oh! sí, yo volveré á verte, exclamó, lanzando una mirada sobre el sér adorado que se veia obligada á dejar.

— En el cielo, dijo éste consigo mismo; y sus ojos abatidos dirigieron una mirada de despedida á la que tanto amara en la tierra.

Cuando estuvo solo con el alcalde, á quien el espectáculo de tanta desolacion habia reducido al silencio: « Señor, le dijo Padilla, llenad vuestro deber. »

El intérprete de la justicia, recobrando sin grande esfuerzo su verdadero carácter, desarrolla el fatal pergamino que traia; pero ántes de empezar la lectura, hizo al condenado la pregunta siguiente de estilo sobre la identidad de su persona: « ¿ Sois vos Juan de Padilla, natural de Toledo, hijo de don

Pedro Lopez de Padilla?

— Sí, lo soy.

— Así pues, don Juan de Padilla, escuchad esta sentencia.

« Nosotros, los miembros del gobierno de la regencia, y nosotros los gefes superiores del ejército real, cuyos nombres están al pié de la presente, despues de habernos reunido en consejo de guerra en el cuartel general de Villalar; considerando que en virtud de la ley marcial del reino, todo individuo preso con las armas en la mano en acto de conspiracion abierta contra la seguridad del pais, y de rebelion contra la autoridad real, debe morir sin dilacion; considerando que el nombrado Juan de Padilla se ha hecho culpable de los crímenes arriba mencionados; que su culpabilidad resulta de hechos patentes en sí mismos, le condenamos á ser decapitado al amanecer del día de hoy, debiendo tener lugar la ejecucion en medio del campo reunido.

« Por lo tanto, mandamos al alcalde de la chancillería, portador de la presente, use de los derechos y poderes de su mision, para transformar en capilla de condenados, el lugar donde se halla actualmente encerrado el dicho Juan de Padilla, á fin de que desde la notificacion de la presente hasta la hora de su ejecucion, nadie, á no ser el religioso que el condenado haya escogido para asistirle, pueda entrar en su encierro ni turbarle en sus últimos actos de devocion. A mas de todo lo que rogamos á Dios se digne recibir en su santa gracia el alma del condenado.»

Don Juan oyó sin inmutarse su sen-

tencia de muerte; y preguntándole el alcalde si queria designar un sacerdote con preferencia á otro.

« Suplicad, le dijo el condenado, al reverendo capellan del señor condestable no se aleje; pues voy desde luego á concluir con los negocios de este mundo para no pensar en seguida mas que en mi salvacion.»

Retiróse el juez Zarate; Padilla al quedar solo sacó sus tablillas, y con mano segura escribió una carta á la ciudad de Toledo concebida en estos términos(1).

« A tí, corona de España, y lumbrera del mundo: á tí, que independiente desde el tiempo de los Godos, has recobrado la libertad: para tí y las ciudades que te rodean no economizando tu sangre para derramar la del extranjero; tu hijo Juan de Padilla te hace saber que con la sangre de sus venas, vá hacer reverdecer tus antiguos laureles. Si no ha permitido el destino que mis proezas sean colocadas entre las que hacen ilustre tu nombre, culpa es de mi mala suerte pero no de mi voluntad. Yo te suplico que como buena madre aceptes mi sacrificio, ya que Dios no me ha dado mas que lo que pierdo por tí. Mas

(1.) El autor creyó deber reproducir aquí por entero estas dos cartas que escribió su héroe pocos momentos ántes de morir. Mas bien que por medio de interpretaciones ó de un lenguaje podrá el lector juzgar del carácter de don Juan de Padilla por sus dos cartas auténticas que nuestros anales han conservado preciosamente, como un monumento de fé religiosa, de grandeza de alma y de patriótico desprendimiento.

«estimo el recuerdo que quedará de
« mí, que mi propia vida. La fortuna
« es inconstante; pero me queda al mén-
« nos el dulcísimo consuelo de ver que
« si yo, ó el último de tus hijos, voy
« á sufrir la muerte por tí, alimentas
« otros en tu seno, que me vengarán.

«Muchas lenguas te contarán mis
« postreros instantes: yo ignoro cuales
« serán, en este momento. Solo sé que
« mi fin está cercano, y mi muerte te
« probará mi buena voluntad.

«Te encomiendo mi alma como patro-
« na que eres de la cristiandad; no te
« hablo de mi cuerpo porque no me
« pertenece ya. No puedo escribirte
« mas, porque tengo levantada ya la
« cuchilla sobre mi cabeza; mas que
« la muerte que me amenaza, siento
« el dolor que te va á causar.»

Luego escribió otra en los términos
que sigue á la señora doña María Pa-
checo.

«Señora: si vuestras penas no me
« lastimaron mas que mi misma muer-
« te, me tuviera por muy dichoso; por-
« que siendo destino del hombre el mo-
« rir, veo que debo dar gracias á Dios
« por haberme permitido que yo pier-
« da la vida en su servicio y llorado de
« muchos.

«Quisiera tener mas espacio para
« daros algunos consuelos: pero no quie-
« ro que se retarde el momento en
« que debo recibir la corona que me
« aguarda, ni mis enemigos me le con-
« cederian por otra parte. Vos, señora,
« llorad vuestra desdicha, pero no mi
« muerte, porque es sobrado honrosa
« para ser llorada.»

« Os lego mi alma, que es lo único

« que me queda. Tratadla como al sér
« que mas es amado en este mundo.
« A Pedro Lopez mi padre no le escri-
« bo, porque no me atrevo, y porque
« aunque he heredado de él, valor para
« esponer la vida, no he heredado su
« buena estrella.

Aquí llegaba de su segunda carta
cuando el capellan del condestable en-
treabrió la puerta, porque los primeros
rayos de la aurora iluminaban ya el
horizonte.

« Os entiendo, padre mio, le dijo
con voz serena, se acerca la hora; en-
trad. Al instante estoy con vos.

El capellan se puso á rezar á su la-
do y don Juan acabó de esta suerte la
dolorosa despedida de su desventurada
esposa.

«No quiero escribir mas para no
« hacer aguardar al verdugo, y para
« que no se crea que alargo mi carta para
« alargar mi vida. Concluyo pues, es-
« perando el suplicio, que al propio
« tiempo que causará vuestra alliccion,
« pondrá fin á mis quebrantos.»

Acabada esta carta don Juan cerró
sus tablillas y las confió al buen sacer-
dote rogándole cumpliese el último vo-
to de un hombre cercano á la muerte,
y las entregase en propias manos á
doña María Pacheco con el relicario
de oro, regalo materno que llevaba al
cuello desde su infancia, y tambien el
rosario bendito en Santiago que tenia
en la mano, pero que guardó aun para
la piadosa oracion á que iba á entre-
garse; luego por fin aquel velo precio-
so que no habia dejado su corazon
desde el torneo de Tordesillas, donde
lo habia recibido de María, en premio
de su triunfo.

Al separarse de esta prenda de amor, la besó de nuevo con transporte. En seguida arrodillándose á los piés del ministro de Dios:

«Ahora, padre mio, le dijo, ocupémonos de la salvacion de mi alma.»

Desde aquel momento se preparó á morir como antiguo y buen cristiano español, y el ministro del padre de las misericordias, intérprete de la justicia divina, perdonó al que la justicia de los hombres acababa de condenar.





FIN Y ESPERANZA.

XXXI.

El primer objeto que se presentó á la vista del ejército real al amanecer el día 25 de abril de 1521, fué el cadalso levantado un poco mas adelante de las líneas del campo, en medio de un cerrado formado á toda prisa con cuerdas atadas de trecho en trecho á unas estacas clavadas en tierra. A la verdad, habia sido preciso emplear mucha diligencia para haber levantado en tan pocas horas todo aquel armatoste; pues

es sabida la grande elevacion que en aquellos tiempos se daba al catafalco de los suplicios, porque el pueblo no quedaba satisfecho si no podia presenciar con toda comodidad aquellos últimos momentos en que los condenados pasan de la vida á la muerte.

Ni es tampoco que en España se tuviese entónces un gusto mas decidido por esas lúgubres escenas, que en las demas naciones, ántes al contrario,

unos hombres que se hallan en su situación, detiene á su compañero irritado y con acento noble y tranquilo:

«Bravo, le dice, ayer combatimos como hombres, muramos hoy como cristianos.»

Estas pocas palabras bastan para apaciguar al enojado hidalgo el cual continua su marcha en silencio; pero apenas llega al pié del catafalco, salta de su mula, y subiendo inmediatamente al cadalso.

«Verdugo, dice al hombre del sayo encarnado, despacha pronto, toma mi cabeza, que no quiero presenciar la muerte del mas cumplido caballero de cuantos tiene Castilla.

El pueblo conmovido hasta lo sumo, no puede contener por mas tiempo sus transportes de admiracion; mas pronto viene á sufocarlos, no la presencia de los archeros de la santa hermandad, sino la consternacion general y las lágrimas que se escapan á todos los circunstancias al ver caer en el cesto de un hachazo la cabeza del noble capitán de Segovia.

Maldonado sube en seguida la escalera fatal y sin pestañear siquiera, se pone en actitud de recibir el golpe mortal. A cualquier otro sentenciado que hubiese mostrado tanta serenidad, el pueblo le hubiera palmoteado con entusiasmo, pero en esta circunstancia le contiene el respeto que le inspira la persona del ajusticiado. Así es que nadie se atreve á manifestar la menor señal de admiracion por la inalterable firmeza que ha mostrado el bachiller de Salamanca hasta bajo los filos del hacha del verdugo.

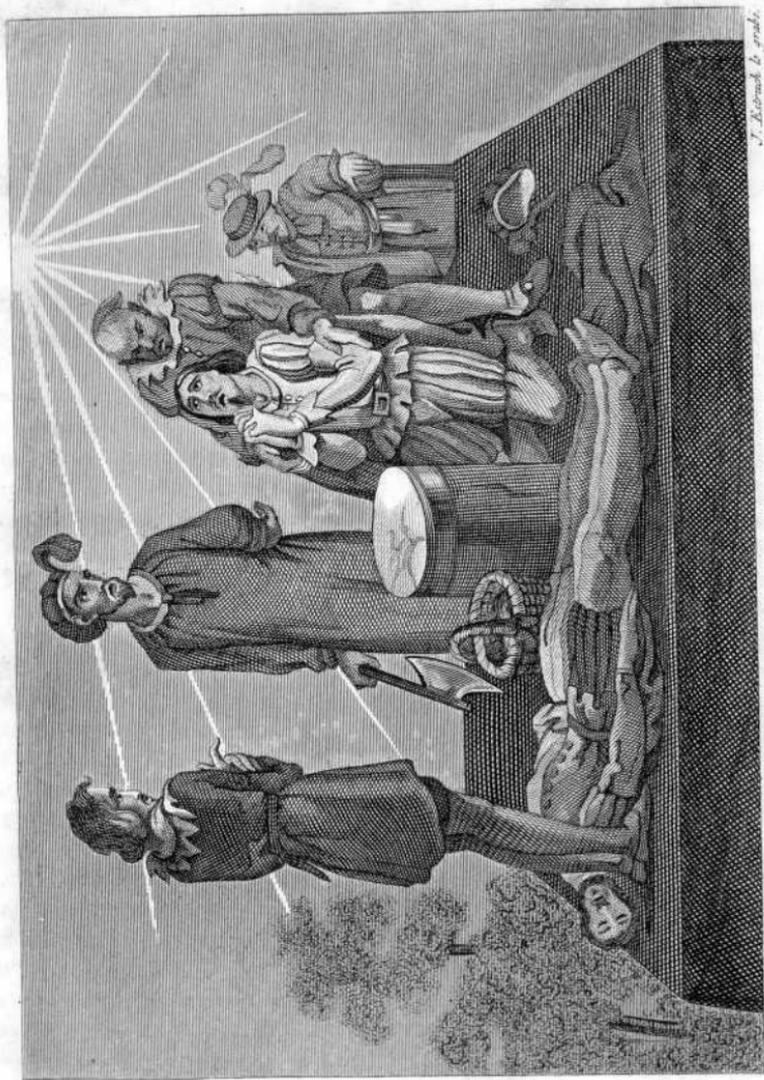
Tócale ahora el turno á don Juan de

Padilla, el cual sube lentamente las gradas del cadalso; pero esta lentitud, cuya gloriosa causa es bien conocida, no hace mas que aumentar el simpático interés que universalmente inspira el caballero: la sublime dignidad de su continente trae todavía á la memoria las buenas partes de su alma, y la serenidad de sus facciones es el mejor testimonio de la pureza de su conciencia. Llega por fin á la horrible plataforma; reina el mas profundo silencio entre todos los presentes, hasta el punto de parecer que retienen el aliento....

Tal vez quiere hablar, y todos anhelan recoger las últimas palabras del héroe, todos consideran como un honor el dar cumplimiento á la última voluntad del mejor de los españoles, pero el pueblo se equivoca. Padilla ya no existe, porque su alma ha dejado de pertenecer á este mundo que la arroja de sí, es toda del Dios misericordioso que la llama á su seno; y este terrible caballero, que la víspera no hubiera pedido gracia bajo una nube de enemigos que le hubiesen apretado la garganta, ahora se arrodilla sin dificultad, levanta los ojos al cielo, y alargando la cerviz al verdugo, recibe la muerte, exclamando: «*Domine, non secundum peccata nostra facias nobis.* (1)»

Una exclamacion de horror resonó por todas partes. Pareció el último grito de la libertad que moria en la persona de Padilla; una consternacion general sucedió á todo esto; y luego

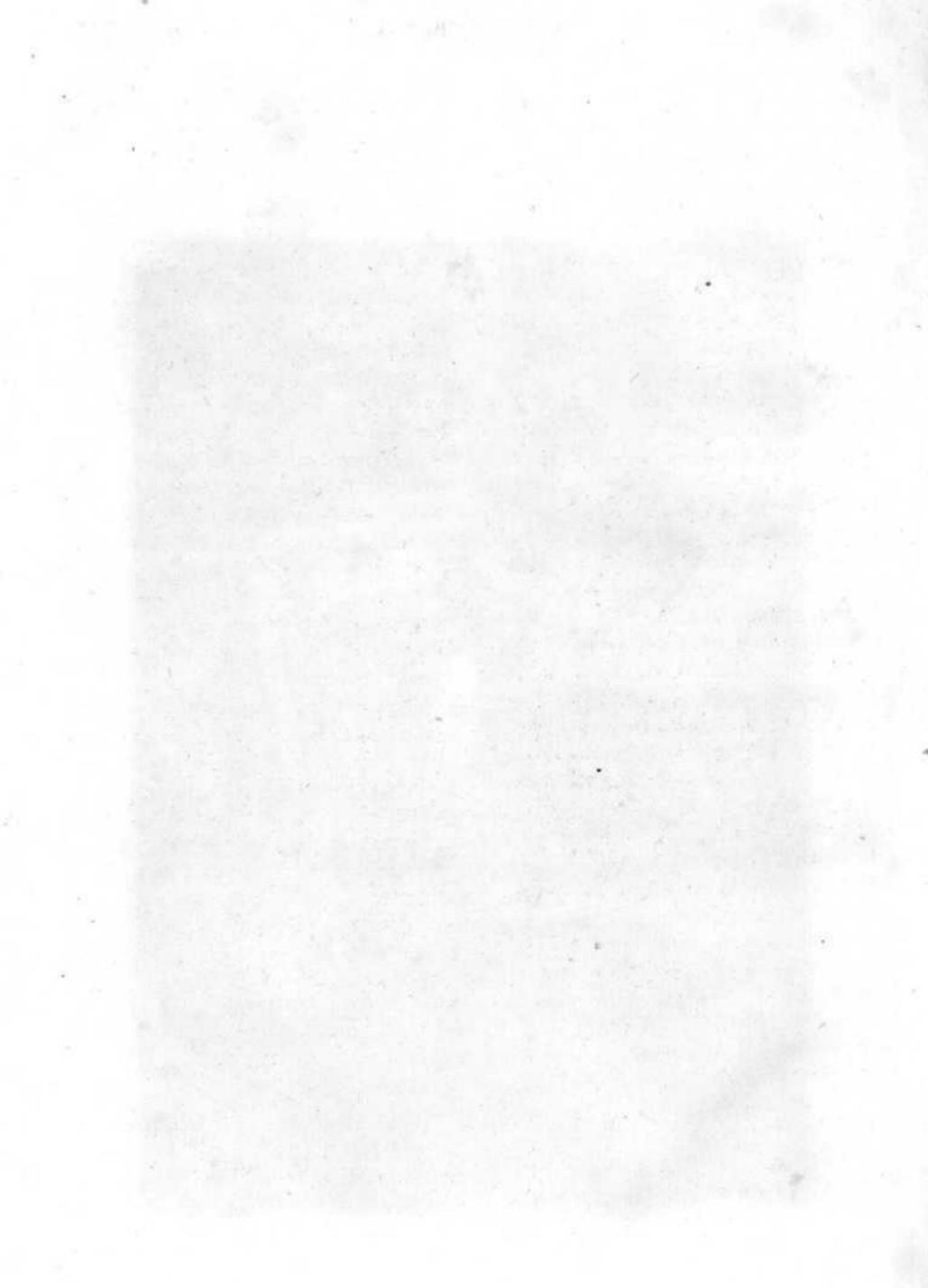
(1) Todas las palabras que en este capítulo se ponen en boca de diferentes personajes, son literalmente exactas.



J. B. Kramlich del. & grav.

S. Ricci del. & grav.

Domine, non secundum peccata nostra facias nobis.



comenzaba el pueblo á dispersarse sumido en un profundo abatimiento, cuando repentinamente, por órden del gran preboste, fueron espuestas en lo alto de tres postes, delante del cadalso las cabezas de las tres víctimas. A semejante espectáculo estalló la indignacion popular, y parecieron tan de temer sus transportes, que los ministros de la justicia se vieron obligados á hacer cesar aquella odiosa esposicion. Recobró entónces su calma la multitud, mas no fué sin algunos gritos de fuera, fuera á los archeros de la santa hermandad, y sin haber privado al verdugo del beneficio de su empleo, quitándole los vestidos de que acababa de despojar á los cadáveres, vestidos que clerigos, nobles y plebeyos, se repartieron en pedazos, conservándolos como preciosas reliquias.

A pesar de cuantas precauciones pudo tomar el señor de Velasco para tener oculto á su sobrina el terrible acto judicial que se consumaba en la llanura, no le fué dable evitar que el rumor de la multitud llegase á los oídos de doña María. La infeliz señora, obediendo las órdenes de su tutor, permanecia encerrada en su tienda; pero desde que se habia despedido de su esposo, su corazon estaba harto alarmado para que el reposo hubiese podido cerrar sus párpados. En su impaciencia de volver á ver á su querido esposo, llamaba sin cesar y con todas fuerzas al día; ¡y desgraciada! no veia que pedia tambien que se acelerase la hora de la muerte, de aquel por quien hubiera dado gustosa su sangre y su vida entera.

Sin embargo un horrible presentimiento penetraba hasta su espíritu y le hacia alguna vez perder toda esperanza; entónces el menor ruido aumentaba su alarma. De repente se ha oido un ruido mas fuerte... Su corazon palpita tambien con mas violencia, desde que ve que el dia empieza á asomar en su tienda. Al fin no puede resistir mas, y quiere saber lo que se ha decidido acerca de la suerte de su esposo... Mas, nadie parece. ¡Oh! esto es demasiado sufrir, es preciso que salga de su tienda, que vaya á preguntar á los guardias, á todo el mundo, no importa: qué,

¿Y lograra saber algo? En este caso para que infringir inútilmente las órdenes de su tutor tan bondadoso para con ella, de algun tiempo á esta parte?... ¿No, vale mas tomar un poco de paciencia? el condestable, ó algun otro en su nombre, no pueden tardar en venir á buscarla para llevarla al lado de su esposo. ¡Ah! ¡cuán dolorosa es esta espera! María sufre aquellos tormentos que nada basta á aliviar; arrodillase de nuevo delante de su crucifijo, y de nuevo pide consuelos á la Virgen su patrona. Así es que por espacio de algunas horas, que no ha hecho mas que dejar el crucifijo y volver á él, porque su dolor no es uno de estos dolores lánguidos y abatidos, sino un dolor profundo y activo que irrita los nervios y asalta el espíritu. Finalmente, cuando volvia á empezar de nuevo su piadosa oracion á la consoladora de los alligidos, aparece en la tienda el limosnero del condestable.

« ¡Ah! ¡padre mio! ya os aguardaba, exclamó ella, ¡apresurémonos! » y diciendo estas palabras, iba á lanzarse fuera de la tienda.

« ¡Ah! ¡padre mio! ya os aguardaba, exclamó ella, ¡apresurémonos! » y diciendo estas palabras, iba á lanzarse fuera de la tienda.

« ¿A donde vais? le dijo el sacerdote con emocion.

« A su lado...

« Deteneos, hija mia, repuso el santo varon, volveréis á verle, pero solo Dios puede fijar el momento. »

Y acabando estas palabras, presenta á la señora Pacheco con mano trémula el relicario de oro, el rosario y el velo.

« ¡Gran Dios! ¿qué significa esto? exclamó María asombrada, y reusando confesar todavía la horrible verdad.

— Este escrito os lo explicará, » replicó el religioso, entregando á la viuda de Padilla las cartas de su esposo.

Con aquella súbita rapidez de una muger que ama, y teme por los dias del sér querido, se apodera de ellas y la infeliz las abre; pero á medida que descubre en ellas la espantosa realidad, espárcese por sus ojos un denso velo, se pone pálida, y apénas puede sostenerse. Con todo la esperanza no ha abandonado todavía su alma, sin duda su viva inquietud no le ha dejado comprender bien el sentido de la palabra de su idolatrado Juan. María duda aun, y prestándole nuevas fuerzas su ardiente amor, vuelve á leer la dolorosa carta; pero esta vez, léjos de conservar un ademán consternado, su rostro se cu-

bre de un vivo encarnado y sus ojos cobran un nuevo brillo: será acaso verdad que vuelva á renacer en su pecho la esperanza? ¡Gran Dios! ¡sí! ¡pero qué esperanza! la mas terrible que puede caber en el espíritu del desgraciado cuando su alma es demasiado altiva, é sus pasiones sobrado indómitas para someterse á la humildad de la resignacion. María al llegar á esta frase: « Os lego mi alma, que es lo único que me queda. »

¡Oh! ¡sí! ¡adorado esposo! dijo, entendiénd tus palabras, serán religiosamente guardadas. » Volviéndose en seguida al capellan del señor de Velasco. « Padre mio, id á anunciarme en casa del señor condestable. »

Cuando estuvo sola con sus queridas tablillas, las cubrió de ardientes lágrimas, las leyó y volvió á leer, aumentándose de cada vez mas su exaltacion.

¡Sí! ¡sí! esclama, tus votos, oh mio, serán cumplidos; yo misma llevaré á Toledo tus últimas palabras de despedida. ¡Ah! ¡Y sea su contestacion como la mia: venganza!...

Entónces estrechando contra su seno sus preciosas cartas, se fué con paso firme y resuelto á casa de su tío el condestable de Castilla.





EPILOGO.



XXXII.

Como lo jurara á los manes de su esposo, María Pacheco, como buena española, habia guardado su juramento de venganza. Con el consentimiento de su tío el condestable, que no habia podido rehusarle el permiso de ir á Toledo para cumplir las últimas disposiciones de su esposo, que él mismo le habia encargado, decia, para con los Padilla, sus parientes, se habia trasladado á aquella ciudad con tanta

precipitacion, que no correspondiendo sus fuerzas físicas á la estension de sus deseos, se habia sentido atacada de dolores violentos, despues de los cuales habia dado á luz un niño.

Pero curándose poco de sí misma, apesar de las recomendaciones que ántes de su muerte le hiciera su malhadado esposo, de conservarse en memoria de él para el hijo que debia sobrevivir á su padre, aquella muger á

quien la venganza animaba y hacia superior á la debilidad de su sexo, dando solo algunos dias á los cuidados que exigia el restablecimiento de su salud, solo habia pensado á impeler á la rebelion á los habitantes de la orgullosa Toledo, ayudándola poderosamente en esta tarea el famoso don Antonio de Acuña, el belicoso obispo de Zamora, quien habiendo logrado escapar de las manos de los realistas, se habia refugiado á Toledo con proyectos semejantes á los de la viuda de Padilla; así es que uno y otro se prestaron un apoyo formidable.

Quando María Pacheco, precedida de una bandera en la cual habia hecho representar el suplicio de Padilla y de sus amigos, recorriendo las calles de la ciudad con luengas tocas de duelo, montada en una mula cubierta de un eparazon negro, teniendo en sus brazos á su hijo que enseñaba á los toledanos, para escitarlos mas á la venganza del asesinato de su antiguo capitán; el obispo de Zamora, con hábitos pontificales puestos sobre su armadura al frente de los miembros del clero de Toledo que habia podido reunir, paseaba tambien las calles de la ciudad, alentando á los habitantes á redoblar sus esfuerzos para sostenerse firmes contra el gran prior de san Juan, don Antonio de Zúñiga, que con un cuerpo de ejército considerable habia ido á bloquear á la mas constante de las ciudades rebeldes.

Pero por fin, viéndose al cabo de cinco meses reducida á los mayores apuros, no siendo ya esta vez socorrida de nadie, sino al contrario, habiendo perdido en una salida al valeroso

obispo de Zamora, hecho prisionero y conducido á toda prisa á la cárcel de Simancas, en donde despues murió ahorcado, siempre por órden del gran preboste Ronquillo, en menosprecio de las leyes de la iglesia y de la humanidad, se resolvió á capitular. La regencia aceptó la capitulacion y hasta accedió á conceder, en nombre del emperador, á la sediciosa Toledo una amnistía igual á la de las otras ciudades; y en el 26 de octubre de 1521, don Gabriel Merino, obispo de Leon, arzobispo de Bari, encargado por el poder real de una mision de paz, verificó su entrada en la ciudad de Toledo.

Mucho tiempo pasó todavia ántes que su autoridad fuese generalmente reconocida. Doña María permanecia aun en Toledo, y aun que aparentaba haberse sometido como los demas, se habia sin embargo encerrado en el Alcázar con algunos de sus fieles amigos, y desde allí mantenía en continua perplejidad al arzobispo, quien no se atrevia á emplear la fuerza contra la viuda de Padilla, porque no se le ocultaba hasta que punto esta muger verdaderamente prodigiosa habia por su adhesion á la memoria de su esposo sabido grangearse la admiracion tanto de los realistas como de los antiguos comuneros. A mas de esto conocia tambien el diestro prelado la influencia que tenian aun en el ánimo de los toledanos las palabras de comunidad y de Padilla.

Entretanto, para sosiego de la ciudad y fortuna de don Carlos, Guillermo de Croi, el arzobispo titular, acaba de morir, cesando con él una de las primeras causas de la insurreccion de los habitantes de Toledo. Desde entónces

estos se demostraron mas condescendientes; el número de descontentos del Alcázar disminuyó sensiblemente, hasta el punto de parecer desierto el antiguo palacio; y como la multitud es siempre ávida de prodigios, María Pacheco, en otro tiempo el ídolo del pueblo, fué mas adelante tachada de magia y sortilegios; y aquel gran valor que tanto se admiraba en ella, pareció el resultado de medios sobrenaturales y culpables, de suerte, que aquel mismo pueblo acabó por atribuirle las desgracias que estaba experimentando.

Hasta sucedió un día, el 10 de febrero de 1522, que tomó parte á favor de las gentes del arzobispo de Bari contra los partidarios de la viuda de Padilla, en reyerta en que vinieran á las manos en el parage de una calle llamada las tiendas de Sancho Minaya. Los secuaces de doña María, perseguidos vivamente, se habian refugiado en el Alcázar; la multitud derribó las puertas, y asesinó á cuantos pudo alcanzar. La misma viuda de Padilla solo debió su salvacion á un disfraz: de aquel mismo medio se habia valido dos años precisamente ántes para salir de Toledo.

¡ Pero, ah! ¡ cuanto habian variado los tiempos, y cuantas desgracias habian sobrevenido á María! Verdaderamente, muchas veces se sentiria un tentado á creer, como el vulgo, que un poder sobrenatural le daban tanta fuerza y valor, si sus amigos y nosotros todos que la conocemos, no supiesemos que encontraba el origen de tan extraordinaria resolucion en la memoria de su esposo y en las ideas del porvenir de su hijo. Su hijo sobre todo, era el

áncora de salvacion que sostenia su existencia; ¡ pero ay! este caro y único consuelo, tampoco debia conservarlo.

Retirada á Portugal, donde contaba amigos y parientes poderosos á quienes esperaba interesarse en su suerte, tuvo el doloroso disgusto de ver espirar en sus brazos á aquel hijo, prenda del amor el mas tierno; venido precipitadamente al mundo en medio de las crueles perplejidades de su madre, habia recibido una existencia sumamente débil y delicada. Esta inesperada desgracia fué el golpe de muerte para María.

Desde entónces quedaron rotos todos los lazos que la unian al mundo; sus pensamientos se volvieron todos hácia la religion, manantial inagotable de verdadero consuelo; tomó el velo, y acabó pronto sus tristes dias en un convento de la ciudad de Praga.

Inés su fiel compañera, que no habia querido dejarla en sus infortunios, la habia tambien seguido á la santa morada, de la cual no salió despues de la muerte de su señora. ¿ Qué hubiera hecho en este mundo la pobre Maragata, cuando todo lo que le fuera querido acá bajo, lo habia ya perdido? A lo ménos, en el silencio del claustro, podia ocuparse sin distraccion en la memoria de unos seres tan caros á su corazon. Allí podia rogar por los Pacheco, sus antiguos bienhechores, y tambien por el reposo del alma de aquel á quien amara tanto sin casi saberlo; y á la manera que esas flores frescas y suaves, que crecen en medio de las ruinas, y quitándolas lo que estas tienen de triste y de húgubre, embellecen

su melancólico aspecto, así aquel pensamiento de amor tan puro vivió siempre en el interior de su corazón, confundiendo con todas sus piadosas esperanzas; y á la hora en que la santa jóven se durmió en el Señor, hubo un nombre que no fué olvidado en su última plegaria; y ese nombre era el del hermoso Francisco Maldonado, el bachiller de Salamanca.

La toma de Toledo, decidió de la completa pacificación de la Península; pero cuando el emperador Cárlos Quinto, accediendo por fin á los deseos de sus súbditos, se resolvió á volver á España, conoció la necesidad de hacerse preceder de favores y gracias que le conciliaran todos los ánimos; así es que no solo conservó la mayor parte de sus fueros á los comuneros y á la nobleza, sino que les concedió, además un sin número de favores particulares. La medida que le atrajo sobre todo los sufragios universales fué la amnistía publicada por todo el reino para cuantos se hallasen complicados en las últimas guerras civiles, mandando á la regencia y á sus agentes que á nadie persiguieran por sus hechos y opiniones pasadas.

Solamente estaban excluidos de la amnistía, los Moros, Judíos y Gitanos, convencidos de haber tomado parte en la intentona del infiel Abbas Abdallah.

Tal determinación hizo muy pocas víctimas; porque la mayor parte de aquellos que temían, se refugiaron á su asilo de las Alpujarras, bajo el mando de Abbas Abdallah que murió poco tiempo después. Allí se mantuvieron aun por algun tiempo, gracias mas bien á la tolerancia del emperador que

á sus fuerzas poco temibles, y solo mas tarde en tiempo del desapiadado sucesor de Cárlos Quinto se tomó una medida definitiva con respecto á ellos.

Sin embargo, muchos lectores sabrán, creo, con placer, que Moreno, el exarable Moreno no vivió hasta el reinado de Felipe II; ya ántes recibió el precio de sus maldades. Pocos dias después de la batalla de Villalar, confiando como siempre, en su destreza y en su conocimiento de las costumbres cristianas, no habiendo podido resolverse reunirse á sus correligionarios ántes de haberse asegurado por sí mismo, de si la suerte de doña María era tal como él se la habia deseado, fué preso por los soldados del condestable, é inmediatamente el señor de Velasco, sin querer ver siquiera á un hombre cuya presencia le causa horror, le condena morir en el garrote, suplicio con que á la sazón eran castigados solo los infames.

Finalmente la llegada del emperador acabó de restituir el orden y la paz á todo el reino. En un hermoso dia del mes de junio del año 1522, desembarcó en la Coruña. En la playa, le estaban aguardando un gentío inmenso y considerable número de personas notables de Castilla y Aragon. El cardenal Adriano no se hallaba al frente de ellos, porque llamado recientemente al trono pontifical, gracias á la poderosa protección de su imperial discípulo, habia creído no deber tardar en trasladarse á Roma á las reiteradas súplicas de los miembros del sacro colegio. El noble personaje que le reemplazaba en la primera línea del cortejo, era don Iñigo de Velasco, gran condesta-

ble de Castilla, últimamente creado duque de Frias y grande de España, títulos, cuyos despachos le enviara su magestad desde Alemania, en recompensa de los grandes servicios que acababa de prestar al trono en las últimas guerras de la liga.

A su lado estaba, magníficamente vestido, don Fradique Henriquez, almirante de Castilla, nuevamente creado, también duque de Medina de Rio Seco, á causa igualmente de sus servicios á la causa real en las últimas turbulencias, habia sido también comprendido en el número de los diez y seis grandes de España de que se componia la nueva reorganizacion de esta alta dignidad.

Pocos extranjeros formaban parte del séquito de aquellos ilustres señores de España. La mayor parte, cansados de los disgustos sin número que habian tenido que sufrir en la Península, se habian unido en la fortuna del nuevo Papa Adriano de Utreht, y le habia acompañado á Roma. Otros se habian ido á buscar fortuna y empleos por otras partes, en los vastos estados del emperador. Uno solo sin embargo, se veía en la primera línea, éste era Juan, marqués de Brandeburgo, hijo del elector que, habia visto colmados sus deseos, casando con Germania de Foix, la viuda de Fernando de Aragon.

En fin, en número de los personajes de esta diputacion, figuraban también detrás del canciller de Castilla, muchos miembros del gran consejo y dos alcaldes de la chancillería de Valladolid. Uno de ellos apesar de la alegría general, tenia un continente tan sombrío como la negra tela de su toga;

creo que ya se entenderá que hablamos del gran preboste Ronquillo, y segun los mismos autores contemporáneos, su alma era tan negra como su rostro y su traje, y parecia tener bien merecida por sus crueldades la suerte que tuvo algunos años despues, cuando un dia, éste malvado juez, éste asesino sacrilego del obispo de Zamora, dice la crónica, que oyendo la misa en la catedral de Valladolid, fué arrebatado en cuerpo y alma por Satanás, el cual se fué con tan desagradable presa por lo alto del techo; y desde entónces no ha dejado de verse el agujero en la bóveda de dicha iglesia sin que jamás fuerza humana haya alcanzado taparlo.

Tal era el cortejo que iba á recibir al poderoso emperador Cárlos Quinto, á su desembarco en las tierras de España; pero esta vez el diestro monarca, amaestrado por la esperiencia, lejos de envanecerse como á su partida para la Alemania, con su título de emperador, solo quiso ser recibido en sus estados hereditarios bajo la denominacion de rey de Castilla y Aragon, lo que causó, añade la crónica, gran placer á los pueblos de aquellas comarcas; así también, segun noticia de algunos escritores, traia simplemente en la cabeza la corona cerrada de príncipe soberano, y sobre las espaldas el manto de terciopelo forrado de armiños. Parecia que habia dejado á la otra parte de los mares el manto imperial de tisú de oro, y los demas atributos de aquella dignidad estrangera tan poco apreciada de sus súbditos de la altiva Iberia.

Desde entónces Cárlos Quinto se

unió verdaderamente á sus reinos de España, y no los dejó ya sino con mucha dificultad. Es sabido con que sabiduría y con que alta política gobernó sus generosos pueblos de Castilla y Aragon. La autoridad real, mas poderosa que nunca con la victoria de Villalar, hubiera podido, en su mano, ser pesada é insoportable para sus susceptibles vasallos; pero el hábil monarca se guardó bien de abusar de ella y de enagenar de nuevo sus espíritus. Cuando se vió casi el árbitro de los diversos pueblos de España, tuvo buen cuidado de arreglarlos y de no ofender á ninguno. Verdaderamente se hubiera dicho que solo habia tendido á concentrar en su persona los derechos de todos para mejor sostener en seguida la balanza entre ellos y para establecer mas completa armonía en todo el reino. Así es, que del reinado de este gran príncipe, se siguieron la prosperidad y la gloria de España.

Pero, como sucede siempre, que cuando la prosperidad y la bienandanza de un imperio dependen no de sus instituciones, sino únicamente de la sabiduría y habilidad del que momentáneamente la gobierna; muriendo este hombre, desaparece con él la prosperidad; esto fué precisamente lo que aconteció en los reinados de los sucesores del emperador Cárlos Quinto.

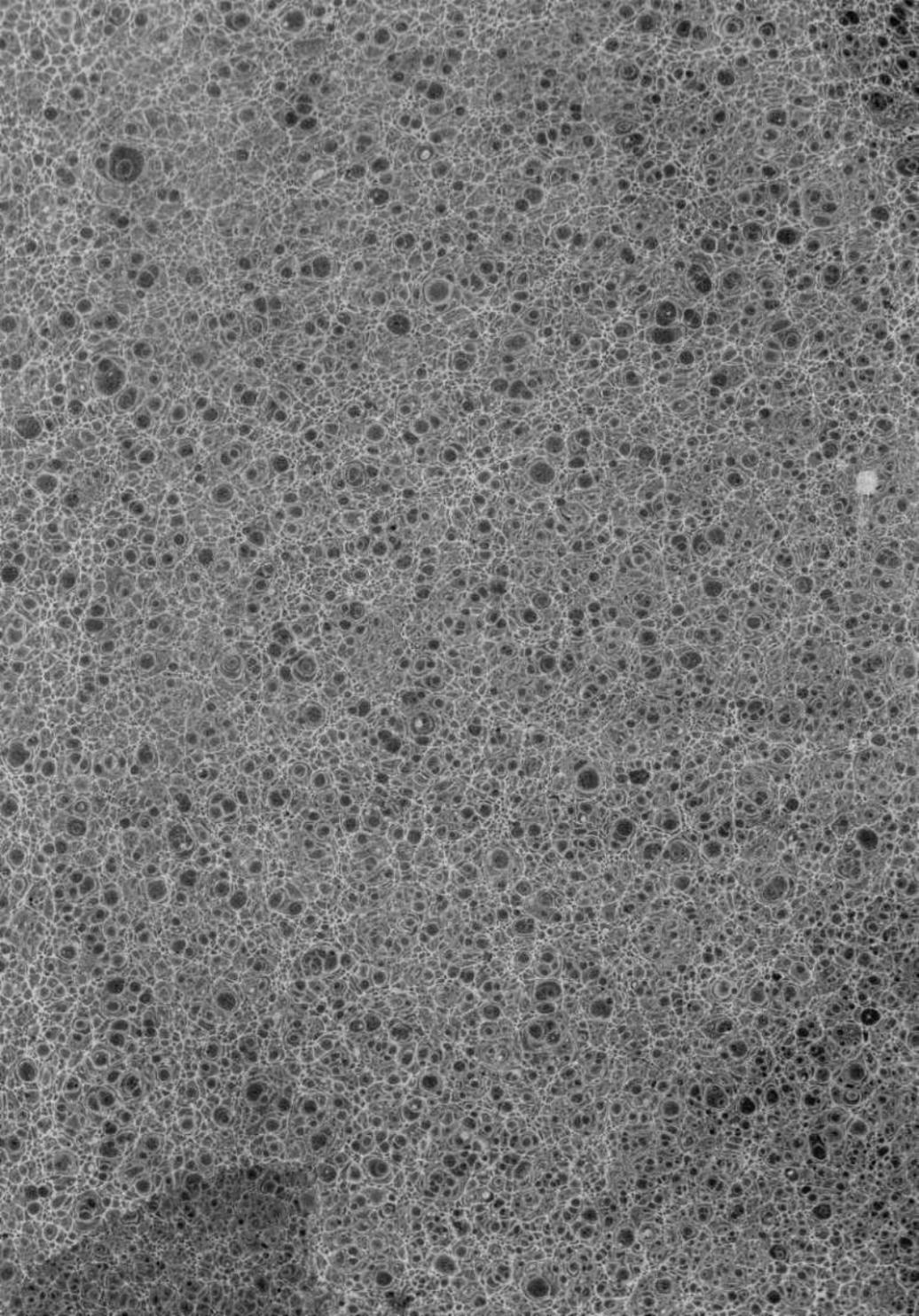
Léjos de imitar la política diestra y moderada de su ilustre predecesor, los soberanos que le siguieron de la casa de Austria y de Francia, muchas ve-

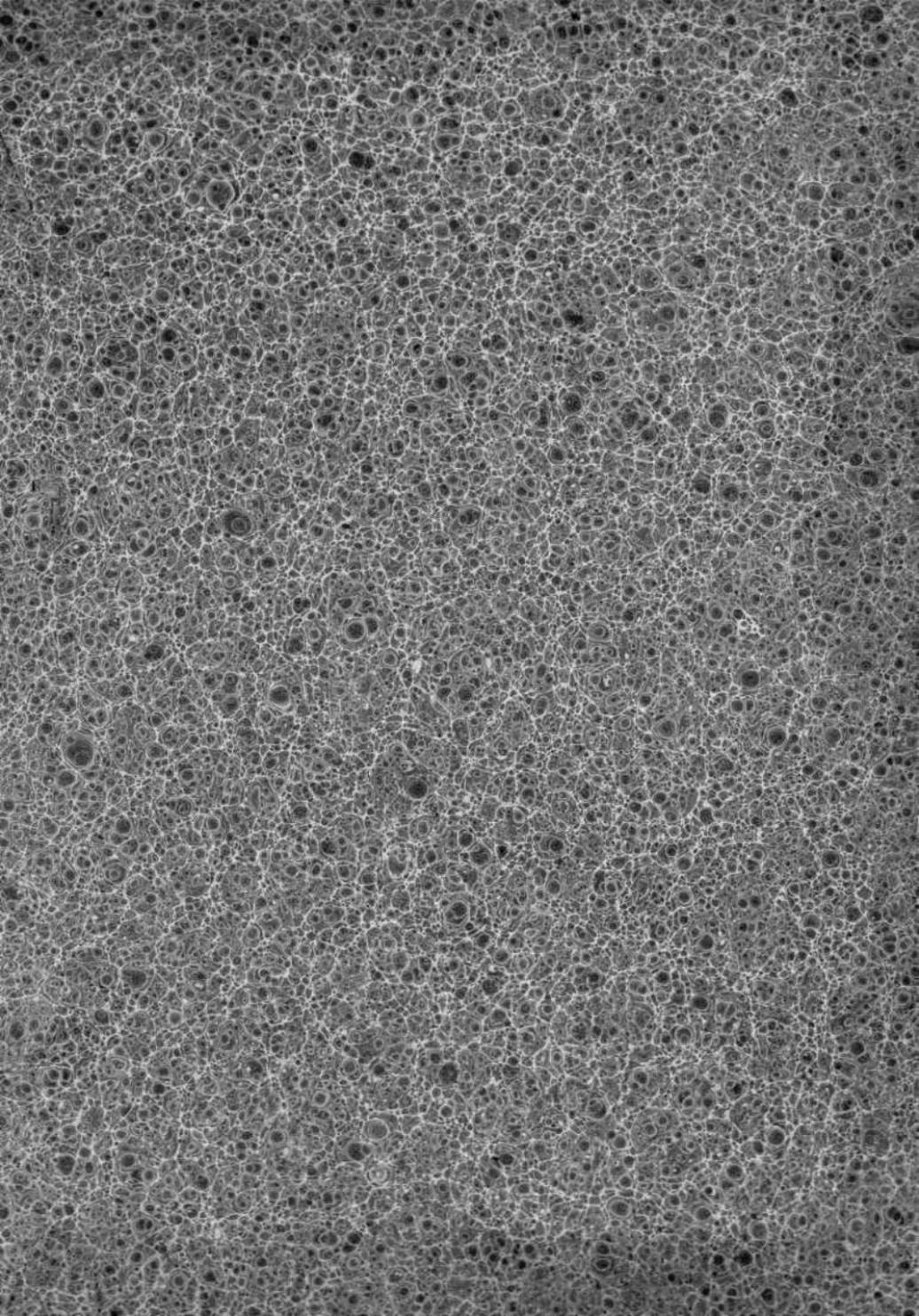
ces no se propusieron mas que robustecer la cabeza del estado á riesgo de debilitar el cuerpo, aunque hubo entre ellos quienes para alcanzar mejor sus fines, y quitar á la nacion todo pensamiento de hacer valer sus derechos muchas veces desconocidos, no han temido presentar como muy odiosa la conducta del noble señor don Juan de Padilla; y prohibiendo bajo las mas severas penas el que escritor alguno refiriese la vida del héroe de la nacionalidad española, han esperado no solo borrar de la memoria de los pueblos el recuerdo de aquel patriótico hidalgo, sí que tambien destruir hasta la simpatía que podian hacer renacer la memoria de las franquicias y libertades por la defensa de las cuales aquel digno español habia combatido hasta la muerte.

Pero la verdad, que como lo bello verdadero no prescribe jamás, se ha abierto paso al través de los siglos. Reyes y pueblos se han hecho mas previsoros sobre sus comunes intereses, y tal vez venga un dia, en que en su reconocimiento, léjos de dejar subsistir una inscripcion injuriosa en el lugar que en otro tiempo habitó el señor de Padilla, se elevara un glorioso monumento en honor de aquel que mas bien que en los montes Pirineos, ponía los baluartes de la nacionalidad española en estas dos palabras: ¡ Libertad! ¡ Fueros! y los sostenes del trono en tiempo borrascoso, tambien en estas dos palabras: ¡ Libertad! ¡ Fueros!



IRT







G 14188

1888

1888

1888

1888